SOBRE EL TIEMPO Y EL AGUA

ANDRI SNÆR MAGNASON

narrativa
salamandra

Este libro está dedicado a mis hijos,

a mis nietos y a mis bisnietos

—

Conservamos sólo lo que amamos, amamos sólo lo que entendemos, entendemos sólo lo que nos enseñaron.

GUÐMUNDUR PÁLL ÓLAFSSON

—

Ojalá vivas tiempos interesantes

Presta atención a lo que observas.

Þorvaldur Þorsteinsson

Cuando viene gente de otras partes del mundo a visitarme, acostumbro a llevarlos en coche por la calle Borgartúnið, a la que yo llamo «Boulevard of Broken Dreams». Les muestro la casa blanca de madera conocida como Höfði, en la que Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov se reunieron en 1986 y que simboliza, en el recuerdo de muchos, el fin del comunismo y la caída del telón de acero. El siguiente edificio es la caja negra de vidrio y mármol que antaño albergaba la sede del banco Kaupþings. El hundimiento de esa entidad financiera en el año 2008 constituyó la cuarta bancarrota más importante de la historia del capitalismo, no únicamente en relación con el número de habitantes de Islandia, sino por la cantidad de dinero perdido: 20.000 millones de dólares, casi tres billones de coronas.[1]

No soy de los que se regodean con las desgracias ajenas, pero me resultaba fascinante no haber llegado aún a la mediana edad y haber sido testigo del hundimiento de dos gigantescos sistemas ideológicos. Ambos sostenidos por personas que habían llegado a la cima de la sociedad, del poder político y de las instituciones culturales y que gozaban de las prerrogativas propias de su posición en lo más alto de la pirámide. En ambos sistemas, esa gente mantuvo las apariencias hasta el amargo último momento. El 19 de enero de 1989, Erich Honecker, líder de Alemania Oriental, dijo: «El muro permanecerá en pie dentro de cincuenta años e incluso dentro de cien.» El muro se vino abajo en noviembre de ese mismo año. El director ejecutivo del banco Kaupþing dijo en una entrevista en el programa de televisión *Kastljós*, el 6 de octubre de 2008, tras haber recibido del banco central de Islandia un rescate financiero de emergencia: «Estamos en muy buenas condiciones y el banco central tiene la seguridad de que recuperará su dinero [...]. Puedo afirmarlo sin la menor vacilación.» El banco quebró dos días después.

Cuando los sistemas se hunden, el lenguaje se libera de sus cadenas. Las palabras que deberían dar forma a la realidad se quedan flotando en el aire y ya no designan nada, los manuales escolares se quedan obsoletos de la noche a la mañana y las jerarquías se desvanecen. De repente, resulta muy difícil encontrar las expresiones adecuadas para elaborar mensajes que se correspondan con la realidad.

Entre el edificio Höfði y la sede del banco se extiende un amplio terreno cubierto de césped y, en mitad de éste, una pequeña arboleda formada por seis abetos y un montón de arbustos. Solía tenderme en esa arboleda entre los edificios, mirar al cielo y preguntarme qué sistema sería el próximo en caer y qué gran idea lo sustituiría.

Los científicos han demostrado que los pilares de la vida, del propio planeta Tierra, se están resquebrajando. Las principales ideologías del siglo XX consideraron nuestro planeta y la naturaleza como una fuente inagotable de materias primas baratas. Los seres humanos quisieron creer que la atmósfera absorbería de manera ilimitada los gases producidos por la combustión, que el mar acumularía residuos de forma indefinida, que la tierra podría dar más de sí cuanto más se abonase, que las especies animales podrían retroceder más y más mientras los seres humanos ampliaban su espacio vital.

Si las previsiones de los científicos acerca del futuro del mar, de la atmósfera o del clima, del porvenir de los glaciares y de las costas del mundo son ciertas, cabe preguntarse qué palabras podemos utilizar para abarcar un asunto de semejante magnitud. ¿Qué ideología puede contenerlo? ¿Qué debo leer al respecto? ¿Milton Friedman, Confucio, Karl Marx, el Apocalipsis, el Corán o los Vedas? ¿Cómo controlar nuestros apetitos, nuestro consumismo y nuestra tendencia compulsiva a acaparar bienes materiales que, según todos los datos, parecen estar acabando con la vida del planeta?

Este libro habla sobre el tiempo y el agua. En los próximos cien años, tendrán lugar cambios fundamentales en la esencia del agua en nuestro planeta. Los glaciares se derretirán, subirá el nivel del mar, aumentará la temperatura del planeta, lo que provocará sequías e inundaciones, y el grado de acidez de los océanos se alterará hasta un punto que no hemos conocido en los últimos cincuenta millones de años. Todos estos cambios sucederán a lo largo de la vida de un niño que haya nacido hoy mismo y llegue a ser tan viejo como lo es mi abuela, que ha cumplido noventa y cinco años.

Las fuerzas más grandes de la tierra han dejado atrás la cronología geológica y ahora se transforman según una escala humana. Cambios que antes se producían a lo largo de cien mil años ahora suceden tan sólo en cien. Una velocidad tal tiene algo de mitológico y afecta a todo tipo de vida sobre la faz de la tierra, así como a la esencia de todo lo que pensamos, escogemos, fabricamos y creemos. Afecta a todo lo que conocemos y a todo lo que amamos. Nos enfrentamos a cambios que son más complejos que la mayoría de aquellos a los que estamos acostumbrados. Superan nuestra experiencia anterior, superan nuestro lenguaje, superan todas las metáforas que empleamos para entender la realidad.

En cierto sentido, es como intentar grabar el ruido que produce una erupción volcánica. Con la mayoría de nuestros aparatos resulta imposible porque apenas puede oírse más que un zumbido. Para muchos, la expresión «cambio climático» es un mero zumbido. Resulta más sencillo opinar acerca de asuntos de menor gravedad. Sabemos qué significa que se destruya algo muy valioso, qué significa cuando disparan a un animal o cuando resulta demasiado caro fabricar alguna cosa. Pero cuando nos remitimos a algo que es infinitamente grande, sagrado incluso, que constituye el fundamento de nuestras vidas, no experimentamos una reacción similar. Es como si el cerebro no fuera capaz de percibir semejante magnitud.

El zumbido nos engaña. Vemos los titulares y pensamos que entendemos las palabras: «los glaciares se derriten», «récord de altas temperaturas», «aumenta la acidificación de los océanos», «crecen las emisiones tóxicas». Si los científicos están en lo cierto, expresiones como ésas remiten a algo más grave que todo lo sucedido en la historia humana hasta la fecha. Si realmente las entendiéramos, deberían influir en nuestro comportamiento y en nuestras decisiones. Pero es como si el 99 % de su significado fuera un mero zumbido.

A lo mejor «zumbido» no es una metáfora adecuada, porque este fenómeno es más bien como un agujero negro. Ningún científico ha visto nunca un agujero negro, pero al parecer pueden llegar a tener la masa de un millón de soles y la capacidad de absorber incluso la luz. El único modo de detectar un agujero negro es mirar a su alrededor, observar las nebulosas y las estrellas más cercanas. Cuando se trata de hablar de un asunto que concierne a toda el agua que hay en la tierra, a toda la superficie del planeta y a la atmósfera, el asunto es de tal magnitud que logra absorber cualquier significado. El único modo de escribir acerca de este tema es abordarlo desde detrás, desde un lado, por debajo, mirando al pasado y al futuro, ser subjetivo pero también tener un enfoque científico y recurrir a la terminología mitológica. Tengo que escribir sobre las cosas sin escribir sobre ellas, para avanzar tengo que retroceder.

Vivimos en una época en la que el pensamiento y el lenguaje se han liberado de sus cadenas ideológicas. Vivimos en una época sometida a aquella vieja maldición china, con toda probabilidad mal traducida, aunque no por ello menos válida: «Ojalá vivas tiempos interesantes.»

—

Mi tesoro

Me licencié en Literatura por la Universidad de Islandia en 1997. Durante ese verano trabajé en el sótano en el que se encontraba la sede del Instituto Árni Magnússon de Estudios Medievales. El instituto, cerrado al público, se encontraba en un edificio llamado Árnagarði, en la calle Suðurgötu del campus universitario. A pesar de que estudié en ese mismo edificio durante años, por alguna curiosa razón jamás se me ocurrió cruzar aquella puerta. Era un lugar misterioso, como esas cuevas habitadas por elfos en las que, según se cuenta, los que entran nunca más vuelven a salir. Allí dentro se conservaban los manuscritos de las sagas islandesas y trabajaban académicos que requerían un poco de paz y el tiempo necesario para examinar aquellos tesoros. El timbre de la puerta resultaba tan intimidante que más bien parecía una alarma contra incendios. No me atreví a apretarlo hasta que un día sentí el ardiente deseo de ver qué se escondía allí dentro. Llamé y me invitaron a pasar.

Al otro lado de la puerta todo estaba en calma, sumido en la penumbra, y en el aire flotaba el aroma de los libros viejos, una calma verdaderamente agobiante para alguien joven. Me sentí un tanto incómodo. Me encontré rodeado de filólogos, algunos de los cuales tenían la edad de mis abuelos. Fui consciente de mi insignificancia cuando las conversaciones en la cafetería giraron en torno a la posible estancia de Þorvaldur en Skagafjörður durante el verano del 86. No sabía si estaban hablando de 1186, de 1586 o de 1986, y el temor a que me consideraran un ignorante se sumó a mis dificultades para expresarme. Me sentí al mismo tiempo (¿o debería decir a un tiempo?) tonto e inculto.

Hasta entonces, todos los veranos había trabajado al aire libre, ya fuese asfaltando o como jardinero, y solía compadecer a los oficinistas por su falta de libertad. En el instituto, me encontré mirando por la ventana a los chicos de mi edad que, ligeros de ropa, cortaban el césped del campus universitario, pese a que mi pensamiento acababa dejándolos atrás y volaba a través del ancho mundo. John Thorbjarnarson, un tío mío biólogo, me había invitado a acompañarlo en su investigación de las costumbres de apareamiento de las anacondas en los manglares de Venezuela. También trabajaríamos con un equipo de científicos en la selva amazónica, contando huevos de cocodrilo en la Reserva Natural de Mamirauá, en Brasil, como parte de un proyecto destinado a la protección del caimán negro del Orinoco, *Melanosuchus niger*, que es el mayor depredador de Sudamérica.[2] La profundidad del agua en el manglar puede variar unos diez metros a lo largo del año, así que nos alojaríamos en casas flotantes. John me dijo: «Es todo un placer despertarse por la mañana y oír a los delfines cazando al otro lado de la puerta.»

En esa época mi novia Magga y yo esperábamos nuestro primer hijo, por lo que habría sido un tanto irresponsable por mi parte participar en aquella aventura. Podría decirse que dos caminos se bifurcaron en mi vida. El tren partió hacia Venezuela, hacia el interior de la selva amazónica, sin mí, dejándome en una especie de apeadero de mi propia existencia, incapaz de decidir qué me convenía más: las pesadas tareas académicas o el solitario trabajo de la escritura.

En una ocasión me pidieron que fuese el guía de una exposición de manuscritos que montaron en una de las salas pequeñas del piso superior. El filólogo Gísli Sigurðsson era el encargado de la exposición y me pidió que lo siguiera hasta una puerta maciza de acero situada en el sótano, donde sacó tres llaves. Cuando abrió la puerta que daba al recinto de los manuscritos me invadió un sentimiento de solemnidad, pues se trataba del sagrado corazón de la historia cultural islandesa. Me rodeaban unas joyas inmemoriales e impresionantes. Allí dentro había manuscritos encuadernados en cuero —los más antiguos de en torno al año 1100— que hablaban de acontecimientos acaecidos en la noche de los tiempos: eran los manuscritos originales de las sagas islandesas, sobre vikingos, caballeros y reyes, y también había antiguos códices sobre leyes. Gísli se acercó a una estantería y abrió una caja. Sacó un pequeño manuscrito y me lo tendió con mucho cuidado.

—¿Qué libro es éste? —susurré.

No sé por qué hablé en voz baja. Supongo que me pareció lo más apropiado teniendo en cuenta dónde estábamos.

—Es el *Codex Regius*. *Konungsbók*, el códice de la *Edda poética*.

Me flaquearon las piernas; estaba aturdido. El códice de la *Edda poética* es el mayor tesoro de Islandia, tal vez incluso de todo el norte de Europa, una de las principales fuentes de la mitología nórdica, el manuscrito original de los famosos poemas de la *Profecía de la vidente*, el *Discurso del Altísimo* y el *Poema de Þrymr*. Una de las mayores inspiraciones para Wagner, Borges y Tolkien. Me sentía como si tuviera a Elvis Presley entre mis brazos.

El manuscrito parecía muy poca cosa. Teniendo en cuenta su contenido y su influencia, uno habría esperado un ejemplar dorado, brillante y espléndido, pero en realidad era pequeño y oscuro, casi como un libro de magia gastado por el uso. Era antiquísimo y, sin embargo, no estaba arrugado, conservaba el hermoso tono marrón del cuero, con grafías sencillas y claras, casi sin iluminaciones y con escasas letras

capitales: constituía la más antigua prueba de lo injusto que resulta juzgar un libro por sus cubiertas.

El filólogo abrió muy despacio el volumen y me mostró una S bien visible en medio de la página. «Lee esto», dijo, y yo, escudriñando las letras, leí: «El sol se apaga, se hunde la tierra, se borran en el cielo las brillantes estrellas, el fuego se propaga hasta el fresno sagrado, al mismo cielo su llamarada alcanza...»

Un escalofrío me recorrió la espalda: era el famoso *Ragnarök*, el fin del mundo tal como se cuenta en el manuscrito de la *Profecía de la vidente*. Las frases formaban una sola línea, no estaban dispuestas en forma de poema, como sucede en todas las ediciones impresas. Estaba en contacto directo con quienquiera que hubiese escrito aquellas palabras en una página hacía unos setecientos años. De repente, fui muy consciente del entorno en el que me encontraba, me daba miedo toser o tropezar y me sentía culpable por el mero hecho de respirar tan cerca del libro. Quizá me estaba pasando un poco. Después de todo, a lo largo de siete siglos el manuscrito había estado guardado en una húmeda granja de turba, lo habían transportado a caballo, dentro de un cofre, había atravesado ríos caudalosos y, en 1662, lo enviaron a Dinamarca en un barco de vela como regalo para el rey Federico III. Experimenté una abrumadora sensación de paso del tiempo. Hablaba prácticamente el mismo idioma que el autor de ese manuscrito. ¿Perduraría la lengua setecientos años más? ¿Hasta el 2700? ¿Sobrevivirían tanto tiempo nuestra lengua y nuestra civilización?

El género humano, en cuanto especie, ha conservado muy pocas de sus antiguas cosmovisiones sagradas: ideas sobre fuerzas y dioses que gobiernan el mundo así como sobre el inicio y el fin de los tiempos. Nos quedan las cosmovisiones griega, romana, egipcia y budista. Tenemos la cosmovisión hindú, la judeocristiana y algunos fragmentos de la cosmovisión azteca. La mitología nórdica es una de esas cosmovisiones y, por ese motivo, la *Edda poética* es más importante incluso que la *Mona Lisa*. La mayoría de las cosas que sabemos acerca de los dioses nórdicos, del Valhalla y del *Ragnarök* proceden de ella. El manuscrito es una continua fuente de inspiración, tanto para el arte como para las creencias. De él nacen bailes modernos, bandas de *death metal* e incluso superproducciones hollywoodienses contemporáneas, como *Thor Ragnarök* de Marvel Comics, donde Tor y su amigo Hulk luchan denodadamente con el traicionero Loki, el gigante Surtr y el lobo Fenrir.

Dejé el manuscrito en un pequeño montacargas y lo envié al piso de arriba. Mientras tanto, subí a toda prisa las estrechas escaleras de caracol para recogerlo a su llegada. Lo coloqué con extremo cuidado sobre un carrito y lo empujé por un largo pasillo. Lo guardé finalmente, como si se tratase de un delicado bebé prematuro, en una vitrina

que cerré bien. Toda esa semana tuve agitadas pesadillas. En ellas, por lo general, me encontraba en el centro de la ciudad y acababa de perder el libro. En una ocasión me encontré con una mujer que empujaba el carrito de la limpieza a lo largo del pasillo e imaginé un accidente cultural sin precedentes: el manuscrito caía en el cubo de fregar y salía completamente borrado, en blanco como una tabla rasa.

El marketing no se les daba muy bien a los especialistas en literatura medieval del Instituto Árni Magnússon, así que me pasé días enteros solo con aquellas joyas mientras los turistas corrían como locos a ver la cascada de Gullfoss o los géiseres. Era, sin lugar a dudas, todo un privilegio poder estar a solas con nuestra *Mona Lisa*, pero había otras muchas piezas de valor. Junto a la *Edda poética*, el Instituto exponía otras tantas joyas: estaba el *Grágás*, con las antiguas leyes del tiempo de los vikingos islandeses; el *Möðruvallabók*, con las principales sagas islandesas, así como el *Flateyjarbók*, con sus doscientas vitelas y sus fantásticas iluminaciones. A menudo me colocaba delante de la vitrina e intentaba leer los textos que aparecían en las páginas abiertas. La *Edda poética* era la más legible, la letra era clara y pude descifrar, titubeante, estas palabras inmemoriales: «Era yo joven, viajaba solo, me perdí en el camino. Creía que era rico si topaba con alguien, la gente con la gente se entretiene.»

Todo esto tuvo lugar la misma semana en que Magga y yo nos vimos obligados a salir precipitadamente hacia la maternidad en plena noche, y yo acabé tomando en brazos a mi hijo recién nacido. Jamás había sostenido nada tan nuevo y delicado. Jamás había sostenido nada tan antiguo y delicado. Volví a soñar que me encontraba en el centro de la ciudad, pero ahora me daba cuenta de que iba en calzoncillos y además había perdido a mi hijo y el manuscrito.

En la habitación contigua a aquella en la que se guardaban los manuscritos había otros tesoros. Montones de cintas, grabaciones que los etnólogos habían recopilado a lo largo y ancho del país entre 1903 y 1973. Podían escucharse las más antiguas grabaciones realizadas en Islandia, en cilindros de cera del grafófono de Edison, de 1903. Se trataba de mujeres, granjeros y marineros muy ancianos que recitaban, cantaban y contaban historias. Nunca había escuchado nada tan extraño y hermoso. Se me metió en la cabeza la idea de que aquellas antiguas voces tenían que llegar a oídos de todo el mundo. Mi principal tarea aquel verano fue llevar a cabo una selección de aquellos testimonios, junto a la etnóloga Rósa Þorsteinsdóttir, para publicarla después en un CD.

Cada vez que insertaba una de aquellas bobinas negras en el reproductor y me ponía los auriculares, me subía a una máquina del tiempo. De repente, me encontraba en la habitación de una anciana nacida en 1888. El reloj de la cocina hacía tictac cuando ella

empezó a recitar un poema que había aprendido de su abuela, nacida a finales del siglo XVIII, durante la erupción del gran Laki, quien a su vez la había aprendido de su abuela, nacida en 1740. La grabación se realizó en 1969; es decir, el ciclo abarcaba casi 250 años. Era un mundo en el que los más viejos enseñaban a los más jóvenes. La estética de aquellos poemas era antiquísima y difería enormemente de lo que entendemos hoy en día por una canción hermosa. El tono de voz y el estilo musical no se parecían a nada que yo hubiera oído antes. Grabé algunos ejemplos en una cinta magnetofónica y se la puse a algunos amigos míos, a los que les pedí que adivinaran de dónde procedía aquella música. Imaginaron que se trataba de nativos americanos, pastores de renos lapones, monjes tibetanos o recitadores de letanías árabes. Cuando acabaron de enumerar todas las culturas lejanas que conocían, dije: «Son grabaciones realizadas en la región de Strandir, aquí, en Islandia, en 1970. El hombre al que habéis oído cantar nació en 1900.»

Le ponía a mi hijo las grabaciones cuando estaba nervioso y en cuanto empezaban las melodías se calmaba. Me planteé realizar un estudio científico para averiguar si aquel antiguo canto causaba un efecto sedante significativo en los niños.

Estaba fascinado con la idea de apresar el tiempo. Me di cuenta de que en mi entorno también había un montón de cosas valiosas que no tardarían en desaparecer, igual que las mujeres de aquellas cintas negras. Me quedaban tres abuelos y dos abuelas con vida y ese verano empecé a recopilar sus historias sin seguir un orden concreto. Mi abuelo Jón había nacido en 1919, mi abuela Dísa en 1925, mi abuela Hulda en 1924, mi abuelo Árni en 1922 y mi abuelo Björn en 1921. Pertenecían a una generación que había vivido momentos decisivos de la historia, pues nacieron justo después de la Primera Guerra Mundial y sufrieron la Gran Depresión de 1929. Vivieron la Segunda Guerra Mundial y muchas de las mayores transformaciones del siglo XX. Algunos de ellos nacieron antes del alumbrado eléctrico y de las máquinas, incluso en condiciones de pobreza y hambre. Inspirado por aquella colección de cintas, decidí hablar con la gente que me rodeaba. Utilicé una práctica cámara de vídeo VHS, también un dictáfono y, cuando aparecieron, un teléfono móvil. En realidad, no sé qué andaba buscando, simplemente me puse a recopilar todo lo que pude y dejé que el futuro lo valorara. Estaba creando mi propio archivo: el Instituto Andri Magnason.

—

Una conversación futura

Estoy en Hlaðbær, en casa de mis abuelos Árni y Hulda. Estamos sentados en la cocina, el río Elliðaár serpentea justo frente a la casa y la gente corre por la orilla. Aún quedan restos de nieve en las laderas de las montañas Bláfjöll, pero el jardín está cubierto de flores. Abro el ordenador, enciendo el reproductor de vídeo y les muestro a mi madre y a mi abuela una película que nadie ha visto desde hace décadas. Encontré una vieja película de 16 mm en el trastero de su casa y la pasé a formato digital. Es una película muda, en blanco y negro, que mi abuelo grabó en 1956, pero la calidad es perfecta. Aparecen unos niños vestidos de un modo elegante, sentados en el salón de la casa del número 3 de Selás, una gran casa blanca que mi abuelo construyó junto al río Elliðaár. Los niños tienen botellitas de refresco de cola en la mano y también aparece mi abuela, sonriente, con una imponente tarta de nata decorada con velas encendidas. En un extremo de la mesa, sentadas una junto a la otra, están dos hermanas gemelas de diez años de edad, que ríen y soplan con fuerza las velas. Mi bisabuela viste el traje tradicional islandés y observa la escena. La secuencia siguiente muestra a los niños bailando en círculo en el jardín; sin duda están jugando a «En la verde hondonada». Ahora mi madre y mi abuela observan embelesadas el vídeo y van diciendo los nombres de las personas que aparecen. Es extraordinario haber conservado un cumpleaños infantil de 1956 en una película de 16 mm. Ni tan siquiera disponemos de imágenes del gobierno islandés de la época.

Y aquí estamos, en 2018, sentados en la cocina más de sesenta años después. Mi madre ha superado los setenta, mi abuela tiene ya noventa y cuatro años y la menor de mis hijas, diez. Mi abuela apenas ha cambiado desde que tengo uso de razón, tan sólo ha tenido que dejar de jugar al golf, pero su memoria sigue intacta. Hace algunos años, un hombre que quiso elogiarla en mi presencia dijo que estaba muy lúcida. Me ofendió un poco. ¿Lúcida?, pensé. ¿Para tratarse de una anciana? Mi abuela tampoco se ve como una vieja. «Bonita mantilla», le dije en una ocasión refiriéndome a la prenda azul que llevaba sobre los hombros. «Sí, me la hizo una anciana.» «¿Una anciana?», le pregunté. Ella se rió y contestó: «¡Sí, aunque seguramente es diez años más joven que yo!»

Suena el teléfono y mi abuela sale corriendo para responder. Nosotros seguimos sentados y comemos tortitas. De fondo se oye el murmullo de la emisora radiofónica *Rás 1*. Le pido a mi hija, Hulda Filippía, que haga un pequeño cálculo matemático.

—¿Cuántos años tiene tu bisabuela si nació en 1924?

—Tiene noventa y cuatro —responde de inmediato.

—Qué rápida.

—Sí, ya sabía cuántos años tiene —replica, y sonríe burlona.

—Pues ahora tienes que calcular lo siguiente: ¿en qué año cumplirás tú noventa y cuatro?

—¿Es 2008 más noventa y cuatro?

—Exactamente.

Toma una hoja y un bolígrafo y observa incrédula el papel.

Me enseña el resultado como si se tratara de un malentendido.

—¿En 2102?

—Sí, y espero que estés tan en forma como lo está ahora la bisabuela. Es posible que incluso vivas en esta casa. Y puede que venga a verte tu bisnieta de diez años y se siente contigo en esta cocina en 2102, como tú estás haciendo en este instante.

—Sí, es posible —dice Hulda, y le da un trago a su vaso de leche.

—Vamos a calcular de nuevo. ¿Cuándo cumplirá tu bisnieta noventa y cuatro años?

Hulda apunta los números en una hoja con un poco de ayuda.

—¿Habrá nacido en 2092?

—Sí, bien calculado.

—2092 más 94 son... ¡2186!

Se ríe al pensarlo.

—Sí, imagínate. Llegarás a conocer a una niña que vivirá en el año 2186.

Hulda frunce los labios con la mirada perdida.

—¿Puedo irme? —pregunta.

—Enseguida. Tengo otro ejercicio de cálculo para ti. ¿Cuántos años hay entre 1924 y 2186?

Hulda calcula de nuevo.

—¿262?

—Imagínate. 262 años. Ése es el tiempo que podrás abarcar. Conocerás a gente que vivirá todo ese tiempo. Tu tiempo es el tiempo de la gente que conoces, que amas o que te moldea. Y tu tiempo es también el tiempo de aquellos que conocerás y amarás, el tiempo que tú estás construyendo. Puedes abarcar 262 años con tus manos. La bisabuela te enseña y tú enseñarás a tu bisnieta. Puedes influir en el futuro hasta el año 2186.

—¡Hasta 2186!

—

Diapositivas

2 de diciembre de 2015

En la salita de la televisión, mi abuelo baja las persianas y coloca el proyector de diapositivas sobre una vieja tabla de planchar. Saca una bandeja con diapositivas de su pequeño despacho. Están ordenadas en hileras y cada una de ellas tiene una etiqueta escrita a mano: *Lónsöræfi 1965*, *Vatnajökull 1955*, *Kverkfjöll 1960*. Aparecen motonieves, albergues para esquiadores y campeones de esquí.

En la pantalla aparece la imagen de un hombre que está apartando la nieve, de unos seis metros de altura, con una pala; sobresaliendo entre la nieve se entrevén el morro y los motores de un avión de considerable tamaño. Mi abuelo lo recuerda prácticamente todo del pasado remoto, sobre todo si dichos recuerdos van acompañados por una fotografía.

—Esta foto fue tomada en Bárðarbunga, en el glaciar Vatnajökull, en 1951. Estamos desenterrando un avión de transporte Dakota del ejército estadounidense. Iba a rescatar a la tripulación de otro avión siniestrado, el *Geysir*, pero no pudo despegar de nuevo, así que lo abandonaron en el glaciar. El avión quedó sepultado bajo una gruesa capa de nieve ese mismo invierno. Algunos emprendedores pilotos del lugar contactaron con el ejército, compraron el aparato a 14 céntimos el kilo y montaron una expedición para ir a buscarlo.

»En aquel entonces, acabábamos de formar el equipo de salvamento aéreo de Reikiavik —prosigue mi abuelo—.

Encontramos el aparato, era poco más que un pequeño montículo en un campo de hielo, y lo desenterramos con las palas. Nos costó Dios y ayuda: estaba bajo siete metros de nieve. Lo arrastramos hasta una pista de aterrizaje preparada a tal efecto, donde pudimos ponerlo en marcha al primer intento. Desde allí voló hasta Reikiavik. Fue toda una aventura —dice mi abuelo con aire soñador.

Los restos del *Geysir* se hallaban a poca distancia y pudieron recuperar parte de las mercancías que quedaban en el aparato.

Mi abuela intervino en la conversación.

—El traje con que bautizamos a Guðbjörg se confeccionó con tela procedente de los restos del *Geysir*, que había pasado todo aquel invierno en el glaciar dentro del avión.

Mi abuelo me enseña fotos de los restos de aquel avión: veo una rueda del tren de aterrizaje delantero y también el nombre del aparato. El *Geysir* se desvió de su ruta y se estrelló en pleno glaciar Vatnajökull. Dieron por muertos a los tripulantes, se interrumpió la búsqueda y se decretó un periodo de luto nacional mientras se organizaban ceremonias conmemorativas. Por pura casualidad, un guardacostas del cabo Langanes recibió una extraña llamada de emergencia: «...ciar». Nadie supo descifrar su significado. Poco después entendieron que se trataba de la última parte de la palabra «glaciar». Tras una intensa búsqueda encontraron los restos del avión. Un avión de rescate del ejército estadounidense sobrevoló el lugar y aterrizó en el glaciar, pero no pudo volver a despegar porque los esquíes se congelaron a causa del hielo. Por fortuna, un equipo de salvamento de la ciudad de Akureyri llegó hasta el glaciar y, con su ayuda, todos, incluidos los seis miembros de la tripulación del *Geysir*, pudieron salir de allí con vida esquiando trabajosamente por el glaciar. Era cuestión de tiempo que se rodase una película sobre el accidente del *Geysir*.

En los álbumes hay viejos rollos de película Rolleiflex y también cajas con películas de 8 mm y 16 mm de la cámara Bolex que mi abuelo le compró al artista Guðmundur Einarsson. Hay miles de fotos y de cintas de película que abarcan prácticamente su vida entera; él apenas aparece en ellas, pues casi siempre estaba detrás de la cámara. Allí aparece mi madre, o mis madres, como suelo llamarlas en broma, Kristín y Guðrún, las dos hermanas gemelas vestidas con pantalones de peto, con las iniciales KB y GB bordadas en letras mayúsculas para diferenciarlas.

Se trata de documentos de un valor incalculable; algunas de las fotos son auténticas obras de arte. Mi abuelo siempre tuvo buen ojo para el encuadre. Se compró un ordenador y un escáner cuando ya tenía ochenta años; a muchos les pareció un desvarío, estaban convencidos de que algún vendedor sin escrúpulos lo había engañado. Pero los años siguientes los pasó encerrado en su pequeño despacho, escaneando todos los viejos rollos de película. Al principio imprimió las fotografías, pero tras cumplir noventa, las subió directamente a Facebook. Allí hay material para novelas, libros de fotografía y documentales. Podrían contarse infinidad de historias.

A mi hijo le ha dado por la fotografía y mi abuelo le ha regalado recientemente su vieja cámara Rolleiflex de 1960. Incluso ha logrado encontrar carretes de película para ella. Lo típico: aunque dispone de una cámara de alta resolución en su teléfono móvil, encuentra una manera mucho más cara de hacer fotos. Mientras miramos las diapositivas, mi abuelo ha ido al garaje a buscar una ampliadora fotográfica para que

mi hijo pueda montar un cuarto oscuro en nuestra casa. Regresa con una fotografía enmarcada llena de polvo. En la imagen aparece un antiguo barco pesquero. Tiene un pie de foto: *Arinbjörn Hersir*. Mi abuelo observa la foto y suspira.

—Ah, esta fotografía. Ahí empezó todo —dice—. Ahí empezó todo. Mi padre iba a bordo de ese barco.

Detrás de la foto encontramos un amarillento recorte del periódico *Vísir* del 10 de marzo de 1933:

> Poco después de que el *Arinbjörn Hersir* saliera a faenar ayer por la mañana, cayó por la borda uno de los miembros de su tripulación y se ahogó. Se llamaba Kjartan Vigfússon. Nadie se percató de lo sucedido. Cuando fueron conscientes de la ausencia de Kjartan, el barco dio media vuelta para informar a la policía de su desaparición. Después continuaron con su actividad pesquera. Kjartan estaba casado, tenía treinta y siete años y era padre de cuatro hijos.[3]

Kjartan era el padre de mi abuelo Árni. Era una noticia bastante corriente y la frase «Después continuaron con su actividad pesquera» demuestra que la caída de un hombre por la borda no era razón suficiente para interrumpir su trabajo. En los primeros tres meses del año 1933 murieron treinta y cuatro marineros islandeses y desaparecieron tres barcos pesqueros extranjeros con una tripulación de unos cuarenta hombres.

Mi abuelo tenía once años en 1933. Su padre Kjartan trabajaba como fogonero en el barco, un trabajo difícil y peligroso. Nadie llegó a saber nunca por qué o cómo cayó por la borda. Le pregunté a mi abuelo dónde se encontraba él aquel día. Cerró los ojos y le vino a la cabeza un recuerdo todavía vívido a pesar de los ochenta años transcurridos:

—Iba a tomar un atajo por el estanque de Reikiavik, que se había helado. Había recorrido la mitad del camino cuando me di cuenta de que el hielo no era firme y el estanque empezaba a ondularse bajo mis pies. Me puse a correr y el hielo se fue resquebrajando más y más a cada paso. Logré escapar, pero no me detuve hasta que llegué a mi casa en Oðinsgata.

Entonces todo se vino abajo. En casa lo esperaba el sacerdote, que traía la noticia de que su padre se había ahogado esa misma mañana.

—No conocía a mi padre —dijo mi abuelo—. Pasaba la mayor parte del tiempo en el mar y, una vez en tierra, estaba todo el día borracho. No me acuerdo de él en absoluto.

Probablemente salvó a la familia que ésos fueran los primeros años de un gran ideal social. Les entregaron un piso en un bloque de viviendas recién construido de protección oficial en Ásvallagata, pagado con el fondo de pensiones de viudedad de los marineros. Eran pisos modernos de estilo funcional diseñados por el arquitecto Gunnlaugur Halldórsson, quien apenas contaba con veintitrés años de edad y acababa de llegar al país imbuido de las nuevas tendencias europeas. Los pisos disponían de agua corriente, inodoro, ducha y cocina eléctrica en un barrio nuevo promovido por Héðinn Valdimarsson, el líder sindical. La ambición era grande: un joven médico, Guðmundur Hannesson, participó en la planificación urbanística del barrio y prestó especial atención a la luz y a la calidad del aire. Mi abuelo se benefició del hecho de que en el año 1933 la gente ya hubiera empezado a entender que «los pobres» podían ser tan valiosos como «los ricos». Cuando conversaba con mi abuelo, a menudo surgía el tema de las viviendas de protección oficial de Ásvallagata, pues él se sentía muy agradecido por haber obtenido una de ellas. Se preguntaba con frecuencia qué habría sido de ellos si la familia se hubiera dispersado o qué vida habrían llevado de haberse alojado en un cuarto húmedo e insalubre en algún sótano.

A pesar del piso de protección oficial, mi abuelo tuvo que dejar la escuela a los once años para ayudar en la economía familiar trabajando como recadero y en el matadero; la salud de su madre era precaria y su hermana menor acababa de nacer. Algunos de sus contemporáneos de la escuela primaria acabarían siendo ingenieros o profesores de universidad.

—Yo era el mejor alumno de mi clase —dijo—. Y me da la impresión de que no todos los que continuaron sus estudios y llegaron a la universidad han sido más felices que yo.

Es imposible saberlo. A mí me parece que él ha vivido su vida con toda la plenitud que le ha sido posible, aunque percibo cierto deje de tristeza y nostalgia cuando habla de su escolaridad.

En los bloques de viviendas de protección oficial había una biblioteca pública llena de libros que él leía por las noches tras una larga jornada de trabajo. Era una persona muy competitiva y formó parte del primer equipo que ganó la liga islandesa de balonmano, el Valur, justo cuando la gente empezó a practicar ese nuevo deporte. Fue, además, campeón de Islandia de 1.500 y 5.000 metros lisos en 1942. En 2016 todavía lamentaba

que la sinusitis le hubiera impedido conseguir el título de campeón de Islandia de atletismo en 1943.

En su juventud ahorró lo suficiente para comprar una cámara y se convirtió en un gran aficionado a la fotografía. Instaló un cuarto oscuro en el sótano de su casa y en muchas ocasiones se lo veía corriendo a casa desde el estadio Melavöllur para revelar las películas y dictaminar quién había sido el ganador de una carrera. Lo que hoy en día conocemos como *foto finish*.

La máquina de diapositivas emite un zumbido, después se oye un chasquido y la brillante luz del proyector vierte un montón de colores por la pantalla. Mi abuelo ajusta el foco hasta dar forma a toda una sucesión de dalias, infinitas dalias que mi abuela y él cultivaban. Las imágenes aparecen a menudo al revés, las diapositivas suelen atascarse en la máquina, se superponen dos de ellas y se proyectan a la vez. Mi abuelo ajusta de nuevo el foco y las flores van apareciendo en orden: dalias rosadas, amarillas e intensamente rojas. Después llegan de nuevo las montañas, los coches, los terrenos desérticos y los infinitos bancos de nieve de lo alto del glaciar Vatnajökull, así como imágenes de Lech, en Austria, donde mis abuelos iban todos los años a esquiar con sus amigos.

Ahora las diapositivas parecen responder a un orden aleatorio, pero él recuerda todo lo relacionado con las imágenes. Recita de un tirón topónimos y fechas, a pesar de que apenas recuerda nada de su memoria reciente.

—Me ocurrió de un día para el otro —dijo—. Fue como un estallido, como si me hubieran disparado con un rifle en la cabeza: de repente no recordaba ni el más mínimo detalle.

Se ríe mientras lo dice, fiel a sí mismo. Lo que te lleva a plantearte cuántos traumas puede llegar a soportar una persona antes de dejar de ser ella misma.

A pesar de todo, mi abuelo sí ha cambiado estos últimos años. En su juventud fue tan competitivo que creímos que no llegaría a hacerse viejo, pero sucedió justo lo contrario: se ha ablandado como un plumón de ave, se muestra agradecido y casi sentimentaloide cuando elogia a mi abuela.

Cuando celebramos su nonagésimo tercer cumpleaños en el mes de noviembre, dijo: «¿Qué pasa? ¿Estamos en Pascua?» Al día siguiente, no se acordaba de la fiesta. Cuando le digo que celebramos su cumpleaños, se ríe y dice: «¡Fantástico! ¿Cuántos años he cumplido?» Le contesto que tiene ciento doce años. «No puede ser —responde,

incrédulo—. No puede ser.» Entonces le digo la cifra real. Le sigue pareciendo una cifra demasiado alta.

Una vez que lo acompañé al hospital entramos en el ascensor y él, tras contemplarse en el espejo, preguntó sorprendido:

—¿Quién es ése?

—Ése eres tú, abuelo.

—No, ¡yo soy pelirrojo!

—Ya no, abuelo.

—¡Vaya! —exclamó riendo, desconcertado—. Algunos querían llamarme panocha. Pero tan sólo lo intentaron una vez. —Entre risas, me mostró los puños apretados.

No recuerda lo que pasó el día anterior, pero se acuerda de que alguien me animó a presentarme a candidato a la presidencia.

—Me pareces demasiado joven —dice—. ¿Cómo crees que sería cumplir cincuenta años y ya haber sido presidente? ¿Qué harías?

Me pregunto cómo funciona la memoria. Mi abuelo no recuerda cuántos años tiene, no recuerda que ya no es pelirrojo pero, por alguna razón, logra acordarse de cuántos años tengo yo y calcular la edad que habría tenido después de dos legislaturas.

Las diapositivas siguen pasando. Ahora parecen seguir un orden más definido. Las excursiones a las tierras altas, la casa blanca del número 3 de Selás, que mi bisabuelo Filippus construyó cuando la familia de mi abuela se mudó al barrio de Árbær durante la guerra, mucho tiempo antes de que construyeran las zonas del extrarradio. Está también la foto de los hermanos de mi abuela.

—Sentí tal decepción cuando nació mi hermano Þórhallur —dice mi abuela—. Yo cerré los ojos y recé: «Dios mío, ¡llévate su pene!» —Luego ríe y se golpea el muslo—.

Pero todo salió bien. Más tarde nació mi hermana Þóra.

—Erais cinco hermanos, ¿verdad?

—Los que sobrevivimos éramos cinco, sí. Mamá perdió dos hijos —aclara mi abuela—. Dos de mis hermanos tan sólo vivieron un rato. Valur, que era mayor que yo, y Guðrún. Nacieron raquíticos y aguantaron un día. Mis padres se afanaron mucho por encontrar a un sacerdote, porque los niños que no se bautizan no van al cielo. Murieron enseguida; nunca supimos qué había pasado. Más tarde llegó Þórhallur, que estaba tan enclenque como los otros, pero llamaron al médico y sobrevivió. A menudo pienso qué habría sido de Guðrún y Valur si hubiese acudido a verlos un médico en lugar de un sacerdote.

Pienso en todas las generaciones que han sucedido a mi abuela y a sus hermanos. Me imagino a Valur como bisabuelo en algún lugar de la gran casa de Árbær, con sesenta descendientes. Invento una novela histórica basada en esa vida imaginada, una historia de cuatro generaciones que empieza cuando tan sólo hay una granja de turba y unas pocas chozas dispersas. La historia gira en torno al número 3 de Selás, la gran casa blanca con tejado rojo que construyó mi bisabuelo. Sospecho que cuando diseñó la casa tomó como referencia el palacio presidencial de Bessastaðir, porque era idéntica en tamaño y estructura. La familia se mudó allí tras la proclamación de la república islandesa en 1944, cuando todavía se consideraba que Árbær se encontraba en medio del campo. Con el paso del tiempo el barrio se llenó de casas, todas perpendiculares a la de mi bisabuelo. El libro podría ser una especie de *La isla del diablo*, los *Cien años de soledad* de Árbær.

—Yo nunca llevaba zapatos —dice mi abuela—. Mamá

insistía en que me los pusiera los domingos, pero el resto del tiempo caminaba por la orilla del río Elliðaár y hablaba con los duendes y los animales. Una vez conseguí hacerme amiga de un chorlito. Me fijé en él una primavera mientras todavía estaba en el nido. Fui paciente y me acerqué a él un poquito más cada día hasta que al final logré acariciarlo.

»Íbamos a buscar agua y aclarábamos la colada en la parte baja del río Elliðaár. Teníamos un falso fondo en el barreño. A veces los salmones pasaban por debajo —dice con una sonrisa—. Nos enviaban también a Árbær para comprar leche a la vieja granjera Kristjana. En la zona de Breiðholt la gente todavía vivía en viejas granjas de turba y no estaba urbanizada.

Mi abuela me dijo que una vez vio acercarse andando a un duende que salía de una cueva en la parte baja de la ladera de Breiðholt.

—Estaba dejando su ropa a secar sobre una roca. Llamé a mi familia. Llegaron todos corriendo y lo vieron, pero de repente se evaporó delante de nuestras narices. Nos

acercamos hasta los peñascos, la hierba junto a la roca estaba aplastada, pero ya no había nadie.

Mi abuelo saca un álbum de fotos de mi abuela cuando era joven; en una se la ve con quince años empujando una bicicleta.

—Esta foto es del verano de 1939, cuando fui en bicicleta a Stykkishólmur para ver a mi abuela. Fue el verano más caluroso de mi vida.

—¿Ibas en bicicleta desde Árbær? —pregunta mi hijo incrédulo.

—No, en realidad era desde Borgarnes. Tomábamos un barco allí. Dormíamos en los pajares y bebíamos agua de las pozas de la ciénaga por el camino.

Aun así era un recorrido de unos 150 kilómetros por caminos embarrados. Mi abuela es una heroína de la familia; presumíamos de ella cuando éramos niños, decíamos: «Mi abuela es más fuerte que tu padre.» Fue la primera mujer islandesa en obtener la licencia para pilotar planeadores, aprobó el examen en 1945.

—Éste es el planeador Schulgleiter —dice—, y después volé con el Grunau Baby.

Me muestra el carnet de piloto y una foto en la que aparece sentada en algo parecido a un tronco con alas.

Tiene un aire al aparato que fabricaron los hermanos Wright en los albores de la aeronáutica.

—Pilotar planeadores es algo muy especial. No tienen motor. Alzan el vuelo y después te deslizas en silencio, como un pájaro.

—¿Nunca tuviste miedo? —le pregunto.

—¿Sabes una cosa? Aunque parezca sorprendente, nunca tuve miedo —responde—. Lo malo era que por aquel entonces todavía no se practicaba el paracaidismo. Me habría gustado probarlo.

De niños, los hermanos de mi abuela soñaban con volar. En 1930 corrieron hasta la cima del monte Skólavörðuholt para ver cómo el dirigible *Graf Zeppelin* se deslizaba por encima de Reikiavik. En 1933 contemplaron embelesados a Italo Balbo, el famoso aviador italiano, aterrizar junto a todo su equipo en la bahía de Sundin; fueron 24 aviones en total. Charles Lindbergh, el aviador más valiente del mundo, pasó por allí

un poco más tarde ese mismo verano. Todos esos héroes recibieron una magnífica acogida: una banda de música tocó en su honor y el presidente del gobierno los invitó a un almuerzo oficial.

Uno de los hermanos de mi abuela, Helgi, fue a Alemania justo antes de la guerra para aprender a pilotar. Pero resultó que era daltónico y tuvo que volver a casa. Resultó traumático, pero es posible que eso le salvase la vida, o al menos la conciencia, porque seguramente habría acabado en las fuerzas aéreas alemanas, la Luftwaffe. Mi bisabuelo llevó a sus hijos al oculista y todos, uno tras otro, vieron cómo se desvanecía su sueño de convertirse en aviadores debido al daltonismo.

Cuando en marzo de 1947 el volcán Hekla, que había permanecido cien años dormido, entró en erupción, mi abuela llamó a un amigo suyo que tenía una avioneta biplaza y le preguntó si no le parecería divertido verlo desde las alturas. Su amigo aterrizó en el lago Rauðavatn, que estaba congelado, y mi abuela montó rauda en el aparato. Despegaron y sobrevolaron el volcán ardiente mientras una lluvia de cenizas tamborileaba contra las alas. El estruendo era tal que ni siquiera podían oír el ruido del motor; tampoco había modo de mantener una conversación.

—Fue maravilloso —dijo mi abuela—. Pedazos de lava incandescente revoloteaban a nuestro alrededor. Algunos tenían el tamaño de esta mesa. —Agita los brazos riendo—. Aterrizamos en un campo junto a una granja, Ásólfsstaðir, cerca del Hekla, con la intención de tomar un té en la casa, pero allí no había nadie: ¡todos se habían marchado!

En marzo de 1947, mis madres gemelas tenían aproximadamente seis meses de edad.

—¿Cómo se te ocurrió sobrevolar un volcán en erupción en un avión de un solo motor con dos niñas de seis meses en casa? ¿Qué te dijo tu madre?

—Mi padre siempre me animó —dijo mi abuela—. Disfrutaba con mis aventuras. Yo conocía al piloto y, además, toda mi familia sentía una gran pasión por el mundo de los aviones. Si uno tuviera siempre en cuenta lo que puede pasar, nunca haría nada.

—¿Dónde estaba el abuelo Björn?

Negó con la cabeza.

—Siempre andaba por ahí, en el campo, atendiendo a sus obligaciones como médico. Lo veía más bien poco. Después se marchó a América para estudiar cirugía. Lo esperé seis años. No hice absolutamente nada —dijo mi abuela—, apenas iba al cine. Después volvió a Islandia y se trajo un coche. Yo fui tan tonta que me apresuré en obtener el

permiso de conducir porque creía que aquel coche era para nosotros dos. Pero él lo trajo sólo para venderlo y pagar así su matrícula universitaria.

Se probó también un vestido de novia antes de que Björn volviese, pero Filippus, su padre, era más realista.

Mientras ella se probaba el vestido, permaneció sentado en la habitación calculando qué pensión tendría que pasarles mi abuelo Björn por la manutención de las niñas. Y estaba en lo cierto. Björn llegó para poner fin a su relación con mi abuela.

—Me afectó tanto que di varias vueltas al estanque de Reikiavik, completamente destrozada.

—¿Te habría gustado ser la esposa de un médico y trabajar de ama de casa en Estados Unidos?

—No. Después de todo, tuve suerte. Empecé a practicar el senderismo de montaña y conocí a Árni.

Mi abuelo vuelve a la realidad cuando oye su nombre. Últimamente ha empezado a repetirse y sus palabras suelen ser inacabables declaraciones de amor.

—No sabes lo feliz que soy de haberme casado con tu abuela. Es un auténtico tesoro. No sé qué habría sido de mí sin ella.

—¿Dónde os conocisteis? —pregunto.

—Nos conocimos gracias a Guðmundur Einarsson, en la asociación montañera. Los dos estábamos en el comité de festejos. Se celebró un encuentro regional en el centro de esquí de Hveradalir. La invité a que se uniese a nuestra expedición al glaciar; necesitábamos a alguien que nos ayudase con la comida en la base de investigación de Jökulheimar. Algunos destacados miembros de la asociación de esquiadores de Reikiavik se escandalizaron: «¿Estás loco? ¿Vas a llevarte una mujer al glaciar?» «Por supuesto.»

Mi abuela añade:

Esprint final en el estadio Melavöllur. Fecha y hora desconocidas. Árni Kjartansson

Desenterrando el avión de transporte Dakota del ejército de Estados Unidos en Bárðarbunga en 1951. Árni Kjartansson.

Hulda y su amiga Hrefna fueron en bicicleta hasta Stykkishólmur en el verano de 1939, a la edad de quince años. Fotografía de Hrefna Einarsdóttir. De la colección privada de Hulda Guðrún Filippusdóttir.

Hulda, con dieciséis o diecisiete años, en un planeador Schulgleiter en el verano de 1940 o 1941. Fotografía de Helgi o Pétur Filippusson. De la colección privada de Hulda Guðrún Filippusdóttir.

Las hermanas gemelas Guðrún y Kristín (mi madre) delante de un planeador en el Aeroclub Islandés, probablemente en el verano de 1950. De la colección privada de Hulda Guðrún Filippusdóttir.

—Cuando conocí a Árni acababa de apuntarme a la Asociación Islandesa de Glaciología. Le insistí para que me llevase con ellos a Vatnajökull. Ya había ido dos veces al glaciar Snæfellsjökull, así que no podía ser algo tan complicado.

La expedición partió en mayo de 1955. En el libro de invitados de la cabaña de Jökulheimar puede leerse lo siguiente:

Esta cabaña se llama Jökulheimar y es propiedad de la Asociación Islandesa de Glaciología.

—

Los abajo firmantes, de modo voluntario, la construimos entre el 30 de mayo y el 15 de junio de 1955. Pero durante la semana del 5 al 12 de junio fuimos a esquiar al glaciar Vatnajökull con Guðmundur Jónasson. En general el tiempo fue propicio y disfrutamos al máximo de nuestra estancia aquí, en Tungnaárbotnar, y también en el propio glaciar Vatnajökull.

Jökulheimar, 15 de junio de 1955.

Hulda Filippusdóttir, Árni Kjartansson, Haukur Hafliðason, Árni Edwins, Steinunn Auðunsdóttir, Sigurbjörn Benediktsson, Stefán Jónasson.

Mi abuelo me enseña fotos de la cabaña.

—Durante ese viaje decidimos que el año siguiente emprenderíamos una expedición de mayor envergadura: nuestra luna de miel. Mi hermana preguntó escandalizada: «¿Vas a casarte con una mujer que ya tiene dos niñas?» «No he tomado una mejor decisión en toda mi vida.»

Mi abuelo lleva una camisa de cuadros azules; sus manos todavía son fuertes y ásperas. Sus pantalones de pana están gastados de trabajar en el jardín. Le fallan las piernas y suelo pensar en él como si se tratase de un valioso jarrón de porcelana, una antigualla que se tambalea y que parece a punto de caerse pero que, de pronto, se endereza.

Las diapositivas siguen pasando en la pantalla; ahora son imágenes relacionadas con el esquí. Mi abuelo acarreando madera para la cabaña de Draumadalur en las montañas Bláfjöll. Debido al nombre del valle, el Valle de los Sueños, la cabaña se llama Himnaríki, el Reino de los Cielos; es decir el Reino de los Cielos en el Valle de los Sueños. Aparecen más fotos de refugios de montaña, de jóvenes cantando y bailando, imágenes del Reino de los Cielos II, construido después del incendio que arrasó el primer Reino de los Cielos.

—El nombre Reino de los Cielos a veces daba pie a malentendidos —dice mi abuela con una sonrisa—. Nuestra amiga Magga iba en el autobús con su hijo y éste le preguntó: «¿Dónde está papá?» «Está en el Reino de los Cielos con Árni», respondió ella. «¿Cuándo volverá a casa?» «El lunes», contestó. Un sacerdote que se hallaba a su lado le dio un codazo y le dijo en tono grave y compasivo: «Debería contarle la verdad al niño, buena mujer.»

En la colección de mi abuelo hay documentales de los primeros años de investigaciones glaciológicas regulares en Islandia, películas de los primeros ejercicios del Equipo de Rescate Aéreo, de vuelos en planeador sobre Sandskeið y del barrio de Árbær todavía en construcción.

—El Reino de los Cielos era un lugar maravilloso, fue una época fantástica. La gente iba a pasar allí los fines de semana o incluso las vacaciones de Semana Santa enteras. Podíamos alojar a unas setenta personas —dijo mi abuelo—. No soy capaz de recordar todos los matrimonios que se gestaron allí en esos años.

Fue la primera generación que practicó deporte en la montaña. En aquella época el equipo de los esquiadores era rudimentario, además la gente tenía que caminar varios kilómetros hasta alcanzar el refugio, hiciera el tiempo que hiciese. No había telesillas, ni electricidad, ni vehículos oruga, ni forros polares, ni Gore Tex, ni motonieves ni vehículos todoterreno que llevaran a la gente hasta el lugar. Sin embargo, todos los que pasaron unos días en la cabaña en esa época los recuerdan como el súmmum de la felicidad.

Cuando echamos la vista atrás, tenemos la impresión de que aquella generación se vio obligada a construirlo prácticamente todo desde cero: fundaron la república de Islandia, crearon asociaciones, edificaron casas, establecieron infraestructuras modernas, erigieron Reikiavik sobre una colina. Cuando estoy en compañía de mis abuelos, noto que me invade una extraña melancolía. Escucho sus historias, miro las fotos, y no sé si trato de conservar esas historias por sí mismas o si pretendo preservarlos a ellos y a sus vidas, como si así pudiera mitigar una pérdida ineludible.

Mi abuelo Árni nació en Hlaðbær cuatro años después de que se firmara el armisticio de la Primera Guerra Mundial. Pienso en todo lo que ha vivido y en los cambios que experimenta el mundo en el tiempo que abarca la existencia de una persona. Pienso en todas las guerras y en todos los adelantos, todas las revoluciones artísticas y científicas y pienso en el futuro que nos espera dentro de cien años, y a la vez intento evaluar y comprender las predicciones de los científicos sobre adónde nos dirigimos.

Mi abuelo se acerca a la máquina de diapositivas cuando una de las imágenes se queda atascada y sólo se ve luz blanca en la pantalla. Me gustaría preguntarle muchas cosas antes de que él mismo se desvanezca en la luz.

—

El vasto espacio que Dios inunda de silencio

La estantería de teca del despachito de mi abuelo se combaba bajo el peso de los libros sobre floricultura, las obras completas de Jón Trausti y algunos anuarios de *Jökull*, la revista de la Asociación Islandesa de Glaciología. También estaba mi obra favorita, el gran libro sobre los pájaros de Benedikt Gröndal. Pero un día me percaté de la presencia de un libro con las tapas azul celeste: *Á hreindýraslóðum* [Tras las huellas de los renos] de Helgi Valtýsson, publicado en el año 1945. El libro describe los viajes que realizaron Helgi Valtýsson y Edvard Sigurgeirsson por las tierras altas de Islandia, al norte del glaciar Vatnajökull, en 1939, 1943 y el año de la independencia de Islandia y de la fundación de la república islandesa, 1944. La expedición tenía como objetivo encontrar los últimos rebaños de renos de Islandia, los últimos descendientes de los renos traídos al país en 1797. Los renos se habían dispersado por todo el territorio hacia el norte de Melrakkaslétta y al sur de Reykjanes, pero prácticamente se habían extinguido en todas partes. El último grupo, por lo visto, había sobrevivido en una especie de valle oculto a los pies del glaciar Brúarárjökull y su zona de cría se hallaba en Kringilsárrani.

Helgi Valtýsson era un poeta romántico y un progresista miembro de la Asociación Juvenil, que había sido fundada en 1907 para promover los ideales patrióticos y un estilo de vida saludable. Por alguna extraña razón, se me pasó por alto su obra sobre los renos cuando escribí *El país de los sueños: Manual de autoayuda para una nación atemorizada* para defender las tierras altas de Islandia y, en concreto, esa zona que Valtýsson describe. Cuando abrí aquel libro, aparecieron maravillosas imágenes pintadas a mano acompañadas por descripciones del viaje. Sin embargo, el texto distaba mucho de ser una narración del día a día de las marchas por las montañas. Era un himno exaltado, con un lenguaje barroco muy distinto al que había encontrado en la mayoría de los libros de viajes:

> Las tierras altas tienen la amplitud de un abrazo y el azul de las montañas. Su calma nos vuelve silenciosos y receptivos. Fascinados, escuchamos nuestra respiración y a nuestra alma, que habíamos tenido en el olvido durante años. Aquí percibimos, en primer lugar, la inconmensurable extensión de nuestro espíritu y permanecemos inmóviles, maravillados en el profundo silencio y llenos de una inefable veneración por el carácter divino del alma. La lejanía, el azul de montaña, las grandes superficies heladas, el vasto murmullo del silencio; todo esto se refleja y resuena bajo la bóveda del alma, que abarca el cielo y la tierra, todo el campo de visión del espíritu. Lloramos de la emoción, y nuestro llanto resuena como una campana trémula en el vasto espacio que Dios inunda de silencio, volviéndonos uno con él.[4]

Leí el texto en voz alta y me detuve un buen rato ante estas palabras: «y nuestro llanto resuena como una campana trémula en el vasto espacio que Dios inunda de silencio». He leído muchos volúmenes llenos de poemas sublimes sobre la naturaleza y apenas puedo recordar haberme topado con una retórica tan impactante. Y ese magnífico pasaje no constituía un ejemplo aislado, más que un relato de viajes el libro en su totalidad era una exaltada declaración de amor por aquella naturaleza. Helgi escribe un canto de alabanza a la región oriental de Islandia y las tierras altas que se extienden al norte del glaciar Vatnajökull, especialmente la comarca de Kringilsárrani, que es un lugar único en el mundo. Kringilsárrani era en aquella época una especie de isla, una cuña de cincuenta kilómetros cuadrados cubiertos de vegetación a seiscientos metros de altitud sobre el nivel del mar. Estaba delimitada, a un lado, por dos ríos glaciares indómitos casi intransitables y, al otro, por el glaciar Brúarárjökull. Había allí altas cumbres con glaciares, así como las llamadas morrenas de empuje, montículos de tierra fértil que el glaciar había depositado durante su avance en 1890. Daba la impresión de que el glaciar hubiera atrapado la capa de vegetación y la hubiera extendido ante él como una alfombra. Dichos montículos eran de unos diez metros de altura y no tenían parangón en la historia geológica reciente. Tan sólo en el archipiélago de las Svalbard podemos encontrar ejemplos de glaciares que hayan avanzado y arrastrado consigo la vegetación de manera similar.

Helgi y Edvard residieron en las zonas más lejanas y deshabitadas, donde prácticamente nadie se ha aventurado. Edvard hizo fotografías y grabó películas y Helgi escribió un diario sobre sus viajes en el que reflejó su confrontación con aquellas gloriosas montañas. Cuando Helgi se fue de allí, la melancolía se apoderó de su corazón.

> Seguramente mi compañero y yo nos hemos despedido de la comarca de Kringilsárrani y de las tierras deshabitadas del oeste para una larga temporada; yo, con toda probabilidad, para siempre. Pensar en ello despierta una dolorosa añoranza y un misterioso anhelo en nuestro corazón [...]. Quien haya contemplado con los ojos del cuerpo y del alma la sinfonía de contornos y colores azul nocturno de esos lugares no los olvidará jamás. La paz inquebrantable, el sosiego de estos páramos, más allá de toda comprensión terrenal e inteligencia superior, se filtran y fluyen por los helados páramos de la mente y el alma.[5]

Helgi Valtýsson nació en 1877 y cuando alcanzó la madurez el espíritu de los fundadores de la revista *Fjölnir* (1835-1847) todavía se palpaba en el ambiente: un anhelo de independencia y progreso cimentado en la nostalgia por el pasado y por el romanticismo. Helgi describe su estancia en la comarca de Kringilsárrani como una

auténtica iluminación espiritual. Sus textos se inscriben en una tradición centenaria según la cual la verdadera virilidad se demostraba componiendo panegíricos al chorlito dorado, al zarapito trinador, a la agachadiza común y a los lagos que se extienden entre los brezales; redactando elegías al verano, a las montañas, a las laderas cubiertas de flores y a la esperanza. Escribió desde esa perspectiva a pesar de las duras condiciones sociales de su tiempo, tales como la mortandad infantil, la pobreza y las enfermedades. Hay cierta dulzura en esta visión romántica de la vida; resultaría muy difícil encontrar otros ejemplos tan destacados de esa genuina veneración de la naturaleza en toda la literatura islandesa. Cabe suponer que fue precisamente en esa época, con el libro de Helgi Valtýsson, cuando esa filosofía romántica alcanzó su gran apogeo. El vocabulario atesorado a lo largo de cien años de romanticismo le permitió captar la emoción que producen las montañas con un torrente de barrocas y expresivas metáforas.

En su primer viaje, Helgi y Edvard estuvieron en la comarca de Kringilsárrani dos semanas entre finales de agosto y principios de septiembre de 1939, privados de todo contacto con el mundo exterior. Cuando regresaron a la civilización, los alemanes habían invadido Polonia y el mundo había cambiado por completo. El libro se publicó en el año 1945, el mismo en que se lanzó la primera bomba nuclear y la «poesía atómica» modernista se apoderó de la escena literaria islandesa. El mundo había perdido su inocencia y las miserias de la guerra habían llevado a muchos a plantearse dónde se había metido ese ser al que llamaban Dios. Los textos que mostraban una desacomplejada fe en la belleza, en armonía con la omnipotencia divina, ya no tenían cabida. Los poetas compusieron abstrusos poemas modernistas: Steinn Steinarr escribió «El tiempo y el agua» y otros poetas hablaron de esa «nada» que les esperaba después de la muerte. Halldóra B. Björnsson escribió:

> En la fría oscuridad de la tierra acaba nuestro viaje y ya no sabremos que hemos hecho ese trayecto.

Europa ardía y la guerra transformaba el mundo y generaba numerosas industrias. La construcción de aviones y la producción metalúrgica cambiaron de la noche a la mañana. Se puso en marcha la industria nuclear y la fabricación en serie multiplicó su rendimiento. La industria mundial del aluminio creció un 1.000 % en pocos años para hacer frente a la demanda de bombas y aviones durante la contienda.[6] Estados Unidos ordenó a la empresa Alcoa que construyera unas veinte nuevas fábricas en tres años y le dio prioridad absoluta a la hora de obtener capital y materias primas, por delante de las necesidades cotidianas de la población.

Cuando acabó la guerra, la producción industrial no disminuyó, todo lo contrario, la industria del aluminio encontró una salida alternativa para sus productos con el surgimiento de la economía de consumo desechable. Diseñadores emprendedores desarrollaron productos que hicieron posible a las personas usar una sola vez platos, cubiertos, envases para alimentos, papel de aluminio y otros objetos valiosos. Empezaron a venderse bebidas en latas de aluminio, que requieren un considerable gasto de energía pero que podían tirarse a la basura en lugar de lavarse y devolverse a la tienda, como se había hecho toda la vida con las botellas de vidrio. Era una forma de pensar opuesta a los valores de las generaciones anteriores, que aprendieron a respetar lo valioso: no tiraban nada, preparaban la comida ellos mismos, arreglaban las cosas que se estropeaban y lo aprovechaban todo.

La sociedad del embalaje y la sociedad de consumo unificaron su insaciable necesidad de obtener materias primas, una necesidad que obligaba a devastar zonas vírgenes de todo el planeta. En 2002, el consumismo a nivel mundial había ya extendido sus tentáculos hasta los lugares más recónditos del norte del planeta. Decidieron inundar la mayor parte de la comarca de Kringilsárrani para convertirla en un embalse de cincuenta kilómetros detrás de la presa de Kárahnjúkar. ¿Con qué propósito? Producir electricidad subvencionada para la planta de aluminio de Alcoa en Reyðarfjörður. Esa planta fabrica una parte del aluminio que los estadounidenses tiran diariamente a los vertederos. Cada año, contando únicamente las latas de bebidas, se tira a la basura una cantidad de aluminio que cuadruplica el que se necesita para toda la flota aérea de Estados Unidos. El reciclaje de las latas en Estados Unidos habría permitido evitar la construcción de tres o cuatro de esas fábricas.

«El vasto espacio que Dios inunda de silencio» y todo el entorno natural que Helgi describió en su libro desaparecieron para siempre bajo doscientos metros de turbias aguas glaciares cuando en el otoño de 2006 instalaron el tapón que sellaba la presa de Kárahnjúkar. Pero la zona no quedó sumergida para siempre porque la superficie de las aguas se desplaza y deja tras de sí un litoral de barro extremadamente fino que abarca una gran cantidad de kilómetros cuadrados. Cada primavera resurge la tierra muerta, gris como un fantasma. Kringilsárrani es tan sólo una de los miles de joyas que los actuales habitantes del planeta tiran todos los años, literalmente, a la basura.

—

El bloqueo del escritor

Visité la reserva de Kringilsárrani cuando todavía existía y experimenté de primera mano el mágico mundo sobre el que Helgi había escrito. Caminar por ese valle de animales que bordeaba el río Jökulsá, contemplar los nidos de las ocas en los bordes de las quebradas formadas por paredes basálticas y detenerme en las peñas, de un tono rojo vivo, junto a los rápidos de Rauðuflúðir, frente al atronador río glaciar, fue una experiencia incomparable. Era hipnótico observar cómo la corriente se abría paso a través de las estrechas grietas rocosas hasta casi desaparecer en remolinos ensordecedores que lanzaban rocas contra la orilla, como una erupción descontrolada, un informe caos. Sobre mi cabeza planeaba un halcón. Me topé con la peña de Gljúfrabúinn; era un símbolo en la comarca y enseguida entendí que no era una roca cualquiera. Aunque yo había ido en son de paz, me pareció que mi presencia le molestaba.

Nunca me habría atrevido a expresar mis pensamientos del modo en que lo hizo Helgi, nunca habría escrito: «Junto a la cascada de Töfrafoss las cuerdas del harpa de mi alma vibraron mientras el Creador tocaba el bajo que eran las aguas crecientes del Kringilsá...» Si hubiera usado un lenguaje así en mi libro *El país de los sueños*, no me lo habrían publicado. Lo habrían considerado una de esas tonterías *new age* tan de moda entre los jóvenes urbanitas. La devastación desenfrenada que se cernía sobre esa comarca excepcional me abrumaba y me entristecía hasta tal punto que decidí emplear palabras que a los lectores les parecieran moderadas y atractivas. Utilicé el lenguaje propio del liberalismo, de la innovación, del utilitarismo y del marketing. Planteé la importancia que tenía la zona para la imagen general de Islandia, los potenciales ingresos del turismo, su valor como área de investigación, e incluso sugerí la posibilidad de que las tierras altas atrajesen inversiones extranjeras como lugares para rodajes cinematográficos o publicitarios. Las películas crean experiencias, aunque ver el paisaje en una pantalla no puede reemplazar el hecho de visitarlo. Vivimos en una época en la que el dinero es la medida de la realidad. Así pues, no podía argumentar el derecho a existir de la naturaleza, su valor esencial, aduciendo que allí encontraríamos el espacio inabarcable de Dios.

En los debates sobre las tierras altas de Islandia se había dado la vuelta a todos los argumentos lógicos. En lugar de considerar que la virginidad de esas tierras era una prueba de su valor e importancia, esa cualidad se volvió contra ellas; en consecuencia, se la tachó de «impopular». El principal argumento era el siguiente: si un paraje natural no tenía suficientes plazas hoteleras, tiendas, estaciones de servicio, líneas de autobuses

y guías turísticos, si no había gente que la contemplara o la usara, carecía de valor. Había que poder rentabilizar la naturaleza de alguna manera, aunque sólo fuera como decorado de un anuncio de automóviles. Nada podía tener un objetivo indeterminado, todo debía ser cuantificable, y poco importaba si dicha tasación se correspondía con la realidad o no. El poder para definir la realidad y concretar el valor de la naturaleza recaía en la economía.

Los políticos menospreciaban la región, decían que no tenía nada especial. Los granjeros que «poseían» las tierras salían en los periódicos y declaraban que, efectivamente, no era una zona demasiado interesante y que eran los habitantes de la ciudad los que estaban volviéndose locos con ese asunto: «A decir verdad, estaría encantado de no tener que llevar las ovejas a las quebradas todos los años.»

Yo formaba parte del grupo que veía aquella comarca como el enclave perfecto para un parque nacional, por lo que a menudo me ponían como ejemplo del moderno urbanita obsesionado por vivir su primera experiencia en la naturaleza salvaje. Del mismo modo, se acusaba a los fotógrafos de exagerar la belleza del lugar retocando sus imágenes con Photoshop y sirviendo sin duda a alguna causa oculta.

Helgi Valtýsson pasó un tiempo en Kringilsárrani mucho antes de que otros intereses entraran en juego. Su libro es la única evaluación de impacto medioambiental independiente realizada en la comarca. Valtýsson no fue sino un hombre que se enfrentó de cara a la naturaleza; ciertamente nunca se le ocurrió que el poder destructivo de la humanidad pronto se apoderaría de ese remoto páramo. «Cuando muera, mi alma recalará en el monte Snæfell», dice, y a continuación se deja llevar por un estallido sentimental: «¡Oh, Dios de Snæfell y espíritu eterno de estos páramos! Me concediste esta tierra con el compromiso y la obligación de amarla y servirla con todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma. Para que se convirtiera en mi anhelo y mi deleite, mi pena y mi gozo.»

Cuando afirmé que esas tierras eran hermosas, me acusaron de exagerado. En la época en que fui a Kringilsárrani estaba escribiendo un libro de relatos. Tras recorrer la comarca durante varios días, mis ideas me parecieron insignificantes, de escaso interés en comparación con la belleza de aquel paraje natural que iban a inundar de forma inminente. Vi cómo las excavadoras y los camiones levantaban una presa de 190 metros de altura en la quebrada de Hafrahvammagljúfur; era gris como una estrella muerta. Me pareció espantoso que hubieran condenado 50 kilómetros cuadrados de aquella hermosa tierra a perecer ahogada bajo las aguas de un embalse muerto y gris. Aquello se parecía al bloqueo que sufren los escritores en sus dos hemisferios cerebrales, el bloqueo que impide que algo llegue a aflorar en su pensamiento. Las empresas

energéticas tenían ambiciosos proyectos que conllevarían la destrucción total de muchas de las joyas naturales de las tierras altas de Islandia. Querían inundar Þjórsárver, la mayor zona de anidación del mundo de los ánsares piquicortos, construyendo un embalse del tamaño de la ciudad de Reikiavik. El área geotermal de la región de Torfajökull estaba en peligro. La cascada de Aldeyjarfoss en el río Skjálfandafljót, las corrientes glaciares de la comarca de Skagafjörður, casi todo lo hermoso y sagrado de las tierras altas de Islandia estaba en riesgo de saltar por los aires, embalsarse o ser inundado para vender energía barata a las fábricas de aluminio.

Islandia, que se había ahorrado lo peor de la Revolución Industrial, iba a cometer, en los primeros años del siglo XXI, todos los errores en los que había incurrido el resto mundo durante la centuria anterior. Muchos de mis conocidos no pudieron escribir ni pensar en otra cosa durante años. Podía ver cómo el activismo iba quemándolos a todos, uno tras otro.

Cuando leí el libro de Helgi entendí hasta qué punto en nuestra época estábamos atrapados por el discurso dominante. Su texto no mostraba ese sesgo económico propio del lenguaje actual según el cual la cultura es una inversión y la naturaleza un recurso todavía no explotado. La posibilidad de que la naturaleza pudiera estar por encima de cualquier definición, ser incluso «sagrada», no es un argumento aceptable en nuestros días. Helgi era un hombre libre, nunca habló del turismo, de puestos de trabajo o de los beneficios obtenidos con las exportaciones. Podía escribir como le viniera en gana acerca de la belleza, la naturaleza y lo sublime.

Cuando visité esos parajes pasé un día en un prado junto a la estruendosa cascada de Töfrafoss, y al regresar al campamento una luna llena se cernía sobre el monte Snæfell. Me sentí igual que Helgi cuando escribió:

> La noche es silenciosa y sosegada, fresca y pura, imperturbable. Como si todos los vínculos físicos con el mundo exterior se hubieran roto. El alma se encuentra sola, henchida de paz y del inmenso sosiego de la naturaleza. Muda y omnisciente. El tiempo y la eternidad discurren a través de ella como un lento rumor de felicidad dulce e indescriptible. [...]
>
> En la calma del páramo, comprendemos a la perfección hasta qué punto nuestra vida es una maravillosa e increíble aventura, un don divino que raramente entendemos ni valoramos en su justa medida.[7]

Llama la atención que las tierras donde Helgi encontró la fuente de sus sublimes sentimientos e inspiración se convirtiese años después en el compendio de la

polarización, la hostilidad y discordia entre los islandeses. Y a todos los que, igual que Helgi, sintieron la llamada de la naturaleza virgen, se les tachó de ecologistas radicales.

Helgi Valtýsson nació en la región este de Islandia, dos años después de que entrara en erupción el volcán Askja, en 1875, que provocó daños considerables. Creció en una época en que la gente todavía moría de hambre en Islandia, y en la que el 20 % de los islandeses abandonaban el país en busca de oportunidades en Estados Unidos y Canadá. Tenía cuarenta y un años durante el conocido como invierno de la «gran helada» de 1918, cuando la gripe española se llevó por delante a casi quinientas personas en Islandia. En 1939, Helgi era septuagenario. Setenta años después, Islandia nadaba en la abundancia. Teníamos más coches por persona que cualquier otro habitante del planeta, más televisores, más aviones, más barcos... Y, con mucha diferencia, éramos los principales productores de aluminio per cápita. Fue justo en ese momento cuando la reserva de Kringilsárrani dejó de estar protegida y fue inundada. El fotógrafo Ragnar Axelsson me llamó cuando anegaron los rápidos de Rauðuflúðir y me dijo que harían lo mismo con la quebrada de Stuðlagátt a finales de aquella semana. Se me hizo un nudo en la garganta. Me sentí como si acabaran de comunicarme el fallecimiento de un amigo.

¿Cómo pudo Helgi sentir aquellas emociones sublimes hacia la naturaleza en una época tan difícil, cuando la escasez y la miseria reinaban en todos los ámbitos? Durante la juventud de Helgi, toda una generación de poetas muertos de hambre elogió a las flores y a los pájaros con tal arte que la mitad de aquellas especies islandesas dejaron de cazarse o de comerse a partir de mediados del siglo XIX. Según la teoría de la pirámide de Maslow, quienes han logrado satisfacer sus necesidades básicas deberían tener una visión más elevada de la naturaleza que los pobres poetas de la época romántica. Hemos producido tres veces más energía de la que necesita nuestro país, nos sobra comida y tenemos los trasteros atestados de utensilios y cacharros. ¿Por qué mi generación no es capaz de hablar libremente como Helgi, en lugar de dejarse amordazar por un discurso imaginario basado en aspectos económicos y racionales? ¿No deberíamos dejar de mirarnos el ombligo y tener en cuenta un contexto más amplio? Es como si los que están en el poder se hubieran preparado para cualquier eventualidad y hayan establecido las cosas de modo que la población nunca se sienta segura, siempre tenga hambre, miedo y esté dispuesta a sacrificar un valle más o unas cuantas cascadas más.

Esto da pie a otra pregunta. El valle que inundaron tenía 50 kilómetros cuadrados de superficie. ¿Por qué nuestra reacción no es mil veces más intensa cuando contemplamos el mismo panorama a escala mundial? Según los pronósticos de los científicos en relación con el calentamiento global, el nivel de los océanos aumentará entre treinta

centímetros y un metro a lo largo de este siglo debido al deshielo de los glaciares y el crecimiento de los mares. Al derretirse, el conjunto de los glaciares islandeses elevará el nivel del mar más de un centímetro, pero si las enormes capas de hielo de Groenlandia y la Antártida empiezan a derretirse, podemos prever un incremento de decenas de metros. Siendo prudentes y contando tan sólo con un aumento de unos 74 centímetros en este siglo, se sumergirán en el océano 400.000 kilómetros cuadrados de tierra, es decir, cuatro veces el tamaño de Islandia; un área mayor que toda Alemania.[8] Corre peligro la existencia de ciudades grandes y antiguas, costas, puertos y marismas, de monumentos patrimonio de la humanidad, de yacimientos arqueológicos, fábricas, centros turísticos, granjas, tierras de cultivo, reservas naturales y estuarios. En esos lugares viven unos 115 millones de personas.

Y hasta aquí sólo hemos abordado las consecuencias del aumento del nivel del mar, no del incremento de las temperaturas, de la desertificación, de las sequías, de los incendios forestales, del descenso de los acuíferos, del deshielo del permafrost o de la acidificación de los mares.

Siento un zumbido en mi interior. Todas estas palabras forman un agujero negro que no puedo percibir directamente porque su enorme tamaño absorbe todo su significado.

Si Helgi se refirió a Kringilsárrani como «el vasto espacio que Dios inunda de silencio», ¿qué palabras pueden emplearse para hablar de la atmósfera que respiramos y de cómo los seres humanos están cambiando la composición de dicha atmósfera? ¿Qué palabras pueden utilizarse cuando la gente se preocupa por el futuro del mar y su ecosistema? ¿Qué palabras tenemos para las selvas, los pulmones de la tierra?

Para hablar del planeta ¿debemos recurrir a las palabras de la ciencia, de los sentimientos, de la estadística o de la religión? ¿Hasta qué punto podemos ser subjetivos o sentimentales? ¿Es posible recurrir a elevadas declaraciones de amor, a fríos términos económicos, a metáforas militares o a complejos conceptos filosóficos? ¿Derecha? ¿Izquierda? ¿Bonito? ¿Feo? ¿Crecimiento económico? ¿Es la tierra un recurso desaprovechado, una realidad sagrada infinita, o hay que reducir las zonas vírgenes a tablas y gráficos que cuantifiquen el valor económico y social de la naturaleza en el anexo 4b de un informe sobre el impacto ambiental?

La misma semana de octubre de 2018 en que el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas publicó una especie de «grave advertencia» como parte de un informe especial sobre los impactos del calentamiento global de 1,5 grados centígrados, internet fue invadida por una serie de problemas menores, todos ellos fáciles de entender y adecuados para provocar una

acalorada reacción. En Islandia, por ejemplo, estallaron sendas agrias polémicas por las 800.000 coronas empleadas en la importación del césped que el ayuntamiento de Reikiavik plantó en el barrio de Nauthólsvík y por si había que considerar arte a una reproducción del artista Banksy que colgaba en el despacho del alcalde.

El informe, que atrajo escasa atención, hablaba de los océanos, de la atmósfera, de todos los países del mundo y del futuro de la humanidad en los próximos cien años, así como de las medidas necesarias para evitar el desastre. Describía con detalle los cambios climáticos más vertiginosos que han tenido lugar en el último millón de años, así como su enorme impacto en miles de millones de personas en millones de kilómetros cuadrados.[9] Sí, el informe era importante, pero era más fácil pensar en lo mucho que había costado el césped de Nauthólsvík o en una reproducción en un despacho. Es decir, todo quedaba envuelto en un zumbido ensordecedor.

Si mi vida, mi tierra y mis descendientes corren peligro, ¿no tengo la obligación de entender qué es lo que está en juego? ¿Qué palabras serán capaces de explicar el mundo?

—

Contar historias

Mi excursión a Kringilsárrani me inspiró la escritura de *El país de los sueños*, un libro que me llevaría a viajar por el mundo. Di una conferencia en Múnich y participé en una mesa redonda con Wolfgang Lucht, el director del Instituto de Investigación del Cambio Climático en la ciudad alemana de Potsdam. Lucht comentó que todos sus peores pronósticos desde hacía diez años se habían cumplido con creces, aunque su intención nunca había sido convertirse en profeta del fin del mundo. En su juventud había estado muy interesado por la poesía, pero terminó especializándose en cuestiones del clima porque se le daban bien las matemáticas. En su intervención habló del mito de Casandra, de cómo la habían condenado a predecir el futuro sin que nadie creyera sus vaticinios. Estaba destinada a conocerlo todo de antemano y luego ver que todo se cumplía inexorablemente.

Me dijo que, dado que yo había escrito con tanta pasión sobre los paisajes, las cascadas y los valles secretos de las montañas, tal vez era el momento de que abordase los asuntos más importantes de nuestro tiempo. Le respondí que los temas relacionados con el clima eran complejos y técnicos y por tanto era mejor dejárselos a los expertos.

—Pero no pareció usted amedrentarse cuando se trató de criticar a los expertos en presas hidroeléctricas y fábricas de fundición de aluminio.

—Es verdad, pero al menos podía ver la presa, caminar por el terreno e imaginar dónde se construiría el embalse. También pude calcular la producción de energía y cuántos bienes innecesarios produciría la fábrica, por lo que me sentí capacitado para entender y criticar los cálculos de los ingenieros.

—¿O sea que no se atreve a escribir sobre los mayores cambios producidos en el planeta desde la aparición de la humanidad y pretende dejar esa responsabilidad en manos de un puñado de científicos?

—¿Acaso éstos no saben cómo difundir las conclusiones de sus investigaciones?

—No, porque no son expertos en comunicación. Sin ayuda, están condenados a predicar en el desierto. Si usted es escritor y no ve necesidad alguna de escribir sobre estos temas es que no entiende de ciencia o no se da cuenta de la gravedad del asunto. Quien comprende lo que está en juego no puede priorizar ninguna otra cosa. Dirijo un gran grupo de científicos. Publicamos modelos y diagramas generados por ordenador

de acuerdo con las convenciones científicas establecidas; la gente los mira, asiente con la cabeza y supongo que en cierta manera los asimila pero, en realidad, no los entiende. Yo llevo los documentos a las comisiones parlamentarias y les explico que millones de personas perderán su hogar si no actuamos a tiempo. Los políticos responden de inmediato: «Si hacemos lo que usted nos pide, miles de personas perderán mañana su empleo.» Me hacen a mí responsable. Si los políticos comprendieran lo que digo, se remangarían y encontrarían una solución. Hemos invertido mucha energía en batallar contra los mortíferos problemas de la guerra, las armas o en llegar a la luna. Durante el proyecto Manhattan enviaron a miles de personas al desierto para trabajar hasta altas horas de la madrugada, sin vacaciones de verano o de Navidad, con el objetivo de crear una bomba atómica. ¿Por qué no podemos hacer lo mismo por el planeta, por un buen fin? Si los políticos entendieran esta cuestión como es debido, apostarían por un proyecto parecido. ¿Cuánta gente debería ponerse a trabajar para solucionar esta crisis climática? ¡Un millón de personas serían pocas si lo que está en peligro es el futuro del planeta!

Asentí con la cabeza, pero es posible que no mostrase la suficiente seriedad. Suelo sonreír en situaciones graves, así que él dijo:

—No estoy bromeando, la gente no entiende las cifras ni los gráficos, pero entiende las historias. Usted sabe contar historias y tiene que contarlas.

Me quedé pensativo.

—Pero nadie quiere oír profecías apocalípticas y descripciones deprimentes sobre el mundo actual.

—Ése es el problema —replicó—. Imagínese un médico que no quisiera decirle a un paciente que, puesto que tiene cáncer, debería dejar de fumar inmediatamente, cambiar de vida, incluso aplazar todos sus proyectos uno o dos años para no morirse: someterse a una operación, a sesiones de radioterapia, hacer rehabilitación. Imagínese que el médico, temiendo asustar al paciente, decidiera no decirle nada de lo que podría ocurrir y en lugar de eso le prescribiera tabaco ecológico y té de menta.

—Sí, entiendo.

—Eso es lo que ha estado sucediendo. El resultado es que nos enfrentamos a un problema grave que cada vez es mayor: el paciente no cambia su estilo de vida y quiere convencerse de que todo se solucionará inhalando aceites aromáticos. El asunto es de vida o muerte, pero la gente no lo ve así. La mayoría de las soluciones que se ofrecen

son simples placebos, dosis homeopáticas. Prohibir las pajitas, reciclar el plástico: ésos son asuntos menores. Hacen falta acciones más radicales.

Mientras lo escuchaba, pensaba en la gravedad de lo que estaba diciendo. Una cosa es preocuparse por una presa en las tierras altas de Islandia y otra muy distinta preocuparse por el mundo entero. ¿Tenía sentido? ¿Qué clase de caja de Pandora abriría si me implicaba en este asunto y arrojaba mi vida, que consideraba feliz, por la ventana? Iban a celebrarse congresos en Copenhague, París, Río de Janeiro y Kioto. Miles de especialistas publicaban informes y gráficos. ¿Había algo que añadir? ¿Estaban los políticos escuchando y reaccionando?

Poco después asistí a un congreso sobre el cambio climático en la Universidad de Islandia donde tomó la palabra un experto tras otro. Un biólogo marino habló de la acidificación de los mares y de la muerte de las aves marinas. Un glaciólogo habló sobre el deshielo de los glaciares, y un ecologista, de la degradación de la vegetación mundial, del descenso de los niveles de los acuíferos y de las consecuencias que acarrearía la inminente escasez de agua. Se mencionaron cifras de millones de personas, millones de especies animales; los cambios más vertiginosos en millones de años. No aprecié agitación ni emoción alguna entre el público. La gente apenas reaccionaba; las conferencias bien podrían haber versado sobre el influjo del incremento de los tipos de interés en el presupuesto nacional. ¿No deberíamos estar llorando a lágrima viva? ¿No deberíamos habernos convertido en activistas y preparar alguna acción esa misma noche? Cuando acabó todo, la gente guardó sus cosas, intercambió unas pocas palabras triviales y se fue a casa como si tal cosa.

Quizá nuestra comprensión del mundo no puede ser individual. Quizá yo estuviera presenciando la antítesis de la histeria colectiva, una especie de apatía colectiva. Ni siquiera un experto en la materia parecía capaz de insuflar vida a su investigación. Como si fuera incapaz de compartir las profundas experiencias de bucear y medir los arrecifes coralinos con otras personas, y de transmitirles las sensaciones que tenía al saber de la inminente muerte de todo lo que amaba. Quizá el científico no comprenda del todo lo que dice hasta que otras personas lo comprendan.

—

Las palabras que no entendemos

Entendí que en Islandia existe una palabra para todo lo que se piensa en la tierra.

Einar Benediktsson

Creemos que las palabras se entienden fácilmente, que su comprensión nos resulta natural, que el mundo que se describe en los periódicos y en los libros es el mundo que percibimos y entendemos, pero nada es tan sencillo. Estamos acostumbrados, por ejemplo, a no prestar atención a expresiones como «calentamiento global», a pesar de que reaccionamos ante palabras mucho más insignificantes. Si pudiéramos percibir con precisión lo que representa el sintagma «calentamiento global», experimentaríamos un miedo similar al que inspiran los cuentos de terror y, a partir de ese momento, viviríamos atemorizados. Es posible que tardemos décadas, incluso siglos, en comprender nuevas palabras y conceptos.

En *Passíusálmum* [Salmos de la Pasión] de Hallgrímur Pétursson, que se publicó por primera vez en 1666, el trigésimo salmo empieza con estas palabras: «Quienes cometen pecados, oh, alma mía, / en contra de la conciencia.» «Pecado», «alma» y «conciencia» eran palabras que regían el pensamiento de los islandeses de la época y a lo largo de los siglos fueron una mera herramienta de poder en manos de los sacerdotes y de las clases dominantes. La gente confesaba sus pecados, se limpiaba la conciencia y aseguraba la vida eterna de su alma en el cielo. Pero esas palabras no siempre existieron. Es poco probable que, en la era de la colonización de Islandia, los pueblos nórdicos hubiesen entendido esos versos de Hallgrímur. «Alma», «pecado» y «conciencia» entran en nuestra lengua con el cristianismo. Dichas palabras no eran moneda corriente entre los incansables vikingos. Saqueaban y robaban sin preocuparse de la conciencia o del pecado. Obtenían honor y gloria con sus expediciones de pillaje, no tenían que perdonar a sus enemigos; al contrario, se sentían obligados a vengarse. Cuando no se desquitaban, experimentaban un sentimiento parecido al remordimiento, aunque esa palabra tampoco existía aún.

La poesía de los vikingos, también llamada escáldica, se componía siguiendo rigurosas formalidades y convenciones basadas en la mitología nórdica. Con la llegada del cristianismo, un poeta cortesano del siglo X que quisiera dedicarle un poema al rey, recién convertido, se habría enfrentado a un desafío importante. En lugar de nombrar

las cosas directamente se recurría a perífrasis; por ejemplo, no se decía «tierra» sino «novia de Odín», y el «cielo» era el «yelmo del enano». ¿Cómo podría un poeta hablar de un Dios creador del cielo y de la tierra escribiendo en una tradición donde para decir poesía usaban las expresiones «hidromiel de los dioses æsir», «regalo de Odín» o «sangre de Kvasir»? Evidentemente, sería problemático referirse a los dioses paganos en un himno de alabanza al Dios cristiano, el creador del cielo y de la tierra. Dado que recurrimos a antiguas formas de pensamiento para entender las nuevas, al principio no les fue posible hablar de Dios sin mencionar a «la novia de Odín» o el «yelmo del enano», y tuvieron que basarse en la imagen pagana del mundo que el cristianismo pretendía eliminar.

Las palabras influyen en nuestros sentimientos y emociones. Las palabras nos permiten captar nuestro estado de ánimo y describir lo que dormita en nuestro corazón. Las palabras pueden apresar acciones antes invisibles y situarlas en un marco.

«Sorgblíðni» es, por ejemplo, una palabra feroesa equivalente a la islandesa «angurværð» («melancolía»). Estas lenguas hermanas, el islandés y el feroés, han tomado dos pares de sinónimos para dar nombre al mismo sentimiento: «sorg / angur» y «blíðni / værð».

No sé si la melancolía feroesa se siente exactamente del mismo modo que la melancolía islandesa. Pero podríamos aprovechar tales palabras para enriquecer el idioma y aumentar la precisión del espectro sentimental. «Angurværð» podría referirse a ese sentimiento que llega al alma cuando la gente canta una canción melodiosa junto a una hoguera en el bosque de Þórsmörk. «Sorgblíðni» sería un vocablo análogo con el que expresaríamos una mayor tristeza y sentimiento de pérdida. Dispondríamos de ese modo de dos palabras y podríamos dar nombre a nuestros sentimientos con matices más precisos. Sentí una extraña melancolía (*angurværð*) cuando contemplaba las viejas fotos con mi abuelo, pero ahora que se ha ido, otra melancolía (*sorgblíðni*) invade mi corazón.

Hallgrímur Pétursson nació en 1614 y pudo escribir apasionadamente sobre el pecado y la gracia, pero habría tenido serias dificultades para crear poemas sobre la «libertad», los «derechos humanos», la «democracia» o la «igualdad de derechos». Era un magnífico poeta y un gran pensador, pero estas palabras y conceptos apenas existían en la lengua de su siglo.

En 1809 Jørgen Jørgensen, el aventurero danés que los islandeses conocen como Jörundur, el Rey de la Canícula, promovió una revolución en Islandia, arrestó a las

autoridades danesas locales y formuló una proclamación radical. Dijo lo siguiente: «Islandia es libre e independiente del dominio danés.»

Hoy en día nos parece que esa declaración expresa el deseo lógico de un pueblo oprimido que había perdido su independencia en 1262. La realidad era mucho más compleja. Con toda probabilidad, cuando Jörundur desembarcó en la costa islandesa y proclamó la independencia, no había nadie pidiendo la libertad. Era una idea nueva y revolucionaria, expresada por primera vez en un día del verano de 1809 y puesta en práctica ese mismo día. El problema es que, en esa época, a nadie se le había ocurrido pensar que los islandeses deseasen la libertad o la independencia. Cabe suponer que esas palabras no se habían pronunciado nunca en voz alta en Islandia y, por eso precisamente, su significado era escaso o incluso nulo.

Jørgen Jørgensen llegó a Islandia como intérprete del comerciante de jabones inglés Phelps, que quería comprarles a los islandeses sebo y grasa. Las existencias abundaban en todo el país, pero como la guerra entre ingleses y daneses había impedido navegar hasta Islandia durante un tiempo, los habitantes del país habían sufrido la escasez de grano y otros productos de primera necesidad. El conde Trampe, gobernador y máximo representante del rey danés en Islandia, trató de evitar las transacciones, pues comerciar con naciones distintas a Dinamarca estaba prohibido por ley, so pena de muerte. Phelps y sus seguidores apresaron a Trampe, lo encerraron en un camarote de su barco y Jörundur se hizo temporalmente con el control del país. A continuación declaró que Islandia estaba en paz con el resto de las naciones. Creó e izó la bandera nacional de los islandeses: tres bacalaos sobre fondo azul.

Anunció que los impuestos se reducirían inmediatamente un 50 %, ya que hasta entonces la mitad de lo recaudado salía del país sin que los islandeses recibieran a cambio ningún servicio.[10] Aparte de eso, propuso que Islandia dispusiera siempre de un año de provisión de grano para proteger a la población contra la hambruna y las fluctuaciones económicas. Jörundur también les dio a los islandeses libertad de movimiento, permitiéndoles desplazarse como quisieran y que comerciaran sin necesidad de documentos oficiales u otros permisos; ordenó que todos los puertos del país establecieran libre comercio con el resto de las naciones. En esa época todavía estaban en vigor unas leyes estrictas que regulaban los desplazamientos por el interior de Islandia. A principios del siglo XIX los campesinos siervos constituían el 25 % de la población: gente desprovista de tierras que no tenían libertad ni podían contraer matrimonio o tener hijos; poco menos que zánganos en una colmena. Jörundur también propuso ideas para la creación de un hospital, para formar comadronas y luchar contra la mortalidad infantil. En unos sesenta días entre julio y agosto consiguió bosquejar reformas para la mayor parte de los ámbitos sociales.

Los islandeses se mofaron de Jörundur llamándolo el Rey de la Canícula, pero él no pretendía convertirse en rey, todo lo contrario. Asumió la responsabilidad de gobernar el país hasta que la población eligiera a sus representantes y fundase una república. El artículo 12 de su Declaración del 11 de julio de 1809 dice claramente lo siguiente:

> Nos comprometemos a renunciar a nuestros cargos en el momento en que se reúna la asamblea de representantes, que será convocada el próximo año, el 1 de julio de 1810, tras haber nombrado un gobierno apropiado. Todos y cada uno de los habitantes del país participarán por igual en las tareas de gobierno, ya sean pobres o ricos y poderosos.[11]

Hasta entonces, el espíritu revolucionario que se había extendido desde Francia por toda Europa apenas había llegado a Islandia: los escritos fundamentales que definían los conceptos de libertad, igualdad e independencia no se habían traducido ni se habían publicado en el país. Jörundur no sólo se había adelantado a su tiempo en Islandia, sino también en casi todo el mundo. Dinamarca, por poner un ejemplo, no tendría una Constitución y una monarquía parlamentaria hasta 1849. Cuando Jörundur declaró en el año 1809 que tanto los pobres como los ricos y poderosos debían participar por igual en las tareas de gobierno, fue mucho más allá que los revolucionarios franceses, para quienes el derecho al voto se basaba en la propiedad. En esa época, el 88 % de los campesinos islandeses vivían en la indigencia y la idea de que estaban a la misma altura que los ricos les resultaba absurda: se sentían inferiores y consideraban natural que el poder se concentrara en manos de unos pocos acaudalados.

Jörundur se sintió decepcionado ante la apatía de los islandeses. Les ofreció la libertad, pero no entendieron a qué se refería y, en consecuencia, no la aceptaron. La idea de que un hombre pobre podía tener tanto que decir como un hombre rico contradecía totalmente su realidad. El concepto del libre comercio era también una novedad en el país y Jörundur pronunció duras palabras sobre la situación de Islandia, donde unos pocos comerciantes pusilánimes habían tomado como rehén al resto del país. A la gente le costaba entender cómo una asamblea representativa podía gobernar el país en lugar de un rey. La noción de un parlamento era nueva y, aunque las viejas sagas hablaban de una antigua asamblea general, el *alþingi*, con una administración constituida por delegados rurales, los *goðar*, no estaba nada claro que la gente quisiera retomar las costumbres del pasado.

Jörundur quería darnos la libertad, abolir la monarquía y que los islandeses recuperáramos el gobierno de nuestro país. No aspiraba a obtener el poder para sí

mismo, de hecho era antimonárquico, pero el pueblo sólo conocía la palabra «rey» para denominar el papel que estaba representando. Lo mismo ocurría con los poetas de la corte noruega, que no podían decir que Dios era el creador del cielo y de la tierra sin hablar de la «novia de Odín».

Había muchas razones para desconfiar de Jörundur. Tenía sólo veintinueve años, era un aventurero incorregible, un ludópata y un mujeriego, y podía pensarse que su verdadero objetivo era entregar Islandia al Imperio británico, pero fueran cuales fuesen sus motivos, lo cierto es que sus radicales ideas se oyeron por primera vez en Islandia y la gente se las tomó a broma. Magnús Stephensen, juez y prohombre islandés de la época, se disculpó por carta declarando que «ningún buen islandés desea la independencia».

Los que después lucharon por conseguir la libertad, la igualdad y la independencia eran apenas unos niños en 1809 o todavía no habían nacido. Baldvin Einarsson, a quien se considera uno de los padres fundadores de la independencia islandesa, tenía siete años; Jónas Hallgrímsson, dos; Jón Sigurðsson, el héroe del movimiento independentista islandés, nació en 1811, y sus ideas sobre la libertad aún se consideraban radicales cuando alcanzó la madurez.

Cuando el Parlamento islandés, el *alþingi*, se restableció en 1844, sólo tenían derecho a voto los propietarios, que constituían el 5 % de los habitantes del país. Hubo que esperar hasta 1915 para que el resto de los hombres y las mujeres de más de cuarenta años pudieran votar. Y hasta el año 1920 no hubo sufragio universal.

En el colegio, los niños de mi generación aprendimos que los islandeses habían estado sometidos a los daneses durante seiscientos años y que durante todo ese tiempo la nación había anhelado la libertad y la independencia. Pero en realidad las cosas no fueron así. No fue hasta mediados del siglo XIX cuando a los poetas románticos se les ocurrió la idea de que el pueblo siempre había deseado la independencia. En realidad, la mayoría de la gente era impermeable al espíritu de su tiempo y vivía el día a día. La gente suele vivir dentro de su propia realidad, limitada por la lengua dominante y las relaciones de poder de la época. La mayoría sigue los cauces trazados, y asume los conceptos disponibles en ese momento. Para entender plenamente los conceptos que Jörundur empleó en su declaración, los islandeses tuvieron que pasar más de cien años escribiendo poemas, organizando simposios, pronunciando declaraciones, publicando traducciones y manteniendo conversaciones en tabernas de Copenhague. Sólo después se consiguió una base sobre la que debatir dichas ideas y, con ellas, unos principios para lograr la soberanía en 1918; aun así faltaban al menos cien años para poder hablar de igualdad de género.

Este libro está hecho con palabras y algunas de ellas son tan nuevas en la lengua como lo fueron los vocablos que usó Jörundur en su tiempo. Hace poco que oímos la expresión «acidificación de los mares» por primera vez. Cuando buscamos en timarit.is, vemos que su primera aparición en la prensa escrita se encuentra en la edición del periódico *Morgunblaðið* del 12 de septiembre de 2006.[12] Desde entonces, sólo apareció una vez en 2007, ninguna en 2008, y dos veces en 2009. La palabra «beneficio» aparecía, sin embargo, 1.170 veces en 2006 y 540 en 2009, según la misma fuente. En 2011, el debate apenas se ha avivado: «acidificación de los mares» aparece cinco veces en los medios impresos, mientras que el nombre «Kardashian» lo encontramos en 180 ocasiones.

«Acidificación de los mares» es un ejemplo de concepto que hemos pasado por alto a pesar de que el fenómeno constituye una de las transformaciones más importantes tanto de la esencia como de la composición química del planeta en los últimos treinta o cincuenta millones de años.

Estamos hablando de cambios fundamentales en la composición química del mar que podrían perturbar todo el ecosistema del planeta, cambios tan grandes que apreciaríamos diferencias en el sabor del océano, pues se calcula que los valores de pH descenderán de 8,2 a 7,9, incluso a 7,7. Los instrumentos de medida se basan en logaritmos y la mayoría de nosotros tenemos dificultades para entender las diferencias en la escala de pH. Encaja mal con nuestros patrones de pensamiento. Es difícil, por ejemplo, comprender cómo un terremoto que alcanza el grado 4 en la escala de Richter no es el doble del terremoto de grado 2 sino que es cien veces mayor.

La acidificación de los mares está causada por la absorción de un 30 % del dióxido de carbono que la humanidad arroja a la atmósfera. Si estudiamos las fluctuaciones del grado de acidez del océano desde hace 25 millones de años hasta la actualidad, apreciamos suaves oscilaciones, algunas de las cuales abarcan un periodo de 100.000 años. Si se cumplen las previsiones, los próximos cien años verán una caída en picado del nivel de acidez de los mares, como si un meteorito hubiera impactado contra la tierra. Para la tierra, cien años no son más que un instante. El hecho de que los procesos que antes tardaban millones de años tengan lugar ahora en cien sugiere una velocidad comparable a una explosión.

Acidificación de los mares. Creo que entiendo las palabras, pero probablemente no es así. Una pistola descargada se parece a una pistola cargada, pero su utilidad o el daño que pueda causar depende de si realmente está cargada o no. Pero las palabras no poseen siempre la misma carga, los conceptos tardan muchos años en adquirir su carga completa. El concepto «acidificación de los mares» es tan grande y profundo como

todos los océanos en el devenir del tiempo. Es tan grande como la totalidad de los bancos de arenques y esculpiñas, eglefinos y marsopas, ostras, fitoplancton y cachalotes; tan grande como todos los inmensos arrecifes de coral con sus tortugas, sus corales cerebro y sus peces payaso. Es tan difícil digerir estas palabras como un gran bocado de mariposas marinas.

Si tenemos en cuenta el análisis científico de la acidificación de los océanos y calculamos el número de habitantes del planeta cuya supervivencia depende de la salud de los mares, podríamos preguntarnos si el concepto «acidificación de los mares» en 2019 es tan débil como lo era la palabra «holocausto» en 1930 en comparación con su significado en 1960. El concepto «acidificación de los mares» podría llegar a ser tan significativo que en un futuro las generaciones anhelaran viajar en el tiempo y evitar la pérdida del paraíso.

Los habitantes de la tierra se comportan en la actualidad como los islandeses de la época de Jörundur, el Rey de la Canícula. Es como si las palabras «acidificación», «deshielo», «calentamiento» y «aumento» no produjeran la misma inmediata reacción que «ataque», «fuego» o «veneno». Leemos las noticias y vemos documentales pero, por alguna extraña razón, seguimos adelante con nuestras rutinas.

Los asuntos relacionados con el clima están llenos de conceptos científicos y complejas estadísticas: pH 7,8, 415 ppm. Oímos hablar acerca de elementos químicos como el aragonito, de la saturación del carbonato cálcico y de la actividad del dióxido de carbono en la atmósfera. No lo relacionamos con años como 2050, 2100, 2150; sólo pensamos en esas fechas cuando los políticos hacen confusos planes para alcanzar un determinado objetivo en 2040. A los políticos les encantaría que estos asuntos saltaran a la palestra cinco o seis legislaturas después de la suya. Innumerables reyes de la canícula han encontrado soluciones viables que podrían beneficiar a todos los habitantes de la tierra, pero las hemos escuchado con apatía, como si fuéramos campesinos islandeses de 1809 a quienes nos concedieran la libertad y no supiéramos qué hacer con ella. Y quizá nos excusemos diciendo que las profecías sobre el fin del mundo nos llegaron encriptadas.

Se prevé que en 2100 la subsaturación del aragonito en el océano Ártico tenga un impacto extremadamente negativo en las estructuras calcáreas a medida que el pH del océano se acerque al 7,8 respecto al escenario RCP 6,0 descrito en el Informe de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático de 2018.[13]

Este pasaje debería provocarnos terror, y para la mayoría no es más que un batiburrillo de palabras técnicas. Pero lo cierto es que párrafos como éste deberían influir directamente en los planes estratégicos de los políticos y en los votos de los ciudadanos en las elecciones.

Jörundur creía que podía confiarse en que todo el pueblo se involucrara en asuntos complejos, se pronunciara sobre ellos y votara en consecuencia. Los habitantes del mundo se enfrentan a un desafío. Los científicos han advertido que, si seguimos como hasta ahora, vamos de cabeza al abismo. Esto pone a prueba nuestro sistema. ¿Seremos capaces de implicarnos en este asunto al punto de elegir a gobernantes que conduzcan al mundo en la dirección correcta?

—

En busca de Audumla

En octubre de 2008, fui a presentar mi libro *El país de los sueños* a las islas británicas. Acababa de publicarse la traducción al inglés y me invitaron a impartir una conferencia en el pueblecito de Frome, en Somerset. Me alojé en un hotel barato de Londres y en el vestíbulo me fijé en unos periódicos cuyos titulares hablaban sobre Islandia. En una de las portadas aparecía una caricatura sobre una erupción volcánica y un titular dedicado al inminente colapso de los bancos islandeses. Un joven parlamentario británico con el que iba a compartir una mesa redonda después de la conferencia llamó para decir que no acudiría. No quería que su nombre se asociara con Islandia. Fui a dar una vuelta y le compré un bonito jersey a mi esposa. Cuando fui a pagar, la corona islandesa se devaluó a tal punto frente a la libra británica que el precio del jersey aumentó 7.000 coronas en cinco minutos. Cuando llegué al hotel, sonó el teléfono. Era una mujer que se presentó como Halldóra y dijo que quería hacerme una propuesta un tanto singular: ¿me interesaría entrevistar al dalái lama?

Me quedé estupefacto.

—¿El dalái lama?

—Cuando venga a Islandia en junio del año que viene. Está interesado en hablar de los problemas medioambientales.

Yo no había oído hablar de una posible visita del dalái lama a Islandia, y como estaba convencido de que se trataba de una broma, respondí:

—Sí, estupendo. Pero como soy cristiano, voy a tener que llamar al Papa para pedirle permiso.

—De acuerdo. ¿Quiere que vuelva a llamarle mañana? —Sí. Estoy seguro de que para entonces ya tendré noticias del Papa.

Al día siguiente volvió a llamarme y me preguntó qué me había dicho.

—¿Quién?

—¡Quién va a ser! El Papa.

—Bueno, sólo dijo sí y amén.

—Mándenos entonces las preguntas, les gustaría tenerlas con un mes de antelación.

No soy budista ni mucho menos especialista en budismo. Mi conocimiento del Tíbet y del dalái lama se basa en la lectura que hice, siendo adolescente, del libro *Siete años en el Tíbet*.

El dalái lama nació en 1935 en una mísera granja de la región de Amdo, en el Tíbet. Cuando tenía dos años, fueron a verlo unos sabios vestidos con vivos colores. Habían tenido premoniciones, y siguiendo las señales y las estrellas lo habían localizado y le traían objetos que habían pertenecido a Su Santidad, el difunto decimotercer dalái lama. Le presentaron al niño los objetos y éste reconoció todas sus antiguas pertenencias. Tras esta prueba, lo llevaron a Lhasa, donde se crió como un rey santo y asumió el gobierno del Tíbet cuando sólo contaba quince años de edad. En 1959, bajo el gobierno de Mao Zedong, China invadió el Tíbet y sometió a sus habitantes. Cerca de un millón de tibetanos perdieron la vida y más de seis mil monasterios fueron destruidos durante la Revolución Cultural. El dalái lama huyó a la India con su séquito y edificó un monasterio en Dharamsala, al pie de la cordillera del Himalaya, que acabó convirtiéndose en una aldea tibetana a la que todos los años llegaban nuevos refugiados. Hoy en día, generaciones enteras han crecido fuera del Tíbet con la esperanza de volver a su país algún día. En 2019 se cumplieron sesenta años de la huida del dalái lama a las montañas.

De todos los seres humanos, con toda probabilidad ha sido el dalái lama quien ha tenido una vida más extraordinaria y ha experimentado mayores cambios. Nació en una de las sociedades más cerradas del mundo, pero de adulto se convirtió en una especie de celebridad espiritual que habla de amor, medio ambiente y de los problemas tibetanos. Para la gente de su país es Bodhisattva, «el ser iluminado». Como si Cristo estuviera entre nosotros, pero no en sentido figurado, sino literal, la misma alma en un cuerpo nuevo; como si fuera una mera prolongación de su vida anterior y su anterior personalidad. Es un hombre santo y no resulta fácil conseguir una simple audiencia con él, no digamos pasar una hora entera como me estaban ofreciendo.

Muy posiblemente no haya dos lugares más alejados entre sí en el planeta que el Tíbet e Islandia. Pero, según el budismo, todo está conectado. ¿Qué demonios le podía decir a un hombre santo que se ha reencarnado catorce veces?

Resultaría tentador preguntarle sobre el tiempo: en qué medida nuestra época es diferente de todas las que ha vivido el dalái lama y cómo nuestro porvenir es, con toda probabilidad, más incierto que nunca en la historia de la humanidad. Preguntarle sobre la naturaleza, sobre el futuro.

Busqué las conexiones, intenté entender el budismo, sus divisiones jerárquicas, los diferentes niveles: dalái lama, panchen lama, karmapa. Es un sistema complejo. El budismo no tiene dios, pero está entreverado con el folclore: demonios, seres sobrenaturales, conjuros, profecías, supersticiones, tradiciones y ceremonias. ¿Cómo había que dirigirse a un hombre santo? Heinrich Harrer conoció al dalái lama cuando tenía once años, trabó amistad con él y escribió el libro *Siete años en el Tíbet*:

> Cada vez que Lobsang o sus padres aluden al dalái lama, le llaman Kundun, es decir, «la presencia». Su título oficial es Gyalpo Rinpoche, que puede traducirse como «el muy honorable soberano». En cambio, los tibetanos no emplean nunca la denominación de dalái lama, que proviene del mongol y significa «el vasto océano».[14]

La reencarnación es un concepto curioso y de mis conversaciones con la gente deduzco que se interpreta de un modo excesivamente literal. Las personas hablan del reencarnado y de su antecesor como si se tratara del mismo individuo en cuerpos diferentes: «Lo conocí en una existencia anterior, entonces era serio, pero ahora es vivaracho y divertido.»

Cuando era muy pequeño, mi hijo me había despertado el interés por el tema de la reencarnación. Me contó cómo nació. Yo estaba sentado junto al fuego asando aceitunas, me dijo, y fuimos juntos a conocer a su mamá. Según él, yo estaba tan contento de verla que la besé. Cuando mi hijo tenía tres años, a veces me hablaba de su «antigua mamá», que había «muerto hacía muchos años». Me informó también de su antiguo hermano, que murió como consecuencia de una pedrada en la frente. Más tarde nos fuimos a pasear en bicicleta, él iba sentado en la sillita detrás de mí y le pregunté más cosas acerca de su antigua mamá. Entonces dijo: «Ahora ya no puedo decir nada más de mi antigua mamá.» Después de eso, dejó de hablar por completo de ella. De modo que ¿quién sabe?

Leo algunos libros sobre China y el Tíbet, así como textos budistas sagrados. Leo informes, artículos, estudio mapas, biografías y veo películas. Leo libros escritos por el dalái lama o que tratan de él. Algunos buenos y otros malos. Leo libros sobre la felicidad, el matrimonio, la juventud y el futuro. Leo acerca de aquellos que han acabado con sus huesos en la cárcel por el simple hecho de tener una fotografía del dalái lama y sobre los seis millones de tibetanos que viven oprimidos. Me siento responsable de sus circunstancias. Descubro cómo en el Tíbet se han violado sistemáticamente los derechos humanos y cómo se han atacado las instituciones supremas del budismo

tibetano. El panchen lama es la segunda autoridad más importante después del dalái lama. Tres días después de descubrir que se había reencarnado en un niño chino, en mayo de 1995, el niño y toda su familia desaparecieron y nada se ha vuelto a saber de ellos desde entonces.

Cuando leí el *Dhammapada, el camino de la rectitud*, me pareció que la sencillez del texto mostraba un hermoso parecido con el Hávamál, el *Discurso del Altísimo*, recogido en el manuscrito islandés de la *Edda poética*:

> Cuídate de las palabras iracundas.
>
> Domina todas tus palabras,
>
> deja que sirvan a la verdad.[15]

Reflexioné sobre la mitología y, dado que el dalái lama estaba en la India, pensé en las vacas sagradas. ¿Por qué las vacas sagradas nos parecen tan exóticas cuando la cultura islandesa considera que la fuente de la vida fue una vaca sagrada? Según la *Edda prosaica* del erudito y escritor islandés Snorri Sturluson (1220), el mundo tiene su origen en la vaca primigenia Audumla, que fue creada a partir de la escarcha:

> Hár contestó: «Cuando la escarcha dejó de gotear, salió de ella una vaca que se llamaba Audumla, cuatro ríos de leche manaron de sus ubres y con ellos alimentó a Ýmir.»
>
> Entonces dijo Gangleri: «¿Con qué se alimentaba la vaca?»
>
> Hár respondió: «Lamía las piedras de escarcha, que estaban saladas. Y la primera noche que lamió las piedras salió de ellas cabello humano; el segundo día, la cabeza de un hombre; y el tercer día, el hombre entero. Se llamaba Búri, era atractivo, alto y fuerte.»

Audumla alimentó a Ýmir, a partir del cual se creó el mundo. Su sangre se convirtió en los océanos y los lagos; su carne, en la tierra; su cabello formó los bosques y su cráneo, las nubes. *Marvel Comics* realizó toda una serie acerca de Tor, Odín y Loki; se han compuesto óperas sobre el Valhalla y el Ragnarök, pero ¿qué fue de Audumla? Su historia nos parece un fragmento inmemorial perdido entre los restos mitológicos. Una

transmisión boca a boca que, en su camino por dos continentes a lo largo de mil años, se hubiera malogrado dando lugar a la siguiente formulación: en el origen sólo existía el gran vacío (Ginnungagap), después apareció la vaca helada que alimentó al mundo con cuatro ríos de leche...

Seguí leyendo y descubrí que Audumla tiene una hermana en la India. La madre primordial de todas las vacas indias, según los textos hindúes, es Kamadhenu, la vaca de la abundancia y de la riqueza; está estrechamente vinculada a la sagrada Pritvi, que es la tierra misma y que a menudo se representa por medio de una vaca. Kamadhenu surgió de un gran vacío impreciso similar al de Audumla. Todos los dioses moran en su cuerpo: sus ojos son las diosas del sol y la luna, y sus patas, los cimientos sobre los que se asienta, suelen representarse como la cordillera del Himalaya.

En el famoso «Cantar primero de Helgi, el matador de Húnding», recogido en la *Edda poética*, encontramos la siguiente estrofa:

> En un principio,
>
> cuando las águilas chillaban,
>
> bajaban las sagradas corrientes
>
> desde las Montañas del Cielo.

¿Acaso no recuerdan las Montañas del Cielo al Himalaya? Busqué otras conexiones y vi que en Nepal hay una comarca que se llama Humla. De allí parte el antiguo camino del Himalaya, la vieja ruta de la sal, que asciende hasta el monte sagrado Kailash, en el Tíbet. Esta montaña es el *axis mundi*, el centro del mundo y el lugar más sagrado de la tierra según la filosofía inmemorial de los budistas y los hindúes, los jainistas y los creyentes del Bön. En torno al monte Kailash giran el sol y la luna y en él se halla el trono del dios Shiva que, según se dice, está sentado sobre un gran toro.

A los pies del monte Kailash se encuentra el lago Manasarovar, considerado durante mucho tiempo el lago situado a mayor altitud del mundo. En ese entorno nacen los ríos sagrados de Asia y se despliegan hacia los cuatro puntos cardinales:

El Indo es uno de los ríos más largos de Asia, recorre unos 3.200 kilómetros y fluye desde el Tíbet, atravesando la parte occidental de la India, hasta Pakistán.

El Satlush recorre 1.500 kilómetros desde el Tíbet, atravesando la India y Pakistán hasta desembocar en el Indo.

El Brahmaputra atraviesa la India y Bangladés en un recorrido de unos 3.000 kilómetros, antes de unirse al Ganges en el estuario del golfo de Bengala.

El Karnali atraviesa la comarca de Humla, recibe el nombre de Ghaghra cuando atraviesa Nepal y constituye uno de los mayores afluentes del Ganges, con un recorrido de unos mil kilómetros.

Uno de los lugares más sagrados de la India se encuentra a los pies del Himalaya, en el estado de Uttarakhand. Allí hay una cascada de hielo llamada Gomukh; uno de los ríos más importantes que vierten sus aguas en el Ganges nace, blanco y espumoso, bajo el glaciar. «Go-mukh» significa, literalmente, boca o morro de vaca. «Go» se parece mucho al término islandés para vaca («kú»). «Mukh» es boca («munnur»).

De pronto, todo encaja: es como si el mito más confuso de la mitología nórdica hiciera referencia a la montaña más sagrada del planeta, a los glaciares de las montañas del cielo y al nacimiento de los ríos más importantes de Asia.

La vaca surgida de la escarcha es una metáfora perfecta para describir un glaciar. El agua de un glaciar no es un agua cualquiera, fluye blanca como la leche debido a los minerales que arrastra disueltos, ya que el glaciar ha desgastado la roca durante miles de años. Para los campos y prados el agua de los glaciares es el mejor fertilizante que existe, y estos ríos sagrados son las arterias de Pakistán, Nepal, la India y Bangladés. En total, más de mil millones de habitantes de la tierra dependen de estas aguas sagradas que descienden de «las montañas del cielo» del Himalaya. Una gran parte del agua del planeta tiene su origen en miles de glaciares, algunos de los cuales alcanzan una altitud de hasta 7.000 metros.

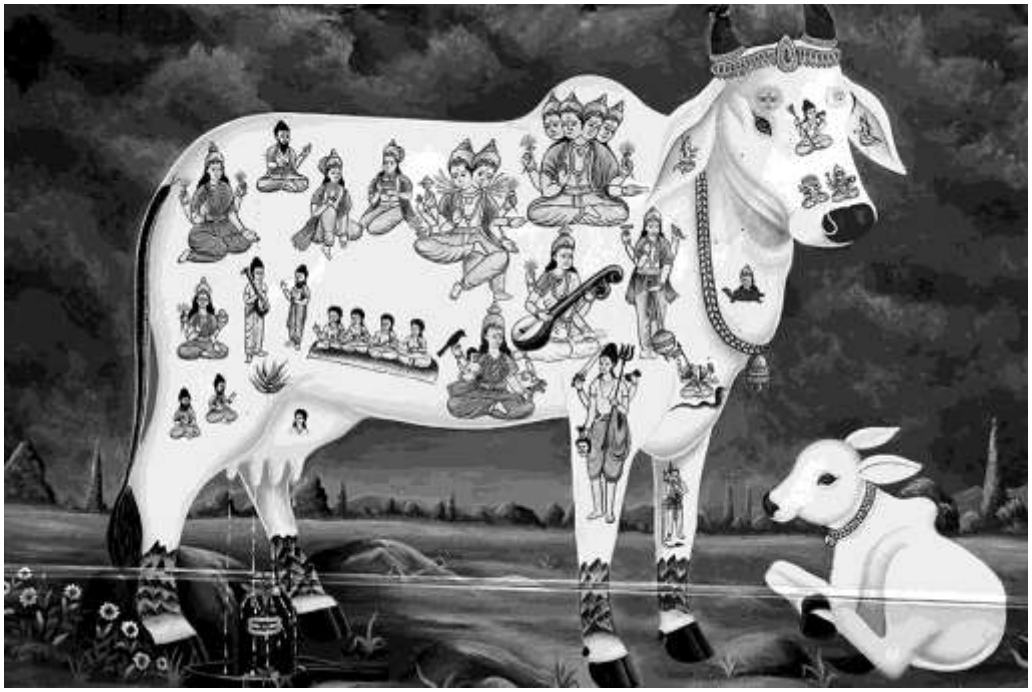
En sánscrito hay palabras que suenan como Humla. «Haimala» es invierno y a su vez «Hima» significa nieve, hielo o escarcha. La nieve de la abundancia. El hielo como fuente de vida y riqueza. El budismo da a entender que todo está conectado y, de pronto, siento que todos los hilos se cruzan. ¿Es posible que exista alguna clase de contacto? A decir verdad, la palabra islandesa para contacto, «samband», es casi idéntica en hindi, «sambandh». Todo está conectado. Todo encaja.

El trabajo de reunir todos esos hilos y elaborar una teoría sólida sobre estos vínculos podría ocupar toda una vida de estudios comparativos. Aunque eso no tiene la menor importancia: estoy buscando, sobre todo, correspondencias poéticas, y Audumla

funciona a la perfección como metáfora del papel que desempeñan los glaciares en el Himalaya y, por extensión, en todo el mundo. La llanura del IndoGanges se considera la cuna de la civilización. Los seres humanos se instalaron junto a esas fértiles arterias lechosas, se dedicaron a la agricultura y a domesticar animales. Los glaciares son sistemas perfectos, acumulan agua cuando llegan las lluvias monzónicas y se derriten en el momento adecuado, cuando el tiempo es más cálido y seco, liberando así un agua vital y nutritiva. Los glaciares equilibran las extremas variaciones entre la estación húmeda y la estación seca; en las épocas más calurosas, el agua procedente de los glaciares suele ser la única que fluye. Además mantiene el nivel de los lagos principales en vastos territorios y resulta decisiva para las cosechas y para la flora de la tierra.

En los lugares donde no caen las lluvias monzónicas, la importancia de los glaciares es capital, pues pueden llegar a constituir hasta el 90 % del agua disponible para la población.

¿Cómo nació Audumla y cómo llegó a convertirse en un recuerdo mítico en un manuscrito de las tierras del norte, bajo el círculo polar, doscientos años después de que los islandeses se convirtieran al cristianismo? No hay manera de seguirle el hilo a esta historia a lo largo de su viaje de ocho mil kilómetros, pero todos estamos conectados y en el origen fuimos un mismo pueblo. En la *Edda prosaica* de Snorri Sturluson se dice que los dioses æsir llegaron a las tierras del norte procedentes de Turquía, pero el explorador Thor Heyerdahl creía que habían llegado de Azerbaiyán. El parentesco de las lenguas indoeuropeas sigue siendo evidente muchos miles de años después de que dos hermanas condujeran sendas vacas y, llevándose a su gente y sus historias, se separaran tomando caminos distintos. Posiblemente una de las hermanas se llamaba Edda y la otra, Veda.



Kamadhenu y Audumla. Imagen de Audumla del manuscrito Edda, cuya escritura y dibujos realizó el pastor Ólafur Brynjólfsson en Hróarstunga en 1760, ahora en la Biblioteca Real de Copenhague, nks 1867 4to. Imagen de Kamadhenu recuperada de un archivo de fotografías digitales. Getty Images.

Si observamos nuestra cultura desde el punto de vista de una vaca, cabe suponer que los pueblos que colonizaron Islandia provenientes de Noruega y las islas británicas fueran descendientes de vaqueros indoeuropeos. La unidad de medida para precios y valores en la mancomunidad islandesa era la vaca, incluso el valor de una vida humana se calculaba tomando como referencia el precio de una vaca. El *Hauksbók* de Haukr Erlendsson (m. 1334) contiene una transcripción del *Landnámabók* [Libro del Asentamiento] donde se narra el establecimiento de los antiguos colonizadores de Islandia y sus descendientes. Así se describe cómo debía asentarse en la tierra una mujer:

> Queda estipulado que una mujer no tomará más tierra que aquella que pueda recorrer entre los dos crepúsculos conduciendo una vaquilla de dos años de edad un día de primavera, o un buey a medias crecido; ambos bien alimentados.[16]

Se considera que la grafía «A» en nuestro alfabeto tiene su origen en «aleph», símbolo de la cabeza de un buey en los jeroglíficos egipcios, a la que se le dio la vuelta y pasó a ser «alfa» en griego. Esta última palabra está emparentada con «alif», que significa «domesticado» en árabe. En cuanto a la grafía «B», se piensa que simbolizaba la casa. Una vaca domesticada y una vivienda permanente: la A y la B simbólicas de la historia de la humanidad. En todas partes, las vacas nos permitieron hacernos sedentarios, construir viviendas, arar los campos, tener un hogar, levantar pueblos, edificar ciudades, crear sistemas y creencias religiosas que hicieran referencia, en la mayor parte de los casos, a la vaca como fuente de vida, riqueza y felicidad. Las vacas pudieron transformar las praderas en alimentos y aquel que colonizaba la tierra y llevaba consigo una vaca podía instalarse en cualquier sitio tanto tiempo como le fuera posible para acumular provisiones. Quien ordeñaba una vaca no pasaba hambre. Así pudo vivir la gente y mantener a una pequeña familia donde la hierba creciera y corriera el agua; esa gente miraba las montañas, la gran fuente de la que provenía el agua. La blanca Audumla, con cumbres como cuernos, origen de la vida, la vaca universal del Himalaya. Algunos piensan que las vacas, en ciertos lugares del mundo, se transformaron en animales sagrados cuando la gente empezó a pasar estrecheces a causa del aumento de población. Los lugares más densamente poblados del mundo no habrían podido mantener a tantos habitantes de haber ingerido carne continuamente.

Dondequiera que nos detengamos en el Himalaya, es posible encontrar correspondencias que vinculan los glaciares y las vacas. Hallamos masas de hielo cuyos carámbanos sagrados se denominan «ubres». En islandés decimos que los glaciares «paren» cuando un témpano de hielo se suelta y rompe la capa de hielo en el mar o un lago. La misma palabra que empleamos para señalar que una vaca da a luz a un ternero. ¿Por qué los islandeses decimos que los glaciares dan a luz a terneros?

Me sentí muy orgulloso cuando encontré esas correspondencias, tenía la impresión de haber hecho un descubrimiento histórico y llamé a Guðmundur Páll Ólafsson, un amigo naturalista, para contárselo. Me pareció que Guðmundur Páll no escuchaba mis comentarios con demasiado entusiasmo, de manera que consideré por un instante la posibilidad de haber metido la pata. Después de un prolongado silencio, dijo: «Voy a enviarte un capítulo de mi libro *Vatninu* [Agua], que he terminado hoy mismo.» Me envió un fragmento de la gran obra que estaba escribiendo y que empezaba así: «La cordillera del Himalaya es la vaca universal y la montaña Kailash que ordeña a Audumla...»

Él también había tenido una revelación acerca de Audumla. No dejaba de resultar misterioso. ¿Por qué ambos, cada uno por nuestro lado, nos habíamos topado con la misma referencia? Unos dos mil millones de habitantes del planeta creen en el carácter sagrado de la montaña Kailash: alguien tendría que haber descubierto hace mucho tiempo esa correspondencia poética. ¿Y tendría algo que ver con Búkolla, la vaca mágica de los cuentos islandeses? Quedamos en vernos para poner en común nuestras ideas.

Guðmundur Páll no vio publicado su libro sobre el agua, murió de cáncer a finales del verano de 2012 y el libro salió a la luz póstumamente. En el periódico *Nepali Times* apareció una necrológica del escritor nepalí Kunda Dixit: «Para mí, era un gurú.» Lo mismo pienso yo. Guðmundur Páll soñaba con una sociedad en la que el hombre encontrara el equilibrio entre la tecnología, la cultura y la naturaleza. Donde el ser humano pudiera aprovechar la ciencia actual para profundizar en su comprensión de la naturaleza y, en lugar de arrasarla, vivir en armonía con ella.

Antes de que muriera, hablamos de religión y de la vida después de la muerte. Estábamos convencidos de que, en caso de reencarnarse, sería un pájaro, pero no un águila majestuosa o un colimbo grande, sino un pájaro incomprendido como el estornino pinto. Guðmundur Páll tomó siempre partido por los animales incomprendidos. Dos días antes de su entierro, al abrir la puerta de mi despacho, oí un extraño batir de alas y un gorjeo. Un pequeño estornino había logrado colarse en la habitación y golpeaba frenético las alas contra la ventana. Apenas podía creer lo que estaba viendo. Cogí el pájaro con cuidado, lo sostuve entre las manos y me puse a llorar como un niño. Abrí la ventana, solté al pájaro y lo vi volar hacia el sol de finales del verano.

En la actualidad se aprecian cambios en la superficie nevada de las cumbres del Himalaya. Y esto sucede a muchos metros de altitud sobre el nivel del mar, en lugares que se pensaba que no se verían afectados por el cambio climático. Las cascadas de hielo han retrocedido y han dejado tras de sí lagunas glaciares inestables que, en ocasiones, estallan y arrasan pueblos y granjas. En algunos lugares los glaciares se están reduciendo un metro al año y los científicos advierten que su deshielo tendrá una influencia directa en la vida de decenas de millones de personas.[17] Al tiempo que los glaciares se derriten, el caudal de los ríos crece de forma provisional. El volumen de agua aumenta a medida que se derrite el hielo. Reaccionar ante la situación de los mares es una cosa, pero ¿qué hacer si la fuente de la que procede el agua, el mismo flujo de la vida, se detiene? ¿Está muriendo Audumla?

Tenía algunas preguntas importantes que formularle a Su Santidad el decimocuarto dalái lama. Por no hablar de los demás asuntos que él solía tratar: el amor, la amistad, la esperanza, la paz y el futuro.

—

La visita de un hombre santo

2 de junio de 2009

Uno de los guías espirituales más importantes del mundo llega a Islandia y los líderes políticos del país están desaparecidos. El presidente de la República ha ido a Chipre a asistir a los Juegos de los Pequeños Estados de Europa, el ministro de Asuntos Exteriores ha acudido a una inesperada reunión en Malta y el primer ministro no tiene tiempo para recibir al hombre santo. A pesar de su mensaje de paz, el dalái lama está provocando un considerable revuelo con sus viajes por todo el mundo y las autoridades chinas imponen sanciones a aquellos estados que lo reciban de manera oficial. Björk susurró «Tíbet,Tíbet» en un concierto celebrado en Shanghái y, como consecuencia, se endurecieron las normas que regulaban las actuaciones de músicos extranjeros.

Las exigencias del dalái lama son modestas: que China opte por el término medio, es decir, que permita a los tibetanos usar su lengua y su cultura así como participar con voz y voto en el estado chino.

Me dije que la huida de los representantes políticos islandeses merecía una reflexión. ¿Cuál es la función de la república de Islandia, o de las naciones democráticas en general, si no sirven para defender los derechos de los más débiles frente a los más fuertes? ¿Tenemos la obligación de amansar las olas o de apoyar a los oprimidos? Obviamente, China es un fenómeno complejo, un país donde vive la sexta parte de la población mundial. No es posible servir al país, al pueblo o al gobierno mediante simples declaraciones. Generalizar sobre China o los chinos es como generalizar sobre toda la humanidad.

Espero al dalái lama junto al equipo de rodaje en la séptima planta del hotel Nordica de Reikiavik. Repaso las preguntas mentalmente; envié algunas de antemano y ahora me pregunto si tendré que atenerme al guión. Hay muchas cosas que me gustaría preguntarle al margen de los asuntos relacionados con el cambio climático y el deshielo de los glaciares.

Su Santidad entra sonriendo, envuelto en un manto. Me bendice y me entrega un paño blanco. Arnar, el cámara de nuestro equipo, le coloca un micrófono; Su Santidad le tira de la poblada barba pelirroja y se ríe. Lleva un manto granate, que le deja los brazos

y hombros al descubierto y, al reírse, todo su rostro se transforma. Habla un inglés muy claro y sencillo y busca la ayuda del intérprete o de su asistente cuando titubea.

Yo empiezo con cierta torpeza. Le doy una calurosa bienvenida y le agradezco que se haya prestado a la entrevista. Lo primero que le pregunto es si no se sintió abrumado por tener que cargar el peso del mundo sobre sus hombros cuando sólo era un niño. Para la mayoría, ya nos resulta bastante duro ser simplemente un humano.

Él entrecierra los ojos y bucea en sus recuerdos:

—Me convertí en dalái lama de forma inesperada. Por otro lado, mi responsabilidad durante aquellos años fue limitada. Entonces sólo cargaba con el peso del Tíbet sobre mis hombros.

—Sólo el Tíbet —repito. El país tenía unos 2,5 millones de kilómetros cuadrados.

—Sí. Desde entonces, cien mil tibetanos han tenido que emigrar, yo entre ellos. Estos años han sido muy instructivos, he observado los más variados problemas del planeta. En esencia, muchos de ellos tienen una causa humana. También he conocido a personas adineradas, incluso multimillonarias, absolutamente infelices.

»Después están los problemas relacionados con el medio ambiente, en los que pretendo echar una mano. Dondequiera que vaya, hablo de todo lo que tenemos en común los humanos, no tan sólo de la cuestión tibetana. Hablo de valores morales, como la misericordia. Somos animales sociales y debemos asumir una responsabilidad global. La antigua idea de «nosotros y ellos», el pensar únicamente en nuestro propio bienestar, son conceptos obsoletos e irreales. Porque en este mundo todo está conectado. Todos dependemos del resto. Ésa es la realidad.

Me gustaría preguntarle acerca de Audumla. Llevo la conversación hacia el tema del medio ambiente y le pregunto sobre el deshielo.

—He vivido cincuenta años al pie del Himalaya y durante ese tiempo hemos observado grandes cambios. Los primeros años había mucha nieve. Pero ha ido disminuyendo una década tras otra. De modo que cabe preguntarse qué será de nuestras reservas de agua en el norte de la India, donde vivo, dentro de unas décadas. ¿Qué sucederá? Hay razones para preocuparse. Y lo mismo está ocurriendo en el Tíbet.

—En la mitología, el hielo a menudo se asocia con la muerte. Pero ahora, cuando contemplamos el Himalaya, enseguida entendemos que el hielo es la fuente de la vida. Y el agua fluye bajo el glaciar blanca como la leche.

—Los hindúes no llaman «agua» a lo que corre por el Ganges sino «néctar», a tal punto lo ven como un líquido sagrado y puro. Desde que estuve allí, percibo el agua de otro modo, pero tanto si lo consideramos néctar como si no, ¡es sólo agua!

»Según los científicos con los que he hablado, muchos glaciares centenarios están reduciéndose y las temperaturas siguen aumentando. Un ecologista chino afirma que, si el mundo se ha calentado 0,1 grados de promedio, en la meseta tibetana la temperatura se ha incrementado unos 0,3 grados. De modo que los cambios son mucho más rápidos en esa zona.

»Ahora los científicos hablan de tres polos: el polo norte, el polo sur y un tercero que es la meseta tibetana. Esos especialistas consideran que el calentamiento en el Tíbet es similar al que se experimenta en los polos. La meseta tibetana tiene una gran altitud y un clima muy frío, por lo que la naturaleza necesita más tiempo para recuperarse que en otras tierras más cálidas. En cuanto sufre algún daño, tarda más en restablecerse. Debemos tratarla con especial cuidado.

—En los últimos años se ha hablado mucho de la subida del nivel del mar pero no tanto de la otra cara de la moneda, el hecho de que mil millones de personas viven de los glaciares y del agua de éstos que fluye desde el Tíbet y el Himalaya. Eso nos lleva a un tema del que me gustaría hablarle. Según la mitología nórdica, la vaca primigenia Audumla fue creada en el inicio de los tiempos a partir de la escarcha derretida. De sus ubres fluyen cuatro ríos de leche que alimentan al mundo. La historia parece poseer una considerable similitud con la del Tíbet y el monte Kailash.

Su Santidad me mira, susurra algo a su intérprete, me mira de nuevo y se echa a reír a carcajadas.

—*Magic cow*! —dice él—. ¡La vaca mágica! El monte Kailash... nunca he estado allí. Por supuesto, mucha gente considera Kailash como un monte sagrado y creo que en él nacen cuatro ríos. Kailash es una montaña sagrada y a menudo les digo a mis amigos hindúes en broma: el dios indio Shiva tiene su morada en el monte Kailash, que está en el Tíbet. Desde ese punto de vista, el dios de los hindúes es, en realidad, un dios tibetano. Después están los budistas tibetanos: nuestro maestro es Buda, que nació en la India. A menudo bromeo con eso. Pero Kailash es una montaña fundamental. Y después está el asunto más importante: que los ríos que fluyen por Asia, desde Pakistán hasta China, tienen su origen en la meseta tibetana. La naturaleza del Tíbet no concierne sólo a los seis millones de personas que viven allí, ya que mil millones de habitantes del planeta dependen del agua que desciende de esas cimas. Pero no se trata sólo del monte Kailash, es toda la cordillera del Himalaya. Desde la frontera con China hasta

Afganistán, esa larga cordillera. Numerosos científicos consideran que, como consecuencia del calentamiento global, en las próximas décadas los glaciares desaparecerán, descenderá el caudal de los grandes ríos y muchos de ellos incluso se secarán. Antes de que se sequen, sin embargo, podría aumentar el riesgo de inundaciones por el deshielo de los glaciares. Así que es un asunto muy grave. Si la tendencia se mantiene, y no tomamos cartas en el asunto, mil millones de personas de la próxima generación sufrirán las consecuencias de esta amenaza.

»Pero el deshielo de los glaciares no es el único problema. La deforestación tiene también consecuencias negativas. En cierta medida, el gobierno chino ha dado un paso adelante e intenta frenar la deforestación. Pero, como todo el mundo sabe, hay mucha corrupción. Algunas empresas cumplen con la normativa y ponen en marcha nuevos procedimientos de trabajo, pero también hay sobornos, estas cosas siguen existiendo. Así que es un asunto muy serio.

—Vivimos en una época en la que el hombre tiene poder para dañar los glaciares. ¿Cree usted que estamos viviendo una época mítica? ¿Considera que las cuestiones a las que nos enfrentamos son más graves que las que hemos visto en otros momentos de la historia?

—Sí, creo que es cierto. Pienso que el universo, si contemplamos su evolución durante millones de años, está sometido a un cambio constante. La posición del mundo y la temperatura del sol también cambian. En el sol arde una gran cantidad de hidrógeno, pero pienso, considerando su relativa juventud, pues tan sólo tiene 5.000 millones de años, que seguirá brillando otros 5.000 millones. Desde este punto de vista, incluso el sol cambia. En consecuencia, todo aquello que gira alrededor del sol está en proceso de cambio. Así es su naturaleza. No podemos hacer nada.

»Pero, según los expertos en ecología más fiables, la temperatura del planeta ha sufrido un rápido cambio, y a ello ha contribuido claramente el ser humano. El proceso de deforestación en el Amazonas y también en la región del Himalaya es excesivo. En el sureste del Tíbet, donde se encuentra uno de los bosques más densos de la tierra, la deforestación ha sido muy intensa. Además, por supuesto, están los coches, las fábricas y la combustión del carbón, que han producido enormes daños.

»Si la población mundial prestara más atención a estos fenómenos, o hiciera algún esfuerzo, me parece que el calentamiento podría retrasarse. No es cuestión de unas pocas personas y de unos cuantos países, sino del planeta en su totalidad. El futuro de 7.000 millones de seres humanos depende de ello. Creo que nadie quiere que la tierra se acabe convirtiendo en un desierto. Si no corregimos el rumbo, si no tomamos

precauciones, nuestros hijos y nuestros nietos se enfrentarán a consecuencias descomunales. Y ya no habrá nada que hacer. Por eso las generaciones actuales deben asumir esta responsabilidad. Así es como yo lo siento.

—¿Y cree usted que conseguiremos alcanzar ese objetivo de una manera pacífica?

—Sí —responde él—. No soy un especialista. Mi pequeña contribución consiste en ahorrar energía y agua. De modo que, vaya adonde vaya, uso la ducha, nunca la bañera, y siempre que salgo de una habitación apago las luces. Ése es mi granito de arena. Me parece importante que todos hagamos lo mismo. Obviamente, hay personas que carecen de agua y de electricidad; ése es otro problema. Pero considero que, para aquellos que viven en países desarrollados, la conciencia acerca de los problemas del medio ambiente debería formar parte de su vida diaria. Luego está la gran industria. Su responsabilidad es enorme.

»Éste es un asunto de suma gravedad para China: es un país muy poblado donde ya escasea el agua. Se ha hablado de desviar a China dos ríos que discurren desde el Tíbet hasta la India. Es evidente que algunas zonas saldrían beneficiadas, pero las consecuencias para sus vecinos del sur serían terribles. De modo que se trata de algo muy grave.

»Y después tenemos la contaminación debida a la falta de conciencia, aunque el gobierno chino se ha dado cuenta de la importancia de este asunto. Es un problema global, ya que todos estamos conectados. Si algo va mal en la región del Himalaya, las consecuencias acabarán por afectar a Islandia. He oído decir que los islandeses tienen buenos glaciólogos. Deberían enviar a un equipo, y, con la ayuda de los científicos chinos, podrían determinar la rapidez con que está sucediendo todo esto, qué daños se han producido y cómo se pueden prevenir estos cambios.

—Pero ¿qué me dice del Tíbet y de la nación tibetana? No parece que les vaya muy bien.

—A largo plazo, China tendrá un gobierno mejor, que llevará a cabo una política abierta y transparente, sin censura. La verdad del Tíbet saldrá a la luz, sobre todo para el pueblo chino. Ya lo estamos viendo. Muchos intelectuales y escritores chinos han mostrado su preocupación por la situación del Tíbet y han sido críticos con su propio gobierno. No es que estén a favor del Tíbet y en contra de China. Se trata de personas cultas que comprenden que la situación no es buena ni para los tibetanos ni para la República Popular China en su conjunto. Pero las autoridades chinas lo ignoran, especialmente debido a la censura. China, con sus 1.300 millones de habitantes, es el

país más poblado del mundo, una nación antigua que, desde un punto de vista económico, va bien. China podría desempeñar un papel importante en el planeta y, precisamente por eso, es fundamental que establezca buenas relaciones con el resto de los países. Ahora corren malos tiempos, porque hay demasiada censura y nadie rinde cuentas, por eso resulta enormemente difícil instaurar la confianza... A largo plazo, China tendrá un régimen político más democrático y una sociedad más abierta, con libertad de expresión y de pensamiento y, sobre todo, libertad mediática. Creo que todo será más beneficioso y pacífico.

—Yo vivo en un país europeo donde los medios de comunicación son libres, por lo que en principio deberíamos poder expresar nuestra opinión abiertamente. Sin embargo, vemos que los dirigentes europeos están aterrorizados. Tienen miedo, por ejemplo, a recibirlo a usted oficialmente. Y eso que su lucha siempre ha sido pacífica.

—Mis visitas son apolíticas por naturaleza. El propósito es, principalmente, espiritual y pedagógico. Mi primer objetivo es transmitir valores humanos para lograr que nuestra sociedad sea más feliz. En segundo lugar, como creyente, trato de predicar el entendimiento entre distintas religiones y tradiciones para desarrollar la armonía. De esa manera, las distintas tradiciones religiosas podrán aunar esfuerzos cuando haya que enfrentarse a los grandes problemas comunes, como el medio ambiente y los derechos humanos. Ésa es mi principal preocupación, y si mientras tanto tengo la oportunidad de reunirme con algunos líderes, me doy por satisfecho. Pero no quiero que nadie se sienta incómodo. Estos asuntos, promover la justicia y la armonía entre las distintas creencias religiosas, dependen, sobre todo, de la voluntad de las personas, de la gente. Vaya adonde vaya, siempre me espera un acto público. Converso con la gente y con quienes organizan mi visita. Y por eso me siento contento y agradecido.

—¿Aprecia algún vínculo entre los sentimientos espirituales y la manera como nos comportamos con el planeta y con nuestros conciudadanos?

—Creo que, en el fondo, todos somos iguales. Nosotros dos, por ejemplo, venimos de países fríos, así que creo que a un nivel mental o emocional guardamos cierta similitud. Es lo más probable. Islandia es un país pequeño y poco poblado. Y eso es bueno. Holanda también es un país pequeño, pero muy densamente poblado. Creo que prefiero su isla. Aunque también creo que los días en verano son demasiado largos, y las noches en invierno también. ¡Falta equilibrio! Por lo demás, su país me parece muy hermoso, muy hermoso.

—¿Estaría dispuesto a reencarnarse aquí?

—Sí, ¿por qué no? —dice riéndose.

—¡Estaríamos encantados de tenerlo entre nosotros!

—¡Gracias! Los islandeses forman parte de esos 7.000 millones de habitantes del planeta, de modo que su voz, su preocupación por el Tíbet, es muy importante para nosotros. El problema tibetano no es sólo político, sino también ético. La situación actual del Tíbet no es buena ni mala para los tibetanos ni para los chinos. Deberíamos encontrar un marco de trabajo y una solución conjunta a los problemas.

—Los islandeses estamos muy preocupados por la crisis económica. Quizá no la haya percibido al recorrer las calles en coche. Tal vez no se trate de una crisis. ¿Cree usted que las crisis pueden resultar beneficiosas?

—Creo que depende de la actitud de cada cual. Aquellos que consideran que el dinero es muy importante, los que siempre están pensando en el dinero, incluso soñando con él, serán las personas más perturbadas por las crisis financieras. Viven los apuros económicos como auténticas catástrofes, y eso afecta a su día a día y a su salud. Evidentemente, a todo el mundo le importa el dinero, pero eso no debería llevarnos a desatender otros valores como una vida familiar feliz, dedicarse a los demás o cultivar el espíritu. En mi opinión, la gente que cree en estos valores consigue que la crisis económica internacional le afecte menos. Así veo yo las cosas. La crisis puede ser una advertencia para que tengamos en cuenta otros valores, para que no pensemos sólo en el dinero; cuando el valor material es la principal preocupación, la vida es muy limitada. La gente tiene que dedicarse a otros asuntos que le proporcionen serenidad, satisfacción y una vida feliz.

—¿Y el sentido de la vida? ¿Lo ha encontrado usted?

—Según mis creencias y mi experiencia, es decir mi propia vida, la felicidad radica en servir a los otros y serles útil. Podemos darnos por satisfechos si nuestra vida ha resultado de provecho para los demás. Así, un día tras otro, mes tras mes y año tras año, me ha parecido que mi vida tiene un objetivo. La gente rica que vive rodeada de lujos desea poseer cada vez más cosas porque la riqueza no colma sus expectativas. Si no ayudamos a los demás y sólo pensamos en nuestra situación económica, la vida carece de sentido.

»Somos seres inteligentes y creativos. Tendríamos que utilizar nuestro talento natural para aportar felicidad y paz al mundo, para ofrecer cariño y compasión a nuestros

coetáneos. A veces pienso que ése es nuestro destino. Contribuir a que nuestra sociedad desarrolle la compasión.

—Los islandeses llevamos a cabo un experimento social. Intentamos ver qué sucedería si cada uno de nosotros pensara exclusivamente en su propio beneficio. No salió bien.

—Somos egoístas por naturaleza. Si uno no piensa en sí mismo, ¿quién lo hará? Así que entendemos que es algo muy normal, natural e incluso realista preocuparnos por nosotros mismos. Pero pensar en nosotros mismos en detrimento de los otros está mal. Todo el mundo tiene derecho a una vida feliz. Somos animales sociales. Nuestro punto de vista y nuestras acciones influyen directamente en la felicidad de los demás. Por eso debemos actuar con afecto y amor, y no olvidarnos del bienestar de los demás. Mire, los niños crecen y aprenden, su inteligencia va desarrollándose día tras día, año tras año. Cultivamos y fortalecemos el intelecto de los niños, sin embargo ¿por qué no hacemos eso mismo con su amor, su misericordia? Eso también podría desarrollarse exactamente de la misma manera, cada día, cada mes, si fuéramos capaces de prestar una cierta atención al corazón.

—En esta entrevista no ha hablado usted con acritud de los chinos. Sin embargo, el Tíbet ha sufrido un mal trato por parte de China. ¿Puede el perdón reemplazar la justicia o el castigo?

—Esto no es ninguna contradicción. El perdón lleva aparejado una renuncia a la cólera y al odio hacia aquellos que nos han hecho daño. El perdón no implica una aceptación de las injusticias cometidas por los otros. Luchamos contra la injusticia perpetrada por los chinos, pero todos somos seres humanos. También tenemos una herencia cultural compartida. Algunos dicen que el antiguo Tíbet era una tiranía, que el nuevo Tíbet, bajo la dominación china, es mucho mejor. Pero fíjese en las cárceles: cuando yo dejé el Tíbet en 1951 había como mucho cien personas encarceladas. Ahora los presos son más de siete mil. En todos los lugares en que hay prisiones falta educación. Antes los tibetanos eran un pueblo alegre. Carecían de bienes materiales, pero eran felices. Ahora ha desaparecido la alegría.

Un monje entra por la puerta: nuestro tiempo se ha acabado. Me despido de Su Santidad y le doy las gracias, pero él se vuelve hacia mí y me pregunta:

—¿Ha ido usted a la India?

—No, nunca.

—Si tiene la oportunidad de visitarla, dígamelo. Podremos charlar con más calma.

En nuestro encuentro, Su Santidad el decimocuarto dalái lama estuvo amable y divertido, cálido, a ratos triste, serio y profundo. No se pronunció en contra de China con ira, sino que reconoció que el Tíbet había prosperado dentro de ese país. El hecho de que, tras sufrir las consecuencias de la guerra y verse obligado a exiliarse, no echara pestes de los culpables de su situación, muestra una fortaleza fuera de lo común. Somos belicosos y vengativos por naturaleza. El dalái lama podría recurrir a la violencia, pero no lo hace.

La entrevista se desarrolló igual que otros grandes acontecimientos de la vida: la confirmación, la graduación o un estreno. Se te nubla un poco la mente y adquieres una extrema conciencia del tiempo, que pasa volando y después sientes una especie de euforia. Reviso la entrevista y le doy vueltas a su mensaje. La importancia de la solidaridad, la necesidad de la misericordia, el sentido de la vida y el perdón. Pero a mí se me quedaron grabadas estas palabras:

> En las próximas décadas los glaciares desaparecerán, descenderá el caudal de los grandes ríos y muchos de ellos incluso se secarán. Antes de que se sequen, sin embargo, podría aumentar el riesgo de inundaciones por el deshielo de los glaciares. Así que es un asunto muy grave. Si la tendencia se mantiene, y no tomamos cartas en el asunto, mil millones de personas de la próxima generación sufrirán las consecuencias de esta amenaza.

Lo que empezó como una divertida oportunidad de conocer a un hombre importante y como unas conversaciones aparentemente banales con mis parientes ancianos terminó convirtiéndose en una reflexión en torno a los asuntos más graves que se ciernen sobre los habitantes del planeta. El deshielo de los glaciares puede acarrear serias consecuencias: millones, incluso miles de millones de personas están en peligro. Aunque sólo se cumpliera el 1 % de esta predicción, estaríamos hablando ya de 10 millones de personas.

Y las pruebas se acumulan. El último informe del año 2019 sobre la influencia del cambio climático en el Himalaya y en el macizo montañoso Hindu Kush, señala que el 30 % de los glaciares habrán desaparecido a finales del siglo XXI y que, aun cuando los seres humanos alcancen el objetivo fijado por las Naciones Unidas, pongan fin a las

emisiones de dióxido de carbono y eviten que el calentamiento de la tierra supere 1,5 °C, eso no salvará los glaciares.[18] Los glaciares ya han empezado a retroceder a una velocidad hasta ahora desconocida y, aunque un incremento de 1,5 °C en la temperatura de la tierra parezca poco, es un primer paso para que se acelere el deshielo. El informe no habla de 1.000 millones de personas, sino de 1.500 o 2.000 millones. Kunda Dixit escribió en el *Nepali Times* que el informe es «aterrador».[19] Si no hacemos nada para revertir las emisiones de efecto invernadero y el calentamiento global se aproxima a los 4 °C, como todo parece indicar, dos tercios de los glaciares podrían deshelarse con consecuencias catastróficas.

Tras la entrevista con el dalái lama, apareció un monje y me dijo que cuando Su Santidad me invitó tan amablemente a tratar de estos temas en la India, lo hizo en serio y que podríamos volver a vernos dentro de un año en su casa. De esa manera, me dio cita para otra entrevista en Dharamsala, a los pies de la cordillera del Himalaya, justo debajo del rabo de Audumla.

—

La revelación de un dios equivocado

Vino la palabra del Señor a Jonás, hijo de Amitai, diciendo: Levántate, ve a Nínive, la gran ciudad, y proclama contra ella, porque su maldad ha subido hasta mí.

Libro de Jonás (1:1-2)

Los seres humanos siempre han sido creyentes. Hemos observado con asombro el cielo estrellado, hemos venerado cascadas. Nuestros antepasados fabricaron figuras de madera y piedra: dioses del cielo y de las profundidades marinas. Los seres humanos han venerado a un único dios y a cientos de dioses y semidioses, seres sobrenaturales, demonios, diablillos, ángeles de guarda, árboles sagrados y lugares sacrosantos. Ahora tenemos grandes religiones: cristianismo, judaísmo, islam, budismo e hinduismo, que se dividen después en grupos más pequeños y sectas.

Cuando era niño me preguntaba cuáles eran las posibilidades de que la sociedad en la que había nacido hubiera descubierto una verdad sagrada, un dios auténtico o tuviera una idea acertada acerca de la vida después de la muerte. Me preguntaba si los dioses se habrían repartido el mundo entre ellos, por lo que pudiéramos haber recibido una revelación esencial de manos de un dios equivocado, como cuando nos confundimos de número al llamar por teléfono.

Me imaginé una historia en la que un misterioso dios elefante se le aparecía a un chico que no tenía idea de con quién estaba hablando. No tenía ni idea de lo que representaba ese dios o de los superpoderes que poseía.

Pero entonces se me apareció Audumla, la vaca primigenia, y me trasmitió un mensaje importante para el mundo. Llamé a Guðmundur Páll, que en mi opinión era quien mejor comprendía la naturaleza de Islandia y del planeta. Me contó la misma historia. Audumla también había hablado con él. Pero, justo cuando pensábamos que habíamos encontrado a Audumla, todas las investigaciones señalaban que su fuerza se estaba debilitando, que incluso parecía estar muriéndose.

Los glaciares del Himalaya recogen el agua de las tormentas invernales y de las lluvias monzónicas y la liberan durante la estación seca, cuando la gente la necesita. Los glaciares mitigan las consecuencias de los cambios estacionales y, si no existieran, los habitantes de aquella zona sufrirían un clima más extremo con inundaciones y periodos

de sequía alternos. En los antiguos textos hindúes se dice que en el inicio de los tiempos el Ganges se precipitó desde el cielo con tanta fuerza que destruyó todo lo que halló a su paso. Pero Shiva intervino y desvió el caudal del Ganges hacia su cabeza, de modo que el agua, al resbalar por sus cabellos, fluyó mansamente hasta los lugares habitados. En cierto sentido, ésa es la función de los glaciares: crecen en las montañas como el pelo de Shiva, absorben las aguas excesivas y perjudiciales y las distribuyen por igual a lo largo de todo el año, para beneficio de todos. No sólo benefician a la agricultura. Los ríos glaciares arrastran hasta el mar materia disuelta que constituye el nutriente para las algas y las larvas de los peces que viven donde el agua dulce se encuentra con el agua salada del mar.

Junto a la cordillera del Himalaya se hallan las zonas más densamente pobladas de la tierra, repartidas entre tres potencias nucleares: Pakistán, la India y China. Reflexionando sobre Audumla vemos por qué los chinos se han apoderado del Tíbet y no quieren soltarlo. Si poseen el Tíbet, poseen a Audumla y quien posee a Audumla controla las reservas de agua de Asia.

En uno de mis viajes, conocí a Satya Dam, oficial del ejército indio y gran montañero. Estaba muy preocupado.

«El deshielo de los glaciares puede provocar conflictos bélicos en el futuro. ¿Qué ocurrirá si hay escasez de agua en China y su gobierno decide desviar a su territorio el río Brahmapuhtra, en lugar de permitir que el agua corra hasta Bangladés? ¿Qué sucederá si la sequía provoca que la India y Pakistán rompan los pactos históricos sobre el aprovechamiento de los grandes ríos? Es evidente que la desaparición de los glaciares lleva aparejada una gran inestabilidad, la pérdida de las cosechas, hambre, guerras e incluso tragedias más graves nunca vistas.» El futuro que describe es alarmante.

Me reuní con el gurú hindú Swami Nikhilananda y le pregunté por las vacas sagradas. Me explicó su utilidad. La vaca es el animal que siempre da. Da leche y terneros que, cuando se hacen adultos, sirven para arar la tierra. Da boñigas que pueden usarse como combustible, abono o material de construcción. Su grasa puede utilizarse para crear luz y adorar a los dioses. Así que la vaca es fuente de bienes materiales y espirituales. Me dijo que en tiempos inmemoriales la tierra había estado en peligro y que se había aparecido a los dioses en forma de vaca y les pidió clemencia. Swami me contó esta historia:

> Había una vez, hace mucho tiempo, problemas en la tierra: demonios y diablos causaban grandes destrozos. La madre tierra sufrió una metamorfosis. Se les apareció a los dioses en forma de vaca y dijo:

—¿Podríais protegerme de los diablos que me acosan y me causan perjuicio?

Los dioses hablaron con el creador, Brahma, y le dijeron:

—Santo Brahma, los diablos están dañando a la tierra, tienes que hacer algo.

Brahma respondió con tristeza:

—No puedo hacer nada.

Entonces los dioses fueron a ver a Shiva y le pidieron con todas sus fuerzas que salvara a la tierra. Shiva se transformó en ser humano. Mató a los diablos y protegió a la tierra. Desde entonces, la tierra está representada por una vaca.

En otro momento me habría parecido una historia extraña, pero entonces tuve la revelación de que esa historia tradicional hindú se estaba haciendo realidad de manera prácticamente literal. La tierra se me ha aparecido en forma de vaca y me pide clemencia para sí misma y para los suyos.

¿Qué hay que hacer cuando a uno se le aparece la vaca universal? ¿Cómo tengo que contarlo? ¿Debo transmitir la noticia de que hay mil millones de personas en peligro?

«¿Con qué autoridad estás hablando?», dirá la gente.

«Audumla se me ha aparecido y hablo en su nombre.»

Han acusado a los climatólogos de ser agoreros del apocalipsis, pero en realidad han sido muy precavidos porque los hechos están superando las más negras predicciones. Muchos han sido incapaces de hacer públicos los resultados de sus investigaciones para evitar que los acusen de alimentar la histeria colectiva. También temen que los acusen de haberse equivocado.

Leo un artículo acerca del fin del mundo en la revista *New York Magazine*, un retrato terrorífico de un mundo abandonado a un completo desajuste climático donde se han ido desequilibrando, uno tras otro, todos los ecosistemas de la naturaleza:[20] el permafrost se licúa, el gas metano se escapa sin restricción alguna a la atmósfera y los glaciares de Groenlandia se derriten de forma irremediable. El periodista describe un mundo sujeto a un clima extremo, a grandes inundaciones y al hambre, pues con todos los ecosistemas descontrolados no habría manera de recoger las cosechas.

Pienso: «Tengo que cambiar mi manera de vivir de forma radical e inmediata.»

Después sigo en Twitter el debate que mantienen unos importantes climatólogos criticando el artículo. Señalan que sus conclusiones no son cien por cien precisas. Que el permafrost podría sin duda derretirse, pero que harían falta más investigaciones. Que no está nada claro que vayan a morir 100 millones de personas; serían, como mucho, 30 millones. Uno de los expertos critica al periodista por pintar un cuadro tan sombrío diciendo: «Si se atemoriza a la gente, ésta se queda paralizada.» En ese momento un profesor de psicología entra en el debate y le pide al climatólogo que le indique qué investigaciones demuestran que la gente se queda paralizada cuando se enfrenta a hechos abrumadores. Al climatólogo le cuesta responder, y el psicólogo acaba de hundirlo con la siguiente pregunta: «¿No están los climatólogos haciendo psicología barata cuando restan importancia a sus resultados por temor a una imaginaria parálisis de la especie humana?»

Según el psicólogo, cuando se recibe el diagnóstico de una enfermedad mortal, la reacción de la mayoría de las personas no es en absoluto la parálisis anímica. Incluso quienes se quedan paralizados físicamente tienen la capacidad de reaccionar con una vitalidad notable, y en ocasiones, sorprendente. Arguye que la especie humana ha sobrevivido a toda clase de apocalipsis mundiales de carácter local a lo largo de los últimos milenios; la gente resiste y, la mayor parte de las veces, supera los problemas y se hace más fuerte. Emplea el término «antifrágil» para referirse a los seres humanos, pues cuanto más sufren, más fuertes se vuelven.

Casualmente, cuando una gran amenaza se cierne sobre ellos demuestran de lo que son capaces. La mayoría de los grandes avances humanos han tenido lugar cuando las personas se han visto obligadas a superar el pánico o algún obstáculo que parecía insalvable, ya fuera el hambre, el frío, los animales salvajes, el cambio climático o la gravedad. Algunos de los mayores adelantos técnicos del siglo XX están relacionados con la Primera y la Segunda Guerra Mundial: cuando las naciones temían ataques inminentes se esforzaron por conseguir el mayor número de innovaciones en la navegación aérea, los radares, la vida útil de los productos, las telecomunicaciones y las medicinas, así como otros «progresos» imprevistos en relación con formas de matar y destruir. No me gusta pensar en la guerra como una metáfora del avance tecnológico; la carrera espacial por llegar a la luna es, tal vez, un ejemplo más adecuado, pues dio pie a algunos adelantos similares que no generaron sufrimiento ni derramamiento de sangre.

Pienso en aquellas personas que más me han inspirado en los últimos años. Guðmundur Páll Ólafsson se esforzó en acabar su libro *Vatnið í náttúru Íslands* [El agua en la naturaleza islandesa] mientras luchaba contra el cáncer, a sabiendas de que le

quedaban unos meses de vida. El libro obedeció a la llamada de Audumla: es una larga declaración de amor a la tierra y al agua del planeta y una advertencia sobre lo que nos pasará si no abandonamos la senda de la destrucción. ¿Por qué pensó Guðmundur Páll Ólafsson en el futuro cuando sabía que le quedaba poco tiempo de vida? ¿Acaso tenemos una meta que alcanzar o un papel que desempeñar más allá del tiempo que pasamos en la tierra? La actriz islandesa y pintora Edda Heiðrún Backman, fundadora de la organización medioambiental Rödd náttúrunnar [La voz de la naturaleza] quedó paralizada del cuello para abajo como consecuencia de una esclerosis lateral amiotrófica (ELA) y falleció en octubre de 2016. Unos meses antes, en abril, me envió un mensaje urgente: había llegado la hora de reunir a la gente y salvar la tierra. Me regaló un cuadro de la montaña de Herðubreið que había pintado con la boca, pues tenía el resto del cuerpo paralizado. Recuerdo claramente las palabras que usó: «salvar la tierra». Siempre me había dado reparo utilizar esa expresión, pues me parecía dramática y exagerada. Sin embargo, los resultados del último informe de las Naciones Unidas lo dicen muy claramente. Somos la última generación que puede salvar la tierra de una destrucción irreversible.[21]

El que Audumla me hablara es sin duda un ejemplo exagerado, pero pienso que muchas personas reflexivas han sentido alguna vez que ha llegado el momento de actuar y trabajar para salvar la tierra, aunque luego encuentren una excusa u otra para olvidarse del asunto. Mi excusa fue la escritura literaria: decidí dejar que otros se ocuparan del activismo. Organicé una fiesta multitudinaria para presentar mi libro *Lovestar* en la histórica librería St. Mark's de Manhattan. Fue el 29 de octubre de 2012 a las siete de la tarde. No acudió nadie, excepto el huracán Sandy, que alcanzó la ciudad de Nueva York esa misma tarde a las siete en punto. Tengo cuatro hijos que están empezando a tomar sus propias decisiones. ¿Qué debo decirles o cómo tengo que explicarlos lo que está sucediendo? Me parece horrible privarlos de sus objetivos o de su fe en el futuro. Es triste ver cómo entornan los ojos cuando leen artículos o ven las noticias en Youtube acerca del deterioro del planeta en los próximos cien años. Se me rompe el corazón cuando preguntan: «¿Nos va a quedar una tierra destruida?»

—

Salto atrás en el tiempo

Y el tiempo es como un cuadro, pintado a medias por el agua y a medias por mí.

Steinn Steinarr

Los científicos hablan del tiempo, realizan cálculos y proyecciones para intentar construir una imagen del futuro. Elaboran complejos modelos con sus superordenadores y obtienen respuestas sobre cómo será el mundo en 2050, en 2070 o en 2090. Nos resulta difícil conectar con el futuro y reaccionar ante él. Escribo este libro en 2019, el mismo año en que transcurría la acción de la película *Blade Runner*. Cuatro años después del futuro de *Regreso al futuro*. Treinta y cinco años después del año orwelliano, 1984. Estamos tan hipnotizados por los avances y las revoluciones que nuestra relación con el futuro se caracteriza por una total irresponsabilidad. Para nosotros cien años son una eternidad, algo que supera nuestra capacidad imaginativa. Cien años nos parece tanto tiempo que no reaccionamos cuando los científicos nos muestran que, si seguimos por este camino, en 2100 tendrán lugar desastres de considerable magnitud. Nos encogemos de hombros, como si ese año nos diera igual.

Los científicos creen que el impacto de la presencia humana ha sido tan grande que estamos entrando en una nueva era geológica. Es la era de los humanos, el Antropoceno, que sustituiría al actual Holoceno, que se inició hace más de 10.000 años. Desde la última guerra mundial, la actividad humana ha ido aumentando exponencialmente, ya sea en términos de población, como en consumo, en gasto energético o en contaminación. Mis abuelos pertenecen a una generación que nació y alcanzó la madurez en un periodo de la historia del planeta y ahora viven la vejez en los albores de una nueva era geológica. Cuando nacieron, sobre 1920, los habitantes de la tierra eran 1.900 millones. Ahora somos unos 7.000 millones. Nos acercaremos a los 9.000 millones en 2030 y a los 10.000 millones en 2050.

Tengo la suerte de tener un contacto directo con el pasado. Puedo preguntarles a mi abuelo y a mis abuelas: cien años, ¿es poco tiempo o mucho?

Mi abuelo Björn nació en Bíldudalur en 1921 y está a punto de cumplir noventa y ocho años. A menudo he pensado en escribir su biografía y alguna otra cosa sobre sus hermanos. Su vida encaja muy bien en esta historia sobre el tiempo y el agua.

Me reuní con él en abril de 2018. Había tenido que abandonar Florida, donde quería vivir sus últimos años, y regresar a Nueva Jersey. En Cabo Cañaveral él y su esposa Peggy tenían un piso desde cuyo balcón podían ver los fogonazos provocados por los lanzamientos espaciales de la NASA. Durante dos años los habitantes de Florida se vieron obligados a abandonar sus casas varias veces debido a inminentes huracanes. El primero fue Matthew, en 2016, y al año siguiente llegó Irma. Sus hijas, las dos hermanastras de mi madre, tuvieron que coger un avión en pleno temporal para llevar a mis abuelos a un lugar seguro, pero estaba claro que no podían seguir viviendo en esas condiciones. Así que mi abuelo se marchó definitivamente de Florida y regresó a Nueva Jersey.

—Antes, los huracanes aparecían cada treinta años —me contó—. Después empezaron a llegar todos los años y ya no pararon.

—¿Es por el cambio climático? —le pregunté.

—Nadie lo sabe —respondió mi abuelo—. Quizá tengan que pasar mil años para que entendamos las pautas por las que se rigen.

Mi abuelo fue uno de los primeros habitantes de Florida que, ya en su vejez, tuvo que emigrar debido al cambio climático, pero es obvio que no será el último. El nivel del mar ha permanecido inusualmente estable durante 2.500 años tras haber ascendido unos 120 metros al concluir la Edad de Hielo. Pero ahora los seres humanos han propiciado un nuevo ciclo de ascenso y, según las previsiones de los científicos, gran parte de Florida quedará sumergida durante la vida de alguien que nazca hoy y llegue a la edad de mi abuelo.[22]

—¿Qué tal estáis aquí? —le pregunté.

Se habían instalado en un pisito acogedor en una hermosa residencia de ancianos.

Nunca había tenido la intención de alojarse en una residencia así que, desde que las piernas empezaron a fallarle, estaba fastidiado por su falta de libertad. Las autoridades de Nueva Jersey no le validaron el permiso de conducir, que le habían acreditado en Florida.

—Esto es una cárcel y ya no puedo conducir.

—No seas así —dice Peggy—. Aquí estamos bien.

Peggy tiene buen aspecto, siempre ha sido jovial, divertida y muy sociable. Sostiene entre los brazos un gato eléctrico que maúlla y ronronea.

—¿Te parece un gato extraño? —pregunta.

—Sí —contesto.

—Se llama *Eddie* —replica—. ¿No te parece genial?

Acaricio al gato y éste ronronea de una manera peculiar.

Lisa, su hija, se disculpa por el gato.

—Alguien me dijo que a la gente mayor le gustaba tener este tipo de animales, pero a mí me parece que mi madre se ha vuelto más rara desde que lo tiene. Tendrías que haber visto al cirujano jubilado que le cambió las pilas.

Peggy es una mujer muy chistosa. Mucho menos reservada que mi abuelo, así que no sé si bromea o no cuando acaricia al gato mecánico.

Mi abuelo Björn nació en Bíldudalur, un pueblecito de pescadores en los remotos fiordos occidentales de Islandia donde su padre, Þorbjörn Þórðarson, era médico de distrito. Terminó la educación secundaria en Akureyri en 1940 y se matriculó en la Facultad de Medicina, pues en aquella época no había mucho donde elegir. Europa estaba en guerra y quien quisiera estudiar en Islandia sólo podía elegir entre hacerse sacerdote, médico, abogado o profesor. Conoció a mi abuela Hulda en un baile en Reikiavik durante la guerra y en 1949, cuando las hijas de ambos, mi madre y su hermana gemela, tenían unos meses de vida, se fue a Estados Unidos a proseguir sus estudios de Medicina. Fue por un año, pero al final se quedó setenta. Hulda y él se separaron a mediados de los años cincuenta, cuando mi abuelo se estableció en Estados Unidos. No tardó en hacerse un nombre en su especialidad, fue profesor en la Universidad Cornell, en Ithaca, y cirujano jefe en el Hospital de Nueva York. Conoció a Margaret, Peggy, una enfermera de Toronto, se mudaron a una zona residencial acomodada de Nueva Jersey y tuvieron cuatro hijos. Mi abuelo iba a trabajar en coche a Manhattan. Mientras tanto mi abuela Hulda conoció a su montañero en Islandia y con él tuvo dos hijos más.

Mi abuelo tiene el rostro muy avejentado, le cuesta caminar y ha perdido capacidad auditiva, pero conserva una gran memoria. A veces hablamos en islandés y otras en

inglés; la conversación se desarrolla entre esas dos lenguas. Siempre ha tenido problemas de oído, pero gracias a los recientes avances de los audífonos últimamente hemos podido conversar mejor. Le pregunto por el paso del tiempo y le digo que es la persona más anciana que conozco. ¿Cómo se siente uno al tener casi cien años?

—*Well* —dice—. *Everyone is dead*, todos están muertos: casi todos mis colegas, mis antiguos vecinos, compañeros de clase y todos mis hermanos. Pero, por lo demás, me siento fenomenal. Seguramente no queda nadie con vida del instituto de Akureyri, excepto tal vez Önundur Ásgeirsson. ¿Está vivo?

—Voy a comprobarlo —respondo. Busco su nombre en Google con el teléfono móvil. Mi abuelo sigue con atención mis movimientos. Entrecierra tanto los ojos que parecen dos rendijas en su rostro. Encuentro una necrológica aparecida en el periódico *Morgunblaðið*—. Por lo visto, Önundur murió en febrero —le digo.

—*Oh, well* —replica él con un suspiro—. Seguramente soy el único que queda.

Es el médico islandés vivo de mayor edad, el último alumno de su clase del instituto, el último mohicano. Le pregunto si su vida, todo ese tiempo, le ha parecido larga. Dice que cien años pasan volando.

—Me parece que fue ayer cuando pescaba en el barco de arenques al oeste de Islandia, en Arnarfjörður.

Mi abuelo apareció en las noticias internacionales cuando operó a Mohammad Reza Pahlavi, el sah de Irán, a finales de octubre de 1979. Por aquel entonces yo tenía seis años y vivía en New Hampshire. Oí el nombre de mi abuelo en la radio cuando nos dirigíamos a la fiesta de cumpleaños que un compañero de clase celebraba en el Burger King. Muchos años después le pregunté a mi abuelo por aquella intervención quirúrgica y me contestó que había encontrado al sah un tanto desanimado. Mientras permanecía en la cama, escuchaba las noticias en la radio acerca de amigos cercanos y colegas a los que los revolucionarios habían sacado de sus casas y habían ejecutado. Mi abuelo me contó que una multitud exaltada se había congregado fuera del hospital para protestar contra el sah o, como él lo expresó en un artículo sobre la extirpación del bazo que le había practicado: «*Outside, the hospital was surrounded by a howling mob, controlled by barricades, calling for the Shah's head*.»[23] [En el exterior, el hospital estaba rodeado por una atronadora multitud, controlada por barricadas, que pedía a gritos la cabeza del sah.] Las hijas de mi abuelo tenían quince y veinte años y recibieron una notificación de la CIA en la que les aconsejaban que si notaban que alguna persona sospechosa estaba siguiéndolas tomaran precauciones. «¿Y qué hacemos?», preguntaron. «Echar a correr.»

Los revolucionarios iraníes protestaron enérgicamente por el hecho de que el sah recibiera atención médica en Estados Unidos. Unos días después de la operación, el 4 de noviembre de 1979, un grupo de estudiantes fundamentalistas tomó la embajada de Estados Unidos en Teherán. Exigieron la extradición del sah a Irán y mantuvieron como rehenes a 66 diplomáticos y ciudadanos de Estados Unidos durante 444 días. Una operación de rescate fracasada provocó la caída de la administración Carter, quien perdió la reelección presidencial en 1980 en beneficio de Ronald Reagan. El sah iba de un lado para otro y nadie parecía querer recibirlo. Estuvo en Texas y en Panamá y, finalmente, murió en Egipto el verano de 1980. El sah había sido una figura clave para la protección de los intereses petroleros estadounidenses en Irán. Como consecuencia de la revolución, se produjo una crisis: la producción de petróleo disminuyó unos seis millones de barriles por día y el precio del crudo en el mercado mundial se duplicó, lo que provocó convulsiones económicas en todo el mundo.

—¿No te resultó difícil estar en el foco de la atención mundial?

—No, no. Yo trataba por igual a todos mis pacientes.

Como cirujano jefe en Nueva York recibía pacientes de todas las partes del mundo. Un sultán llegó a bordo de un jumbo, seguido por otro jumbo en el que viajaba su séquito, porque descubrió que tenía la solitaria. Andy Warhol también fue paciente suyo en 1987.

—Andy Warhol era un hombre extraño —dice mi abuelo—. Le daba miedo morir en un hospital desde que aquella mujer esquizofrénica le había disparado años atrás. Vino a mi consulta y me dijo: «Si me curas sin operarme, te convertiré en un hombre rico.» Había ocultado su enfermedad durante semanas y su estado era grave. Cuando lo operé, la vesícula biliar estaba gangrenada, pero por lo demás la intervención salió bien. Warhol estaba de muy buen humor cuando me despedí de él, pero esa misma noche recibí una llamada: había muerto.

Por supuesto, su muerte causó un gran impacto y los medios de comunicación dijeron que se había tratado de una operación rutinaria, y que no entrañaba el menor riesgo. Ésos no fueron ni mucho menos los quince minutos de gloria que desea un cirujano. Cuando fui a ver a mi abuelo en abril de 2019, *The New York Times* acababa de publicar un gran artículo sobre la intervención donde se decía que no había sido una intervención menor, sino una operación de alto riesgo dado su frágil estado de salud.[24]

Mi abuelo operó también a Robert Oppenheimer, probablemente el personaje del siglo XX que más se acerca a una figura mitológica. Si en la mitología griega Prometeo entregó el fuego a los humanos tras haber ido en su busca a la cumbre del monte Olimpo, Oppenheimer descendió hasta las unidades más pequeñas de la materia para proporcionar a los líderes del mundo la bomba atómica. Como consecuencia, los dirigentes de las grandes potencias dispusieron del poder divino de hacer volar por los aires el planeta entero. Los líderes aliados consiguieron una capacidad aniquiladora que multiplicaba el poder destructor de todos los tiranos de la historia juntos. En comparación, la pequeña antorcha de Prometeo empalidecía.

Muchos científicos creen que el trabajo de Oppenheimer marcó el inicio de una nueva era geológica. La explosión de la primera bomba, en lo que se conoce como la prueba Trinity, suele considerarse el punto de partida de la nueva era humana, el Antropoceno. A partir del 16 de julio de 1945 la huella humana puede medirse y observarse en toda la superficie de la tierra, en el suelo, en las rocas y en los metales. Desde esa fecha, el ser humano, en tanto que organismo, empieza a influir en la evolución de la tierra como si se tratase de un fenómeno geológico. Ahora un solo ser humano tiene el poder de destruir la totalidad de la vida con una simple decisión: detonar una bomba atómica. Al mismo tiempo, otras acciones humanas cobraron tal envergadura que el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial recibió el nombre de la «Gran Aceleración». Desde entonces, la influencia del ser humano sobre la tierra ha crecido exponencialmente al tiempo que la biodiversidad disminuye de una forma alarmante.

Oppenheimer fue más influyente que cualquier sah, presidente o general; su figura tiene dimensiones míticas. En el futuro, su herencia dependerá de cómo seamos capaces de gestionar la energía nuclear. Algunos relatos lo describen como alguien que trajo la paz a los seres humanos, pero nuestro porvenir es una página en blanco y lo cierto es que la bomba atómica pende sobre nosotros como una espada de Damocles: la libertad que supuestamente nos ha aportado podría ser una victoria pírrica.

Los dioses se enfadaron con Prometeo y lo castigaron severamente. Lo ataron a una roca donde un águila le devoraba el hígado, por eso le pregunté a mi abuelo:

—Estoy escribiendo una mitología del presente. Si el águila devoró el hígado de Prometeo, ¿qué le hizo el oso a Oppenheimer?

Mi abuelo Björn, que en islandés significa «oso», reflexionó unos segundos y sonrió.

—Me debo al juramento hipocrático así que, por desgracia, no puedo contártelo.

—¿Tuvo algo que ver con su hígado? —pregunté.

—Diré únicamente que tuvo que ver con las hemorroides.

El tiempo se encoge con la distancia. Dentro de 5.000 años, la gente considerará casi contemporáneos a Oppenheimer y a Prometeo. El papel que utilizamos para la impresión de libros sólo dura cien años. Si escribiera esta historia con tinta de gayuba sobre una piel de becerro y la escondiera en los archivos del Instituto Árni Magnússon, seguramente se conservaría mil años o más. La mitología del futuro podría decir más o menos lo siguiente: «El águila devoraba el hígado de Prometeo mientras el oso trataba las hemorroides de Oppenheimer.»

Mi abuelo me cuenta que al ver a Oppenheimer tendido en la mesa de operaciones, acudió a su mente una imagen de la iglesia de su infancia en Bíldudalur. Oppenheimer se parecía sorprendentemente al Cristo del viejo retablo.

—Después de todo, no es tan extraño —comenta mi abuelo—. Ambos eran judíos y a su manera revolucionaron el mundo.

El propio Oppenheimer se dio cuenta del contexto mítico de sus acciones cuando vio la explosión de la bomba atómica por primera vez. En una entrevista dijo:

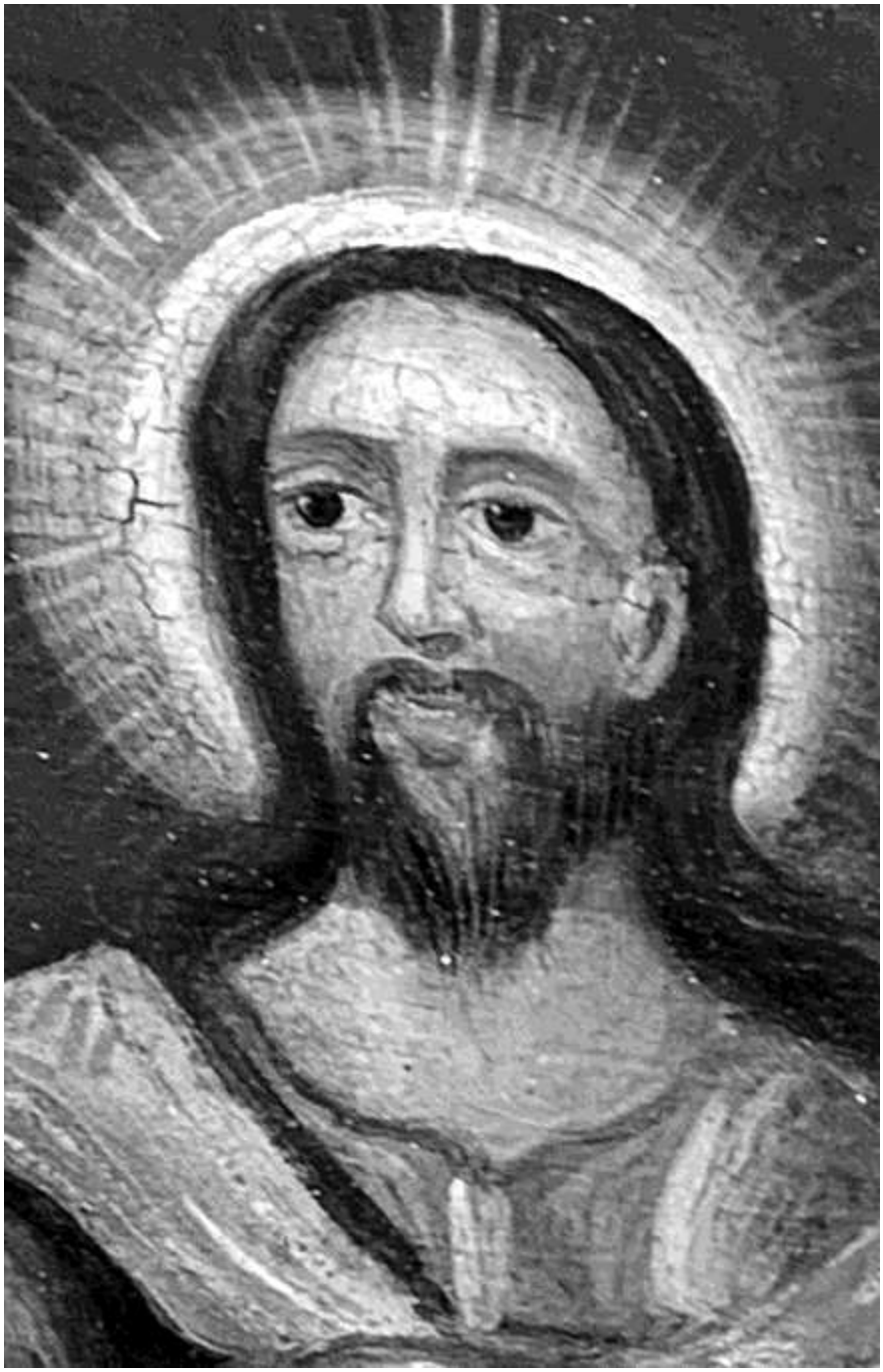
Supimos que el mundo no volvería a ser el mismo. Algunos rieron, otros lloraron, pero la mayoría guardó silencio. Recordé unas palabras de un antiguo texto hindú, el *Bhagavad Gita*: «Ahora me he convertido en la Muerte, el destructor de mundos.»

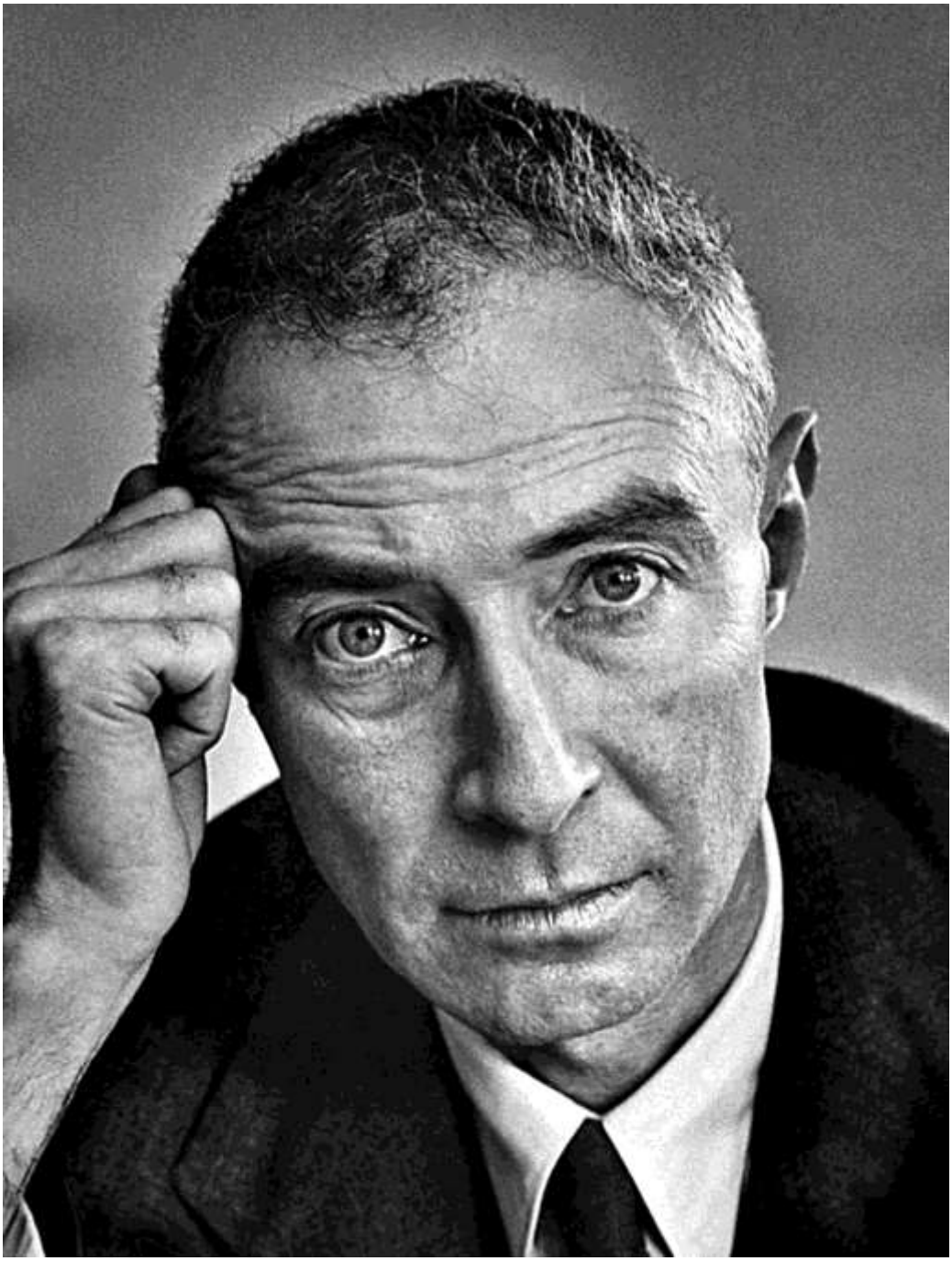
Mi generación sufrió pesadillas recurrentes debido al descubrimiento de Oppenheimer. ¿Fueron innecesarias tales preocupaciones? ¿O dichas preocupaciones permitieron que el mundo sobreviviera? Crecí con las imágenes de Hiroshima, y expresiones como «invierno nuclear» o «lluvia radiactiva» se cernieron amenazantes sobre mi infancia. Estos conceptos tenían una carga completa, no eran un mero zumbido.

Ahora los científicos han elaborado nuevos escenarios de terror sobre las consecuencias de un aumento de tres a cinco grados en la temperatura del planeta. La tierra ha dejado de transformarse a velocidad geológica para hacerlo a velocidad humana. Sin embargo, seguimos reaccionando a un ritmo glaciar. Celebramos

simposios para decidir el lugar de la próxima reunión. Quizá este aumento de temperatura no constituya un cambio tan veloz y preocupante, al menos si lo comparamos con un destello repentino o una onda expansiva. Observamos tranquilamente cómo las catástrofes se cocinan a fuego lento. «Calentamiento global» no suena igual que «invierno nuclear». Tal vez haya algún incendio forestal más por aquí, unas temperaturas un poco más altas por allá, e incluso vivamos una leve mejoría antes de que, repentinamente, se produzcan inundaciones milenarias y el agua acabe vertiéndose en un océano cuyo nivel aumentará vertiginosamente; los desiertos se expandirán lentamente y soplarán unos huracanes un poco más fuertes mientras deja de ser noticia la extinción de esta o aquella especie animal.

Al parecer, mi generación no quiere volver a tener miedo. Pero, por desgracia, tenemos que tomarnos este asunto en serio. Nuestros hijos no han experimentado la amenaza nuclear ni el agujero de la capa de ozono, ni se han reído del apocalipsis. Da la impresión de que no tienen miedo a tener miedo. Están en huelga. La escuela debería educarlos para el futuro, pero toda educación carece de sentido si el sistema escolar y la vida laboral no se adaptan a la ciencia y siguen empeñándose en conducirnos por la senda equivocada. Hasta el abismo.





Jesucristo y J. Robert Oppenheimer. La imagen de Jesús es de un retablo de la iglesia de Bíldudalur (originalmente de la iglesia de Otradalur). La imagen es danesa y se remonta al año 1737. Fotografía de Högni Egilsson. La fotografía de Oppenheimer es de Alfred Eisenstaedt. Getty Images.

—

Sueños de cocodrilo

Mi abuelo Björn vivía con Peggy en una casa grande y blanca en el extrarradio de Nueva Jersey y, cuando yo era niño y residía en Estados Unidos, íbamos a visitarlos con frecuencia. Era una casa de ensueño de dos pisos, con piscina en el jardín. Tenían un perro y un conejillo de indias, un *Caiman crocodilus* y un montón de ratones que servían de cebo a una boa de tres metros de longitud llamada BC, las siglas de Boa Constrictor. Vivía con ellos su hijo adolescente, John Thorbjarnarson, a quien pertenecían el cocodrilo y la serpiente.

Uno de los días más divertidos de mi infancia quedó grabado en una película de 8 mm que filmó mi madre. Estábamos de visita en Nueva Jersey cuando John salió con la boa. Nos permitió sostenerla y que nadara con nosotros en la piscina. Esa misma noche nos dimos un baño nocturno mientras los murciélagos atrapaban a las polillas atraídas por las luces encendidas del fondo de la piscina.

Nuestro tío John, nacido en 1957, tenía un insaciable interés por los reptiles y todo tipo de bichos: le encantaban las ranas, las tortugas y las culebras que encontraba detrás de su casa de Nueva Jersey. Cuando tenía diez años, vio un reportaje de *National Geographic* sobre cocodrilos y los peligros que les acechaban en los humedales de los Everglades, en Florida, y se quedó tan impresionado que decidió que cuando fuera mayor se dedicaría a la investigación y a la protección de los cocodrilos. Al final, se convirtió en herpetólogo y se especializó en la conservación de cocodrilos.

Los cocodrilos llevan más de 60 millones de años sobre la faz de la tierra teniendo prácticamente la misma forma con que los conocemos en nuestros días. La historia de su evolución se remonta a 200 millones de años. Se han adaptado a la deriva continental y a las glaciaciones, y sobrevivieron cuando los dinosaurios, así como casi tres cuartas partes de la biosfera terrestre, se extinguieron en la quinta y más reciente gran extinción, ocurrida hace 66 millones de años, después de que, según creen los científicos, un asteroide chocara contra la tierra.

Cuando John terminó sus estudios de doctorado en herpetología, la mayor parte de las 23 subespecies de cocodrilos se encontraban ya en la lista de especies en peligro de inminente extinción. Su tesis trataba sobre el caimán de anteojos, subespecie de cocodrilo a la que pertenecía el ejemplar que había tenido de niño. Después participó en la elaboración de un proyecto para la protección de los cocodrilos a escala mundial.[25]

Durante años soñé con la idea de vivir un tiempo en la selva amazónica con John y escribir un libro o una serie de artículos sobre el río, la naturaleza y los pueblos de la zona. Mis primeros textos publicados, en el suplemento dominical del periódico *Morgunblaðið*,[26] fueron traducciones de artículos de mi tío John sobre cocodrilos, tortugas y boas. Traducir al islandés artículos sobre animales exóticos constituyó un auténtico desafío, pues nuestra lengua no distingue entre cocodrilos y caimanes, y menos todavía entre los tipos de caimanes de los que trataba el artículo. El caimán negro, por ejemplo, es el depredador más grande de Latinoamérica: puede alcanzar más de cinco metros de longitud y llega a pesar más de mil kilos.

En islandés disponemos de setenta palabras para designar la nieve, pero tan sólo el término «krókódíll», para diferentes géneros, como «alligator», «caimán», «gavial» y «cocodrilo». Es como disponer únicamente del término «oveja» para hablar de «ovejas», «cabras» y «antílopes» y la palabra «bacalao» para el «bacalao», el «carbonero», el «salmón» y el «eglefino».

En 2010 John publicó un libro donde argumentaba que el caimán chino había servido de inspiración para el dragón chino. Cuando sus colegas empezaron a contabilizar los ejemplares de esta subespecie, descubrieron que tan sólo quedaban 150 caimanes adultos en estado salvaje viviendo en pequeñas charcas y jardines de la región de Anhui, junto al río Yangtsé.[27]

Los cocodrilos, que llevan más 60 millones de años en el planeta, han sobrevivido a las eras glaciares y a la lluvia de meteoritos. Si analizásemos en un eje de coordenadas la población de los cocodrilos por un lado y los millones de años del planeta por otro, podríamos observar que la cantidad de cocodrilos fluctúa: cada millón de años, seguramente habrá desaparecido alguna especie concreta por razones naturales, pero en el siglo XX se apreciará una caída en picado, como ocurre con la mayoría de las especies animales. La causa principal es que los seres humanos hemos invadido los hábitats naturales y las tierras donde se alimentan. Pero hay otras razones: confeccionamos botas y bolsos hechos con piel de cocodrilo y nos mostramos indiferentes y hostiles hacia nuestros parientes «más feos». Vivimos en una época en la que una sola persona puede activar una bomba con una potencia similar a una lluvia de meteoritos y que una simple moda puede actuar como una plaga para la vida vegetal y animal.

Los científicos han señalado que en la actualidad nos hallamos ante la sexta extinción masiva de especies animales. Las anteriores son las siguientes:

1. Hace 444 millones de años, al final del Ordovícico.

2. Hace 375 millones de años, al final de Devónico.

3. Hace 251 millones de años, al final del Pérmico.

4. Hace 201 millones de años, al final del Jurásico.

5. Hace 66 millones de años, entre el periodo Cretácico y el Terciario.

La sexta extinción masiva arranca en el Holoceno, la era humana, que se inició hace 11.000 años con la extinción de la megafauna de los continentes. Pero todo esto se ha intensificado de forma alarmante en las últimas décadas. Nuestros hábitos de consumo actúan como verdaderas erupciones volcánicas, nuestras modas tienen más impacto que la deriva continental y nuestros deseos son como terremotos. Vivimos en una época en que la iniciativa de unos pocos individuos puede ser crucial para determinar si los depredadores más grandes y poderosos de la tierra, los dragones de nuestro tiempo, vivirán o morirán.

Pese a haber nacido en el extrarradio de Nueva Jersey, John y sus colegas de la Wildlife Conservation Society han influido en la historia evolutiva de una especie animal que ha sido capaz de sobrevivir 60 millones de años, y han evitado su aniquilación definitiva. Se necesita tener una personalidad especial para dedicarse a este trabajo. Los cocodrilos se encuentran generalmente en humedales y terrenos pantanosos, muchas veces en regiones remotas y pobres de países subdesarrollados donde los gobiernos son inestables. John tenía que ganarse a los indígenas para su causa, entender su situación y su lucha por la supervivencia, y, al mismo tiempo, transmitirles sus conocimientos sobre el papel que los depredadores juegan en la naturaleza, cómo estos animales son a menudo una parte vital de un ecosistema saludable. Si viven como parte del ecosistema, no le quitan nada a la naturaleza, sino que producen nutrientes, materia orgánica y preservan el hábitat. Los cocodrilos capturan los animales débiles y evitan así la superpoblación y las enfermedades. Cavan hoyos en los ríos y terrenos pantanosos a fin de prepararse para los periodos de sequía; estos agujeros benefician a otros animales y plantas.

John era un hombre tranquilo y modesto, con un sutil sentido del humor, en las antípodas de los machotes que solemos ver en la televisión luchando con cocodrilos. Los respetaba y contrarrestaba los prejuicios de la gente hablando de los cocodrilos como de criaturas amables. Decía que nada era tan hermoso como navegar en una

canoa en plena noche por la reserva de Mamirauá en la Amazonia, iluminando con la linterna las zonas pantanosas y viendo centellear miles de ojos en la oscuridad. Una vez me dijo que los cocodrilos se comportaban más como los pájaros que como las serpientes u otros reptiles. Construyen nidos y ponen huevos en ellos. La hembra caimán de anteojos oye la llamada de sus crías cuando están a punto de romper el cascarón y acude rápidamente al nido. Toma los huevos entre sus dientes, y con mucho cuidado y una ternura maternal, los hace rodar suavemente entre la lengua y el paladar. Cuando las crías han salido de los huevos, la madre lleva a la prole en sus enormes fauces hasta un lugar seguro. A veces tiene que realizar varios desplazamientos. Después cuida de los pequeños, como las hembras de los patos, hasta que pueden valerse por sí mismos.

Aunque John trabajaba protegiendo especies en peligro de extinción, no recuerdo que nunca se enfadase o le recriminara nada a nadie, ni que hiciera campañas en internet. De haberlo hecho, es poco probable que la gente a la que se dirigía le hubiera prestado atención, y menos aún que hubiera reaccionado adecuadamente. Trabajaba con agricultores y cazadores para planificar las capturas y proteger el hábitat y las zonas de anidación. Tuvo que negociar con terratenientes ricos, granjeros pobres y funcionarios. No siempre los argumentos económicos fueron los que más importaron, ni siquiera el argumento filosófico de que los animales tienen derecho a la vida. En ocasiones le resultaron muy útiles los argumentos estéticos, tales como el respeto reverencial que nos inspiran esos animales y sus historias, el papel que desempeñaban en la herencia folklórica y musical, así como la capacidad del ser humano de admirarlos, temerlos o maravillarse al percibir la conexión entre los animales salvajes y el abismo insondable que anida en nuestro interior. La dimensión mítica del cocodrilo. El animal que inspiró la idea del dragón chino y del dios egipcio de las aguas, que hace reverdecer los campos.

Es comprensible que los seres humanos compitiéramos con las especies animales en la lucha por obtener alimentos y acabar con el hambre y las enfermedades, pero el problema es que no parecemos tener límite. No sabemos cuándo estamos saciados ni cuándo hemos ido demasiado lejos. No es lo mismo ampliar un arrozal para alimentar a una familia numerosa que desecar y asfaltar una laguna —acabando con sus peces, flores y zonas de anidación— para construir un centro comercial o un parque de atracciones; tampoco es lo mismo que talar selvas tropicales en Jamaica e inundar valles de Islandia para fabricar latas de refrescos de usar y tirar. Actualmente en Islandia hay una polémica por la construcción de la central hidroeléctrica del río Svartá, que ocuparía el hábitat de porrones islándicos y halcones, de patos arlequines graznadores y de una inmensa población de truchas. Quieren acabar con ese lugar por una central eléctrica de 10 megavatios. Para ponerlo en perspectiva, en Islandia se gastan 150

megavatios en la minería de bitcoins, una moneda virtual sin un propósito concreto. La gente se atiborra en un bufé de doce platos, y luego vomita para poder comer el postre, y encima le añade nata. En la comarca de Vestfirðir hay una meseta preciosa que arrasarán para conseguir otros 50 megavatios. Sin duda la gente cree que la destrucción es un fin en sí mismo, por cuya razón se pregunta: «¿Para qué sirve todo este terreno? ¿Qué sentido tiene un terreno que nadie usa?»

El *Tao Te Ching* de Lao-Tse salió a la luz en China hacia el año 500 antes de Cristo y se tradujo por primera vez al islandés 2.500 años más tarde, en 1921. Mi capítulo predilecto habla de la utilidad:

> Treinta radios se unen en el centro
>
> de una rueda,
>
> pero es su vacío
>
> lo que hace útil al carro.
>
> Se moldea la arcilla para hacer la vasija,
>
> pero de su vacío
>
> depende el uso de la vasija.
>
> Se abren puertas y ventanas,
>
> en los muros de una casa,
>
> y es el vacío
>
> lo que permite habitarla.
>
> En el ser centramos nuestro interés,
>
> pero del no ser depende la utilidad.[28]

El vacío permite que la rueda gire. Durante todo el siglo XX hemos exigido que la tierra sea útil y produzca beneficios, hemos rellenado cada vez más el vacío. A esto lo hemos denominado sensatez. ¿Para qué sirve ese pantano? ¿Para qué están todas esas moscas? ¿No podríamos librarnos de la competencia de los zorros y los cocodrilos? Para que una zona esté protegida, debe servir como parque natural o destino turístico y su finalidad tiene que ser medible, hay que calcular qué beneficios produce, cuántos empleos genera y cómo aumentan las ventas de bienes de consumo y de los servicios relacionados con dicho parque. Cuando se habla sobre los arrecifes de coral, se destaca su importancia para la pesca y el turismo. El arte ha de justificarse con ventas y facturaciones. La educación y la ciencia deben justificarse por lo que producen y los empleos que generan. El no ser es inútil en sí mismo, así que continuamente se está llenando el vacío, lo que estaba hueco, y ahora parece que la rueda de la vida ha dejado de girar.

En sus investigaciones, los científicos han medido y evaluado la degradación de los hábitats donde viven los animales salvajes, ya sean los rinocerontes, los araos aliblancos, los murciélagos, los frailecillos comunes, los orangutanes, los osos, los bancos de peces o los renos de la tundra ártica, que murieron por decenas de miles durante el invierno de 2018-2019.[29] Los científicos han alertado acerca del terrible descenso del número de insectos en todo el mundo. Los conductores de camiones de Estados Unidos dicen que los parabrisas, que antes se les ponían negros de moscas, llegan ahora limpios como una patena tras viajar cientos de kilómetros. Según las investigaciones realizadas en áreas protegidas de Alemania, en torno al 75 % de los insectos voladores parecen haber desaparecido, lo cual influye, obviamente, en las restantes formas de vida. Incluso en las selvas vírgenes, adonde el ser humano nunca se ha aventurado, puede constatarse un descenso en el número de insectos. Hablar de sexta extinción masiva quizá parezca dramático, pero podríamos estar tan cerca del agujero negro que ya no lo vemos.[30] La imagen es desoladora y sólo oímos zumbidos, pero el hecho permanece: nos enfrentamos a una tarea sin precedentes.

Cuando John y sus colaboradores crearon una red internacional de especialistas en cocodrilos y aunaron sus fuerzas, 21 de las 23 especies de cocodrilos estaban en la lista de animales en peligro de extinción. Tras la intervención de los biólogos, muchas de estas especies se han recuperado. Aunque no puedan lanzarse las campanas al vuelo, hay que felicitarse de que en 2010 sólo quedaran siete subespecies en esa lista, según un artículo de *The New York Times* sobre la vida y el trabajo de John que lamentablemente también fue su necrológica.[31]

El 14 de febrero de 2010 recibimos la triste noticia de la muerte de John; tan sólo tenía cincuenta y dos años. Estaba en Nueva Delhi, en la India, recién llegado de Uganda, donde había trabajado con los lugareños en una investigación sobre una variante enana y rara del cocodrilo del Nilo. Había ido a la India para dar una charla a los que trabajan para la protección del gavial del Ganges, un reptil parecido al cocodrilo que ha desaparecido en gran parte de su hábitat natural de los ríos de la India, donde ha vivido durante millones de años. Sabíamos que el trabajo de John era peligroso, pero él siempre decía que los cocodrilos no constituían la principal amenaza. Más graves le parecían el tráfico, las intoxicaciones alimentarias y la malaria. Con toda seguridad fue una cepa resistente de la malaria la que se lo llevó por delante.

En vida, nunca llegué a saber hasta qué punto John era respetado, pues nunca alardeaba de su trabajo. *The Economist* publicó una necrológica de una página entera.[32] Gracias a él, el cocodrilo del Orinoco y el caimán chino han empezado a recuperarse, pero las tareas para salvar al cocodrilo siamés y el gavial del Ganges están todavía en una fase inicial. Rescatar una especie animal es, con toda probabilidad, una de las cosas más nobles que una persona puede hacer en su vida, si bien el hecho de que un pequeño grupo de personas pueda decidir la suerte de una especie de millones de años de antigüedad demuestra lo singular que es nuestra época. Ahora hay tantas especies en peligro que muchos biólogos tienen la sensación de que los han reclutado para trabajar en el Arca de Noé. En todo el mundo hay gente ocupada en salvar especies con la esperanza de que sobrevivan a la ola de consumismo y derroche en que se halla inmersa a humanidad.

La desaparición de especies animales causada por la actividad humana es un suceso de gran importancia. En Islandia perdimos el alca imperial el 3 de junio de 1844, cuando los dos últimos ejemplares de la especie fueron abatidos en el islote de Eldey, al suroeste de Islandia. El nombre científico del alca imperial es *Pinguinus impennis*. Habría sido hermoso tener nuestro propio pingüino pero, desgraciadamente, en esa época no estaba de moda proteger a los animales. En 1929 se generó una cierta polémica en la prensa por causa de esta ave cuando un ornitólogo de Eyrarbakki, Peter Nielsen, escribió un artículo acerca de últimas alcas imperiales en el periódico *Morgunblaðið*. Describió cómo esos especímenes fueron aumentando de valor para los coleccionistas a medida que el ave se volvía menos común. Al final, los pescadores podían ganar el equivalente a toda una temporada de pesca capturando dichos pájaros y sus huevos y vendiéndoselos a coleccionistas europeos; todo ello contribuyó a acelerar la extinción de la especie. Ólafur Ketilsson, hijo del hombre al que se acusaba a menudo de haber abatido la última alca imperial, contestó a Peter en otro artículo, pues consideraba que se había atentado contra el honor de su padre. Peter respondió a Ólafur diciendo que no había dado nombres en su texto y explicaba el porqué:

> Por respeto a la memoria de un hombre muerto y para no herir los sentimientos de sus familiares o amigos, no he dicho el nombre de esa persona que, según me han contado, mató a las últimas alcas imperiales que quedaban en el mundo, o que tuvo la desgracia de causar su muerte, puesto que considero que no es de interés público y resulta innecesario airearlo.[33]

Pero, ya que Ólafur había mencionado a su padre, Peter Nielsen aprovechó la oportunidad para recordar lo sucedido aquel trascendental día de junio de 1844, citando un informe danés:

> Si este informe es correcto, y no me parece que haya ningún motivo para dudarlo, fue un tal Jón quien cazó la penúltima alca imperial, y Sigurður fue quien cazó la última. El hombre que se apoderó del último de sus huevos —y no es improbable que, por su grado de incubación, contuvieran vida— se llamaba Ketill, según el profesor Newton. Por lo tanto, ¡no me parece en absoluto inverosímil que fuera el propio Ketill el que diese muerte a la última alca imperial!

Según el periódico *Morgunblaðið*, Peter Nielsen nació en 1844, tres meses y cinco días antes de la muerte de la última alca imperial, así que no llegó a ver ningún ejemplar de esa especie. En 1929 cumplió ochenta y seis años y llevaba diecinueve paralítico, pero su artículo demuestra que era un hombre lúcido e incisivo. Peter Nielsen puso de manifiesto la importancia de aprender de la triste historia de las alcas imperiales, porque el águila y el halcón estaban siguiendo sus pasos a una velocidad vertiginosa. En 1929, tras largos años de persecución, sólo quedaban unas pocas parejas de águilas en Islandia. La gente las mataba y destruía sus huevos. Los granjeros colocaban carne envenenada para matar zorros y disparaban a un gran número de pájaros. Como mi tío John con los cocodrilos, Peter Nielsen se propuso defender la causa de los depredadores, que eran impopulares y causaban daños reales, y también imaginarios, a los granjeros. En un artículo de 1919, por ejemplo, dijo:

> No hay nada innecesario en la naturaleza. Las águilas desempeñan, por supuesto, un papel en ella. Cada atentado que se comete contra la creación acarrea graves consecuencias, aunque no se perciban de inmediato.[34]

Las advertencias de Nielsen y sus socios, hace exactamente cien años, lograron que las águilas y los halcones escaparan a la extinción. Sin embargo, aún hay granjeros que sostienen que las águilas saquean los nidos del pato eider, de manera que destruyen sus huevos y tratan de ahuyentarlas de sus tierras. La declaración de las ballenas como especie protegida ha tenido éxito y muchas especies se han recuperado gracias a los planes específicos de protección.

El problema actual, a diferencia de 1919, es que los ecosistemas que se preservan son sólo los que ya tienen algún tipo de coherencia o equilibrio, si es que tales conceptos pueden aplicarse a la naturaleza. Los animales viven en consonancia con la compleja interacción de las estaciones, las épocas de lluvia y las inundaciones de primavera, la temperatura del agua, la floración de las plantas, la eclosión de las moscas y los alevines y la migración de los bancos de peces. Si la base de todo ese sistema se quiebra, si el clima se altera, la temperatura media aumenta o la acidificación de los océanos se desequilibra, los individuos tendrán escaso margen de maniobra. Poco importa, por ejemplo, que los frailecillos o los araos aliblancos estén protegidos si no disponen de alimento; irán desapareciendo durante décadas hasta que sólo queden los últimos ejemplares, como sucedió con aquel par de alcas imperiales. No tiene sentido señalar a un cazador en particular; la causa profunda está en otro lado. Todos estos ataques a la obra de la creación han empezado a tener graves consecuencias.

Según el informe de 2019 del Comité de las Naciones Unidas sobre Diversidad Biológica, hay más de un millón de especies animales en peligro de extinción. El informe fue elaborado por ciento cincuenta expertos procedentes de cincuenta países y concluye que, cuando se suman los crecientes ataques a los hábitats naturales, la contaminación industrial y agrícola, la sobrepesca y la sobreexplotación, además de los efectos del cambio climático, hay un riesgo evidente de que todo el ecosistema se venga abajo. Todos estos aspectos han afectado tan profundamente al planeta y con ello al futuro de la humanidad, que los autores del informe exigen una respuesta inmediata.[35]

El calentamiento global supone un cambio total, según el cual las condiciones fundamentales que sostienen ecosistemas enteros varían simultáneamente. Los ecosistemas del mundo se alejan del Ecuador en dirección a los polos y las montañas, huyendo de las altas temperaturas a una velocidad superior a un metro al día. Las especies marinas del sur se han desplazado 70 kilómetros en una década y los organismos tropicales no han dejado de avanzar hacia el norte, trayendo consigo enfermedades del trópico. En las costas islandesas hemos visto cómo llegaban caballas del sur al tiempo que desaparecía el capelán. Determinados animales y plantas pueden cambiar de lugar y, de hecho, así ha venido ocurriendo a lo largo de la historia. Ahora

bien, los ecosistemas complejos no se desplazan a escala humana, aunque sí lo hacen algunas especies.

Para comprender la importancia de un aumento de dos grados en la temperatura de la tierra para las plantas y los animales, podemos observar de cerca nuestro propio cuerpo. Cualquier persona consideraría insoportable la vida si su temperatura corporal siempre fuera de 39 grados, sólo dos grados por encima de la media. Esto describe con gran sencillez lo que sucedería si la tierra se calentara dos grados. Las especies adaptadas a determinadas condiciones de repente tendrían mucho calor, se cansarían y se debilitarían; algunas morirían. Otras invertirían toda su energía en protegerse del calor y dejarían de reproducirse. Al hablar de dos grados centígrados se hace referencia a la temperatura media de la tierra, pero en algunas zonas del planeta se superarían los seis grados y con ello se destruiría la base de su ecosistema. Algunas especies migrarían, pero la mayoría de las veces el ecosistema se derrumbaría como un castillo de naipes en cuanto la migración de las aves, la incubación, la brotación y la floración de las plantas se alteraran. Algunos animales ya han llegado a los confines del mundo y no tienen adónde ir. Si el hábitat de una especie es la costa norte de Islandia, no resulta sencillo viajar más al norte, donde sólo hay un mar embravecido.

Los animales son el fruto de la tierra, crecen como las manzanas en los árboles. Si el árbol se seca, no da fruto. Es inútil proteger o conservar las manzanas si se tala el árbol o se pudren las raíces. Como dijo Árni Einarsson, experto en la protección del lago Mývatn: «He dedicado mi vida a proteger el ecosistema del lago Mývatn cuidando de pájaros y mosquitos, pero ahora me han cambiado el clima. Es probable que todos mis esfuerzos hayan sido en vano.»

Cuando mis abuelos nacieron, todavía vivía gente que había crecido en la época de las alcas imperiales. Los descendientes de Ketill y de sus compañeros cazadores, que habían matado a los últimos ejemplares, debían de sentirse avergonzados. Los cazadores afirmaron que no sabían que se trataba de los últimos ejemplares. A menudo vemos el mundo con mayor claridad cuando lo analizamos retrospectivamente, no cuando estamos inmersos en la acción. Si damos por buenas las previsiones de los científicos y no emprendemos de inmediato algún tipo de acción radical, el juicio que emitirá la historia acerca de la sexta extinción masiva será muy parecido. Nuestra existencia se verá señalada por la vergüenza. Quizá toda nuestra historia adquiera una connotación negativa debido a las consecuencias que comportó y a que sabíamos lo que estaba sucediendo. Todos éramos Ketill.

—

Mitología para el presente

—¿Sobre qué estás escribiendo? —pregunta mamá.

Ha estado jugando al golf con papá. Lleva una camiseta de deporte rosa y tiene los brazos al aire a pesar de que la temperatura exterior es de sólo seis grados.

—Estoy recopilando historias —respondo— sobre la luna de miel en el glaciar de Vatnajökull, mi abuelo en Estados Unidos y los cocodrilos.

—Podrías comentar de vez en cuando que tienes padres —replica mamá y, aunque no está enfadada, percibo un tono un poco acusador y siento remordimientos.

Me quedo pensando. ¿Qué pasa con los abuelos?

Se cree que la mitología se inició con la adoración de los antepasados, cuando se les puso en un pedestal y se obviaron sus errores y flaquezas. Contamos con un buen número de profesionales que nos ayudan a desentrañar las relaciones entre padres e hijos; todo lo que hacen los padres concierne a la psicología. Demasiada intimidad o demasiada frialdad. En el desarrollo vital, la ausencia del padre o de la madre se considera fuente de problemas y la pérdida de los padres, un trauma profundo. Pero si tienes abuelos eres un ser afortunado. Sin embargo, el hecho de no tenerlos no se enfoca como una pérdida. Su presencia puede aportarnos infinidad de cosas pero, si no están con nosotros, no podemos hablar de carencia. Si bien la relación con nuestros padres puede estar llena de nudos, las relaciones con los abuelos en general son fluidas. Los abuelos son héroes, semidioses en la mente de los nietos, mientras los padres mascullan: «Bueno, pensarás que es una persona genial, pero no fue una madre perfecta ni mucho menos...»

Jón Pétursson, mi abuelo paterno, tuvo una vida muy diferente a la de Björn, mi abuelo materno. No le interesó labrarse una carrera profesional ni acaparar bienes materiales, y dedicó mucho tiempo a sus ideales y a los problemas sociales. Cuando tenía cincuenta años, rechazó un cargo en la empresa suministradora de agua Vatnsveita para que él y mi abuela Dísa pudieran pasar cuatro meses al año en la vieja granja que había pertenecido a sus antepasados en Melrakkaslétta. Allí protegían las zonas de puesta de huevos de los patos eider, pescaban truchas y disfrutaban de la vida. Murió en 2006 y lamento no haber conversado más con él; en aquella época siempre tenía la mente ocupada por las tierras altas. Mi abuelo Jón nació quince años después de

que llegara el primer coche a Islandia, antes de que la radio pasara a formar parte de nuestra historia. Todo lo que comía la familia lo cazaban o lo cultivaban en sus propias tierras: criaban ovejas, ordeñaban vacas, pescaban truchas y focas; el azúcar, la harina y el café era prácticamente lo único que compraban en su casa cuando él era niño.

Una vez estábamos sentados en la cocinita de su casa en Teigagerði y mi abuelo me habló de la época en que llevaba pescado a Inglaterra, a Blackpool concretamente, durante la guerra. Iban en un barco de pesca rodeados por embarcaciones militares. El barco navegaba con las luces apagadas y no podía detenerse bajo ningún concepto, pues los submarinos alemanes atacaban constantemente. Si sucedía algo, tenían órdenes de continuar a toda máquina; las embarcaciones militares estaban allí para protegerlos. Una mañana de niebla en que apenas soplaba viento pasaron entre los restos de un barco hundido. Vieron una mancha blanca en el agua y descubrieron que se trataba de un grupo de enfermeras que flotaban en el mar. Me sobresalté al oírle decir esto, pero no dio más detalles. En esa época, a menudo ya era un hombre confundido y frágil. Nunca llegué a saber si las enfermeras estaban vivas o muertas ni cómo llegaron hasta allí o si el barco hospital había sufrido algún ataque. No estoy seguro de si ocurrió de verdad o lo soñó mi abuelo, pero la imagen aún me persigue. Navegar en medio de la niebla a toda máquina y atravesar una mancha formada por cuerpos de enfermeras que flotaban en el agua. Era típico de mi abuelo. A veces recitaba poemas y preguntaba: «¿Lo he compuesto yo o el poeta Davíð Stefánsson?», y se echaba a reír. Pero nunca volvió a mencionarme a las enfermeras. Le pregunté a papá si conocía esa historia, pero él ni siquiera estaba seguro de que mi abuelo hubiera navegado durante la guerra; incluso su hermana tenía dudas. El tiempo pasa, las cosas se olvidan y la siguiente generación pierde esos recuerdos y no se preocupa de preguntar, escribir o grabar.

A los noventa y ocho años mi abuelo Björn se acuerda de todo. Puedo preguntarle cualquier cosa de las operaciones que realizó en 1970 y recuerda hasta el nombre del médico que le remitió a cada uno de sus pacientes. Sus hermanos también tienen historias notables que contar. Arndís Þorbjarnardóttir, mi tía abuela, nació en 1910. Cuando cumplió veinte años se fue a Oxford a cuidar de los hijos de un joven profesor de literatura medieval. Nadie lo conocía en aquella época y acababa de empezar a escribir un libro titulado *El hobbit* con la intención de entretener a Christopher, el menor de sus hijos.

Nunca traté mucho a Arndís, pero fui a visitarla en una ocasión a la residencia de ancianos de Grund cuando mi abuelo vino a pasar unos días a Islandia en torno al año 2000. Los dos hermanos estaban sentados en la cama como dos jovencitos que charlaran en un desván. Ella me contó que la vida que llevaba la familia Tolkien era bastante aburrida. La mujer no parecía estar a gusto en Oxford y, rodeada por todas aquellas

personas tan cultas, tenía una especie de complejo de inferioridad. Poseía muchos vestidos que nunca se ponía y un piano que nunca tocaba. La agobiaba tener en su casa a una joven que hablaba una especie de lengua élfica con su marido; al parecer él quería aprender a hablar el islandés y a la señora de la casa no le hacía gracia. Arndís contaba a los niños historias antes de dormir, historias de monstruos, troles, duendes, volcanes y de cómo se vivía en las chozas de turba. Me dijo que Tolkien tenía la costumbre de sentarse fuera, junto a la puerta abierta de la habitación, para escuchar dichas historias, pero que eso incomodaba a su mujer. Arndís cuidaba a Christopher, que era un niño bastante movido, y le enseñaba juegos y poemas islandeses. Me contó que, cuando leyó *El hobbit*, en gran parte le resultó familiar.

Me imagino a Tolkien sentado con su pipa en la biblioteca, oyendo las risas en el jardín, donde Arndís y los niños estarían bailando en círculo:

Í grænni lautu

Þar geymi ég hringinn,

sem mér var gefinn

og hvar er hann nú?

Tolkien le pide a Arndís que le traduzca el poema y ella responde entre risas: «En la verde hondonada *guardé el anillo* que alguien me dio / pero ¿dónde está ahora?»

En esa época Islandia estaba en un buen momento y había una ola de optimismo pese a la Gran Depresión. En torno al solsticio de verano de 1930 iban a conmemorarse los mil años del establecimiento del Alþingi, considerado el primer Parlamento islandés, en la llanura de Þingvellir; los preparativos para la fiesta habían durado cinco años. El rey de Dinamarca, Cristián X, quería asistir a los festejos y se esperaba la llegada de un barco de guerra con los príncipes herederos de Suecia y Noruega.

Arndís residía en la casa donde se estaba componiendo una de las mayores mitologías del siglo XX, pero se apresuró a regresar a Islandia porque temía perderse un evento emocionante. Quedarse en Oxford habría sido como permanecer en una tranquila vivienda hobbit en comparación con el extraordinario acontecimiento que iba a celebrarse en Þingvellir. La escena, de hecho, recuerda un episodio de *El señor de los*

anillos: la doncella elfo regresa al hogar cuando la familia real acude al lugar más sagrado de la isla de los volcanes con motivo de la conmemoración del Parlamento milenario.

No conocí a su hermano Páll, capitán del barco *Skaftfellingur*, con bandera de las islas Vestmannaeyjar, en el que transportó pescado congelado a Gran Bretaña durante la guerra. La tripulación permanecía en constante estado de alerta, pues el mar estaba sembrado de minas y los aviones y los submarinos alemanes habían causado numerosas bajas entre los marineros islandeses. El *Skaftfellingur* fue el primero en socorrer al *Fróði*, destruido en el brutal ataque de 1941 que causó la muerte de cinco hombres. Los aviones alemanes dispararon incluso a los marinos desarmados montados en los botes salvavidas.

En agosto de 1942, los marineros del *Skaftfellingur* se percataron de la presencia de un bulto borroso y medio sumergido en el mar, que resultó ser un submarino alemán averiado. Los tripulantes se habían colgado de la torre y el aparato había empezado a hundirse. Los miembros de la tripulación del *Skaftfellingur* eran siete y tenían una única pistola, pero salvaron a los cincuenta y dos hombres del submarino. El ejército británico interrogó a Páll cuando éste les entregó oficialmente a los soldados alemanes. Los marineros británicos no entendían por qué habían cometido semejante temeridad y no les habían dejado ahogarse. Aquellos cincuenta y dos soldados no habrían tenido demasiadas dificultades en apoderarse del barco pesquero para volver a Alemania. A veces me he preguntado si se trató de un acto de caridad o si a los marineros de *Vestmannaeyjar*, acostumbrados a la dolorosa experiencia de la muerte en alta mar, les había parecido inconcebible no hacer nada para evitar que unos jóvenes perecieran ahogados.

Björn Þorbjarnarson (mi abuelo materno) y su hermana Arndís Þorbjarnardóttir. Fotografías tomadas en Bíldudalur, alrededor de 1937.

20 Northmoor Road

Oxford

Estas fotografías, tomadas en la casa de la familia Tolkien en Oxford, Inglaterra, en 1930, muestran a Arndís Þorbjarnardóttir, J. R. R. y Edith Tolkien y los cuatro hijos: Christopher, John Francis Reuel, Priscilla y Michael. De la colección privada de Arndís Þorbjarnardóttir. Fotógrafos: Arndís Þorbjarnardóttir y J. R. R. Tolkien.

El mundo está lleno de historias y muchas de ellas desaparecen en la niebla. Una existencia humana es el trabajo de toda una vida y cada persona tiene que vivir su propia historia. Le pregunté a mi abuelo Björn qué cambios, entre todos los que se habían producido en el mundo desde su nacimiento, le parecían más notables.

Björn no titubeó y dijo: «Los que han tenido lugar en los últimos diez años.»

Mi abuelo había vivido mucho. Nació en Bíldudalur, donde pescó arenques en primitivos barcos de vapor. Más tarde, siendo médico, viajó a caballo por el distrito de Vestfirðir para visitar a sus pacientes antes de salir al mundo y lanzarse a la vorágine de la ciudad de Nueva York. Entró en contacto con la revolución iraní y Prometeo en persona probó su bisturí. Mi abuelo había sido testigo de todas esas cosas y, sin embargo, señaló lo ocurrido en los últimos diez años. Se refería a los ordenadores, internet, la genética, los medios de comunicación de masas, las tecnologías de la información; poder llamar por Skype a los nietos. Y, de pronto, no creo que me haya dejado nada. Sería irónico perderse en antiguas historias y, al mismo tiempo, olvidarse de prestar atención al presente, e incluso al futuro.

Si atendemos a lo que indican las mediciones y los datos, las estadísticas dan la razón a mi abuelo. En un mundo en el que los cambios se producen a un ritmo que crece de manera exponencial, muchos campos han experimentado más transformaciones en la última década que en todo el siglo XX. En torno al año 2000 se fabricaban unos 58 millones de coches al año, ahora son 100 millones. La cantidad de arena que transportamos por carretera supera a la cantidad de sedimentos arrastrados por todos los grandes ríos del mundo. La mitad de todo el plástico del planeta se ha fabricado después del año 2000.

Los últimos diez años han sido los más cálidos desde que empezaron las mediciones oficiales y, desde el 2000, los glaciares islandeses se han reducido más de lo que se redujeron los cien años anteriores. Es una buena razón para prestar atención al presente. La época de mayores cambios es sin duda la actual.

—

N 64° 35,378' W 16° 44,691'

En la casa de Hlaðbær hay una foto del día de la boda de mis abuelos Hulda y Árni en la que ambos posan frente a Hvannadalshnjúkur, el pico más alto de Islandia, de 2.119 metros. Era la quinta expedición de la Asociación Islandesa de Glaciología desde su fundación, cinco años antes.

Se casaron el viernes 25 de mayo de 1956 y, al día siguiente, llegaron a Þverholt, donde les esperaba una caravana de nueve vehículos, entre los que había tres motonieves, y un animoso grupo de compañeros de viaje. Guðmundur Jónasson, un conductor de montaña, y el geólogo Sigurður Þórarinsson habían sobrevolado el glaciar Vatnajökull para determinar si la ruta estaba en condiciones, pues los corrimientos de tierras y la actividad volcánica podían arruinar la expedición. Se trataba de una empresa arriesgada y llevaban comida suficiente para pasar tres semanas en el glaciar.

El glaciar Vatnajökull era un desconocido por aquel entonces; una tierra sin nombre, como buena parte de las tierras altas. Hasta ese momento sólo unas pocas personas habían subido al glaciar. Habían llegado hasta allí algunas expediciones de investigación, pero no se habían hecho mediciones o estudios regulares sobre la acumulación, el espesor y la naturaleza del glaciar, hasta que la Asociación Islandesa de Glaciología emprendió sus expediciones aquella primavera.

Mis abuelos ocuparon una tienda de campaña para dos personas y durante tres días soportaron un fuerte temporal que sepultó de nieve la tienda, por lo que tuvieron que quedarse dentro y esperar a que amainara. Cuando los sacaron, apenas se veía la parte superior de la tienda. Una vez les pregunté si no habían tenido frío allí dentro.

—¿Frío? —contestaron como si les hubiera ofendido, y se echaron a reír—. ¡Estábamos recién casados!

En ese momento yo tenía once años y durante mucho tiempo me rondó la misma pregunta: ¿Cómo entra uno en calor cuando se casa?

El punto más alto de la cima de Kverkfjallahryggur carecía de nombre en esa época. El doctor Sigurður Þórarinsson escribió sobre este hito anónimo en un artículo en el que hablaba del viaje y que se publicó en *Jökull*, la revista de la Asociación Islandesa de Glaciología, en 1956:

> Nos dirigimos a aquella elevación sin nombre, que se alzaba al noreste del Kverkfjallahryggur, separada del monte Kverkfjöll por el desfiladero de Gusaskarð. Durante el viaje, medí dos veces con el barómetro la diferencia de altura entre esta elevación y el Kverkfjöll: según esos cálculos, la elevación alcanza una altura de unos 1.760 metros, en tanto que Gusaskarð es 60 metros más bajo. A la elevación la llamamos Brúðarbunga, nombre que esperamos que se mantenga a menos que alguien encuentre otro pronto.

Brúðarbunga, que significa la cima de la novia, tiene, según los mapas, 1.781 metros de altura. Es la decimoquinta cumbre más alta de Islandia y sus coordenadas exactas son N 64° 35,378', W 16° 44,691'.

El refugio, negro y con el tejado rojo, que el grupo había construido el año anterior era pequeño y acogedor y podía alojar a unas veinte personas. Todos se alegraron al comprobar que había sobrevivido a un riguroso invierno. La cabaña estaba en pie, rodeada de arena negra como el carbón, cuevas volcánicas y morrenas, cerca del perímetro occidental del Vatnajökull. En el libro de invitados de la cabaña de Jökulheimar puede leerse la siguiente entrada:

27 de mayo de 1956 Viaje de novios, viaje geodésico, viaje de medición de la nieve y de construcción de un aeródromo. Veinticinco participantes, de los que una quinta parte son mujeres. Llegamos antes del mediodía de la jornada mencionada anteriormente, el domingo de Trinidad. El 26 de mayo, a las 16.25 h, salimos de Reikiavik con dos vehículos de tracción oruga Weasel, una motonieve Bombardier llamada *Gusi*, propiedad de Guðmundur Jónasson, y otros seis coches. No paró de llover intensamente durante todo el viaje hacia el este; y llegamos al río Tungnaá a las 5.30 h de la madrugada del día 27. Al cabo de dos horas logramos cruzar el río y seguimos nuestro camino con un cielo sin nubes hasta la cabaña de Jökulheimar. El trayecto estuvo más o menos despejado, pero por poco no podemos realizarlo; en Ljósufjöll la ruta aún estaba prácticamente cerrada por la nieve; si hubiéramos ido en una estación más temprana, habría resultado más difícil llegar; afortunadamente, apenas sufrimos retraso.

La primera tarea de la expedición fue preparar una cama de matrimonio instalando un colchón blando en el camastro de la cabaña que, en opinión de los expertos, tenía las tablas más firmes.

Tras tomar una sopa caliente, todos nos fuimos a dormir. La mayoría no se despertó hasta que, seis horas más tarde, notaron de nuevo el olor a comida.

Las cinco damas y Bjössi habían preparado una cena deliciosa. Esa noche dio comienzo una gran fiesta en honor a los novios, a quienes se vitoreó varias veces. Se bebió copiosamente y se entonaron canciones sentimentales. La novia se ruborizó de un modo muy favorecedor cuando Úlfar Jakobsson le dedicó una canción de amor. Fueron muchos los discursos que se dieron en alabanza de los novios y la fiesta prosiguió con gran éxito. Al final, se deseó de todo corazón que éste no fuera el último viaje de novios a Jökulheimar, idea que tuvo muy buena acogida. Siempre habría allí una cama de matrimonio estable esperando a los recién casados. Se diría que este refugio fue construido para este propósito...

Firmado

Jón Eyþórsson

Les leo la entrada del diario a mis abuelos y ellos ríen inocentemente, como si fuesen dos adolescentes, cuando llego al pasaje sobre la cama de matrimonio con las tablas más firmes. Mis hijas de nueve y once años están sentadas con nosotros y no entienden la broma.

Según el libro de visitas, el objetivo de la expedición que llegó al glaciar en la primavera de 1956 era el siguiente:

1. Instalar un marcador geodésico en Þórðarhyrna, al este de Kverfjöll, Grendil, Hvannadalshnjúkur, así como al este y el oeste de Svíahnjúkur.

2. Medir la capa de nieve o la acumulación de nieve invernal en tantos lugares como sea posible.

Árni Kjartansson y Hulda Guðrún Filippusdóttir en Hvannadalshnjúkur en mayo de 1956. Fotografía tomada por su amigo, Ingibjörg Árnadóttir.

De camino a Kverkfjöll, mayo de 1954. En la fotografía aparecen, desde delante hacia atrás: Haukur Hafliðason, Steina Auðunsdóttir, Sigurður Waage, probablemente Stefán Bjarnason, Hulda Guðrún Filippusdóttir y Árni Kjartansson. Árni Kjartansson.

Acampando durante el viaje de novios en 1956. Árni Kjartansson.

El grupo con esquíes siendo arrastrado a través del glaciar Vatnajökull, 1956. Árni Kjartansson.

3. Si las condiciones lo permiten, ir a buscar un trineo a Esjufjöll y comprobar el estado del refugio que allí tiene la Asociación Islandesa de Glaciología.

4. Ofrecer la posibilidad de que los integrantes de la expedición, cinco mujeres y un hombre, se desplacen por el glaciar tan lejos como lo permitan las condiciones, si bien no están obligados a visitar todos los lugares en que se han instalado los marcadores geodésicos.

El líder de la expedición, Guðmundur Jónasson, que recibió el sobrenombre de alcalde de Grímsvatnahreppur, conducía su propia motonieve R-345, llamada *Gusi*, y se ocupaba de las comunicaciones por radio con el mundo exterior. El geólogo Sigurður Þórarinsson se encargaba de las mediciones de la nieve; el cocinero (y administrador) era Árni Kjartansson, otra cocinera era la señora Hulda Guðrún Filippusdóttir. Ólafur

Nielsen conducía el Grendel, un camión quitanieves, y Haukur Hafliðason conducía el Jökull I. Los ayudantes agrónomos, además de los mencionados, eran Hörður Hafliðason y Magnús Eyjólfsson. Estaba Ingibjörg Árnadóttir, la mejor amiga de mi abuela, y también el gran montañero americano Nick Clinch, que trabajaba como abogado en la base militar del aeropuerto de Keflavík.[36] Sería el primer hombre en escalar el pico Hraundrangur, y después coronaría muchas de las cumbres más difíciles del mundo.

Este grupo de valientes recorrió literalmente todo el glaciar desde Jökulheimar hasta Kverkfjöll. En algunos lugares seleccionados se midió el nivel de acumulación de nieve invernal y en las cumbres se plantaron marcadores geodésicos. En la cumbre de Hvanndalshnjúkur se instaló un barril para que los montañeros pudieran colocarse dos metros por encima del pico más alto del país. A veces tenían que avanzar a ciegas y fiarse de la brújula y de los altímetros. Considerando la tecnología de la época, recorrieron distancias increíbles; en ese momento, las zonas del glaciar con grietas más peligrosas no se habían cartografiado correctamente, y ni siquiera se habían localizado en su totalidad. En su punto de mayor espesor, el glaciar alcanza los mil metros de profundidad. Un kilómetro de hielo. El receptor de la radio se estropeó, así que transmitieron sus mensajes al mundo sin saber si alguien los recibía. Las condiciones eran duras y pronto se quedaron sin gasolina en medio del vasto glaciar, así que tuvieron que actuar rápido para salvarse:

> El 10 de junio, cuatro de nosotros intentamos llegar al lago Grímsvatna para conseguir gasolina. Con el vehículo Weasel apenas recorrimos cinco kilómetros a causa de la escasez de combustible, así que continuamos con los esquíes. El viaje fue infernal, y el tiempo también. Nos sentimos afortunados cuando regresamos al campamento después de haber caminado unos treinta y cinco kilómetros, haber soportado innumerables contratiempos y no haber obtenido ningún resultado. No habríamos encontrado las tiendas si no hubiéramos tenido la prudencia de ir colocando montículos de nieve a escasa distancia unos de otros a lo largo del camino.[37]

Les muestro a mis abuelos una secuencia de la película del viaje de bodas que mi abuelo grabó en 16 mm. Una de las tomas muestra una imagen desde lo alto de la montaña y otra a un grupo con esquíes siendo arrastrado por un camión. Fue una época fascinante y fabulosa. Les pregunto si nunca tuvieron miedo de las grietas o de andar por allí, simplemente, en medio del glaciar.

—Teníamos una tienda para cocinar e hicimos un hoyo para los restos de comida y los desperdicios. No entendíamos por qué el hoyo nunca se llenaba. ¡Y es que habíamos

acampado justo encima de una grieta de cuatrocientos metros de profundidad! —Mi abuela se ríe—. Éramos felices, no murió nadie en todas aquellas expediciones.

No hubo ningún accidente grave.

—¿Y nunca os perdisteis?

Mi abuelo reflexiona unos instantes.

—No, nunca me perdí. En la montaña, en ocasiones hacía tan mal tiempo que no sabía ni dónde estaba. En esos casos, no me quedaba más remedio que cavar una pequeña cueva en un ventisquero y cobijarme en ella hasta que pasara el mal tiempo, a veces durante varios días. Si nadie me esperaba en casa, nadie saldría a buscarme, así que estrictamente hablando no estaba perdido. En cuanto el tiempo empezaba a despejarse, proseguía mi camino.

—Lo mejor de todo era agarrarse a la parte trasera de los camiones y dejarse arrastrar —dice mi abuela—. Así podíamos bajar esquiando por la ladera. En una ocasión nos arrastraron desde Kverkfjöll hasta Jökulheimar, noventa kilómetros. Todos se rindieron menos Árni y yo.

—¿Y no os apetecería volver al glaciar?

—Sí —dice mi abuela—. Me gustaría volver, aunque Árni ya no es el que era.

—Hoy en día es mucho más fácil gracias los todoterreno —dice mi abuelo y resopla en son de broma—. No tiene gracia cuando las cosas resultan tan fáciles.

—Sin embargo —añade mi abuela—, es extraño: cada vez que llega la primavera percibo el olor a glaciar y siento unas ganas inmensas de volver a subir.

—¿El olor a glaciar? —pregunto.

—Sí, hay un olor especial en el aire cuando llega la primavera, es el olor a glaciar.

—¿Cómo es ese olor?

—Pues... ¡olor a glaciar! No es posible describir los glaciares, sólo cabe vivirlos. Cuando estás en Vatnajökull, todo desaparece, uno lo olvida todo. Frente a ti, una extensión infinita. Un auténtico sueño.

En su artículo sobre la expedición publicado en 1956 en *Jökull*, la revista de la Asociación Islandesa de Glaciología, Sigurður Þórarinsson escribió:

> La mayor parte de las mediciones que se han realizado durante las expediciones al Vatnajökull estos últimos años están inconclusas. Confiamos en que nuestro conocimiento acerca del mayor glaciar del país resulte razonablemente satisfactorio una vez se hayan procesado las mediciones del espesor del glaciar, las mediciones geodésicas y las mediciones de los niveles de nieve, así como las observaciones sobre los cambios en la zona del lago Grímsvatnasvæðinu. Pero, con toda probabilidad, el glaciar nunca llegará a investigarse por completo.

Cuando empezaron las primeras expediciones de la Asociación Islandesa de Glaciología, la gente sabía que los glaciares del país estaban vivos. Un glaciar es una masa de hielo que se desplaza por su propio peso. Los glaciares son semifluidos y acumulan la nieve del invierno. Los más grandes generan una especie de cinta transportadora en la que la nieve cae sobre las zonas de recogida y el hielo se desplaza hacia el valle en forma de lengua, donde acaba derritiéndose. Un glaciar sano está en equilibrio. Libera en forma de agua, durante la época del deshielo, la misma cantidad de nieve que ha acumulado durante el invierno. Sus ingresos y sus gastos están compensados. En Islandia, la singularidad de los glaciares radica en la interacción entre el fuego y el hielo: las erupciones que tienen lugar por debajo de ellos desencadenan peligrosas inundaciones.

Un avión que aterriza en el glaciar constituye un buen punto de referencia para comprender su naturaleza. Aquel avión que mi abuelo y sus compañeros desenterraron un año después de que aterrizase se encontraba cubierto por varios metros de nieve. Con el tiempo se habría ido sepultando más y más y se habría ido desplazando poco a poco con el flujo del glaciar en dirección al glaciar de salida. Seguramente habría resurgido como parte de una lengua de hielo unos mil años después. El hielo que desemboca en la laguna glaciar Jökulsárlón es nieve que cayó en la parte más alta del Vatnajökull hace más de mil años, en la época de la colonización de Islandia.

En 2019, el Vatnajökull ocupa un 10 % de la superficie total de Islandia y su volumen ronda los 3.200 kilómetros cúbicos. Si el glaciar se extendiera de manera proporcional por todo el territorio, Islandia entera quedaría cubierta por una capa de hielo de treinta metros de espesor. El glaciólogo Helgi Björnsson me dijo que el glaciar albergaba una cantidad de agua equivalente a veinte años de precipitaciones en toda Islandia y que, si se derritiera, la superficie de los océanos de todo el planeta aumentaría un centímetro.

Las previsiones actuales en relación con un incremento de cien centímetros del nivel del mar implican que el equivalente a cien glaciares como el Vatnajökull desaparecerá en los próximos cien años. El Vatnajökull ya ha añadido un milímetro a la superficie al nivel de los océanos, pues disminuyó un 10 % a lo largo del siglo XX.

El Vatnajökull alcanzó su mayor tamaño durante lo que denominamos la Pequeña Edad de Hielo (desde comienzos del siglo XIV hasta mediados del siglo XIX), cuando el hemisferio norte sufrió un leve enfriamiento tras haber ido aumentando de temperatura sin descanso durante más de quinientos años. Ese proceso parece haberse invertido en un periodo de tan sólo cien años. Desde el último cambio de siglo, el glaciar se ha reducido un 4 % y pierde un espesor de medio metro al año. Eso son casi cien kilómetros cúbicos de hielo. Otros glaciares del país, el Langjökull y el Hofsjökull, se están reduciendo incluso a una mayor velocidad. Se cree que el Snæfellsjökull habrá desaparecido en 2050. El Okjökull ya no existe. Ése fue el primer glaciar islandés con nombre conocido que perdió su condición de glaciar. En 1901 abarcaba un área de unos 38 kilómetros cuadrados y actualmente alberga menos de un kilómetro cuadrado de hielo muerto.[38] La línea de equilibrio del Vatnajökull se sitúa en 1.200 metros, a esa altura el glaciar se mantiene. Si una gran parte del glaciar quedara por debajo de ese límite, la nieve dejaría de acumularse y, en esas circunstancias, se produciría el deshielo con mayor rapidez que antes. El cambio es irreversible a menos que la atmósfera se enfríe. Si un avión aterrizara en el glaciar y quedara cubierto por la nieve invernal volvería a aparecer en verano, cuando la nieve se derritiera, en lugar de hundirse cada vez más. Cuando los glaciares hayan desaparecido, ¿en qué se convertirá la llamada tierra del hielo, Islandia? ¿En sólo tierra?

La Asociación Islandesa de Glaciología destaca en que no sólo está pensada para glaciólogos, científicos u otras personas cuyo trabajo tiene que ver con los glaciares, sino que también incluye a científicos aficionados y ciudadanos de a pie. En un país pobre, este tipo de expediciones de tres semanas formadas por numerosas personas habrían sido imposibles de no involucrarse gentes de todo tipo: geólogos, amantes del montañismo, camioneros aventureros y constructores expertos capaces de erigir un refugio en medio de un glaciar. Eran esos voluntarios de la población los que permitieron a los científicos obtener sus resultados, y a su vez, los científicos les compensaron dando una mayor profundidad y riqueza a sus vidas. Con frecuencia la gente trabajaba de manera voluntaria, aunque algunas expediciones estuvieran financiadas por el Centro Nacional de Estudios Topográficos y el Centro de Estudios Hidrográficos Islandés. Éste fue en parte el mismo grupo que fundó el Equipo de Rescate Aéreo y Terrestre, apasionados de la montaña y de la acampada que abandonaban momentáneamente sus compromisos laborales y familiares para responder a algún accidente o catástrofe natural o para buscar a personas perdidas. Los

islandeses nunca habrían podido sufragar todo un equipo de rescate, su fuerza radicaba en que estaba formado por voluntarios.

Las expediciones de primavera de la Asociación Islandesa de Glaciología se iniciaron en 1953 y mis abuelos participaron en ellas hasta bien entrada la década de 1970. Los estudios de las expediciones abarcan un periodo de más de sesenta años y pueden combinarse con los datos meteorológicos y las previsiones de los científicos sobre hacia dónde se dirige la tierra.

En 1958, Charles Keeling empezó a medir regularmente el dióxido de carbono (CO_2) en la atmósfera en el volcán Mauna Loa de Hawái. Las mediciones en ese lugar han demostrado que la cantidad de CO_2 en la atmósfera ha aumentado muy rápidamente. En los inicios de la Revolución Industrial, la proporción era de 280 partes por millón (ppm). En 1958, la industrialización provocó un incremento considerable, llegando hasta 315 ppm, lo que suponía superar los valores más altos habidos en la tierra durante cientos de miles de años. Ahora hemos alcanzado la cifra de 415 ppm y añadimos de 2 a 3 ppm por año. El calentamiento de los últimos tiempos y la reacción del Vatnajökull nos proporcionan claros indicios de lo que le sucederá al glaciar en los próximos años y décadas.

Dado el aumento de la temperatura terrestre, las lenguas glaciares más importantes del Vatnajökull desaparecerán en los próximos cincuenta años mientras que el glaciar mismo desaparecerá casi por completo dentro de ciento cincuenta años. El proceso será mucho más rápido si la temperatura media de la tierra aumenta más de dos grados. Cuando mis abuelos participaron en aquellas expediciones, los glaciares eran el símbolo de algo grande y eterno, como el océano, las montañas y las nubes. En 1955, muchas lenguas glaciares del país se habían reducido un poco en comparación al tamaño que tenían a principios del siglo XX, pero el Vatnajökull todavía parecía formar parte de la eternidad. Un gigante blanco e inmortal. La escala en que se producían sus cambios abarcaba muchos siglos, incluso milenios. Ahora el Vatnajökull está derritiéndose a escala humana: una disminución del 10 % en cien años supone una gran velocidad. Una reducción del 100 % en ciento cincuenta años es un desastre natural. Hoy en día las inmensas lenguas glaciares retroceden decenas o cientos de metros al año. Que un colosal fenómeno geológico como el Vatnajökull desaparezca en el tiempo que dura una vida humana supera nuestra capacidad de comprensión. Su magnitud se pierde en el gran zumbido.

La primavera de 2019 fue la primera vez que nadie pudo ir a Vatnajökull desde el refugio de Jökulheimar.

> La expedición de primavera de la Asociación Islandesa de Glaciología se ha venido realizando anualmente desde 1953. El ascenso más habitual se lleva a cabo desde el oeste, pasando por Jökulheimar y el glaciar Tungnaárjökull. [...] Pero el Tungnaárjökull se ha reducido tanto que el terreno situado frente a él se ha vuelto intransitable para los vehículos debido al barro. Esta primavera no se ha encontrado ninguna ruta practicable. Es la primera vez en sesenta y seis años que no se ha podido organizar la expedición de primavera. Estos cambios son consecuencia directa del calentamiento global. El Tungnaárjökull, como otros glaciares, se reduce rápidamente; por debajo de él está apareciendo una tierra que había permanecido oculta bajo el hielo durante, como mínimo, quinientos años.[39]

En una ocasión, mientras veíamos las películas que mi abuelo grabó en el glaciar, le dije que tendría que haber tomado más imágenes de mi abuela. Mi abuela sólo había sido joven una vez, pero siempre sería posible filmar el glaciar y el paisaje. Por desgracia me equivocaba. El glaciar resultó ser tan efímero como los seres humanos. Las películas que filmó mi abuelo documentan un paisaje que no durará mucho tiempo. Si mi hija menor llega a tener la edad de mi abuela, todavía estará viva en 2103. Pensar en un futuro tan lejano parece ciencia ficción. Para entonces, el glaciar Skeiðarárjökull llevará mucho tiempo desaparecido; el Langjökull y el Hofsjökull se habrán derretido en buena medida. Donde hoy se alza el glaciar sólo habrá aire. Nuestros nietos mirarán los mapas antiguos y tratarán de imaginar una montaña de agua helada. Intentarán figurarse su aspecto. ¿Una capa de hielo de mil metros de espesor llenando todo un valle? Trazarán una línea en su mente y unirán con ella las cumbres, imaginándose una extensión de hielo tan alta que las más altas torres del mundo a su lado palidecerían. Señalarán el aire y dirán: «Allí estaba el campamento. Allí arriba, justo debajo de las nubes, mis tatarabuelos acamparon en su viaje de bodas.» En su mente, verán los camiones que cruzan el cielo y remolcan a unos esquiadores cantando de felicidad. No sabemos nada de lo que sucederá en sus hogares y no es posible aventurar qué palabras o conceptos emplearán nuestros nietos para referirse a nuestra época. Depende de nosotros mismos y de lo que hagamos ahora.

—

La madre universal, blanca como la nieve

La región del Himalaya alberga 46.000 glaciares, que se encuentran situados en medio de las montañas más altas del mundo, muchas de las cuales superan los 8.000 metros. Se encuentran dispersos por toda la cordillera, escondidos en valles y circos bajo laderas escarpadas. En total, los glaciares del Himalaya tienen una superficie apenas cuatro veces mayor que la de los glaciares islandeses: en total cubren un área de 40.000 kilómetros cuadrados, pero el volumen es muy parecido al de todos los glaciares islandeses juntos: unos 4.000 kilómetros cúbicos.[40]

Muchos de los glaciares islandeses descienden hasta el nivel del mar y cabría esperar que fueran más sensibles al cambio climático que los de las montañas que tocan el cielo. Sin embargo, recientes investigaciones muestran que los glaciares situados a gran altura, donde el frío invernal parece eterno, se han reducido de una manera similar a los glaciares islandeses. La superficie de estos glaciares sólo cuenta la mitad de la historia, ya que algunos pierden espesor a razón de un metro por año. El retroceso de las lenguas glaciares del Himalaya ha provocado la formación de lagunas glaciares inestables por detrás de débiles morrenas. Estas morrenas se agrietan y provocan grandes inundaciones y daños en ciudades y pueblos que se encuentran cerca de los ríos.

A medida que los glaciares islandeses se reducen, aumenta el caudal de los ríos glaciares. A corto plazo, constituye una buena noticia para las empresas que aprovechan la energía hidroeléctrica, pero ese caudal irá disminuyendo hasta equivaler a las precipitaciones. Los glaciares influyen en los sistemas meteorológicos y atraen las lluvias que en su mayoría caen en el lado sur de los glaciares mayores, pero probablemente las precipitaciones se desplazarán hacia el norte si éstos desaparecen. En las montañas del Himalaya está sucediendo lo mismo y, por lo que parece, el caudal de las aguas glaciares aumentará en las próximas décadas. El problema es que, a diferencia de los ríos islandeses, que fluyen impetuosa y libremente hacia el mar, los ríos de la zona del Himalaya proporcionan sustento a miles de millones de seres humanos y son la base de un variado ecosistema desde su nacimiento hasta su desembocadura. A medida que el nivel del agua aumenta debido al deshielo, asistimos a una falsa prosperidad, como sucedería si de repente sacáramos todo el dinero de nuestra cuenta bancaria o agotásemos en un mes la provisión de leña que habíamos acopiado para todo el invierno.

Hay algo perverso en el problema de un crecimiento transitorio del caudal del agua, pues mejora la calidad de vida, aumenta la vegetación, el nivel de las aguas subterráneas e incluso la producción de electricidad; y todo ello antes de que millones de personas vean mermadas sus posibilidades de supervivencia. Cuando los glaciares desaparezcan se impondrá un nuevo clima, más extremo, caracterizado por un exceso de agua durante la estación de los monzones y una escasez enorme durante la estación seca. Los servicios que prestan los glaciares son gratuitos, de ahí que muchos empiecen a comprender por qué los glaciares en el Himalaya siempre se han considerado sagrados.

El glaciólogo Lonnie Thompson es profesor en Ohio y, posiblemente, el habitante del planeta que mejor conoce los glaciares de las altas montañas, su historia y su probable evolución en el futuro. La información que ha recopilado durante las últimas décadas ha proporcionado a los expertos climáticos los datos en que basar sus previsiones. Ha tomado muestras de hielo de glaciares de todo el mundo y ha dirigido más de sesenta expediciones en dieciséis países distintos. Cuando hablamos de expediciones, no nos referimos a hacer breves viajes a un glaciar, sino a pasar meses enteros en los más remotos glaciares del mundo. Thompson ha tomado muestras de hielo en glaciares situados a 7.000 metros de altura. Transportar sin que se derrita el hielo desde las cumbres más altas de los trópicos hasta un laboratorio en Estados Unidos, atravesando la selva, puede resultar una tarea abrumadora.

Los glaciares son manuscritos congelados que cuentan historias, como los círculos de los troncos o los estratos sedimentarios; de ellos pueden extraerse datos con los que recrear una imagen del pasado. Los glaciares almacenan historias de actividad volcánica y acumulan polen, agua de lluvia y burbujas que revelan la composición química de la atmósfera decenas de miles de años atrás. Constituyen así una importante fuente de conocimiento de la vegetación y las precipitaciones del pasado.

Si observamos lo ocurrido durante los últimos miles de años, veremos que los cambios experimentados por los glaciares no siempre han sido unidireccionales. El hemisferio sur y el hemisferio norte no han seguido siempre el mismo ritmo: los glaciares han crecido en determinados lugares y han disminuido en otros de acuerdo con el clima local y sus fluctuaciones. Pero en la actualidad casi todos los glaciares de todo el mundo se están derritiendo al mismo tiempo.

—Nunca habría pensado que un glaciar pudiera desaparecer tan rápido —dice Lonnie—. No en diez años. Si años atrás alguien hubiera predicho un deshielo tan rápido no lo habría creído.

En la meseta tibetana se estudiaron 680 glaciares. El 95 % de ellos se ha reducido. En Alaska, el 98 % de los glaciares está disminuyendo a una gran velocidad. Cuando trece aumentaron de tamaño como consecuencia del incremento de las precipitaciones locales, los negacionistas del cambio climático los esgrimieron como prueba de que al planeta no le estaba pasando nada grave; la noticia sobre «los glaciares que aumentaban» se difundió por todo el mundo. Se hizo acopio de datos que mostraban las excepciones de un modo interesado, y se afirmó que la tierra no estaba calentándose sino que, por el contrario, se estaba enfriando. Los periodistas parecían encantados de transmitir como si fueran «noticias» esa información no científica.

—Los glaciares del mundo se están derritiendo en todas partes y los humanos cierran los ojos ante las consecuencias. Ahora hay millones de personas viviendo en lugares que, en unas décadas, resultarán inhabitables.

Lonnie me dice que, si las cosas continúan como hasta ahora, la existencia de casi todos los glaciares que hay fuera de los polos terminará en el siglo XXI. Como la mayoría de los principales científicos del mundo, Lonnie vive su «canícula» particular, y se le describe como un teórico conspiranoico, comunista y fanático. Los políticos, especialmente en Estados Unidos, parecen no entender las palabras o los datos que presenta ni ser capaces de percibir su importancia, aunque afectan a los fundamentos de la vida en la tierra y el sustento de millones de personas. Lonnie ha observado cómo los políticos se rodean de gente contratada por empresas petroleras. Los autoproclamados especialistas hacen afirmaciones que no tienen nada que ver con la ciencia, del tipo: «El aumento de CO_2 en la atmósfera es bueno para la vegetación.» Después están los políticos que escuchan y parecen entender la información, pero que no hacen nada en absoluto.

—Entonces ¿qué va a ocurrir?

—El nivel de los océanos sigue ascendiendo y las investigaciones más recientes prevén un incremento de uno a dos metros en menos de cien años, capaz de sumergir ciudades enteras. Al mismo tiempo, la gente que vive en los glaciares, al pie de los Andes, el Himalaya y otros lugares, será víctima de la falta de agua y las malas cosechas. En otros momentos de la historia hemos visto cómo la gente se desplazaba a otras zonas cuando aquellas en las que vivía se volvían inhabitables, pero entonces no había 7.000 millones de personas. El planeta está superpoblado, cualquier lugar adonde se quiera ir está ya ocupado, y, en estas circunstancias, los desplazamientos de población sólo pueden causar conflictos. Si imaginamos lo que puede pasar en los próximos cien años, existen muchas posibilidades de que el cambio climático provoque el caos, de que los gobiernos terminen cayendo, incluso de que se instale la anarquía o

proliferen los Estados fallidos. No es agradable recordar que hay tres potencias nucleares vinculadas al deshielo del Himalaya.

—¿Y cómo ve el futuro próximo?

—Supondrá un gran reto adaptarse a estos cambios. Veo, por un lado, el problema que provocan los ingentes movimientos de población: recibir a familias que emigran, cambiar nuestros estilos de vida... Y, por otro lado, la resistencia de quienes contaminan y quieren continuar manteniendo sus actividades profesionales, especialmente quienes desean seguir adelante con la explotación petrolera.

Me parece que tiene un punto de vista bastante pesimista para ser científico.

—¿No hay esperanza?

—Sólo espero que el sufrimiento no sea excesivo. Ya disponemos de mucha información, pero estamos reaccionando demasiado tarde. Yo creo en la colaboración internacional y sé que los países pueden trabajar conjuntamente. He vivido a siete mil metros de altitud y he trabajado meses enteros con personas de distintas nacionalidades. Temo, sin embargo, que los seres humanos no sean capaces de hacer algo antes de que acabemos en un callejón sin salida. Pero tal vez cuando la gente no tenga más remedio sea capaz de mostrar su lado bueno. La última guerra mundial puso de manifiesto que los seres humanos podían concentrar sus esfuerzos y dirigir la economía hacia un único objetivo en un tiempo limitado. Espero que, cuando finalmente nos pongamos manos a la obra, no sea demasiado tarde y que no haya demasiada gente sufriendo.

—

Despedirse de los gigantes blancos

En el futuro, los glaciares serán un fenómeno exótico, raro como el tigre de Bengala. Recordaremos la era de los gigantes blancos envuelta en el resplandor de los cuentos de hadas; haber vivido en esa época será como haber acariciado a un dragón o haber tocado los huevos de las alcas imperiales. Seguramente, seguirá habiendo glaciares en los polos, en Groenlandia y en la Antártida durante algunos miles de años más, pero no en los Alpes ni en los Andes, y habrán desaparecido en muchas partes del Himalaya y de Islandia. La gente se preguntará: ¿cómo se describían los glaciares a principios del siglo XXI?

Mi experiencia con los glaciares no era tan cercana como la de mis abuelos; los había contemplado desde lejos y había subido al Snæfellsjökull en invierno, pero un glaciar en invierno no tiene nada que ver con un glaciar en verano, y la lengua de un glaciar es muy distinta a una capa de hielo o a un glaciar menor.

En 2012 decidimos subir al glaciar Skeiðarárjökull, uno de los brazos del glaciar Vatnajökull, por la ladera sur de éste. Estábamos a finales de julio, la nieve invernal se había fundido y, como cabía esperar, todas las grietas y picos resultaban visibles. Iba a ser nuestro segundo ascenso al glaciar. Hacía algunos años nos habíamos visto sorprendidos por un aguacero torrencial y acampamos en un terreno de grava situado en una depresión. Cuando nos despertamos a la mañana siguiente se habían formado charcos y riachuelos bajo las tiendas. Parecía como si un hada hubiera golpeado el suelo con su varita mágica y toda el agua retenida hubiese escapado por agujeritos burbujeantes. Calados hasta los huesos como estábamos, regresamos a casa.

Ahora el plan era acampar en el borde del glaciar, un poco más arriba, y cruzar el Skriðjökull en una larga marcha, de unos veinticinco kilómetros en total, de un solo día. Instalaríamos las tiendas en una explanada cubierta de vegetación, uno de los lugares más hermosos del país, y después andaríamos otra larga jornada hasta el Parque Nacional Skaftafell.

Cuando nos despertamos hacía un tiempo de perros, las tiendas temblaban agitadas por el viento. Dentro del saco de dormir se estaba tan calentito que sólo de pensar salir de él provocaba escalofríos. Recogimos nuestras cosas precipitadamente y nos pusimos en marcha a pesar de la poca visibilidad. En el borde del glaciar nos encontramos con tres excursionistas franceses que habían subido durante la noche. Un padre con su hijo y un amigo del primero. Tenían mucho frío y estaban agotados, casi en estado de shock

después de los apuros que habían pasado. Se habían perdido y se habían topado con una grieta imposible de cruzar; desorientados, terminaron en un laberinto de profundas y mortales grietas en una zona bastante más abajo de la prevista. A continuación fueron de aquí para allá ciegamente, sumidos en la niebla, la lluvia y la oscuridad. Lo que habían calculado que serían diez horas de marcha se convirtió en veinte. Temiendo por sus vidas, extenuados, al fin levantaron su tienda en cuanto dejaron atrás el hielo.

Avanzamos lentamente por el borde embarrado del glaciar, donde éste se encontraba con la tierra. Intentamos evitar las arenas movedizas que se forman cuando el hielo del glaciar derretido filtra el agua en el sedimento. En la primera etapa de nuestro viaje el glaciar estaba negro de arena y vislumbramos objetos extraños, como piedras planas insertadas en finas columnas de hielo, como obras de arte realizadas por extraterrestres. El cielo fue aclarándose poco a poco y el glaciar se transformó en una explanada infinita de matas de hierba, como una multitud de tortugas blancas extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista.

Vimos que en medio de la ladera, a ambos lados del glaciar, había una fina franja que marcaba el nivel de su superficie unos pocos años atrás. Por todas partes, en lo alto de los circos, se veía el denominado «hielo muerto», témpanos que permanecían en la roca después de que la superficie hubiera descendido. Es todo un reto imaginar la superficie del glaciar treinta metros por encima de nuestras cabezas, la altura de un edificio de diez plantas, y extenderla después mentalmente hasta completar una bóveda capaz de cubrir toda aquella extensión, desde el límite del glaciar hasta adentrarse un kilómetro en la arena.

Proseguimos nuestro camino; ahora cada mata parecía la escama de un dragón blanco y la lengua del glaciar, su cola. Pasamos junto a una especie de pirámide de arena negra y después, poco a poco, aparecieron algunas pirámides más hasta que nos adentramos en un bosque de pirámides negras en medio del glaciar. La evaporación de la arena húmeda generaba velos de niebla; pequeños arroyos discurrían entre ellos creando la imagen de un micropaisaje de bonsáis, montañitas, riachuelos y pueblecitos. Caminábamos hipnotizados por la belleza de aquellas formas. Entre las pirámides fluían arroyos como pequeños toboganes de agua; daban ganas de deslizarse por ellos, pero se precipitaban en remolinos para caer en gargantas abismales. Éstas eran agujeros blancos que se convertían en azules o negros trescientos metros más abajo, así que había que caminar con mucho cuidado y sortearlos. La mera idea de resbalar y caer por uno de aquellos agujeros nos horrorizaba y provocaba pesadillas. Me recordaba al Gran Pozo de Carcoon, la gran cuenca de arena de *Star Wars*, donde vivía el monstruoso sarlacc.

En *Solaris*, novela de Stanislaw Lem (1961), los astronautas flotan junto a un misterioso planeta y tratan de entender su naturaleza. Llegan a la conclusión de que el planeta tiene algún tipo de autoconciencia que va más allá de lo que el cerebro humano puede comprender. En la superficie del planeta hay una especie de océano de espuma amarilla que adquiere formas familiares que los astronautas intentan descifrar y entender. Se preguntan si el planeta les está enviando mensajes.

Yo traté de interpretar las formas del glaciar: en la superficie del bosque de pirámides discurría una franja que parecía una carretera de dos carriles. En medio de esa «carretera» había una línea negra como para delimitar los carriles. La superficie era completamente plana y se podría haber circulado por ella a cien kilómetros por hora hasta donde alcanzaba la vista. Inconscientemente, miré a ambos lados cuando crucé la «calzada» y me pregunté si el glaciar me estaría enviando algún tipo de señal. Quizá me estaba diciendo que en algún lugar entre aquellas pirámides y las carreteras algo había salido mal.

Me tumbé sobre el frío hielo y acerqué la oreja en una angosta grieta que parecía tener una profundidad infinita a pesar de sus escasos centímetros de anchura. El hielo de aquella grieta era transparente como el cristal. Observé las venas y las burbujas que producían una extraña sensación de tridimensionalidad en el interior de aquella masa congelada. Escuché cómo el agua borboteaba en lo más profundo de las entrañas del glaciar, como el sonido de un bajo profundo, agua danzando en algún punto lejano del fondo, como un xilófono gigante, un arpa de piedra, un arpa de hielo. El canto de cisne del glaciar.

Ahora que el glaciar está cambiando más rápidamente que nunca, me doy cuenta de una gran paradoja. Mi presencia en lo alto del glaciar se da gracias a los avances tecnológicos, a la producción y la explotación de los recursos naturales. Cuando los seres humanos fuimos capaces de cruzar los glaciares, contabilizar los lugares de anidación de los cocodrilos y estudiar el canto de la ballena jorobada, nos habíamos fortalecido y extendido a tal punto por todo el planeta que lo que finalmente pudimos medir y comprender había empezado a desaparecer.

En los documentales, el deshielo de los glaciares es un espectáculo dramático, los enormes trozos de hielo producen un gran estruendo al precipitarse en el mar. Pero un glaciar moribundo no es más dramático que los cambios que presenciamos en la naturaleza cuando llega la primavera. El hielo se derrite con el sol y el calor, formando riachuelos rumorosos y saltarines. En realidad, un glaciar agonizante es un espectáculo triste y frágil que se desvanece en medio del silencio. El fenómeno podría denominarse «primavera silenciosa», si Rachel Carson no hubiera empleado ya esta expresión para

hablar de cómo los insecticidas afectan al conjunto de la naturaleza. Y, después de la primavera, llega el verano. El largo verano global.

Los topónimos del glaciar Vatnajökull almacenan recuerdos de los cambios que se han producido en la naturaleza. Breiðamerkursandur, que significa «arena de bosque amplio» se refiere a un bosque que había en ese lugar antes de convertirse en un desierto de arena negra. Bajo la arena se han encontrado troncos de abedules de hace 3.000 años, de una época en que el clima nórdico era más cálido o tan cálido como en la actualidad. El gran bosque se transformó en un gran desierto tras el avance de los glaciares durante la Pequeña Edad de Hielo en el hemisferio norte entre 1450 y 1850. Ahora los abedules han empezado a extenderse de nuevo. Es probable que Breiðamerkursandur se convierta en un amplio bosque otra vez.

En la interminable extensión de arena negra de Skeiðarársandur está formándose el mayor bosque de abedules de Islandia. ¿Realmente podemos llamar a este bosque Skeiðarársandur, «arena del río Skeiðará»? El bosque recibe su denominación de un río glaciar desaparecido y de la arena oscura que hay debajo de él.

El hielo, la grava y la arena emergen de debajo del glaciar, una nueva tierra que ha permanecido congelada bajo su peso durante cientos de años. En el borde del glaciar hay que pisar con precaución; es como si la tierra no fuera hielo, ni agua ni arena, sino todo al mismo tiempo. La transformación ha alcanzado un paso intermedio, el caos, como la *Profecía de la vidente* nos cuenta acerca del comienzo de la creación:

> No sabía el sol qué morada tenía,
>
> no sabían las estrellas qué puestos tenían,
>
> no sabía la luna qué poder tenía.[41]

Pero el caos no afecta sólo al borde del glaciar. Nadie sabe cómo estará la tierra cuando, por culpa de nuestro estilo de vida, los glaciares se hayan derretido, las costas estén inundadas y las tierras de cultivo se hayan convertido en un desierto.

Cuando tenga noventa años proyectaré a mis nietos de treinta las diapositivas de Skeiðarárjökull, el glaciar que tres generaciones de la familia tuvieron la posibilidad de conocer antes de que desapareciera. Cuando tomo una foto del glaciar, es como si

estuviera grabando y conservando la canción tradicional que cantase una anciana. Después de mil años, la gente observará esas fotografías como si fueran manuscritos antiguos y raros y tratarán de entender en qué estábamos pensando.

—

El dios en la máquina de vapor

Toma el pelo de mi cola y ponlo en el suelo. Se convertirá en un fuego tan grande que nadie podrá atravesarlo, excepto el pájaro que vuela.

«Búkolla» (cuento popular islandés)

Es posible que alguien sospeche que pretendo atraer a gente a una secta llamada los Guardianes de la Vaca Sagrada. Ciertamente, en una época en que reverenciamos las máquinas, la técnica, la moda y las marcas hay razones de sobra para fundar un grupo que adore la madre tierra, los pájaros, los bosques y el mar. Podríamos rezar una oración como ésta:

Madre nuestra

que estás en la tierra,

santificada sea tu agua,

estamos en tu reino,

el pan nuestro de cada día

dánoslo hoy

y hasta que me funda contigo

en el ciclo sin fin de la vida...

Pero por desgracia, yo no soy el fruto de la tierra y los humanos ya no somos agua en un 70 %, sino que estamos hechos de petróleo en un 90 %. En la tierra había 700 millones de habitantes cuando empezamos a explotar el carbón y el petróleo; de esas materias fósiles obtuvimos nuestra fuerza. Queremos creer que el fundamento de nuestra sociedad es idealista, pero en realidad lo que lo sustenta todo es el combustible. Ahora somos 7.000 millones de personas; hemos engañado al sistema y excavado hasta

yacimientos muy antiguos formados por organismos que murieron hace mucho tiempo. Como hechiceros, perturbamos su sueño infinito y los bombeamos a la superficie; encendiendo hogueras, aprovechamos el sol de cien millones de años que permanecía dormido en las entrañas de la tierra. Obligamos al fuego a obedecer nuestra voluntad. Navegamos en mares tempestuosos, pescamos y trillamos la mies de forma desmedida, construimos ciudades y volamos sobre el océano en dragones metálicos, y todo gracias al enorme poder de la combustión. Se trata de un fenómeno que ha ido creciendo progresivamente, durante más de dos siglos, pero que nunca había alcanzado los extremos actuales.

Si bien se toma la bomba atómica de Oppenheimer como el punto de referencia de una nueva era geológica, el punto de inflexión podría ser anterior. Así, la era geológica de la humanidad, el Antropoceno, que se conocerá por el calentamiento global, el deshielo de los glaciares, el aumento del nivel del mar, la acidificación de los océanos y la extinción de las especies animales, se remontaría a James Watt, que nació en Greenock, Escocia, en 1736.

Watt era un ingeniero mecánico que diseñaba aparatos de medición para los laboratorios de la Universidad de Glasgow. En 1765 hizo mejoras en la máquina de vapor de Newcomen, y de este modo enarboló formalmente la antorcha de Prometeo. Watt escondió el fuego en un cilindro metálico que llevaba el agua a su punto de ebullición. Se las arregló para aprovechar la energía del vapor resultante para hacer girar un pistón que impulsaba máquinas que bombeaban agua, extraían carbón y mineral de hierro, y permitían a los seres humanos construir máquinas aún más grandes y potentes que, a su vez, hacían posible fabricar otras todavía mayores. Con ellas fuimos capaces de excavar aún más en la tierra y tender vías férreas a lo largo de los continentes para que las recorrieran ruidosas locomotoras, fuente de inspiración de poetas que cantaron al amanecer de una nueva era.

El petróleo empezó a utilizarse en 1860 y el motor de combustión apareció poco después. Aprendimos a volar y llegamos al espacio. De ese modo la humanidad se ha vuelto más y más poderosa en los últimos doscientos cincuenta años.

Watt nos permitió domesticar el fuego y, poco a poco, aprendimos a esconder mejor las llamas, y a aislar el calor, el humo y el hollín hasta que el fuego se hizo invisible bajo el reluciente capó de los automóviles, que cuentan con aire acondicionado y asientos acolchados, y que nos permiten recorrer el mundo a gran velocidad con la música a todo volumen.

Aquel fuego que Watt encendió se ha convertido en un incendio espantoso e inextinguible, mucho mayor que cualquiera que haya ardido sobre la faz de la tierra. En total, hemos quemado cientos de miles de millones de toneladas de carbón, y pensábamos que esa inmensa montaña se había evaporado y había desaparecido. Pero ahora sabemos que no ha sido así. El carbón y el petróleo se han ido transformando en dióxido de carbono, CO_2, y hoy en día los científicos son capaces de medir su volumen en la atmósfera y compararlo con muestras de hielo procedentes de la Antártida y de los glaciares de Groenlandia. De ese modo podemos calcular el aspecto de la invisible montaña de carbón en comparación con los niveles de los últimos 800.000 años.

Cuando Watt puso en funcionamiento la máquina de vapor, la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera era de 280 partes por millón (ppm). Ahora la cifra ha ascendido a 415 ppm, la concentración más alta en los últimos tres millones de años.[42] ¿Y las erupciones volcánicas?, preguntarán algunos. ¿No somos los seres humanos diminutos peones en comparación con la actividad volcánica de la tierra? Desgraciadamente, no. Se calcula que los volcanes del mundo desprenden unos 200 millones de toneladas de CO_2 al año, mientras que los seres humanos arrojamos 35.000 millones de toneladas al año. El fuego que quemamos es casi doscientas veces mayor que toda la actividad volcánica de la tierra junta.[43] Sin embargo, nos pasamos el día sin ver fuego ni humo. Vemos y percibimos los volcanes, su aterradora actividad y su estruendo, pero no nos damos cuenta de hasta qué punto somos el mayor de los volcanes.

Cuando la erupción del volcán islandés Eyjafjallajökull en 2010 interrumpió el tráfico aéreo en toda Europa durante seis días, sus emisiones representaron tan sólo el 40 % de las emisiones diarias provocadas por el tráfico aéreo del continente: unas 150.000 toneladas al día.[44] Al paralizar todo el tráfico aéreo, el volcán consiguió reducir la contaminación por CO_2 en torno a un 50 %, convirtiéndose así en la primera actividad volcánica con responsabilidad medioambiental de la historia. Detrás de todo lo que hacemos hay un fuego encendido; el tráfico fluye como lava ardiente. A escala mundial, nuestras emisiones equivalen a 600 volcanes idénticos al Eyjafjallajökull, 600 volcanes activos día y noche durante un año entero. Si transformáramos en erupciones volcánicas los gases de combustión que se emiten en Estados Unidos, obtendríamos la cifra de 100 volcanes del tamaño del Eyjafjallajökull, 100 volcanes en erupción todos los días y todas las noches; prácticamente dos volcanes por estado.[45]

Somos una erupción volcánica, pero no vemos el fuego cuando nos miramos en el espejo; todo está demasiado bien diseñado, muy bien escondido. Si los coches que recorren la avenida Miklubraut en Reikiavik expulsaran fuego, veríamos la gran hoguera que alimentamos sin descanso cuando vamos al trabajo. Apreciaríamos la clara

diferencia entre los coches eléctricos y los de gasolina, aunque detrás de los coches eléctricos haya también fuego oculto y gases de combustión: el fuego que utilizamos en su fabricación y el que mueve los barcos que transportan los vehículos de un país a otro. Si el fuego saliera por el capó, en la oscuridad invernal veríamos el enorme flujo de lava que forman las principales vías de circulación. Un incendio forestal o un rascacielos en llamas es fácilmente visible. En las noticias vemos cómo arden los camiones cisterna o las estaciones de petróleo sin pensar que ese petróleo iba a quemarse de todos modos, aunque no en un solo lugar. En cambio, no vemos las catástrofes cotidianas de las que somos responsables.

No vemos el fuego y apenas vemos el carbón o el petróleo. Volamos en avión de manera regular, pero no tenemos ni idea de la descomunal hoguera que podría generarse con las veinte toneladas de combustible del aparato. Compramos los billetes en internet, pero no queremos saber cuántos barriles de petróleo nos permiten viajar por el mundo. Ignoro el tamaño del barril de petróleo que he comprado para asistir a un festival de poesía en Lituania, aunque puedo calcularlo. Un barril de petróleo contiene, más o menos, 160 litros y cada pasajero quema, aproximadamente, un barril en su viaje a Europa. El petróleo se convierte en CO_2, que es un gas invisible e inodoro. Pero en la naturaleza nada desaparece. El petróleo se quema, pero no desaparece ni disminuye, todo lo contrario. Una tonelada de petróleo se transforma en dos toneladas de CO_2.

Así, 160 litros son 350 kilogramos de CO_2. Más o menos, 50 toneladas de CO_2 por cada 150 pasajeros. «Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?» «No nos apetece ir a Londres este fin de semana, pero, en su lugar ¿podría venderme dos barriles de petróleo? Queremos pasarlo bien y encender una gran hoguera en el jardín.»

Lleno de gasolina el depósito del coche, pero también podría llenarlo de datos, pues las cifras que indican el número de litros giran en la pantalla junto a las del dinero que me costará. No será un precio justo, pues pagaré sólo por lo que ha costado extraer el petróleo de la tierra y el beneficio que se lleva la compañía petrolera. Pero no pagaré por las consecuencias de haber lanzado todo este CO_2 a la atmósfera o por los 400.000 kilómetros cuadrados de tierra que posiblemente quedarán sumergidos dentro de un siglo. Tendríamos que pagar para eliminar todo este CO_2, ya sea plantando árboles o inventando nuevas tecnologías a gran escala para limpiar la atmósfera. La opción de no pagar no es posible. De lo contrario, quienes pagarán serán las generaciones futuras con sus propias vidas y la biosfera del planeta.

El fuego es invisible y se convertirá en nada; el humo, simplemente, se esfuma. Resultaría muy revelador comprobar cómo sería el mundo si todos tuviéramos que almacenar los barriles de petróleo que utilizamos. Los viajes de mi familia al extranjero

durante los últimos diez años equivalen a cien barriles de petróleo. Mentalmente, los amontono fuera de mi casa. Me imagino las pilas que se formarían si todo el mundo tuviese cien barriles en el patio trasero de su casa. Me imagino una sociedad en la que un montón de barriles fuese un signo de estatus, una señal inequívoca de que se tiene un coche potente y de haber viajado a Bali con frecuencia. Cualquiera que haya conducido un coche familiar 100.000 kilómetros ha quemado 7.500 litros de gasolina, unos 50 barriles. Una familia de cinco miembros que tenga dos coches vacía unos 200 barriles en diez años.

Los barriles se añaden al espacio que ocupan los coches: en torno al 50 % del espacio urbano está ocupado por calzadas y aparcamientos. Los barriles podrían pintarse como nubes para recordarnos que, aunque el petróleo se quema, no desaparece en absoluto. Los barriles deberían ser negros como unos nubarrones de tormenta.

La pila de barriles sería grande, pero ¿qué tamaño tendría la hoguera? En octubre de 2018, la producción mundial de petróleo superó por primera vez los cien millones de barriles al día, exactamente la misma semana en que el informe sobre el calentamiento global de las Naciones Unidas advertía de la importancia de no sobrepasar el grado y medio de temperatura actual y alertaba sobre las catastróficas consecuencias que iba a tener para la tierra un aumento de dos grados.[46]

Si el petróleo de cien millones de barriles se convirtiera en un río, su caudal sería de 185 metros cúbicos por segundo, tanto como el caudal medio del río Jökulsá á Fjöllum, el segundo más largo de Islandia. Las aguas de este río alimentan la catarata Dettifoss, considerada la cascada más potente de Europa y que apareció en la escena inicial de la película *Prometheus* (2012), de Ridley Scott. Watt colocó su antorcha prometeica dentro de una máquina de vapor y doscientos cincuenta años más tarde estamos sufriendo las consecuencias. Cerremos los ojos y hagamos un ejercicio de imaginación: una cascada eterna y negra como el carbón, que se precipita por un barranco noche y día, durante todo el año. Prendámosle fuego y contemplemos las llamas ascendiendo hacia el cielo.

Las emisiones del planeta no provienen únicamente de la quema del petróleo, sino también del gas y del carbón. Anualmente se queman unos 4.000 millones de toneladas. Unos 600 kilos por cada habitante del planeta. Los 12.000 millones de toneladas de energía que quemamos en forma de petróleo, gas y carbón se transforman en 36.000 millones de toneladas de CO_2 o, lo que es lo mismo, 36 gigatoneladas.[47]

Imaginémonos todo eso como un solo motor impulsado por una potente cascada de petróleo; pensemos en la fuerza del motor, la bomba de inyección, los cilindros y el tubo de escape. Ése es el motor de nuestra vida; así es la industria. Todos los motores de gasolina del mundo combinados son letales. Se trata de un hecho objetivo. La fiesta se ha desmadrado y hay que terminarla lo antes posible. Según los informes más recientes de las Naciones Unidas, tenemos que apagar todos los fuegos antes del año 2050 o, de lo contrario, las cosas se pondrán muy feas.[48] Buscamos frenéticamente una forma de vivir en armonía con el planeta, de lo contrario éste acabará deshaciéndose de nosotros. Tenemos que conectarnos con fuentes de energía que actúen en consonancia con el sol, las olas y el viento.

Cuando decimos que estamos viviendo una época mítica no exageramos en absoluto. Los dirigentes mundiales se reúnen y hablan del clima. Casi parece revolucionario que se reúnan para reflexionar sobre cómo están alterando el clima. Hablan de huracanes, de rayos y truenos, del nivel de los océanos, de desiertos y del futuro de los glaciares. Debaten sobre si deben permitir que la temperatura aumente grado y medio, dos grados, o si dejar que suba sin control. Es una verdadera tragedia y nuestros dioses del tiempo son tan débiles y humanos como los de las tragedias griegas. Los partidarios del sol negro les susurran al oído y los confunden. Es trágico porque Casandra ha descubierto hacia dónde nos encaminamos y qué debemos hacer al respecto. La profecía es clara, pero los portavoces del petróleo preguntan: «¿Y qué pasará con los negocios, los beneficios, el crecimiento económico y el mercado? ¿Y con la fuerza laboral, las grandes empresas, las cifras de empleo, la financiación electoral, las inversiones y los intereses? Si usted se posiciona en contra del petróleo, elegiremos a líderes que adoren el fuego.» Pero cuando la gente pierde todo lo que tiene por las inundaciones, sequías o incendios forestales, se vuelve contra los que había elegido para que cumplieran sus deseos, y así sucesivamente.

Activ of London y una plataforma de petróleo o gas cerca de isla Chacachacare en República de Trinidad y Tobago, 2018. Martin de Thurah.

Pero no pintemos un cuadro demasiado sombrío. Debemos estar agradecidos por los superpoderes que nos proporciona el petróleo. La energía de un solo barril equivale a diez años de trabajo de una persona sana. ¿Cuánto tiempo tardaría yo en empujar un coche de dos toneladas, en el que puede montar toda mi familia, hasta la ciudad de Akureyri? ¿Cuánto tardaría en segar la hierba de un prado, cavar una zanja o labrar un campo? Muy poco... si dispongo de cincuenta litros de gasolina. Nuestra relación con el petróleo nos recuerda al sacerdote medieval islandés Sæmundur el Sabio (1056-1133). Según la leyenda, Sæmundur tenía tratos con el diablo y lo engañaba para que le hiciera trabajos como lavar la ropa, cosechar los campos y transportarlo a lugares lejanos. El petróleo nos facilita las tareas domésticas, alivia nuestras cargas y lleva a cabo el trabajo de cientos de personas en un abrir y cerrar de ojos. Igual que Sæmundur, gracias a él volamos muy lejos. Pero al final Sæmundur se encuentra con un problema grave: en pago a sus servicios el diablo exige el alma de Sæmundur o el hijo que espera.

El petróleo ha liberado al género humano del trabajo agotador y de la escasez, primero a los habitantes de países occidentales y, en las últimas décadas, a miles de

millones de personas en todo el mundo. Es la edad de oro de la humanidad. El petróleo significa trabajo y educación, mejor salud, longevidad, seguridad alimentaria, televisión y vacaciones de verano. Hoy en día, la calidad de vida de un obrero es mejor que la de las familias reales del siglo XVII. Luis XIV no podía ir en avión a Tenerife, su primogénito no tenía un móvil con cámara, vídeo y GPS en el bolsillo, nunca probó un kiwi ni se comunicó por Skype con alguien en China. Si contraemos una enfermedad, es probable que haya una cura. Gracias a la energía, hemos crecido en número, las hambrunas han disminuido y, a pesar de las guerras por el petróleo, los conflictos bélicos en el mundo se han reducido.[49] El petróleo nos ha permitido crear belleza. Los jóvenes del extrarradio pueden reunirse y tocar con sus instrumentos la Quinta Sinfonía de Beethoven. Miles de millones de personas experimentan ahora lo mismo que mi abuelo y sus hermanos sintieron al mudarse a un edificio de protección oficial en la calle Ásvallagata: un profundo agradecimiento por su primera cocina, por el lujo de tener cuarto de baño y agua caliente, y una habitación de más para revelar fotografías y quizá la energía sobrante que favorece las actividades de ocio, el ejercicio físico o los viajes. Pero el problema no radica en que la gente haya salido de la pobreza, sino que nos encaminamos a pasos agigantados al sobreconsumo y al despilfarro. Vivimos en un sistema en el que la mayor parte de las cosas que creamos, pensamos y hacemos terminan convertidas en combustible quemado o en simple basura. La tierra no soporta todo ese fuego ni ese consumo excesivo; se está ahogando en basura. El petróleo es para nosotros como el diablo para Sæmundur el Sabio, y ahora el diablo está reclamando su parte.

En 2018, el fuego que arde en el mundo se distribuye de la siguiente manera: China es la potencia más contaminante, con un 28 % de las emisiones de dióxido de carbono global. Estados Unidos emite un 15 %; la India, un 6 %; Rusia, un 5 %; Alemania un 2 %, y los países más grandes de Europa y Brasil son responsables, cada uno de ellos, de un 1 % del total de las emisiones mundiales.

Si investigamos de qué sector proceden dichas emisiones, comprobamos que el 25 % se debe a las centrales eléctricas de carbón, las calefacciones domésticas y la producción de electricidad. El 24 % procede de la producción de alimentos, la explotación forestal y el cultivo de tierras. El 21 % corresponde a la industria. El transporte en su totalidad es responsable de un 14 % de todas las emisiones, pues hay unos mil millones de vehículos en el mundo. Una de las industrias que provoca mayores emisiones es la del cemento, cuya fabricación supone un 6 % del total. Y si estudiamos los transportes con más detenimiento, vemos que en torno al 2,5 % procede del transporte aéreo internacional. Dondequiera que pongamos un pie habrá fuego y emisiones ocultas: en los coches, los ordenadores, en el trabajo y las horas de las comidas. El filete está ardiendo.

China es la mayor potencia contaminante, pero Estados Unidos la supera si tenemos en cuenta las emisiones de dióxido de carbono por persona, que ascienden a 16,5 toneladas anuales. Se calcula que en Islandia dichas emisiones alcanzan las 14 toneladas anuales por persona.[50] Es una de las tasas más altas del mundo, a pesar de que contamos con fuentes de energía «limpias»: las calefacciones geotermales y la energía hidroeléctrica, que producimos en una cantidad cinco veces mayor a la que necesitamos en nuestra vida cotidiana.

Un habitante de la India sólo emite un 10 % de lo que emite un islandés. Los chinos, por su parte, han aventajado a las naciones occidentales en la emisión de CO_2. Se aproximan a Alemania y emiten más CO_2 por persona que los españoles, los suecos, los franceses y los británicos.

El consumo del petróleo desempeña un papel fundamental en las desigualdades del mundo. La producción mundial de petróleo fue de unos 33.000 millones de toneladas en 2017, lo que equivale a más de cuatro barriles por persona. No obstante, estos barriles se reparten de una manera muy desigual. En torno a la octava parte de la población mundial no tiene acceso al petróleo o la electricidad, mientras que muchas naciones queman petróleo, sobre todo para fabricar productos que se exportan a países más ricos.

Según el informe de Oxfam del año 2015, el 10 % más rico de la población mundial es responsable de alrededor de un 50 % de las emisiones de CO_2. De modo que, si bien la superpoblación del planeta es un problema, el problema más importante es el sobreconsumo y la irresponsabilidad de las naciones prósperas. Una persona que pertenezca al 1 % de la población más rica probablemente sea responsable de emisiones equivalentes a 175 individuos del 10 % más pobre. Aun así, las consecuencias del cambio climático serán más graves para los más pobres, que carecen de protección y libertad de movimiento.[51] Para empezar, es necesario que las naciones acuerden quiénes serán los responsables de los desastres que ocurran en el futuro. ¿Quién indemnizará a los habitantes de Bangladés por unos daños que ellos mismos no habrán causado si sus tierras se inundan?

Para alcanzar los objetivos del Acuerdo de París (2015), que insisten en que el calentamiento global no debe superar los 1,5 grados, se requiere que las emisiones de CO_2 desciendan a cero en 2050. Para lograr ese éxito tendremos que inventar aparatos que nos permitan eliminar el CO_2 de la atmósfera en cantidades equivalentes a las de todos los gases de combustión de hoy en día. Se trata de uno de los mayores retos a los que se ha enfrentado la humanidad. Lo que se propone es un cambio sin precedentes en los mecanismos energéticos mundiales. El año 2050 está tan lejos en el futuro como el

año 1990 en el pasado. Desde 1990, las emisiones han pasado de 22 gigatoneladas a 36. Es un incremento del 60 %.

Reducir las emisiones a cero en treinta años parece una tarea irrealizable; tanto como fabricar una máquina del tiempo, suprimir la gravedad o inventar una pastilla para resucitar a un muerto. Nadie sabe si es técnicamente posible conseguir una reducción de 30 gigatoneladas al año. Esta tecnología está dando sus primeros pasos y nadie ha sido capaz de imaginar qué tipo de construcción o de infraestructura podría ayudarnos a alcanzar nuestros objetivos.

Incluso si reducimos las emisiones un 50 %, podríamos encontrarnos, llegado el momento, con un problema mayor si no hemos hecho nada por eliminar el dióxido de carbono que ya hay en la atmósfera. En ese caso, la tierra seguirá calentándose, los glaciares continuarán derritiéndose y el nivel del mar seguirá subiendo y sumergirá las ciudades y las costas.

El valor de mercado de los 100 millones de barriles de petróleo que se consumen diariamente en el mundo es de 6.000 millones de dólares, tomando como referencia los 60 dólares que cuesta el barril de petróleo en este momento. Por lo tanto quemamos aproximadamente 6.000 millones de dólares al día. Así que a nadie puede ocurrírsele que cambiar las fuentes de energía va a ser una tarea fácil y que no encontrará resistencia. El petróleo es la base del sistema económico y las consecuencias de un cambio energético serían enormes para aquellos que obtienen ingentes beneficios en ese sector. No van a dejar de embolsarse 6.000 millones de dólares sin oponer resistencia. Hay en juego millones de puestos de trabajo y de inversiones por parte de países y personas archimillonarias y poderosas que tienen línea directa con los líderes mundiales.

No debemos subestimar ni los problemas ni las soluciones. Si lográramos que el petróleo perdiera su utilidad o incluso se prohibiera, socavaríamos los cimientos de todo el sistema económico. Rusia podría desmoronarse, el estado de Alberta en Canadá quebraría, Arabia Saudí y Qatar podrían convertirse en la próxima Siria, en tanto que Noruega entraría en una profunda recesión. Si eso sucede, el problema no será sólo de ellos, porque la producción de petróleo beneficia a todos los países occidentales. Sin embargo, la única manera de avanzar es reconocer el problema y trabajar para liberarnos de este círculo vicioso. Se calcula que la población del planeta habrá aumentado en 2.000 millones para 2050; las necesidades de alimento y abrigo de esos nuevos habitantes conllevarán también un incremento de las emisiones. Así pues, estamos entre la espada y la pared: si no apagamos el fuego moriremos, pero si lo apagamos, también.

Por desgracia, no sólo están muriéndose el cielo y la tierra. Hay más. El mar también. Durante mucho tiempo los debates sobre el cambio climático raramente abordaban la variación de los océanos; de hecho, la gente incluso esperaba que el mar absorbiera de manera indefinida todo el CO_2 posible. Pero ahora se ha hecho evidente el problema de la acidificación de los océanos y la rapidez con que ésta se está produciendo.[52]

Se considera que para evitar un calentamiento global de 1,5 grados los seres humanos no deberían superar las 800 gigatoneladas de emisiones de dióxido de carbono.[53] Teniendo en cuenta que las emisiones anuales son de 36 gigatoneladas, nuestra cuota se agotará dentro de veinticinco años. Después de esa fecha no debería haber más emisiones. Pero, tal como están evolucionando las cosas hoy en día, nos encaminamos a un aumento de tres o cuatro grados en la temperatura del planeta a finales de siglo. Ese calentamiento irá acompañado de consecuencias comparables a las que provocaría un invierno nuclear. El incremento de las temperaturas aumentará la potencia de los huracanes y de las tempestades, lo que conducirá a condiciones climáticas cada vez más extremas: sequías e inundaciones que destruirán cosechas y arrastrarán la tierra cultivable. Es previsible que aumenten los movimientos migratorios desde las zonas inhabitables de África, China, India y países de Oriente Medio, que se incendien los bosques de América y los países nórdicos, que el permafrost de Siberia se deshiele y libere gas metano, lo que a su vez acelerará el calentamiento global. A finales del siglo XXI, la actual situación sociopolítica del Mediterráneo parecerá una nimiedad en comparación con lo que sucederá cuando cientos de millones de refugiados climáticos se pongan en movimiento. Es decir, guerra, muerte y destrucción. El objetivo no es avivar el miedo. Pero la paradoja está en que los problemas no se resolverán a menos que los aceptemos como tales. Tenemos que sentir miedo y al mismo tiempo creer que es posible mejorar las cosas.

Por supuesto, uno puede negar los hechos y confiar en que todo se resuelva sin más, pero ninguna investigación realista apunta en esa dirección. Los que niegan que el cambio climático sea consecuencia de la acción humana se parecen, cada vez más, a los que afirman que la tierra es plana. El clima del planeta es, sin duda, variable, y las grandes erupciones volcánicas han tenido un impacto en la historia geológica. Pero, tal como están las cosas ahora mismo, los seres humanos somos la principal erupción y una erupción de esta magnitud siempre ha provocado catástrofes.

Es fácil caer en la desesperanza, el cinismo y el derrotismo. Plantear una solución al calentamiento global es comparable a imaginar a alguien volando en un avión jumbo en 1905, al descubrimiento de la cura del sida en el año 1985 o a viajar a la luna en 1940. Apagar fuegos es nuestra principal tarea. Desengancharnos del sol negro y sus negros yacimientos y volver a conectarnos con la tierra y el sol que arde sobre nosotros: ése es

el cometido de esta generación y la de nuestros hijos, pues la vida en la tierra, e incluso la existencia del propio planeta, corren peligro.

No tengo otra alternativa sino creer que podemos encontrar una solución. Pero la humanidad tendrá que desearla con tanto fervor como deseó volar, llegar a la luna o curar el sida. Los científicos han señalado que para conseguir un nuevo sistema energético en las próximas décadas haría falta una inversión del 2 al 2,5 % del PIB mundial. Ello incluiría que todos los transportes fueran eléctricos, ahorrar energía, cambiar las fuentes energéticas en los sistemas de calefacción, construir turbinas eólicas y el aprovechamiento de la energía solar y térmica.[54] Parece una cifra baja teniendo en cuenta la importancia y enormidad de la tarea. Por ejemplo, los británicos gastaron el 50 % de su PIB para hacer frente a los gastos generados por la Segunda Guerra Mundial. Cuando los océanos y el mundo entero están en juego, el 2,5 % del PIB mundial no es nada. Para llevar a cuatro hombres a la luna, los estadounidenses invirtieron el 2,5 % de su PIB durante diez años.[55] La aportación media mundial para los gastos de defensa alcanza el 2,5% del PIB; es decir, existen precedentes. Pero no hay ejército que pueda proteger a su nación contra los mayores peligros que la amenazan: las catástrofes climáticas provocadas por los seres humanos.

Proyectar a James Watt bajo una luz tan negativa parece ingrato, no digamos ya vincularlo al fracaso de la humanidad. Watt es el padre de todos nosotros. A él debemos agradecerle nuestro estilo de vida: nos conectó con la madre tierra, y gracias a él prendimos fuego al sol negro subterráneo y absorbimos la leche negra de las entrañas de la tierra. La fotosíntesis que tuvo lugar millones de años atrás nos ha permitido volar muy alto, cortar los vínculos con el ciclo estacional y vivir en un eterno verano. Podemos adquirir fresas todos los días del año y comprar productos especialmente diseñados para caducar rápidamente a fin de crearnos la necesidad de renovarlos constantemente. La tierra se ha mantenido impasible durante mucho tiempo, pero ahora ha empezado a despertar e intenta deshacerse de nosotros. El petróleo es nuestra vida, pero también es nuestra muerte.

Cuando era niño, la carrera armamentística de las grandes potencias se hallaba en su punto álgido y los de mi generación teníamos un miedo atroz a la guerra nuclear. Yo pensaba que no llegaría a cumplir los quince años. ¿Fue innecesaria toda aquella angustia o la preocupación de toda una generación sirvió para que el mundo sobreviviera? Si observamos el aniquilador efecto del petróleo, ¿podremos decir, como Oppenheimer citando al *Bhagavad Gita*: «Ahora me he convertido en la Muerte, el destructor de mundos.»?

—

Sólo añadir unas palabras

Tenemos que detener por completo las emisiones de dióxido de carbono en los próximos treinta años. Si lo conseguimos, es posible que la humanidad evite que la temperatura de la tierra aumente más de 1,5 grados respecto a la temperatura media existente antes de la Revolución Industrial. ¿Qué probabilidades existen de que los seres humanos se pongan de acuerdo en alcanzar este objetivo?

Si algo caracteriza nuestra época, es la lucha por el control de las palabras, por el poder de explicar el mundo y la economía, el poder de transmitir y dar forma a las noticias. Se combate por controlar el discurso sobre el mundo. Las palabras crean la realidad e importa mucho disponer de las palabras y de los medios adecuados para difundirlas.

Poco después de entrevistar al dalái lama, me invitaron a una feria literaria en China. En el trayecto en avión entre las dos ciudades que albergaban la feria, Chengdu y Pekín, vi la película *La red social*. Trata de las relaciones sentimentales y las vicisitudes de Mark Zuckerberg, fundador de la plataforma virtual Facebook. Me produjo una extraña sensación ver una película sobre algo tan ubicuo como Facebook en el avión de una compañía aérea perteneciente a un país que prohibía el uso de Facebook, un país en el que actos como actualizar tu estado o el icono del pulgar hacia arriba se consideran una amenaza para la seguridad nacional. En una escena clave de la película un amigo del protagonista apunta un algoritmo con un rotulador en el cristal de una ventana y descubre el signo del «like» como si se tratase de la teoría de la relatividad. Hasta entonces no me había percatado de que el signo «like» es la contribución más importante de nuestra generación. Ha dividido nuestros átomos pirateando el ego humano y liberando una energía antes desconocida.

Cuando estuve en China en 2010 me sorprendió que Facebook estuviera prohibido, pues no me parecía tan evidente que esa red social fuese una avanzadilla de la libertad. En esa época, todavía no sabía que Facebook me había engañado para obtener toda la información posible sobre mis intereses personales y mis opiniones políticas. Yo le había permitido estar al corriente de mis viajes, mis hábitos de lectura; el algoritmo incluso escuchó palabras clave en mis chats privados. Es más, todas estas informaciones se vendían al mejor postor en una especie de subasta. Mi presencia en Facebook socavó la autoridad de otros medios de comunicación y minó la creatividad literaria. Compartía noticias que me alegraban o me entristecían y la plataforma reforzaba ese comportamiento mostrándome sobre todo cosas que alimentaban esos sentimientos.

Había empezado a vivir en un mundo en el que las palabras superficiales adquirían una importancia inusitada. Permití que sistemas desconocidos analizaran mi actividad y contribuyeran así a que las empresas pudieran venderme cosas que no sabía que necesitaba. Y lo que es peor: permití que miembros desconocidos de la plataforma insertaran comentarios al respecto.

Tenemos tan claro que en China la opinión de la gente está controlada por el sistema que tendemos a sobrevalorar la libertad de la que disfrutamos en nuestro mundo. Cuando Islandia asumió la presidencia del Consejo del Ártico, Estados Unidos intentó contrarrestar el discurso del informe sobre el cambio climático, ya que la posición oficial de ese país consiste en negar el cambio climático y eliminar las palabras relacionadas con él en todos los documentos y las páginas web de las agencias gubernamentales. Mike Pompeo, el secretario de Estado de Estados Unidos, habló del deshielo de los polos como de una «nueva oportunidad comercial». Las rutas comerciales de navegación a Asia podrían acortarse hasta veinte días.[56] O sea, que por un lado niegan el cambio climático y por otro celebran los potenciales beneficios que cabría obtener de él.

Como los beneficios mundiales generados por el petróleo alcanzan los 6.000 millones de dólares al día, los productores de crudo han moldeado nuestro vocabulario y nuestra visión del mundo según sus necesidades. Para proteger sus inversiones, la industria petrolera ha librado una guerra de propaganda contra los científicos que advierten sobre los riesgos del cambio climático durante más de treinta años. Las compañías petroleras han comprado a los políticos y han creado laboratorios de ideas para confundir a la población utilizando los mismos métodos que se emplearon para ocultar las nocivas consecuencias del tabaquismo. De manera sistemática se difunden mensajes manipulados y resultados científicos falsos, con un éxito evidente. Un negacionista ha alcanzado la presidencia de Estados Unidos. Al sembrar dudas y difundir falacias acerca del clima, han conseguido banalizar, e incluso obstruir, el debate.[57]

La gente discute por las palabras y sobre quién tiene derecho a nombrar la realidad en los medios de comunicación, y no está claro si los conceptos que iluminan el pensamiento y crean opinión sirven al individuo o hablan en nombre de intereses más amplios. A veces se silencian determinadas palabras para que la gente no las oiga. En un reciente informe de la Administración de Información Energética de Estados Unidos (EIA) acerca de las previsiones energéticas para el país hasta el 2050, no aparecen por ningún lado expresiones como «calentamiento global» o «cambio climático» y no existe debate alguno sobre las conclusiones a las que llegó el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de las Naciones Unidas, y, en particular, la advertencia de que las emisiones deberían cesar antes de 2050. Por el contrario, se

espera que el parque automovilístico estadounidense en 2050 aún siga funcionando con gasolina y que Estados Unidos se convierta en un estado exportador de petróleo y gas en 2020.[58] El fenómeno del calentamiento global se ha eliminado sistemáticamente de todos los asuntos oficiales relacionados con la Casa Blanca y lo mismo puede decirse acerca de las páginas web gubernamentales y de las páginas de información sobre el cambio climático en Estados Unidos.[59] Las potencias con intereses en la industria petrolera se sirven de Facebook y de la difusión de noticias falsas para poner trabas al gobierno, que debería ser el garante de la libertad y la información. Nos dirigimos a toda velocidad hacia el precipicio y, en lugar de pisar el freno, seguimos acelerando sin fijarnos en el velocímetro. Como afirmó George Orwell: «La ignorancia es la fuerza.»

Las palabras que me dijo el dalái lama no pueden oírse en China. Si descubren a alguien con una foto o un escrito suyo en el Tíbet lo meten en la cárcel. Conocí a un hombre en Pekín que me habló de lo sucedido en la plaza de Tiananmén en 1989, sobre las esperanzas que habían nacido allí y sobre el baño de sangre cuando el ejército disolvió la movilización. Hablé con otro hombre y le pregunté por esos acontecimientos. No había estado allí, pero afirmó que las protestas tenían que ver con el descontento por las becas estudiantiles. Según él, los estudiantes acamparon en la plaza y, dado que no había baños públicos, la policía pidió a la gente que se fuera a casa, y la cosa no fue a más.

—¿Murió alguien? —inquirí.

—No, no murió nadie.

Le pregunté a una chica china por la situación del Tíbet y ella me lo explicó con todo detalle. Antes los tibetanos vivían oprimidos y sometidos a una dictadura religiosa. Me preguntó si me apetecería vivir en un país gobernado por un papa medieval o por clérigos como en Irán. No estaba de acuerdo con sus argumentos, pero decidí no entablar un debate sobre la democracia. Nuestra democracia no estaba en su mejor momento, y yo sabía que la imagen del mundo que tenía era producto de mi entorno y mi educación. Mis ideas sobre China me venían de relatos orientales, propaganda de la Guerra Fría e incluso de una antigua y arraigada animadversión occidental hacia ese país. Pero también había sido moldeada por multinacionales que flexibilizaron las exigencias medioambientales y de derechos humanos para producir productos lo más baratos posibles.

Lo primero que vi a mi llegada al aeropuerto de Pekín fue un Land Rover negro; tuve un escalofrío, pues esos coches eran el símbolo de la crisis financiera islandesa. China había sido un país pobre tan sólo unas décadas atrás y ahora se veían coches lujosos en

cada esquina. La mayor burbuja inmobiliaria de la historia estaba en pleno apogeo: grúas por todas partes y altos edificios que desaparecían por encima en una nube gris de contaminación.

Aun así, la idea de quedarme más tiempo en China no me disgustaba, el país me parecía agradable y hermoso. En los jardines florecían los cerezos y mujeres ancianas hacían ejercicios de *chi kung* mientras otras personas practicaban bailes de salón. Los chinos que conocí eran simpáticos y de trato fácil, no muy distintos a los islandeses.

Fuimos hasta un pueblo de montaña situado en el distrito de Huidong y, por la tarde, empezó a sonar música por unos altavoces. De inmediato, los habitantes del pueblo se pusieron a bailar en círculo en la plaza. Me recordaron mucho a los habitantes de las islas Feroe durante la fiesta de Ólavsøka. La aldea era bastante nueva y visitamos un museo dedicado al pueblo Yi: escribían con una especie de alfabeto rúnico, practicaban la lucha y, por lo visto, adoraban a las ovejas. Una vez más, como los islandeses. Visité la escuela, les leí a los niños y ellos me leyeron al unísono; fue hermoso, parecían felices. Me dijeron que la mayoría vivía en casa de sus abuelos mientras los padres trabajaban en las fábricas de la ciudad. En el pueblo vi niños con bicicletas nuevas y bolsas de caramelos. Se respiraba la atmósfera de prosperidad de los nuevos ricos. La mayoría de los niños eran hijos únicos y resultaba sorprendente pensar que en ese país las palabras «hermano» o «hermana» apenas se utilizaban.

Avanzamos lentamente por Chengdu en medio de un tráfico caótico y cruzamos el paso elevado más grande que he visto en mi vida, una construcción colosal que ocupa el espacio donde antes estaba el centro histórico de la ciudad. Me habría gustado comprobar que China pensaba en el futuro y preveía cómo serían las cosas dentro de doscientos años. Pero parecía que los chinos estaban decididos a cometer todos los errores del siglo XX en una escala incluso mayor, creando una economía de lo desechable condenada a devorar las reservas naturales de la tierra y los hábitats de los cocodrilos. Los altísimos rascacielos parecían diseñados para servir a los intereses de los contratistas más que para crear una comunidad viable cara al futuro. En el aeropuerto conocí a un hombre que trabajaba para una empresa de construcción de vagones de metro y le pregunté por la situación de Chengdu. ¿Por qué había tanto tráfico y grandes autopistas en lugar de una eficaz red de metro?

—Los chinos son humanos —contestó—. Los contratistas y las grandes empresas de ingeniería que ya no pueden diseñar y construir pasos elevados en los países occidentales, se han aliado con los fabricantes de automóviles para centrarse en China. Ahora las oportunidades están aquí. Los fabricantes de artículos de lujo occidentales

han descubierto un nuevo mercado. Hay más Lamborghinis en Chengdu que en toda Europa.

La burbuja inmobiliaria de China absorbió el 50 % de la producción total de materias primas del planeta en 2010. Fue precisamente para satisfacer esta demanda que se construyó en un tiempo récord la central hidroeléctrica de Kárahnjúkar y se inundó el gran espacio silencioso de Kringilsárrani, en Islandia. Desde el año 2004, China ha usado más cemento que Estados Unidos en todo el siglo XX; un dato estadístico imposible de asimilar. Fuimos pasando con el coche junto a edificios en construcción, un bloque tras otro, torres de cuarenta plantas que se alzaban sobre las ruinas de los antiguos barrios de Pekín. El conductor nos dijo que los pisos estaban vacíos. La gente invertía en ellos y prefería no alquilarlos, pues el precio del alquiler no era lo bastante alto y los pisos nuevos se vendían con mayor facilidad que los «usados». Eran cuentas bancarias de 100 metros cuadrados. Se calcula que en 2018 había unos 50 millones de pisos vacíos en China.[60] Podrían haber alojado en ellos a todos los habitantes de Alemania y de Francia.

En Pekín atravesamos un barrio entero en construcción. En su periferia había un centro comercial estilo Disney con establecimientos de McDonald's y Pizza Hut. El símbolo del barrio era un niño con un violín en la mano encima de un embarcadero que se adentraba en un lago. Los barrios se llamaban La Grande Villa, Palm Beach y Shadow Lake, y encarnaban el sueño de vivir en una casa para una sola persona frente al agua, o en lujosas mansiones al estilo insípido de Las Vegas o de Dubái entre rascacielos de cuarenta plantas. Las mansiones de Shadow Lake parecían salidas de un cartel publicitario, rodeadas de campos de golf y estanques, y habían sido construidas para elevar el precio de los bloques de pisos circundantes. El problema de vender casas junto a un estanque es que Pekín es una de las zonas más secas y urbanizadas de toda China, donde los niveles del agua subterránea se reducen todos los años de uno a tres metros; el sistema de suministro de agua más grande lleva agua a la ciudad desde una distancia de 1.500 kilómetros. Se está planificando la instalación de nuevas canalizaciones provenientes del Tíbet. Es como si la gente viviera sin ningún tipo de previsión. Muchos me habían dicho que el gobierno comunista tenía una visión sensata y a largo plazo, pero lo único que aprecié allí fue la vieja e imparable fuerza de la codicia. Los contratistas construían rascacielos tan rápido como podían para con los beneficios poder comprarse mansiones de cientos de millones de dólares junto a lagos artificiales.

La buena noticia es que en ningún lugar del mundo hay tantos estudiantes de ciencias e ingeniería como en China; ojalá que tanto la población como el Partido cobren conciencia de la realidad antes de que la situación se vuelva insostenible. Ahora los

chinos están en vanguardia de la producción de paneles solares y energía eólica; es posible que el mundo no pueda salvarse hasta que los chinos lleven a cabo una política ecológica del tamaño de la Gran Muralla. Plantar mil millones de árboles no costaría nada si todos los chinos actuasen a la vez. Es posible que un día sobren 60 millones de molinos eólicos en el país.

Los científicos han dicho que en pocos años la economía mundial debe cambiar para contrarrestar el aumento de dos, tres e incluso cuatro grados de la temperatura del planeta. La posibilidad de que la humanidad se una por un motivo común parece especialmente irrealizable en Israel, donde acontecimientos ocurridos hace miles de años y unos textos antiguos dividen a la gente en grupos y alianzas incompatibles. Estuve en Tel Aviv en un festival de documentales y conocí allí a un chico y a una chica que me enseñaron la ciudad. En gran parte había sido construida en un estilo funcional por arquitectos que habían estudiado en la misma época que Gunnlaugur Halldórsson, el autor del edificio de protección oficial de Ásvallagata al que se mudó mi abuelo. Durante nuestra conversación se definieron como personas apolíticas. Mientras hablaban, pasaron cinco helicópteros en dirección a Palestina. Me pregunté qué sentido tenía vivir en semejante lugar y, al mismo tiempo, afirmar que no se tenía ninguna opinión política. Quizá lo más cercano al radicalismo era eso, ser apolítico.

En Jerusalén ascendí por la Vía Dolorosa. Intenté recordar las historias bíblicas, y toda la experiencia de estar en tierra santa me resultó excesiva. Sentí como si tuviera que limpiarme la mente antes de recorrer la calle por la que Cristo acarreó la cruz en dirección al Gólgota. Traté de concentrarme en el sufrimiento de Cristo al tiempo que mis ojos curioseaban en los escaparates de las tiendas de recuerdos de la calle.

Justo al lado de la Vía Dolorosa se encuentra el Muro de las Lamentaciones, la única pared que queda del templo destruido en el año 70 después de Cristo. No me había dado cuenta de que el Muro de las Lamentaciones era, en realidad, un antiguo pedestal del templo. Donde antes se hallaba el templo, ahora se erige una mezquita de cúpula amarilla, el tercer lugar de culto más importante de los musulmanes.

Conocía todos estos lugares por los periódicos y los libros y no me había dado cuenta de que constituían un gran punto focal. La superficie de la tierra mide 510 millones de kilómetros cuadrados, y el lugar más sagrado de los cristianos y de los judíos y el tercero de los musulmanes se encuentran en el mismo espacio geográfico. Ese pequeño punto es el epicentro de las religiones de 4.000 millones de habitantes del planeta, religiones que después se dividen en sectas, muchas de las cuales piensan que no tienen relación alguna con las demás. Todos interpretan las palabras a su manera; así ha sido durante cientos, incluso miles de años. La propia iglesia que se encuentra en el monte

Gólgota recibe cinco o seis denominaciones diferentes y allí existe una constante tensión territorial.

Pero si se ignoran las religiones y las opiniones políticas, la mayor parte de la humanidad parece gastar las mismas zapatillas Nike, llevar el mismo teléfono Samsung en el bolsillo y tener los mismos televisores Sony en casa, en los que aparecen las mismas estrellas de cine, las mismas batidoras. Al parecer todos observamos el universo según las mismas unidades de medida, escuchamos la misma música, nos desplazamos en los mismos aviones Airbus o autobuses Benz o comemos pizzas y hummus viendo un partido de fútbol que se juega según reglas universales. Quizá sea posible cambiar el sistema energético y la realidad material, aunque la gente continúe dividida a causa de la política, la religión y el fútbol.

Las mediciones que llevaron a cabo en el pasado los compañeros de viaje de mis abuelos permiten hoy en día a los especialistas de muchas de las más importantes universidades del mundo calcular cómo van a evolucionar los glaciares en el futuro. Y los científicos han empezado a expresarse de un modo muy claro: tenemos que reducir las emisiones de efecto invernadero, de lo contrario al planeta irá de mal en peor. En las mismas universidades hay economistas, expertos en mercadotecnia e ingenieros que están orientando la producción mundial en la dirección opuesta. Entienden que las previsiones de crecimiento y consumo son señales positivas. En un departamento universitario están descubriendo las graves consecuencias que tendrá el crecimiento infinito para un planeta finito, mientras que en otro departamento de la misma institución se enseña a la gente una ciencia que tiene objetivos opuestos.

La industria del aluminio, una de las que más energía consume del planeta, se planteó como meta triplicar la producción mundial entre 1998 y 2020. Sin embargo, en 1998 todo el mundo sabía ya que las bases del ecosistema habían comenzado a resquebrajarse. En 2005, cuando la producción mundial de aluminio era de 32 millones de toneladas al año, resultaba evidente que la humanidad se había pasado de vueltas en las cuestiones relacionadas con la tierra. ¿Y en qué dirección se orientaron los seres humanos llegados a este punto? Decidieron duplicar, en un plazo de quince años, la producción de un material que iba a tener efectos considerables en el planeta al cabo de cien. En ese proceso de crecimiento, la naturaleza ha pagado un precio, y la zona donde Helgi Valtýsson encontró el gran espacio que Dios inunda de silencio ha sido una de las damnificadas. La planta de aluminio de Alcoa que anegó la región de Kringilsárrani fabrica 340.000 toneladas al año. El gran espacio inundado de silencio representa ahora un 0,5 % de los 60 millones de toneladas de producción de aluminio del mundo.

La industria mundial de aluminio emite, de media, unas ocho toneladas de CO_2 por tonelada de aluminio producido, cantidad que supone 500 millones de toneladas al año, aproximadamente un 2 % de las emisiones humanas a escala global.

La producción mundial de acero ha aumentado cerca de 1.000 millones de toneladas desde 1990. Eso significa que se producen dos toneladas de emisiones de CO_2 por cada tonelada de acero. Así pues, la producción mundial ha crecido en todos los ámbitos en los últimos años. Lo mismo puede decirse en relación con la industria del plástico, del papel, de la moda, del automóvil, el mercado energético en su totalidad, el sector de la construcción y la industria cárnica, entre otras.[61]

Aquellos que definen el mundo tomando como referencia el dinero, los negocios y la capacidad productiva, no creen necesario entender de biología, geología o ecología. Llevan a cabo cálculos económicos y se sienten optimistas. La expresión «señales positivas para la economía» esconde todo lo que resulta letal para la tierra e insostenible de cara al futuro. El aumento de la producción de petróleo también favorece la economía y duplica la producción. El crecimiento económico no diferencia entre lo que es sostenible y lo que no lo es. Imaginen qué pasaría si no diferenciásemos entre ganar músculo y engordar o entre el crecimiento de un feto en el vientre de su madre y un tumor. El crecimiento se presenta, sencillamente, como algo bueno y no se hace distinción alguna entre el crecimiento económico perjudicial o el beneficioso.

En Islandia la importación de vehículos se considera un signo económico positivo. En 2014, se construyó una carretera que atravesaba Gálgahraun, el paisaje pintado por Kjarval, y calcularon que el tráfico aumentaría de 4.000 a 20.000 vehículos por día. La previsión se asumió tranquilamente en un país donde los glaciares se deshielan con mayor rapidez que en el resto del mundo. ¿Por qué las economías en desarrollo de países como China o la India tendrían que aprender de los errores de los países occidentales si nosotros no hemos tenido en cuenta los consejos científicos que deberían sentar las bases de importantes decisiones acerca del futuro? Lo ideal parece ser repetir los errores a una escala cada vez mayor.

Cuando las hermanas de mi abuela, Guðrún y Valur, nacieron débiles y enfermas, se llamó a un sacerdote y no a un médico, y las dos murieron. Ahora que la tierra está en peligro, ¿a quién habría que llamar, a un economista o a un ecólogo?

—

Oh, mar azul, oh, mar

Describir la furia del mar me sobrepasa. Tengo la impresión de que las palabras caen indolentes a la tierra como pajarillos de alas rotas.

Jón Trausti, 1911

¿Cuándo conocieron el mar los seres humanos? A mí me parece que no lo conozco y, sin embargo, vivo en un planeta cuya superficie está ocupada en un 70 % por agua marina, y más concretamente en una isla rodeada por un océano turbulento. Algunos antepasados míos fueron marineros: mi abuelo Jón trabajó como guardacostas y mi otro abuelo, Björn, pescaba arenques, pero yo nunca he mantenido una relación directa con el mar. Durante dos veranos recibí cursos de navegación y, cuando tenía catorce años, trabajé limpiando centollos. Llegaban vivos a tierra en grandes tinajas, los cocíamos y les arrancábamos las patas, que machacábamos para sacarles la carne marrón. Les quitábamos el caparazón, les sacábamos las branquias y los intestinos bajo un chorro de agua y triturábamos la carne hasta obtener una pasta blancuzca. Pesqué un bacalao en Breiðafjörður, un día que estaba con unos amigos en Flatey, una isla al oeste de Islandia. Al limpiar el pescado, resultó que su estómago estaba lleno de cangrejos. Haciéndome el experto, expliqué que los machos tienen un abdomen triangular, mientras que el de las hembras es más grande y más redondo para dejar espacio a los huevos fecundados.

Islandia tiene 103.000 kilómetros cuadrados, pero sus aguas jurisdiccionales son mucho más extensas: 200 millas náuticas desde la costa, unos 758.000 kilómetros cuadrados en total. Podríamos decir, por lo tanto, que Islandia es en un 87% mar. Una vez leí un libro sobre los peces de Islandia y me sorprendió comprobar las pocas especies que conocía. Durante la juventud aprendemos los nombres de las montañas más importantes, pero apenas nos adentramos en las profundidades oceánicas. El sistema educativo islandés presta escasa atención al ecosistema marino; es probable que se diseñase siguiendo el modelo danés, cuando las aguas jurisdiccionales islandesas sólo se extendían cuatro millas náuticas desde la costa. En un concurso televisivo se mostró a unos estudiantes las imágenes del eglefino, el pez lobo, el bacalao o la gallineta nórdica, y resultó que ni siquiera los niños más espabilados del país conocían estos peces tan comunes, a pesar de que todos los años se exportan por decenas de miles de toneladas. El eglefino llega a nuestras casas fileteado, de modo que los niños no ven ni la mancha ni la raya negra; tampoco se les cuenta la leyenda de cómo el demonio dejó en él la huella de sus dedos al intentar atraparlo.

Sin duda todos los niños islandeses deberían sentirse fascinados por el mar, dado que viven en una isla rodeada por un océano habitado por los peces diabólicos de las aguas profundas, las focas, los delfines, las marsopas, el capelán y las ballenas, las criaturas más grandes de la tierra. Todos los niños de diez años deberían soñar con hacerse biólogos marinos, porque una gran parte de los fondos oceánicos todavía se desconoce y no se ha cartografiado. Pero nuestra educación nos inculca cierta animadversión hacia el mar, hacia las ballenas que «devoran todas nuestras reservas» y hacia las focas a las que, para proteger los intereses de los pescadores de salmón, disparamos en cuanto se dejan ver en los estuarios.

Desde mi casa no veo el mar, pero pasamos los veranos en una vieja granja en la península de Melrakkaslétta, en el noreste del país. Hace ya mucho tiempo que nos dimos cuenta de los muchos hilos que conectan una costa con el resto del mundo. Los charranes árticos aovan en la madera a la deriva procedente de Siberia; en la arena todavía pueden encontrarse minas de la Segunda Guerra Mundial, barriles de petróleo oxidados donde puede leerse WEHRMACHT y boyas de escucha soviéticas de la Guerra Fría. Las crías del charrán ártico rompen el cascarón y ocho semanas después emprenden el vuelo hacia Sudáfrica. También pueden encontrarse botellas de detergente Ajax, recipientes oscuros con un líquido espeso y extraño, un zapato casi intacto del pie derecho y el casco de un marinero filipino con el nombre de su propietario, R. MÁRQUEZ. Así fue como me enteré de que en Filipinas se mantienen los apellidos españoles.

Cerca de la granja hay una ensenada donde las focas amamantan a sus crías y toman el sol en las rocas. Mis hijas van allí a cantar y a veces se juntan hasta diez focas para asistir al concierto. A veces pueden verse alcatraces volando desde Rauðanúpur. El alcatraz es una de las aves más majestuosas que existen y anida en grupos numerosos en la cima de abruptos acantilados. Con los prismáticos observo el movimiento de los alcatraces trazando círculos en el cielo y lanzándose hacia el mar como aviones de guerra. Según he oído decir a los ornitólogos, pueden bucear a una profundidad de veinte metros.

Cuando era niño, mi abuela Dísa recogía plumas de patos eider en las rocas mientras nosotros buscábamos tesoros entre los objetos arrastrados por la marea. Una vez encontramos un balón de fútbol Puma que llevaba el nombre de su dueño, Jónatan, junto a un número de teléfono. Llamamos a ese número y resultó que el balón había caído al mar en Sørvær, la ciudad más al norte de Noruega, a 1.300 kilómetros de distancia. Había tardado un año en llegar a nuestra costa y estaba en perfectas condiciones, así que se lo enviamos por correo. También encontré un mensaje en una botella tirada en el círculo polar ártico, en la zona de Rif. La había lanzado desde

Oswestry, en Inglaterra, un hombre que se llamaba Andrew, el equivalente inglés de mi nombre, Andri, y acabamos conociéndonos hace algunos años el día de San Andrés. En una película ésta hubiera sido una bella historia de amor, pero ahora Andrew es mi agente informal en las islas británicas y organiza mis giras literarias por el país. De modo que los objetos abandonados por la marea pueden resultar muy beneficiosos.

Quizá ahora pensemos que la playa está llena de plásticos, pero cuando éramos niños no percibíamos la basura como basura, ni como objetos contaminantes. Curiosamente, entendíamos que todo aquello que llegaba hasta la costa, habitualmente arrugado, desgastado y cubierto de percebes y algas, era parte de la naturaleza. El plástico se deposita de modo muy desordenado en la playa, resulta muy visible y puede causar daños considerables al ecosistema: los pájaros y los peces se enganchan en las redes y, cuando el plástico se descompone en microplásticos, puede pasar a formar parte de la cadena alimentaria. Pero la basura es, sobre todo, el símbolo de nuestra falta de respeto por la tierra y nuestra desconexión del ciclo vital. Los desechos y los cadáveres de los animales siempre han alimentado a otras especies, pero nosotros somos la primera que produce desechos envenenados, inútiles y dañinos para la naturaleza.

En el mar, las corrientes arrastran los plásticos y llegan a formar islas de basura; la gran mancha del océano Pacífico tiene el doble de tamaño que las aguas jurisdiccionales islandesas. El plástico ensucia aunque en sí mismo no altera las condiciones de los mares: no cambia la temperatura, el grado de acidificación, la salinidad del océano, la fuerza de las corrientes o la frecuencia de los huracanes. En ese sentido, el impacto medioambiental más grave del que somos responsables directos tiene que ver con la quema de combustibles fósiles, esa gran cascada Dettifoss que fluye sin descanso, ardiendo todos los días del año. Si bien los efectos no son tan perceptibles como esa basura que hace daño a la vista. Pero no puede decirse que con nuestra supuesta «pulcritud» estemos arreglando la situación ni mucho menos.

El estilo de vida de las zonas más prósperas del planeta tiene un mayor impacto en el grado de acidificación y en el aumento de la temperatura del mar que en las regiones más pobres; y la situación es aún peor cuando todo parece limpio en la superficie. Las emisiones de dióxido de carbono alcanzan su nivel más alto en los países ricos, así como la cantidad de desechos que tiramos a vertederos, y que incluso exportamos a países en vías de desarrollo.

Una vez navegué desde Noruega a Islandia y me di cuenta de la enorme distancia que nuestros antepasados habían recorrido para llegar hasta aquí. Miraba por la borda

y, a pesar de estar en altamar, el océano se me presentaba como un libro cerrado, unas aguas embravecidas y aterradoras que ocultaban una misteriosa profundidad de tres mil metros. Fue una travesía memorable porque el barco pertenecía a una organización humanitaria japonesa. A bordo, conocí a Masaki Hironoka, que me contó recuerdos de cuando tenía cinco años. El 6 de agosto de 1945 estaba jugando fuera de casa cuando estalló la bomba atómica en Hiroshima y un viento marrón lo derribó. Vagó por las ruinas en busca de su padre, y al final lo encontró en su casa a oscuras. En el momento de la explosión iba en tranvía y la ventanilla había explotado y se había fundido en su espalda. Le pidió a su hijo que le retirara los fragmentos de vidrio que se le habían enganchado al cuerpo con unas pinzas, pero él no se atrevió y se escondió hasta que su padre murió. Masaki Hironoka, ya anciano, lloraba al contarme esa historia, pero, al hacerlo, pretendía evitar que se repitiera aquella tragedia.

Tras dos días de travesía, una plataforma petrolífera noruega apareció en el horizonte. Aquella construcción en medio del vasto océano tenía un toque surrealista. Resultaba difícil entender por qué una plataforma de perforación de ese tipo representaba una amenaza para el mar; pero no era porque pudiera producirse algún escape de petróleo, sino por su actividad habitual. Extraía el mágico líquido negro que constituye la fuente de nuestros superpoderes, con los que impulsamos los barcos y los aviones que veíamos dibujando serpentinas sobre nosotros. Cuando el petróleo arde y se transforma en dióxido de carbono, el 30 % del mismo lo absorbe el mar, lo que lleva a la acidificación de sus aguas. El resto queda en la atmósfera y concentra un calor que, de otro modo, habría escapado al espacio; ésa es la esencia del calentamiento global. El dióxido de carbono es, por lo tanto, responsable del desequilibrio energético del planeta: acumula más energía de la que genera. Ambos fenómenos, el calentamiento y la acidificación, suponen una amenaza directa para el océano. Los océanos retienen un 90 % del calor que resulta del calentamiento global y se calcula que el aumento de su temperatura equivale a cuatro bombas de Hiroshima por segundo.[62] Las consecuencias de este calentamiento son ya visibles en los arrecifes de coral de todo el mundo.

Sólo he visitado un arrecife de coral en una ocasión, en los Cayos de Tobago, el archipiélago cercano a la isla Unión, al sureste del mar Caribe. Me habían invitado a viajar a bordo del *Activ of London*, un barco de vela de tres mástiles, partiendo de la isla de Trinidad, frente a Venezuela. El sueño de su capitán, el danés Jonas Bergsöe, es viajar a lugares lejanos y crear una comunidad de científicos y artistas. El barco es como una criatura que Jonas mantiene con vida navegando sin parar, pues en cuanto atraca en algún puerto empieza a pudrirse.

Hay algo primitivo en los barcos de vela: las velas de algodón, la cubierta de roble y los mástiles que son, en realidad, tres árboles gigantes. Teníamos que regar la cubierta para que no se resquebrajara y todas las sogas tienen un nombre y un propósito, pues son el resultado de muchos miles de años de evolución y experiencia. Han pasado unos cien años desde que la mayor parte del transporte marítimo mundial funcionaba impulsado por el viento; así era como la gente exploraba otros mundos, se dedicaba a la piratería o comerciaba con esclavos.

Mientras navegábamos, los delfines retozaban en la popa del barco. En principio, habíamos planeado remontar el Orinoco en Venezuela. Me apetecía visitar a los científicos que habían trabajado con John Thorbjarnarson protegiendo a los cocodrilos, pero la situación política era inestable: el país estaba al borde de la guerra civil y los piratas acechaban a cualquier barco que se acercara demasiado a la costa. Así pues, pusimos rumbo hacia el norte, a través de San Vicente y las Granadinas: Carriacou, Pequeño San Vicente, Pequeña Martinica y Unión, y desde allí fuimos a los Cayos de Tobago. En nuestro viaje de vuelta, fuimos a Bequia y Tobago y, por último, echamos el ancla en Chacachacare, que es una isla abandonada entre Trinidad y Venezuela.

Llegamos a los Cayos de Tobago justo antes del anochecer, tras una semana de travesía. Allí está el llamado arrecife de herradura, que se extiende alrededor de cinco islas deshabitadas o bancos de arena; la isla habitada más cercana es Unión.

Al principio del viaje nos habíamos encontrado un pequeño banco de arena blanca; en su superficie había unos bultos que parecían tacos de madera calcinada. Resultó que eran gruesos fragmentos de coral que habían sido arrastrados por algún huracán. Los fragmentos indicaban que allí había un importante arrecife de coral, o al menos lo había habido hasta hacía poco, pero yo no conocía suficientemente la zona como para ir a buscarlo a nado.

Había visto arrecifes de coral en documentales sobre vida salvaje y, por alguna razón, había supuesto que los corales eran blandos y esponjosos, pero resulta que son más parecidos a los percebes o a los erizos de mar. Los corales no son plantas sino animales coloniales, cnidarios que viven en comunidades complejas y secretan carbonato de calcio para formar sus estructuras.

El hecho de que las ramas de coral se rompan y sean arrastradas a la playa es parte del ciclo natural. Los arrecifes de coral están construidos sobre los esqueletos de sus antepasados; cuando los corales llegan a la costa, se desintegran y se convierten en arena blanca como la nieve. Así se forman los arrecifes y las islas blancas que protegen las costas de las olas del océano. En los fragmentos de coral pudimos apreciar la fuerza

de los fenómenos geológicos de los corales y la calcificación, pero el ciclo se basa en un equilibrio entre muerte y regeneración. La mayor intensidad y frecuencia de los huracanes y el incremento de la temperatura del mar han perturbado ese equilibrio. La decoloración del coral ocurre cuando estos animales se estresan debido a las condiciones desfavorables del entorno. El coral se libera de las algas con las que ha estado viviendo en simbiosis y sus ramas se vuelven de un blanco fantasmal. Los corales pueden recuperarse, pero la falta de cuidado conduce a que el animal acabe muriéndose de hambre.

Echamos el ancla junto al arrecife de coral y vimos cómo las olas rompían alrededor de sus límites exteriores. El mar era de un azul brillante, y el fondo, de una tonalidad blanca. Fuimos nadando a la siguiente isla y encontramos un grupo de peces extraños. No sabía qué esperar dadas las noticias que había oído sobre el blanqueamiento masivo de los corales en los últimos años.

Mis preocupaciones desaparecieron cuando vislumbré aquel paisaje, que parecía de otro mundo. Había grandes extensiones del llamado coral cerebro: su superficie y su color se parecen al cerebro humano, pero también recuerdan a un laberinto, de ahí que su nombre científico sea *Diploria labyrinthiformis*. Pueden ser pequeños, del tamaño de la palma de la mano, pero muchos tendrían el diámetro de un brazo; son de un marrón verdoso y convexos como grandes matas de musgo. Al ver los corales, el paisaje que me vino a la mente de inmediato fue la extensa llanura de lava cubierta de musgo de Eldhraun, en Islandia. Se extendían hasta donde alcanzaba la vista y yo flotaba por encima de un laberinto de laberintos como si volase en un sueño surrealista. En el interior de aquella construcción había corales cuerno de ciervo y corales abanico. Mientras nadaba entre bancos de peces multicolores, vi una pastinaca moviendo lentamente sus aletas debajo de mí. Había también un pequeño tiburón y peces payaso medio atontados. Me sumergí en una zona más profunda y llegué a un fondo arenoso de color blanco con hierba marina. Estrellas de mar gigantescas, de un blanco grisáceo, yacían en el fondo colocadas a intervalos regulares, como si las neuronas espejo de la vida reflejaran las estrellas del firmamento.

Seguí nadando y de pronto vi tortugas verdes gigantes (*Chelonia mydas*). Mascaban tranquilamente la hierba marina como si fueran vacas verdes, y subían de vez en cuando a la superficie para respirar. Yo flotaba por encima de todo ese mundo como una nube en el cielo. Las tortugas se alejaron y después llegó un banco de extraños peces multicolores de boca alargada que buscaban comida por el laberinto de formas coralinas. Carecía de referencias para juzgar si lo que estaba viendo era la sombra de lo que había sido, un paisaje más colorido y grandioso, pero, en cualquier caso, su belleza era sobrecogedora. Salí de allí medio hipnotizado, me senté en la playa y me quité las

aletas. Cerca, sobre la rama de un árbol, había un charrán negro como el carbón chillando. Recordé la tortuga rumiante que mascaba la hierba en el fondo marino mientras una nube rosada en bañador flotaba por encima de ella.

El capitán Jonas nos contó que a los veinte años había navegado solo por el Atlántico en un pequeño barco de vela. Una noche se despertó y descubrió que un rorcual luminiscente lo seguía a poca distancia, pero no nos acabamos de creer su historia. Sin embargo, tras la puesta del sol, bajo el cielo estrellado, vimos extrañas luces en el mar. Miré hacia abajo y descubrí que los peces que salían del agua de vez en cuando se volvían luminosos, como si fueran radiactivos. Dibujé una línea en la superficie con una caña de pescar y fue como si hubiera pintado una imagen de la aurora boreal en el fondo marino. Saltamos por la borda en la oscuridad y un manto radiante y luminoso envolvió nuestros cuerpos. Eran chispas del mar (*Noctiluca scintillans*), unos organismos unicelulares que exhiben bioluminiscencia. Cuando alcé la mano, mi piel estaba cubierta de millares de pequeños puntos luminosos.

En la isla Pequeña Martinica conocimos a unos hombres que estaban extrayendo la carne de unos caracoles gigantescos que la marea había arrojado a la costa.

—*Where you from, man*? —me preguntó uno de ellos.

—*Iceland* —contesté yo.

Agarró un caracol grande y blanco y me lo ofreció.

—*Give this to your footballer Gylfi Sigurðsson*!

Está claro que el fútbol puede unirnos, pensé.

El pueblo de la isla estaba en ruinas. Al otro lado del canal, había yates y mansiones de lujo. El sueldo medio anual en Pequeña Martinica apenas habría bastado para pasar una noche en una de aquellas mansiones. El número de habitantes había descendido a medida que la gente se marchaba en busca de oportunidades a las islas mayores o emigraba a Granada, Gran Bretaña o Estados Unidos. El único trabajo que había allí consistía en contribuir a que los ricos que se alojaban en las casas cumplieran su sueño de vivir en un paraíso.

Desembarcamos en Tobago, la isla selvática hermana menor de Trinidad que ocupa 300 kilómetros cuadrados. Menos del 5 % del tamaño del glaciar Vatnajökull. Llegamos a una bahía minúscula, conocida como Englishman Bay. Había allí una pequeña cabaña y una playa de arena en forma de media luna con miles de pelícanos flotando en el

agua. Por encima de ellos volaban rabihorcados negros como el carbón, con la cola hendida como una versión regia del charrán ártico; de ahí que en inglés reciban el nombre de *Magnificent Frigate Bird* (*Fregata magnificens*). Se zambullían en el agua y pescaban comida, que allí parecía abundar. Entramos con mucho cuidado en el mar, pero los pájaros eran astutos. Me coloqué una máscara y apareció ante mí una extensión de pececillos brillantes, que parecían de plata, y tenían el aspecto de sardinas o capelanes. El bullicioso banco de peces formaba remolinos resplandecientes en el mar. Atravesé el remolino plateado y saqué la cabeza del agua justo al lado de un pelícano (*Pelecanus occidentalis*); tenía una cabeza gris con las plumas muy encrespadas; y era tan viejo que ni siquiera se dignó a mirarme. Le lancé un pececillo, que engulló de inmediato. Su aspecto, como sucedía con el rabihorcado, recordaba a los extintos pterosaurios y tenía algo fascinante y atemporal, tal vez porque los pelícanos llevan cuarenta millones de años sobre la faz de la tierra.

Los arrecifes de coral de aguas cálidas se encuentran en todo el mundo desde los 30 grados de latitud norte hasta los 30 grados de latitud sur. Los arrecifes de coral atraen una fauna muy variada. Acogen aproximadamente el 25 % de la biodiversidad oceánica, de ahí que a menudo se las conozca como selvas tropicales del océano. Su superficie total es pequeña en comparación con el tamaño del océano; de hecho, ocupan un 0,1 % de las aguas marinas. El arrecife de coral más grande del mundo, la Great Barrier Reef, es una cadena de miles de arrecifes de coral frente a la costa de Queensland, en Australia, que mide más de 2.300 kilómetros de largo y 250 kilómetros de ancho. Es una de las principales joyas de los océanos y atesora la mayor biodiversidad que haya producido el planeta. La Gran Barrera de Coral de Australia sufrió un blanqueo masivo entre 2016 y 2017, cuando grandes áreas acabaron prácticamente convertidas en desiertos.[63] Su crecimiento es lento y su regeneración ha caído un 90 % en muchas partes del arrecife. Esta situación se repite en todo el mundo.

También existen arrecifes de coral en aguas frías, pero son menos conocidos. Generalmente relacionamos los corales con las palmeras, pero en las costas del sur de Islandia es posible encontrar corales de agua fría y corales de aguas profundas. Los biólogos que han investigado estos arrecifes de coral dicen que su biodiversidad es tal que la experiencia de visitarlos se parece a entrar en un huerto después de un desierto. En el pasado los pescadores decían que se les enganchaban ramas gigantes en las redes, como si bajo ellos se extendiese un bosque submarino, de ahí que la zona más extensa se conozca como la Rosaleda. Desgraciadamente, la mayor parte de los arrecifes de coral de Islandia han ido desapareciendo debido al uso de equipos de pesca inapropiados a lo largo del siglo XX. Un símbolo más de una época en que la humanidad se centró en

desarrollar la tecnología y los recursos energéticos a costa del conocimiento de la naturaleza.

Los arrecifes de coral son sensibles a los golpes, la sobrepesca y las aguas residuales de las ciudades, la agricultura y los vertederos. Es posible contaminarlos con petróleo y también con cremas de protección solar. En el mar, al igual que ocurre en la tierra, pueden darse olas de calor que provoquen daños enormes en muy poco tiempo, como sucede con los incendios forestales y los huracanes, cada vez más frecuentes. El aumento de la temperatura, la disminución de los niveles de pH y la reducción de oxígeno ponen a prueba la capacidad de recuperación de los arrecifes de coral, y en la actualidad todas estas fuerzas actúan conjuntamente. Al igual que sucede con los glaciares, los arrecifes de coral han crecido en ciertos lugares a lo largo de siglos mientras que en otros se han extinguido, pero rara vez todos los arrecifes de coral han tenido que luchar al mismo tiempo por su supervivencia. Se calcula que el 99 % del mayor arrecife de coral de Japón, en las costas de Okinawa, ha sufrido un proceso de blanqueo, de modo que ahora sólo permanece sano un 1 % del arrecife. La fuente más importante con que contamos para entender la influencia del CO_2 en la atmósfera son las mediciones de Keeling en Mauna Loa, en Hawái, que se remontan a 1958: se las conoce como la curva de Keeling. La segunda medición de la acidez del mar más duradera es la que ha venido llevando a cabo el científico marino Jón Ólafsson en las profundidades de las aguas del norte de Islandia desde el año 1984. No ha recibido el nombre de «curva de Ólafsson» todavía, pero muestra cambios rápidos y evidentes en el grado de acidez y la saturación de calcio del mar.[64]

Activ of London, 2018. Martin de Thurah.

Tortuga marina en los Cayos de Tobago, Tobago. Martin de Thurah.

Pelícanos en Englishman Bay, Tobago. Martin de Thurah.

Durante mucho tiempo se ha considerado positivo que el mar absorbiera tanto dióxido de carbono como fuera posible para amortiguar el calentamiento de la atmósfera. El mar absorbe en torno a un 30 % del CO_2 que emitimos. Sin embargo, ahora ya sabemos que el dióxido de carbono no desaparece en el océano más que en la atmósfera. El aumento del dióxido de carbono provoca la acidificación de los mares: el pH de la superficie marina ha caído, de media, alrededor de 0,1 unidades.

Volvamos, pues, al lenguaje. El pH es una medida logarítmica, pero nosotros estamos acostumbrados a pensar linealmente: en kilómetros, gramos, años y grados de temperatura. Las medidas logarítmicas, en las que cada unidad constituye una décima parte, nos resultan complicadas. Si la leche se midiera con una medida logarítmica imaginaria, que podríamos llamar MU, 1 litro de leche sería un MU, pero 10 litros serían 2 MU y 100 litros, 3 MU. Con tal escala uno podría confundirse y pedir 3 MU de leche (100

litros) y no 1,3 MU (2 litros). Las medidas logarítmicas resultan apropiadas para quienes tienen un cerebro matemático, si bien para la gente normal son poco prácticas.

Cuando se advierte de un cambio en la acidez del mar, que pasa de un pH de 8,1 a un pH de 7,8, nos parece que no es nada grave; 0,3 es una cantidad minúscula cuando se trata de dinero, porcentajes, metros o años. Incluso en millones de dólares, 0,3 no es una cantidad extremadamente elevada. 0,3 forma parte, por lo general, de los márgenes de error que aplicamos a todas nuestras cuentas. Un niño con tres décimas de fiebre va al colegio; 0,3, a la hora de redondear un número entero, es igual a 0. Una escala logarítmica usada en un asunto importante como éste puede actuar como un lenguaje sin adjetivos. La sangre humana tiene una acidez que fluctúa entre un pH de 7,35 y un pH de 7,45. Por encima y por debajo de esos límites, una persona enferma de gravedad. Si el valor se sale de esos límites, existe la posibilidad de que falle algún órgano vital y sobrevenga la muerte. Para muchas especies animales, el grado de acidez de los mares es tan importante como el grado de acidez de nuestra sangre. En realidad, el cambio que subyace a una alteración del pH de un 0,3 es tan grave que los adjetivos necesitarían mayúsculas, negritas y veinte emoticonos. La cifra 0,3 es también otro agujero negro.

Una de las consecuencias de la acidificación de los océanos es que la saturación del calcio disminuye y el agua se subsatura. En términos más sencillos, podríamos decir que un océano sobresaturado es rico en carbonato de calcio; dicha materia prima está disponible para los organismos que requieren calcio, o el aragonito, como se denomina al material de construcción del que está hecho el caparazón de los crustáceos.[65] Un océano sobresaturado emite carbonato de calcio en tanto que un océano subsaturado absorbe carbonato de calcio y, por lo tanto, disuelve los caparazones y los arrecifes de coral. En realidad, estamos hablando de un cambio fundamental en la naturaleza del mar y las consecuencias son mayores en los mares fríos que en los cálidos. El grado de acidez afecta especialmente a animales como los pterópodos, que representan hasta el 40 % del alimento del salmón del Pacífico. En la revista islandesa *Sjómannablaðið Víkingur* apareció un hermoso artículo sobre estos animalillos alados y su papel en las aguas islandesas:

> Muy pocos pueden imaginar caracoles y caracolas viajando por el mar. Las llamadas mariposas marinas, sin embargo, son caracoles que viven como el plancton y sacuden sus aletas con celeridad para no hundirse hasta el fondo del mar. La mayor parte de estos animales son tan pequeños que la gente apenas les presta atención. La concha de carbonato de calcio que acarrean no tiene nada que envidiar a la estructura y la belleza habituales de las más grandes conchas que viven en el suelo. La concha es muy fina, casi transparente, para no cargar a su propietario con demasiado peso. Los viejos pescadores de

arenques sin duda conocen la porquería marrón que se encuentra dentro de los arenques. En realidad, se trata básicamente de pterópodos y sus conchas finas que se han hecho añicos en el vientre de esos peces plateados. Esto sugiere que la población de mariposas marinas puede ser enorme, aunque no destaca particularmente en ese grupo diverso que denominamos plancton.[66]

Los experimentos con pterópodos han demostrado que los que crecen en mares ácidos tienen una concha más fina que los que viven en condiciones más saludables. Tienen, por lo tanto, menos defensas, se muestran más vulnerables a los golpes e invierten más energía en la construcción y el mantenimiento de sus conchas. Lo mismo puede decirse de muchos otros organismos que necesitan el carbonato de calcio de los océanos. Si la acidificación y el calentamiento global trastornan el desarrollo vital del plancton, podría producirse un colapso en el ciclo nutricional del océano. El plancton es como una mancha de aceite en el mar y, junto al camarón antártico, constituye el fundamento del ecosistema de los mares del norte. El fitoplancton produce un 60 % de todo el oxígeno de la tierra por medio de la fotosíntesis y por lo que parece sufrirá las consecuencias negativas de la acidificación y el calentamiento marinos. Los peces adultos y también el camarón adulto parecen tolerar los cambios en la acidez bastante bien, según han puesto de manifiesto las primeras investigaciones, pero, a nivel larvario, los animales marinos pueden resultar vulnerables a los cambios de temperatura, salinidad, acidez y saturación del calcio. Si todos estos factores se descontrolan, es posible que se produzca una disminución de especies fundamentales en la cadena alimentaria.

La acidificación del mar es el acontecimiento geológico más grande al que ha tenido que enfrentarse la tierra en los últimos cincuenta millones de años. Esto nos lleva a otro concepto que nos cuesta entender. El tiempo. Aunque el tiempo se considera lineal, resulta difícil imaginar que los cambios que sufrirá el océano en los próximos cien años van a ser mayores que los experimentados en los pasados cincuenta millones de años. El tiempo transcurrido desde la colonización de Islandia es bastante breve, tan sólo doce veces la vida de mi abuela. La historia de Islandia es la historia ininterrumpida de doce mujeres; doce niñas que nacen y viven una vida que pasa como un soplo. Doce ancianas que hacen ejercicio y estiran los brazos para tocar el suelo con las manos. Les brillan los ojos porque el tiempo pasa tan rápido que no se dan cuenta de que van a cumplir cien años. El tiempo transcurre con tal celeridad que sólo ha habido veintiuna abuelas desde el nacimiento de Cristo. Cabrían en un único autobús, junto a los respectivos abuelos. Los recuerdos más lejanos de los seres humanos tienen cinco mil años de antigüedad y son acontecimientos que también ocurrieron ayer. Los propios seres humanos aparecieron anteayer en comparación con los cincuenta millones de años que tiene la historia del mar.

Antes del 2009, el concepto «acidificación del mar» fue utilizado en tres ocasiones en documentos islandeses; una cifra que, en proporción, se asemeja a la de la mayoría de los países. Cuando Jörundur nos ofreció la «libertad», tardamos cien años en entender completamente esa palabra; en lo que respecta a la acidificación, tendríamos que haber comprendido plenamente ese término hace treinta años. Si la acidez de los océanos alcanza un pH de 7,7, las consecuencias pueden ser más aterradoras de lo que podemos expresar con palabras.[67] La gente puede dudar del cambio climático y hacer alusión a pequeñas o grandes glaciaciones, pero no se puede dudar de la acidificación de los océanos. El proceso que está ocurriendo ante nuestros ojos no tiene equivalente alguno en las fluctuaciones de la Edad de Hielo.

Había puesto muchas esperanzas en el Acuerdo de París y en las conferencias internacionales sobre el clima. Pensaba que el compromiso de los principales gobiernos del mundo para impedir un aumento de más de dos grados en la temperatura media del planeta nos mantendría dentro de los límites del riesgo. Todo lo que sobrepasara esa cifra supondría entrar en una zona peligrosa. Pero después conocí a científicos que me dijeron que no era así puesto que, si se produjera un aumento de dos grados, ya llevaríamos mucho tiempo sufriendo todo tipo de catástrofes. Joni Seager hablaba de «climate horrors»: desertificación y escasez de agua, con las guerras consiguientes. Cuando lo oí me asusté mucho, pues en mi ingenuidad había creído que el objetivo era defender un calentamiento inferior a dos grados. Pero el objetivo de los dos grados ni siquiera era previsible, y el mundo se dirigía a buen ritmo a un incremento de tres e incluso cuatro grados. La biosfera es imprevisible, de ahí que los científicos busquen descifrar el sistema más complejo imaginable. Los asuntos que generan mayor incertidumbre son los *tipping points* o puntos de inflexión. Puede compararse con una capa de nieve en la ladera de una montaña: mantiene su estabilidad hasta que los copos que alteran su equilibrio caen en ella y el alud se precipita ladera abajo. La capa de nieve aguanta hasta que se alcanza el punto de inflexión preciso, después se altera y todo cambia.

El agua es un buen ejemplo de materia con puntos de inflexión claros. Apenas sucede nada cuando la temperatura del hielo pasa de cincuenta grados bajo cero a diez grados bajo cero; ni siquiera cuando alcanza cinco o uno bajo cero; poco importa que la temperatura haya variado cuarenta y nueve grados. Pero si sube un grado más todo se altera y el hielo se convierte en agua. En el polo sur y en Groenlandia se encuentran las mayores acumulaciones de hielo del mundo. No sabemos cuánto tiempo queda para que se alcance el punto de inflexión. Por eso las previsiones sobre el aumento del nivel del mar pueden resultar erróneas y variar alrededor de diez metros. El pH del mar

podría caer en torno a 0,1 o incluso 0,2 unidades sin que observásemos grandes cambios. Pero añadir un 0,001 en el pH puede producir una alteración irreversible.

Otro punto de inflexión que genera incertidumbre es el permafrost de Alaska, Canadá y Siberia. Si el suelo que ha estado congelado durante miles de años se deshiela, cobrarán vida ciertos microorganismos que despedirán óxido nitroso (gas de la risa), que tiene una potencia trescientas veces mayor que el CO_2 para producir efecto invernadero. Se liberará también gas metano, con una capacidad veinticinco veces mayor. Y, al mismo tiempo, se iniciará la oxidación del suelo que ahora está congelado. Se liberará tanto CO_2 como cuando los pantanos se hayan secado. Como consecuencia, se calentará la tierra y se liberará aún más metano y más óxido nitroso. Si tal proceso se pone en marcha, nuestros debates actuales sobre las dietas alimentarias o el miedo a volar se volverán completamente ridículos. Tal reacción en cadena podría llevar a la tierra a un periodo de total caos climático y atmosférico. Lo único que podríamos hacer sería abastecernos de alimentos secos y abrocharnos el cinturón de seguridad.

En la Conferencia sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas en la ciudad polaca de Katowice en 2018, se hizo una llamada de emergencia. David Attenborough pronunció unas palabras muy duras:

> Si no tomamos medidas, nos enfrentaremos al colapso de la civilización y a la extinción de buena parte del mundo natural.

Para la mayoría seguía tratándose de un potente zumbido, pero también pareció que se estaba logrando cierto entendimiento. El mensaje de la conferencia era muy claro. La humanidad tenía que estar alerta para que la temperatura terrestre no ascendiera más de 1,5 grados. Un aumento de dos grados implicaría sacrificios que nadie estaría dispuesto a asumir.

Vi una de las reuniones de la conferencia que se retransmitió por internet. Debo reconocer que todos los conferenciantes mostraban cierta moderación. Sus emociones parecían bajo control y, una vez más, pensé en la indolencia y en la histeria de la gente. Las palabras de un biólogo marino resultaron especialmente optimistas. Dijo que teníamos que alcanzar el objetivo de 1,5 grados porque, de ese modo, sólo desaparecería entre el 70 y el 90 % de los corales, pero no todos, como cabía suponer que ocurriría con un aumento de dos grados. Hablaba como si se tratase de un esfuerzo digno. A pesar de mi interés por todos estos asuntos, nunca había visto las cosas de ese modo. ¿Nos estaba

diciendo, con todo el descaro, que hasta un 90 % de los corales del mundo iban a desaparecer si conseguíamos alcanzar el casi imposible objetivo de mantener el calentamiento de la tierra por debajo de 1,5 grados? ¿Disponíamos de esa información cuando se planteó la posibilidad de alcanzar el objetivo de los dos grados? ¿Hubo algún grupo de expertos que aprobó ese límite en nombre de todos los habitantes del planeta? Pensé en las noticias de los últimos años, pero no pude recordar que hubieran interrumpido los programas televisivos o radiofónicos en el momento en que se tomó semejante decisión. No recuerdo ningunas elecciones en las que se convocase al pueblo para encomendar a los gobiernos electos que sacrificaran los arrecifes de coral del mundo. No recordaba que los arrecifes de coral se hubieran utilizado como moneda de cambio en las negociaciones: «Las asociaciones de fabricantes de automóviles celebran este triunfo. Los arrecifes de coral han pasado a la historia.»

Cabría preguntarse por qué algo así no fue un «acontecimiento». Recuerdo dónde me encontraba cuando cayeron las Torres Gemelas o cuando falleció la princesa Diana de Gales, y mi madre recuerda dónde estaba cuando mataron a Kennedy. ¿Dónde estabas tú cuando se firmó la sentencia de muerte de los corales?

Estaba en una gasolinera. Me disponía a comprar un sándwich y comprobé estupefacto que el personal se había quedado petrificado. En la televisión que había detrás del mostrador se veían extraños peces...

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Se acabó —dijo una empleada con lágrimas en los ojos—. Los arrecifes de coral han perdido.

El biólogo marino, evidentemente, conocía los corales mejor que cualquier otra persona, pero no se tiraba de los pelos ni gritaba en medio de la sala: ¿ESTÁIS TODOS DORMIDOS? ¿NO ENTENDÉIS LO QUE ESTÁ PASANDO?

Somos la generación que decidió sacrificar los arrecifes de coral, el 1 % de todo el ecosistema planetario. El mar produce en torno al 60 % del oxígeno de la tierra cuando el fitoplancton que se encuentra en sus capas superiores realiza la fotosíntesis. Nadie sabe dónde se encuentra su punto de inflexión: llegar a éste es un riesgo que ningún habitante del planeta puede asumir.

En el otoño de 2018 pronuncié una conferencia sobre el tiempo y los océanos. Cuando la preparaba pensé en mostrar un vídeo de las tortugas en los Cayos de Tobago y comentar los descubrimientos de la biología marina sobre la inminente muerte de los arrecifes de coral. Tenía la intención de decir que, con toda probabilidad, me había despedido de esas tortugas para siempre. Quise decir que treinta y cinco millones de años historia, la de esa especie de tortugas, tocaban a su fin porque la humanidad había decidido que los negocios eran más importantes que los arrecifes de coral. Hulda Filippía, mi hija de once años, estaba presente en la conferencia y, de repente, todo me pareció increíblemente trágico. No me apetecía apagar el brillo de sus ojos. No podía mostrar aquel vídeo, no podía contar lo que le esperaba a esa hermosa especie y a su entorno. No quería desmoronarme en una sala llena de gente.

Las generaciones futuras preguntarán sobre los valores y las prioridades de los lamentables dirigentes que gobernaban el mundo cuando se tomó la decisión de sacrificar los arrecifes de coral. Analizarán los datos de la contaminación y concluirán que las naciones más ricas del mundo no consideraron necesario establecer leyes de emergencia para regular los residuos, los incendios y el despilfarro. El coche promedio en los países occidentales consume dos o tres veces más energía que un automóvil bien diseñado y diez veces más que el transporte público bien concebido. Un frigorífico medio consume tres veces más energía que los frigoríficos mejor diseñados. Los filetes de carne de vaca producen emisiones diez a treinta veces superiores a los alimentos de origen vegetal. Las nuevas generaciones estudiarán nuestras prioridades y nos juzgarán en consecuencia. No se restringieron los vuelos de corta distancia entre las grandes ciudades cuando su impacto climático se hizo evidente. No se implementó un plan Marshall para la producción de turbinas eólicas y paneles solares, ni se planteó a los ingenieros del mundo un desafío comparable al que supuso enviar al hombre a la luna. A decir verdad, no se ha restringido, en modo alguno, la libertad para contaminar y producir emisiones. La naturaleza apenas tiene derechos, la tierra virgen se considera materia prima aún por explotar y no se han impuesto sanciones legales contra el ecocidio. Se trata de un nuevo concepto, «ecocidio», equivalente al de genocidio. Si se establecieran las leyes del ecocidio, sería posible procesar a aquellos que promueven la destrucción del ecosistema.

Seguimos debatiendo sobre ideologías, izquierda y derecha, progresistas y conservadores, pero no hay ideologías o leyes que sancionen el hecho de que la generación actual esté causando a las generaciones venideras un daño inconmensurable y privándolas de muchas cosas valiosas. Los gobiernos civilizados deberían restringir la libertad que algunos individuos tienen para perjudicar a otros; la democracia está condenada si el sistema no nos permite pensar en lo que sucederá dentro de unas

décadas. Los intereses comerciales y los beneficios han pesado más que el mar y la atmósfera y todos nuestros descendientes.

En la mitología nórdica, los dioses sellaron un pacto con los gigantes según el cual éstos les construirían una ciudad. Pero cuando los dioses se negaron a compensarlos por su trabajo, los gigantes se encaminaron hacia el Asgard, la morada de los dioses, y se enfrentaron a ellos en una gran batalla que supuso su aniquilación y el fin de los tiempos. En la actualidad los glaciares del mundo se están derritiendo. Los gigantes de la escarcha se liberan de sus cadenas y arrojan espuma blanca desde las montañas, transformándose en masas de agua y olas encolerizadas que rompen las puertas de la ciudad.

Si queremos salvar los arrecifes de coral, debemos dar marcha atrás. Los expertos han advertido que los corales prosperan en un clima por debajo de 350 ppm de CO_2.[68] Hemos sobrepasado con creces ese límite, pues hemos alcanzado las 415 ppm. Teniendo en cuenta este dato, tendríamos que pisar el freno de inmediato y detener todas nuestras emisiones para que volvieran a situarse en el nivel que tenían hace veinticinco años. Si fuéramos seres sensibles y afrontáramos el hecho de que la joya más preciada del océano está muriéndose, nos detendríamos, ¿no es cierto? ¿Y si también están en peligro las vacas heladas de las montañas, los reyes de los animales y las tierras de cultivo del mundo? ¿Qué haremos? ¿Necesitamos más pruebas?

¿Todavía no lo hemos entendido?

—

Tal vez todo se solucione

Viví en Estados Unidos desde los tres hasta los nueve años e iba a apresar ranas y renacuajos en los estanques que había detrás de nuestra casa. Después regresamos a Islandia y, de pronto, me encontré al norte del país, a tres kilómetros del círculo polar, en la vieja granja donde mi abuela Dísa y mi abuelo Jón habían vivido. La casa no tenía electricidad y había que cortar leña para calentar el agua que recogíamos en cubos en un manantial junto a la playa. Allí experimenté una sensación difícil de expresar con palabras, una especie de choque cultural. Mi vida en la playa estaba repleta de estímulos sensoriales: la bandada de charranes árticos, el graznido del pato eider, el gavión atlántico y sus crías corriendo por los brezales, la foca que sacaba la cabeza del agua en la laguna... Después entendí que no era la vida lo que más me impactaba, sino la muerte. En un corto paseo, uno se topaba con la muerte aquí y allí. El esternón de una gaviota con las alas rígidas, un pez lobo muerto, una oveja tendida con los ojos llenos de gusanos, esqueletos por todas partes, picos de pájaros, pinzas de cangrejos y la marea cubriendo algas marinas en estado de putrefacción. El gavión atlántico revoloteaba sobre los nidos de los patos eider, se zambullía y emergía del agua con una de las crías retorciéndose en el pico. Una escúa ártica ahogó a una hembra de eider en la laguna lejos del alcance del rifle del abuelo. Encontramos crías medio muertas e intentamos salvarlas, pero se nos murieron en las manos y terminamos en un pequeño cementerio detrás de la casa.

En la ciudad no hay muertes. En los zoológicos todos los animales están vivos y la muerte no resulta visible, a no ser que una boa se coma a un conejo o a una rata en tu presencia. En los parques públicos todo está en orden y en el campo no vemos cadáveres ni esqueletos; los animales están dentro de un cercado, en casetas o establos, todo bien agrupado y limpio. En las tiendas hay montones de carne, pero ésta se halla desvinculada de la muerte y a menudo es difícil apreciar de qué animal procede.

La primera vez que, siendo niño, viajé en coche por las tierras altas de Islandia, al norte de Sprengisandur, todo parecía sin vida y peligroso. Circulamos durante horas a través de páramos y lugares desiertos llenos de topónimos misteriosos y deprimentes: Víti [infierno], Dauðagil [barranco de la muerte], Ódaðahraun [campo de lava de las atrocidades]. A primera vista todo era gris y estaba muerto, pero allí lo más destacable no era la muerte, sino la vida. La tierra, de aspecto tan gris, era como un jardín. En medio de la grava surgían florecillas, como plantadas por un jardinero meticuloso. ¿Cómo podían germinar las plantas, echar raíces y florecer en un lugar como aquél? De un charco había brotado una brizna de hierba puntiaguda. Bajo una fina capa de hielo,

en un montón de nieve medio derretida, podían verse puntas de un musgo color verde neón.

En las áreas geotérmicas había manantiales de agua hirviendo, pero en el fondo y en los bordes podían contemplarse misteriosas hierbas acuáticas y encima de los burbujeantes pozos de arcilla una película que parecía flora bacteriana, como si se tratase de los primeros organismos vivos en el caldo primigenio de la tierra. Los lugares que a primera vista parecían símbolos de la muerte y de la destrucción se convertían, al observar con atención, en el mejor ejemplo de la evolución de la vida. En la selva, la vida es evidente y está por todas partes, pero allí la naturaleza estaba desnuda y expuesta, y cada brizna de hierba era un milagro.

La zona que me pareció más hermosa era Askja. El lago Öskjuvatn, el más profundo de Islandia, es tan hermoso como reciente, se formó en 1875, así que tiene menos años que el puente de Brooklyn de Nueva York. El mundo que percibimos está formado por restos de lugares que antes tuvieron otra apariencia. Seguramente, en la época de la colonización de Islandia el altiplano de Sprengisandur estaba cubierto de vegetación. Ese Sprengisandur que me fascina quizá resultara un espectáculo desgarrador para quien lo hubiese conocido hace mil años. En Melrakkaslétta las playas estaban abarrotadas de alcas imperiales y morsas. En nuestros días, todos esos animales han desaparecido. Sin duda, este paisaje resultará entrañable para alguien en el futuro, aun cuando vuelva a transformarse por completo. La gente vive en el mundo que le ha tocado vivir en su propio presente, se acostumbra a su entorno y no siente nostalgia por todo lo que ha cambiado. Poseemos la capacidad de apreciar la belleza en casi todas las circunstancias, captamos la belleza en lo efímero y en la destrucción, nos encantan las ruinas y las antigüedades. Hay gente que vive en el desierto y encuentra belleza y sentido en los páramos, igual que hay gente que vive en los polos helados donde apenas se ven flores ni árboles.

Hace unos veinte mil años, los glaciares de la Edad de Hielo se extendían por toda Islandia. El país dormitó durante decenas de miles de años bajo una gruesa capa de hielo de dos kilómetros de espesor que las erupciones volcánicas apenas lograban resquebrajar. Bajo los glaciares había montañas y valles, pero el inclemente hielo había borrado un paisaje único que cubría la tierra mucho antes de que la humanidad entrara a formar parte de la historia de la isla.

Antes de la Edad de Hielo, en la región islandesa de Vestfirðir había sequoias gigantes y bosques poblados de ciervos, las morsas se tendían en las playas, las nutrias nadaban en los ríos, los pájaros carpinteros se posaban en las copas de los árboles y quizá se oía el canto de los grillos en las noches de verano. Más tarde, el glaciar de la

Edad de Hielo se extendió por toda Escandinavia, la mayor parte del norte de Europa, Canadá y buena parte de América del Norte. En Central Park de Nueva York puede encontrarse una colina rocosa con estrías glaciares. La muerte blanca se extendía como un océano sobre la tierra, borrándolo todo. Hoy en día en Escandinavia se encuentran pocas formas de vida de más de 13.000 años de antigüedad. Hace 11.000 años el glaciar de la Edad de Hielo era más grande que toda Islandia; en medio del gran fiordo de Breiðafjörður es posible encontrar antiguas morrenas. Las glaciaciones son como la marea, aunque a mucha mayor escala. Los glaciares se retiran y los seres humanos podemos asentarnos y construir ciudades, pero después se inclina el eje de rotación de la tierra y la órbita que ésta describe en torno al sol gana excentricidad aumentando la distancia que nos separa del astro. Los veranos se acortan en el hemisferio norte y el hielo avanza de nuevo. Se requiere más de un periodo glacial para tallar un hermoso fiordo: la formación de los fiordos noruegos, islandeses y groenlandeses es el resultado de varias glaciaciones. En los últimos dos millones de años las glaciaciones han llegado en ciclos de unos 100.000 años. Se desarrollan a lo largo de 90.000 años, desaparecen en 10.000 y el ciclo comienza otra vez. Es como la respiración o los cambios estacionales, pero a escala geológica. Miles de años de verano y miles de años de invierno. La tierra nos ve como si fuésemos oscuros correlimos que corren a toda prisa por las zonas fangosas para alimentarse antes de que vuelva a subir la marea. Somos aves migratorias en territorios de verano que, cuando llega el invierno, tienen que desplazarse hacia el sur. Construimos nidos y nos reproducimos durante varias generaciones, pero después llega esa goma blanca en forma de nieve y lo borra todo sin misericordia. El glaciar se expande y se hace más grueso, y lo destruye todo sin compasión, sin tener en cuenta el crecimiento económico, la industria, la codicia, las evaluaciones medioambientales o las conferencias internacionales. El glaciar acaba con todo, como el artista descontento que destruye su trabajo en cuanto lo termina. ¿Dónde estaban los charranes árticos hace 15.000 años? ¿Se hallaban en las costas de Normandía o de España? ¿Dónde estaban los alcatraces y las alcas? ¿Dónde las focas y las morsas? ¿Cuánto tardaría un pájaro en crecer y convertirse en un charrán que volara desde el sur de África hasta el norte para llegar al círculo polar ártico? Hace 15.000 años no habría sido posible. Esta tierra no ofrecía nada, solamente había una gruesa capa de hielo que se extendía desde Islandia hasta el polo norte. ¿En qué momento se transformó esta tierra en un paraíso de la vida? ¿Cuándo se dieron las condiciones perfectas para que los animales de este territorio vivieran en paz y equilibrio?

Hace 15.000 años, el nivel del mar estaba 120 metros por debajo de donde se encuentra ahora. Gran Bretaña no era entonces una isla, sino una parte de Europa donde los mamuts y los rinocerontes peludos rondaban por los bordes del hielo, los osos y los leones de las cavernas se escondían en sus cuevas y los seres humanos se hallaban dispersos. Con toda probabilidad, los seres humanos empezaron a erradicar

especies ya entonces, aunque, en cualquier caso, muy pocas de esas especies habrían soportado los cambios en la vegetación o el aumento de temperatura que se avecinaban.

No hay paisaje que pueda considerarse definitivo, en la naturaleza no hay nada inmutable, los cambios forman parte de su esencia. Si no fuera por los sistemas meteorológicos y la actividad volcánica, o por la luna, que rige las mareas, la tierra estaría muerta o sería en su mayor parte una esfera cubierta de algas pestilentes. La naturaleza es como la diosa Kali, que destruye mientras crea y ama mientras mata, pues la creación y la destrucción se producen al mismo tiempo. En la naturaleza no hay separación entre ambos procesos. Da lo mismo cuánto nos remontemos en el tiempo, la naturaleza siempre tiene razón, siempre ha acertado, siempre es verdadera. La creación es transformación; todo está en proceso de cambio. En la naturaleza, una cascada excava lentamente una profunda garganta o forma rápidos, un glaciar se retira o borra los límites de los continentes. A todo esto, las placas tectónicas colisionan y se elevan hacia el cielo formando enormes montañas, al tiempo que otras desaparecen devoradas por un magma brillante. Ése será el destino de Japón dentro de unos cuantos millones de años.

El 99,99 % de las especies animales que han vivido en la tierra se ha extinguido. Desaparecen una tras otra por causas naturales: entran en competencia o bien llegan a un callejón sin salida en su proceso evolutivo. Una especie puede tardar 10.000 años en extinguirse, aunque a veces dicha extinción es el resultado de graves sucesos, como grandes erupciones volcánicas o colisiones de asteroides. Se piensa que han tenido lugar cinco grandes extinciones a lo largo de millones de años. La sexta está en curso por nuestra culpa. Europa está densamente poblada y la mayor parte de la vida animal ha desaparecido.

La población mundial se acerca a los 10.000 millones y todo lo que la humanidad pueda explotar será explotado. Todavía hay manadas de animales salvajes en África, pero cuando la cifra de seres humanos alcance los 10.000 millones, no habrá espacio para las gacelas, las jirafas o los leones, igual que ahora no hay espacio para millones de bisontes en América o para las manadas de ciervos o de lobos en Francia. En su lugar, se crearán grandes campos de cultivo que, si no están dedicados a la alimentación, servirán para producir etanol o como pastos para el ganado. Los animales salvajes vivirán en lugares apartados, en zoológicos, en pequeñas zonas protegidas, en tubos de ensayo o bancos de semillas, y la naturaleza salvaje seguirá el camino de los lobos en Noruega, los osos en Alemania, los tigres en Nepal o el águila islandesa. Somos seres emocionales y nos resultará doloroso contemplar la sexta extinción en tiempo real, ya sea en documentales sobre la naturaleza o en cintas de vídeo. Diariamente vemos noticias sobre el descenso en el número de rinocerontes, elefantes, jirafas y cebras,

acompañadas de otras más graves, como la constatación, en 2018, de la desaparición del 60 % del ecosistema que existía en 1970.[69] Se prevé que la cifra aumente y alcance el 80 % en 2060 y el 95 % en 2080. El pollo se ha convertido en el vertebrado que más abunda en el planeta. Se crían unos 50.000 millones de pollos, más que todas las restantes aves del planeta juntas. Más que todos los chorlitos dorados, los albatros, los papagayos y los pingüinos, que desaparecen poco a poco en cuanto su hábitat se ve alterado y cambian las áreas de anidación. Si bien, el número de aves en su conjunto no ha descendido, sino que ha aumentado. Añadimos cada vez más pollos. Kentucky Fried Planet.

Quizá tendremos que dejarnos llevar y refugiarnos en la ironía y la apatía, encontrar una filosofía que esté en consonancia con todos estos cambios. Si somos una Edad de Hielo, debemos conectarnos con el frío y vivir simbióticamente asumiendo su expansión, dejar de convivir con los animales del pasado y celebrar la manifestación de lo que somos: los hijos del sol negro. Somos el resultado matemático de una energía inesperada que de pronto entra en la ecuación y provoca capas de asfalto y plástico, grandes extensiones de campos de cultivo, montañas de basura y la explosión demográfica de los pollos. Todo esto son los rastros de una especie de simio que abrió las venas de la corteza terrestre, negras como el carbón, y proliferó como las algas a lo largo de cientos de años antes de volver a desaparecer bajo la hierba y las nuevas capas sedimentarias. Por cada especie que se extingue aparece una nueva marca comercial a la que damos la bienvenida. Tiger. Apple. Amazon. Hacemos cola y acampamos delante de los comercios cuando sacan al mercado un nuevo modelo de zapatillas Nike. Exactamente igual que cuando el poeta romántico islandés Jónas Hallgrímsson le cantó al chorlito dorado. Obviamente, las zapatillas son naturaleza, forman parte de la Edad de Hielo de la humanidad. El hombre es una especie animal y sus productos son naturaleza: mi ordenador es naturaleza como una colmena o un hacha de la Edad de Piedra. Simplemente hemos afilado los bordes con cada vez mayor precisión durante 60.000 años.

De ese modo podemos desentendernos del planeta, escapar de la angustia que conlleva pensar en el futuro de la tierra. Todo lo que vive morirá. En todas partes puede encontrarse belleza, incluso allí donde han ocurrido las mayores catástrofes. Nos tendemos sobre el musgo en Eldhraun sin pensar en la destrucción de la erupción volcánica del Laki en el siglo XVIII y pasamos junto a los hermosos campos de maíz de América, donde antes vivían pueblos indígenas y manadas de bisontes. Pasamos unos placenteros días en la playa de Normandía y paseamos por las calles de Hamburgo, donde los ataques aéreos de 1943 desencadenaron una tormenta de fuego. Pero en ninguna parte sentimos el peso de la historia, en los ojos de los transeúntes no hay tristeza. Europa se recuperó rápidamente después de la guerra y en 1960 nadie quería

recordar que habían muerto cincuenta millones de personas, que todos los sobrevivientes habían perdido a alguien o habían matado a otra persona o habían abandonado su tierra. Tal vez todo se solucione al final, pase lo que pase. Una vez que el nivel del mar haya ascendido, no habrá manera de lamentarse por lo que haya quedado inundado, como tampoco lamentamos las antiguas zonas pesqueras donde ahora están el mar del Norte o el canal de la Mancha. El agua suaviza la tristeza. Todo muere y nace al mismo tiempo, sin descanso.

Donde la silueta del glaciar se recorta contra el cielo, la belleza prevalece. El mundo no tiene por qué volverse un lugar desagradable aunque cambie, aunque varíe el número de seres humanos. Siento que, si me tranquilizo, todo se arreglará al final, aun cuando las cosas transcurran de la peor manera posible. Intento pensar de ese modo sin tenerlas todas conmigo, me doy cuenta de la escasa distancia que me separa del nihilismo, de la indiferencia. La idea de que todo es relativo es hipnótica. Se trata de un pensamiento que seduce como los cantos de las sirenas, es tentador dejarse llevar; el universo tiene miles de millones de años luz y nosotros no somos sino una chispita en el contexto de esos miles de millones de años; en realidad, nada más que una capa más de ceniza en la historia geológica.

Nada se salva, todo muere, muere.

Cae por su peso y desaparece.

Es tan fútil tu vida y escaso el beneficio,

al final es como si nada hubiera ocurrido.

Gracias a estos versos de Steinn Steinarr podemos tener una visión más amplia. Soy hierba y crezco sobre vuestras huellas. ¿Para qué votar, para qué levantarse por la mañana, ducharse o ir al gimnasio, escribir poemas, amar a otra persona o tener hijos? Toda forma de amor desaparece y, al final, todo muere. Las lenguas mueren, los libros se desintegran, las canciones se olvidan, las obras de arte se estropean, cualquier objeto termina convertido en basura. Estas cosas son tan inevitables como que el sol se transforme en un gigante rojo y lo engulla todo.

Una de las muchas grabaciones del enorme archivo que se conserva en el Instituto Árni Magnússon se realizó la noche antes de que yo naciera, el 13 de julio de 1973. Contiene sonidos ambientales de Básar, en la isla islandesa de Grímsey. Pueden oírse sirenas de niebla, charranes árticos y el rumor de las olas. La grabación resulta extrañamente fascinante. Helga Jónsdóttir y Jón Samsonarson viajaron por todo el país en busca de los últimos individuos que recordaran las antiguas baladas islandesas, una tradición oral que se remonta a muchos siglos atrás. Pero también grabaron tres minutos y quince segundos de una noche de verano en Grímsey. Una instantánea de la eternidad.

Siempre me sorprendió esta grabación. ¿Era un intento de capturar la belleza o estaban tan obsesionados por recopilar datos que querían conservarlo todo, incluso las olas rompiendo eternamente en Grímsey? ¿Fue un esfuerzo por preservar el mundo tal como éste se presenta? ¿O esta grabación era una especie de capitulación?

Helga y Jón recorrieron todo el país para salvar lo que quedaba de una cultura en vías de extinción. A menudo descubrían que el anciano que conocía la canción, el poema o el viejo cuento popular acababa de fallecer, estaba senil o se había quedado sin voz; es decir, que se habían perdido para siempre materiales inestimables. Imaginé que la noche de julio era una especie de reconciliación con el mundo y el fluir del tiempo. Todo pasa, todo es eterno y efímero, como el oleaje de Grímsey, y no sirve de nada tratar de conservarlo.

• • •

Podría acostumbrarme a esta filosofía. En ella puedo encontrar un refugio ante las noticias aterradoras, un asidero para mantener la cordura. Es posible dejarse llevar y flotar con la corriente. Pero temo que, si lo hago, las próximas generaciones censuren mi decisión. Un veinteañero actual conocerá y querrá a alguien que todavía estará vivo en 2160. Teniendo en cuenta el orden mundial actual, nos dirigimos a tal grado de destrucción que las generaciones que vivan en esa época futura considerarán toda nuestra existencia irrisoria y ridícula. Seremos juzgados como seres primitivos y necios; nos verán como nosotros percibimos a los islandeses de la época de Jörundur, que no comprendieron la palabra «libertad» y se dejaron dominar por un pequeño y desarmado grupo de comerciantes monopolistas. La capitulación filosófica será un símbolo más de nuestro desmedido egocentrismo. Y como el arte que gusta a los dictadores, todas nuestras creaciones se juzgarán a la luz de la devastación que sabemos que nuestra forma de vida está causando. La belleza de los arrecifes de coral y de las selvas y la dignidad de las especies extinguidas se compararán con las baratijas que deseamos y usamos durante un breve instante antes de que acaben en el cubo de la basura. Los corales cerebro se confrontarán con los embotellamientos de tráfico, la ropa

que tiramos a los contenedores todos los días, la comida que desperdiciamos, las latas de aluminio que se amontonan y el petróleo que quemamos sin pensar siquiera. Si no hacemos nada, seremos la generación que tuvo el paraíso en sus manos y lo arruinó, y sólo por interés y codicia. Nuestro legado será deplorable porque nada de lo que producimos vale la mitad que el océano, nada es tan maravilloso como el hielo glaciar, nada tan misterioso como la selva virgen por la noche. Nada de lo que hemos hecho se considerará extraordinario si para construirlo tuvimos que cerrar los ojos a la ciencia y sacrificar la vida y la felicidad de las generaciones venideras.

¿Cómo hemos llegado a esta situación? Una cascada gigantesca de petróleo, seiscientos volcanes en erupción, cien millones de barriles de petróleo al día, cientos de millones de coches deslizándose por las cadenas de montaje y expandiéndose por calles y carreteras como ríos de lava. Si los juntásemos todos podrían formar cuatro anillos en torno a la tierra, como una gigantesca boa constrictor. Si los lanzáramos al espacio, podrían formar dos anillos de Saturno alrededor de la tierra a mil kilómetros de distancia. Sería espectacular mirar al cielo y ver un círculo brillante formado por automóviles, un símbolo de nuestro poder antes de que todos esos coches cayesen a la tierra como una lluvia de meteoritos. La humanidad nunca había alcanzado la cifra de 7.000 millones de habitantes. Nunca habíamos encendido tantos fuegos al mismo tiempo. Pero ahora nos toca reflexionar y comportarnos de un modo distinto. Tenemos las herramientas, los aparatos y el conocimiento para hacerlo. Si no lo hacemos, les fallaremos tanto a nuestros antepasados como a nuestros descendientes. Las palabras empiezan a girar atraídas por el agujero negro. Es hora de visitar al hombre santo.

—

Conversación con el dalái lama

en su habitación de invitados de Dharamsala

9 de junio de 2010

Fuimos a Delhi y nos quedamos allí dos días. Nunca había estado en la India, nunca había tenido contacto con la cultura de esa tierra. No estoy acostumbrado a tanta gente ni a tanto calor. Me desoriento y me vuelvo desconfiado, no sé si la gente quiere ayudarme, confundirme o engañarme; o las tres cosas a la vez. Camiones rotulados con la palabra TATA pasan a toda velocidad como rinocerontes reencarnados. Hay un número infinito de personas alrededor. Ropa vistosa, gente guapa, joven y vieja. Soy demasiado exótico y pálido, no encajo.

Pasamos al lado de un templo hindú. Me pregunto cómo se habría desarrollado Islandia si el cristianismo no hubiera llegado a la isla en el año 1000. Sin duda nuestros dioses nórdicos serían tan diversos como los del hinduismo. En el templo hay imágenes sagradas: Krishna, Kali, la diosa de los múltiples brazos, del tiempo, de la destrucción y de la creación; Shiva, Kamadhenu, cuyas patas se representan como las montañas del Himalaya, y el dios Ganesh, con cabeza de elefante y parpadeantes luces de discoteca girando en torno a él, y objetos votivos como flores de plástico, incienso y un viejo aparato de radio. Seguimos andando, una mujer ciega nos tiende la mano y detrás de ella aparece un cortejo fúnebre. El cuerpo de una mujer yace en unas andas cubierto de flores amarillas. Me asusto, me siento incómodo al ver un cadáver. Nos rodea una manifestación apabullante de vida pero también la evidente presencia de la muerte. Una rata muerta, un perro muerto, un hombre que parece moribundo se hace un ovillo. Una mujer a su lado amamantando a un niño. El desorden es total, pero yo siento una continuidad que viene de mil años atrás. Todo lo nuevo es también de alguna manera antiguo. Al cabo de un rato dejo de notar el caos y advierto que todos siguen una especie de baile o de ritmo. No puedo cruzar la calle hasta que aprenda los fundamentos de ese baile. Doy un paso adelante, el conductor del camión frena; doy el siguiente paso y ahora es una moto la que frena, y así sucesivamente. Esta sociedad parece más compleja y sensible que lo que vi en China: la arraigada división de clases, la religión y las costumbres no se han diluido con la revolución proletaria. Aun así, hay miles de millones de personas que esperan salir de la pobreza. La forma más rápida de

lograrlo es utilizar la tecnología actual. Es decir, añadir más leña al fuego, provocar más erupciones, aumentar el caudal de la cascada de petróleo.

Llegamos a Dharamsala en un avión Fokker. En la India todo es más cómodo y espacioso en los pueblos de la montaña, además se respira un aire más fresco. En los arcenes se acumulan el plástico y la basura, la suciedad campa a sus anchas y, sin embargo, el entorno resulta fascinante. Los turistas extranjeros tienen mucho cuidado de no cruzar la mirada con nosotros e intentan no fotografiar a ningún occidental, quieren volver a casa y contar que han vivido algo especial y exótico. En todas partes hay jóvenes vestidos con largas túnicas de color granate, entonan cantos matinales con mucho vigor; otros están sentados en los cafés con sus teléfonos móviles mientras las vacas sagradas husmean en los contenedores de basura. Deambulamos por los jardines situados alrededor del monasterio. De pronto oímos un alboroto, gritos e increpaciones, como si hubiera un grupo de hombres discutiendo, pero se trata de parejas de monjes practicando técnicas de argumentación, casi como un arte marcial basado en la lógica y la retórica. Uno de los monjes se pone de pie y pregunta mientras el otro responde sentado. El primero formula su pregunta en tibetano, según prescribe el *Camino de Bodhisattva*. El otro contesta y, si la respuesta es incorrecta, su interlocutor grita y finge que le propina un golpe con el brazo. Seguimos las indicaciones de los monjes y nos acercamos a la casa del dalái lama, donde él y su gobierno en el exilio han resistido desde que emigraron en 1959. Pasamos el control de seguridad. Los monjes nos reciben y nos acompañan a su habitación de invitados. Está decorado con el lujo tradicional del budismo tibetano, con sus tonos dorados, azules y amarillos. Mandalas, dibujos y símbolos que hunden sus raíces ancestrales en las montañas del Tíbet. Los ayudantes nos dan la bienvenida. El dalái lama entra y me pone un pañuelo blanco sobre la nuca. Me dice que le habría gustado disponer de más tiempo para echar un vistazo al país cuando estuvo en Islandia. Tiene ganas de volver.

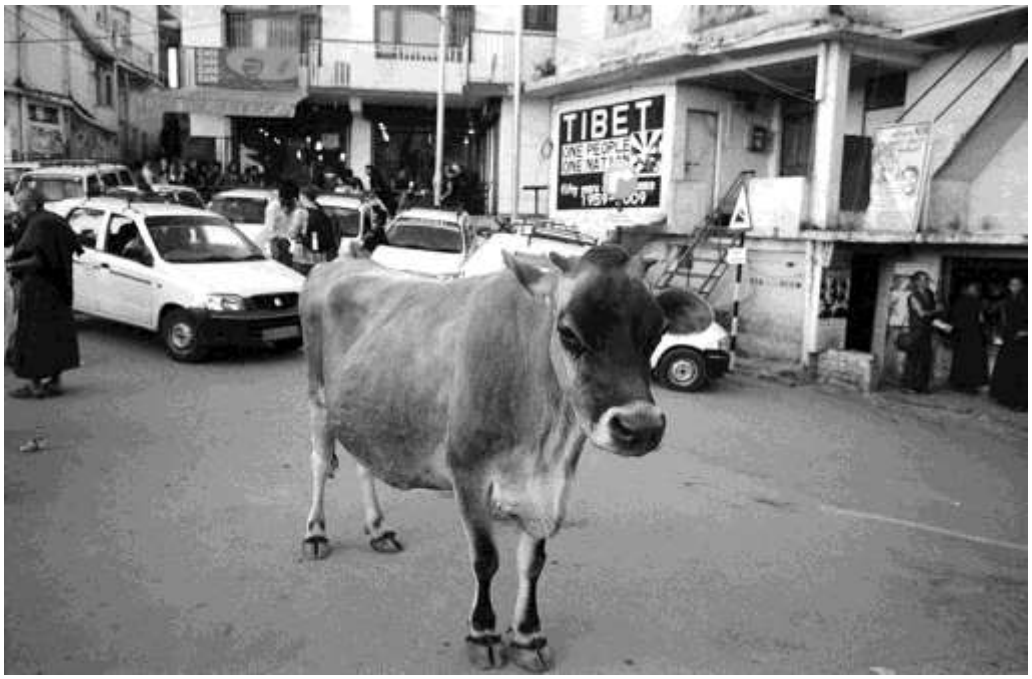
Le digo que sigo trabajando en mi proyecto sobre Audumla, el tiempo, los glaciares y las aguas sagradas.

—*Ah! Yes, the Magic Cow* —dice él riendo.

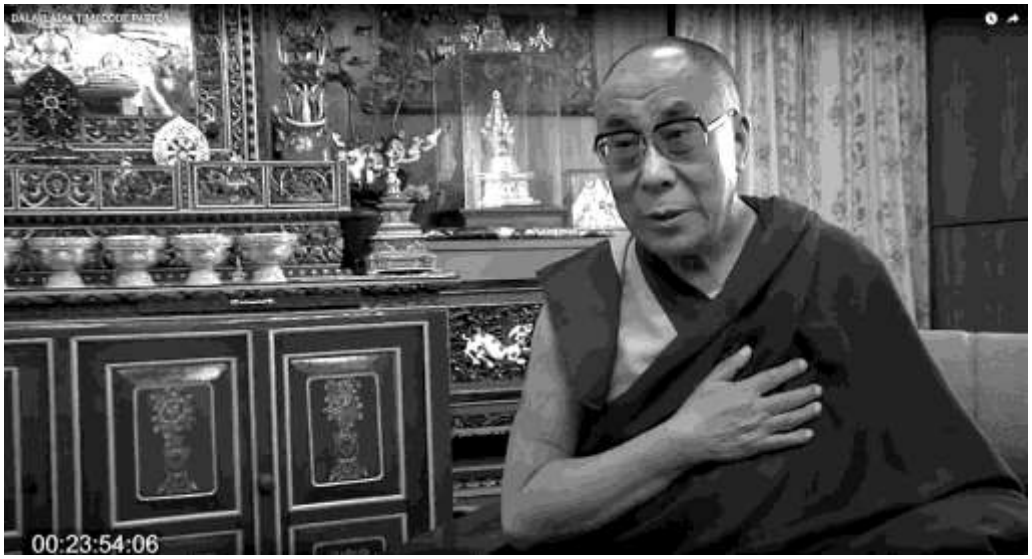
Le digo que estoy escribiendo sobre los cambios que están sucediendo en el mundo.

—Es usted la decimocuarta reencarnación del dalái lama, desde 1391, pero cuando uno lee sobre su vida desde 1935, da la impresión de que haya vivido diez vidas en la última reencarnación.

—Sí, en cierta medida es así. Nací en una aldea pobre y pasé mis primeros cinco años allí, luego me llevaron a Lhasa y me convertí oficialmente en el dalái lama, el guía espiritual del Tíbet. Pero, en realidad, sólo era un monje inquieto. e, no estudiar. El aprendizaje me supuso un gran esfuerzo. Por eso mi maestro debía recurrir al jarabe de palo para enderezar a este monje díscolo. En aquel tiempo, mi hermano mayor y yo estudiábamos juntos y el maestro tenía dos tipos de látigo para azotar. Uno normal y otro amarillo, ¡un látigo sagrado para usar con el alumno santo! Yo era travieso e ignorante, y el maestro, muy a menudo, tenía echar mano del látigo.



Una vaca sagrada en Dharamsala, la India, junio de 2010. Arnar Thórisson.



Tenzin Gyatso, el decimocuarto dalái lama, en un fotograma de una entrevista grabada en Dharamsala el 9 de junio de 2010. Los videógrafos fueron Dagur Kári Pétursson y Arnar Þórisson.

Se inclina hacia mí y se ríe.

—Pero enseguida descubrí que el látigo no me causaba ningún dolor sagrado, sino un dolor de lo más normal. ¡Ja, ja! Así que, por puro miedo, me apliqué en los estudios. ¡Ésa fue una de mis vidas!

»Cuando tenía dieciséis años, los comunistas chinos invadieron el país y perdí la libertad. Entonces empezó una nueva vida, una nueva etapa, que duró nueve años.

—Durante ese periodo mantuvo relaciones amistosas con el líder Mao.

—Sí, por supuesto. Me encontré con Mao en varias ocasiones entre 1954 y 1955 y me trató como si fuera su propio hijo. Teníamos una relación cercana y yo lo admiraba mucho. Al principio sentía cierta desconfianza, pero después viajé a Pekín, donde me encontré con Mao y muchos otros, ¿cómo llamarlos?, luchadores por la libertad, comunistas. Confié en ellos. Eran personas maravillosas que buscaban el bienestar del pueblo y de los trabajadores. Así que me adherí al socialismo y al marxismo. Es más, pregunté a las autoridades chinas si podía afiliarme al Partido Comunista chino. Tenía una gran fe. Cuando volví de la China continental, estaba convencido de que el Tíbet

podría desarrollarse con la ayuda de los comunistas chinos bajo el liderazgo de Mao. Después se produjeron las protestas de 1956. Escribí al líder Mao, pues él mismo me había dicho: «Escríbeme directamente si tienes dificultades.» Le escribí dos o tres cartas, pero no recibí respuesta.

De modo que fui perdiendo confianza en él.

»Visité la India en 1956 y conocí al primer ministro, Jawaharlal Nehru. Estrechamos lazos y hablamos mucho. En ese momento muchos tibetanos exiliados en la India me aconsejaron que no volviera al Tíbet ocupado. Era una oportunidad de oro, vivir en un país libre, me dije que quizá sería mejor quedarme aquí. Hablé con Nehru, quien me aconsejó que regresara al Tíbet. Tienes una relación especial con el gobierno chino, me dijo, por eso debes continuar la lucha desde dentro, en el Tíbet.

»Después, en 1957, vino la Campaña de las Cien Flores, cuando hubo que escuchar cientos de puntos de vista diferentes. Las consecuencias del movimiento impulsado por Mao fueron aterradoras. Los intelectuales y disidentes que no se ajustaran a la línea que marcaba el partido fueron perseguidos.

»Mao solía decir que los comunistas debían recibir críticas tanto internas como externas, pues de otro modo serían como peces fuera del agua. Eso decía, pero él hizo todo lo contrario.

—¿Y se volvió como un pez fuera del agua?

—Llegaron tiempos difíciles y Mao empezó a preocuparse más en mantener el poder que de la ideología. Me considero marxista, soy partidario de la distribución de la riqueza y de no pensar sólo en el beneficio personal, como hace el capitalismo. A veces creo que la noble ideología del marxismo quedó destruida por el ansia de poder de Lenin, Stalin y también, por supuesto, del líder Mao. Al principio, Mao era un buen comunista, pero el poder lo corrompió. Ése es mi punto de vista. Corresponderá a los historiadores determinar si estoy en lo cierto.

—¿Y se mudó a la India en 1959?

—Durante nueve años intenté poner fin al uso de las armas y pacificar el país, pero fracasé. En 1959, se produjo una sublevación cuando el gobierno chino se embarcó en reformas poco realistas. El levantamiento se inició en las regiones orientales del Tíbet, que estaban bajo jurisdicción china, pero también en provincias chinas como Gansu, Sichuan, Yunnan y Qinghai, y se extendió por todo el Tíbet. Luego la situación se

descontroló, sobre todo a partir del 10 de marzo de 1959. Hice todo lo que pude durante una semana entera, pero fracasé. Dejé el palacio de Lhasa la séptima noche y llegué finalmente a la India. Así que en abril de 1959 empezó para mí una nueva vida que aún no ha terminado. Estaba triste, era un hombre sin hogar. Pero ahora le digo a la gente: no tenía dónde vivir y encontré una nueva casa llena de felicidad aquí, en Dharamsala. El gobierno indio nos recibió muy cordialmente y nos ofreció asilo político. No sólo eso: también proporcionó tierras a toda la comunidad de refugiados tibetanos y educación a las generaciones más jóvenes. De modo que los últimos cincuenta años como refugiado han sido, a nivel personal, el periodo más feliz de mi vida. He sido libre. Puedo ir a cualquier lugar, incluso a Islandia, y puedo hablar libremente. Nadie me controla y eso me gusta.

—Pero ¿el objetivo es volver?

—Sí, éste es el objetivo de todos los tibetanos.

—¿Cree que llegará a suceder?

—Sí, es posible. Porque el problema es político y la situación actual no se basa en una política realista, sino en una estrechez de miras, el pensamiento a corto plazo de los comunistas chinos de línea dura. En cuanto cambien de opinión y se vuelvan más realistas, la cuestión tibetana se resolverá. No hay problema. Por otra parte, hay unos 200 millones de chinos budistas. Muchos chinos han venido a verme a pesar de que lo tienen prohibido, porque buscan un guía y quieren aprender sobre el budismo.

—Parece usted una persona muy alegre. ¿Cómo se sintió cuando recayó sobre sus espaldas la responsabilidad del Tíbet con sólo dieciséis años?

—Al principio no tenía ninguna experiencia ni ningún conocimiento sobre los asuntos terrenales. La situación era espantosa, tan difícil que sentía ansiedad y preocupación. Pero tenía buenos consejeros y soy de esa clase de personas que se lleva bien con todo el mundo. Hasta pedía consejo a los que barrían los suelos del palacio, pues tenían la mente abierta, eran dignos de confianza y se formaban opiniones personales sobre los asuntos. Además oían toda clase de rumores en el exterior y me traían noticias. ¡Eso puede ser muy útil!

Me mira y se echa a reír.

—De ese modo he adquirido cierta seguridad; incluso cuando la situación es difícil, tomo una decisión y no me lamento por ello después, aunque no sea del todo

apropiada. Recibí muy buenos consejos. Los budistas, por otra parte, disponemos de métodos espirituales de indagación, métodos secretos. ¡Usted nunca lo entendería! ¡Ja, ja! Todo es muy misterioso. Aunque, según mi experiencia, desde que tenía dieciséis años hasta ahora, que me aproximo a los ochenta, muchas decisiones basadas en estos métodos ocultos han resultado acertadas. Así que tengo plena confianza en estos métodos.

Siento curiosidad por estas indagaciones misteriosas.

—¿Podría explicarme un poco en qué consisten? ¿Tienen que ver con cómo enfocar el futuro para tomar la decisión correcta?

—Se parecen al método científico. Primero usamos la inteligencia, nuestra capacidad para analizar la situación a fondo. Luego buscamos consejo y si todo el mundo llega a la misma conclusión, no hace falta recurrir a las indagaciones misteriosas. Pero si no, hay que usar los métodos ocultos.

—¿Se refiere a alguna especie de oráculo?

—Los oráculos son otra cosa, más bien son como consejeros. Pido consejo y espero su visión, pero no consigo una respuesta definitiva. La respuesta definitiva la obtengo buscando más arriba, mediante el método del que le hablo. El método oculto.

—¿Ha escrito una carta sobre su reencarnación?

—¿Se refiere a mi vida anterior o a la próxima?

—A la próxima —respondo.

—No, no. En épocas recientes, el dalái lama no ha escrito esa clase de cartas, aunque algunos lamas lo hicieran en el pasado. Y lo hacían, a veces, para informar acerca del lugar en que nacerían o incluso para dar el nombre de sus padres. Pero no fue el caso del decimotercer dalái lama o su predecesor. En cualquier caso, carecemos de testimonios al respecto.

»Algunas personas en Occidente creen que el dalái lama es fundamental para el budismo tibetano, pero no es así. La espiritualidad y la cultura del budismo tibetano vivirán mientras exista la nación tibetana y ésta disfrute de cierta libertad. En los últimos sesenta años, incluida la Revolución Cultural, hemos sufrido una destrucción sistemática, aun así la cultura no se ha extinguido. Porque la espiritualidad vive y, en cuanto ha arraigado en el corazón, no hay fuerza que acabe con ella. Ahora ya hay tres o

cuatro generaciones de tibetanos que han crecido tanto en Tíbet como en China con las costumbres centenarias chinas. La institución del dalái lama surgió en una época y en cualquier momento puede dejar de existir. No pasa nada. Si las personas afectadas quieren mantener la tradición, asumirán la responsabilidad. No es mi responsabilidad. Después de mi muerte, observaré los acontecimientos desde mi lugar misterioso y veré lo que están haciendo. ¡Ja, ja! Pero no tendré ninguna otra conexión directa.

—Y, frente a la muerte, ¿siente miedo, curiosidad o...?

—A veces, curiosidad. Temor, no. Mi principal preocupación es que, si muero en estas circunstancias, muchos tibetanos y amigos míos se sentirán muy afligidos. Por eso a veces me siento...

Se queda pensativo unos segundos.

—Pero es un hecho que todos hemos de morir. Nadie escapa a la muerte, ésa es la verdad. La muerte es parte de la vida, así que no pasa nada. Lo que importa es que la vida tenga sentido mientras la estamos viviendo, que hayamos sido útiles a los demás. Así al final no nos arrepentiremos.

—Millones de tibetanos esperan su regreso. Cuando pregunta a esas fuerzas misteriosas, ¿le indican si va a volver al Tíbet? ¿Y cuándo va a regresar?

—Sí, y no tan sólo mis propias indagaciones, muchas otras investigaciones ocultas dicen que todo se aclarará al final, que sólo es cuestión de tiempo. Algunas predicciones datan de muchos siglos atrás e indican que es una situación provisional. En la historia, sesenta años no son mucho tiempo, ¿verdad? En mi opinión, el sistema comunista autoritario y de mente estrecha no tiene futuro. Eso está claro.

—Es difícil tener una mente estrecha durante décadas. Quizá dentro de sesenta años...

—Ya han pasado sesenta años... Fíjese en la Unión Soviética, duró setenta años. Todos los países de Europa Oriental se han transformado por completo. Hubo un tiempo en que había dictadores en Italia, España y Francia. China está cambiando, gracias a la educación y al acceso a la información de internet. Ningún gobierno puede mantener un control tan estricto.

—Es decir, es optimista...

—Mire, la realidad actual es diferente a la de los años setenta u ochenta. En el interior de China, todavía hay mucha pobreza, pero por lo demás el país ha cambiado mucho.

Los jóvenes chinos siguen la última moda e imitan las costumbres occidentales. Una de las ideas más importantes que defiende el budismo es que nada es estático, todo es dinámico, todo está sometido al cambio. Y todo está conectado y todo depende de todo. En el caso de China, los años cincuenta y sesenta estuvieron caracterizados por el aislamiento; incluso en 1970 los dirigentes querían cerrar el país. Ahora se ha producido un giro importante. Antes prevalecía la línea del gobierno: lo que éste decía era de obligada aceptación. Pero desde los días de Deng Xiaoping, millones de jóvenes han estudiado en el extranjero y muchas empresas extranjeras trabajan en China. Ahora los chinos miran con sus propios ojos y escuchan con sus propios oídos. Antes sólo había un ojo y un oído. A la larga la verdad resulta más poderosa que la fuerza. Ésa es mi lógica. Y la naturaleza humana es más fuerte que un sistema artificial. Éstos nunca resisten.

—De modo que, a pesar de todo, ¿cree que el mundo está mejorando?

—En 1996 mantuve una reunión en Inglaterra con la reina madre; la había visto en fotos desde que era pequeño pero, cuando nos encontramos, ella tenía ya noventa y seis años. Dado que había vivido un siglo entero, le pregunté si el mundo o la humanidad estaban mejorando o empeorando o si todo seguía igual. Sin dudar un instante, dijo que el mundo había mejorado. Puso como ejemplo el hecho de que, cuando era joven, los derechos humanos o el derecho a la autodeterminación no estaban claros o no estaban muy extendidos, mientras que ahora eran prácticamente universales. Así que había señales que indicaban que el mundo estaba mejorando. Aunque ella no mencionó, y yo creo que es una realidad, que en su juventud Gran Bretaña era un imperio colonial. Tiempo después, todas esas colonias se independizaron. ¡Así, de repente! De modo que la democracia se ha hecho mucho más fuerte.

—Con suerte, mis hijos estarán vivos en 2100. ¿Ha tratado de imaginarse el futuro?

Su Santidad se reclina y dice:

—Siempre le digo a la gente que es imposible mirar mil años hacia delante. Pero podemos estar seguros de que la humanidad permanecerá aquí, en la tierra, por lo menos durante este siglo y que éste puede ser un siglo de paz. No obstante, la paz no significa que no tengamos problemas. Los problemas nos acompañarán. Ahora bien, si las relaciones son pacíficas, cambiamos nuestra actitud hacia los problemas y la forma de resolverlos. En el pasado, se reaccionaba usando la fuerza en primer lugar. Se trata de una manera de pensar obsoleta. Las generaciones del siglo XX tienen una amarga experiencia del uso de la fuerza: durante las guerras de ese siglo murieron unos

doscientos millones de personas. La guerra no es un juego, aunque uno gane y otro pierda. Cuando pensamos del modo tradicional, el resultado es la guerra y la violencia.

»El uso extremo de la violencia, recurriendo incluso a las armas nucleares, no resolvió nuestros problemas ni logró nuestros objetivos. La gente no derribó el Muro de Berlín ni se libró de la tiranía en los países del Este con armas nucleares, sino por medio de movimientos pacíficos.

»Por eso estoy seguro de que el siglo XXI puede convertirse en una centuria de paz. Y también diálogo. Aunque el mundo ha estado dividido ideológicamente, en la última parte del siglo XX hemos encontrado una manera pacífica de convivir. Las dictaduras cayeron en Europa, aunque todavía permanecen en Asia, por supuesto.

—¿Cuál es su opinión sobre el siglo XXI?

—Creo que este siglo puede ser muy feliz. La violencia nunca está justificada. Nunca se triunfa haciendo uso de la fuerza. Es posible que derrocar a un tirano en Irak fuera un noble propósito, pero los medios no fueron los apropiados y las consecuencias resultaron desastrosas. Necesitamos educar a las generaciones más jóvenes. La única manera viable de resolver un problema es el diálogo. Es necesario escuchar las opiniones de los demás y luego tratar de llegar a una solución conjunta. Cuando se preparaba la guerra de Irak, millones de personas salieron a las calles para manifestar su oposición. Son signos positivos. Por eso soy optimista sobre el siglo XXI.

—¿Piensa que será diferente al siglo XX?

—El siglo XX supuso un gran avance, pero sobre todo en el terreno de lo material. Creo que nos faltó profundizar en lo interior; es importante prestar atención a nuestras emociones y pensamientos. Veo que cada vez más científicos reconocen la importancia de los sentimientos en nuestra vida. Y muchas personas que se ocupan de la educación saben que el desarrollo del cerebro por sí solo no es suficiente. En mis viajes he conocido a muchos educadores y maestros que afirman: nos falta educar en los asuntos del corazón; tenemos que enseñar afecto. Necesitamos enseñar más la bondad. Preguntan: ¿cómo podemos contribuir a ello e introducir esa asignatura en los sistemas educativos modernos?

»No se puede recurrir a la religión. La ética y la compasión deben enseñarse apoyándose en una base secular, de lo contrario causarán problemas en sociedades con muchas culturas y religiones, como en la India, por ejemplo. Por eso la Constitución india está basada en valores laicos. Eso no significa subestimar las religiones, sino

respetarlas todas sin mostrar preferencia por ninguna de ellas. También debemos respetar a los no creyentes. Creo que podemos educar a las personas y conectarlas con la bondad. Pienso que hay señales de esperanza para el futuro.

—Es fácil enseñar dos más dos, pero a algunos maestros les puede resultar difícil enseñar la bondad. ¿Cómo se enseña la compasión?

—Sí, por supuesto, es algo subjetivo, se basa en la experiencia de cada uno. Ningún instrumento puede medirla. Pero estudios recientes sobre la actividad cerebral han demostrado que la tranquilidad y el pensamiento positivo tienen un efecto mensurable en el cuerpo, en tanto que el estrés y la ira pueden debilitar el sistema inmunológico. Ésta es una realidad objetiva. Y es obvio que en una familia compasiva las personas son más felices. Si el padre o la madre está siempre enfadado y grita, todos sufren. Eso está claro, sucede incluso entre los animales: un perro que siempre ladra a los demás se queda solo. También es posible hacer amigos mediante el poder o el dinero, pero ésa no es la verdadera amistad.

»Los seres humanos somos animales sociales y la amistad desempeña un papel importante para todos los seres sociales. La amistad basada en la confianza. El dinero no genera confianza, sino que genera recelo, abusos y tentaciones. La gente traiciona a otras personas por dinero. La verdadera confianza se basa en el amor y el respeto. Para generar confianza, se necesita solidaridad, franqueza, confianza y honestidad. Todo eso hunde sus raíces en la bondad. Es algo que puede enseñarse a otras personas con estos argumentos: la bondad es una importante inversión pensando en nuestro propio interés. Un día oí un debate en la BBC sobre el poder de las armas, el poder económico, el poder de la verdad. ¡Por lo visto, a la gente le gusta el poder! Algunos creen que el poder proviene de las armas. Como dijo una vez el presidente Mao: «A corto plazo, uno puede hacerse con el poder apuntando con una pistola.»

Me apunta con el dedo.

—¡Así todos me escuchan! Pero a la larga, produce el efecto contrario. Si confiamos en el poder que nos da una pistola, la confianza se quiebra. La amistad se corrompe. Si confiamos en el poder que nos da una pistola, nuestra vida tendrá efectos negativos en los demás. Por eso necesitamos eliminar las armas. El poder del dinero puede durar un poco más, pero no contribuirá a forjar una verdadera amistad. Por su parte, la energía que irradia la compasión, el poder de la verdad, son la base de la felicidad. Y si únicamente usamos el sentido común, veremos el valor de la compasión. ¡El poder de la verdad!

»Creo que sus nietos, a medida que crezcan, vivirán en un mundo más pacífico. Creo que tendrán una mayor consciencia de la relevancia del medio ambiente. Ésos son signos importantes. Por eso creo que el siglo XXI será más feliz.

—¿Y de dónde procede esa compasión?

—De nuestra propia experiencia. Es nuestra madre la que nos trae al mundo. Aunque... ¡al parecer fueron las vacas, según su teoría!

Su Santidad me señala y se ríe.

—Incluso si es una vaca, ¡tiene que haber sido una vaca extremadamente compasiva! En cuanto que madre es la base de todo, es el origen de la compasión y desde el nacimiento sentimos su amor infinito. Los estudios demuestran que les va mejor a aquellos que en sus primeros años de vida reciben una educación llena de amor y compasión. Su vida es más feliz. Los niños que carecen de amor materno a edades tempranas y crecen rodeados de crueldad e indiferencia suelen tener dificultades y pueden vivir inseguros el resto de su vida.

—¿Cómo integra usted el amor materno en la comunidad monástica, donde las madres suelen estar lejos?

—Somos monjes desde los siete años, estuvimos con nuestras madres hasta ese momento. No pasa nada. Yo tenía cinco o seis años cuando me separaron de mi madre, pero ella siempre ha permanecido cerca de mí. Mamá venía todos los días con un pan casero especial; era experta en esa clase de pan. Estábamos muy unidos, incluso después de mi huida a la India a los treinta. Siempre recibí el cariño de mi madre. No hubo problema.

»Cuando hablo de ética basada en lo secular, utilizo tres criterios: el sentido común, la experiencia compartida y las investigaciones científicas más recientes.

»En todas las religiones, la compasión es el hilo común. La importancia del amor, el perdón y la tolerancia, aunque varíen las actitudes y el énfasis que se ponga en todo ello. Llevamos la compasión en la sangre, y ha llegado el momento de prestarle atención, de cultivar no sólo las cosas materiales y el intelecto, sino también de alimentar el corazón. Cuando la bondad se funde con la sabiduría, la sociedad se vuelve más amable y feliz. A partir de ahí, los problemas disminuyen y, si llegan a plantearse, podemos resolverlos colectivamente. No por medio del odio, el recelo y el

distanciamiento, ni a través de las amenazas, que sólo causan más problemas de carácter. Es muy triste.

—¿Es necesario extender nuestra compasión hacia la naturaleza? Como los budistas intentan no dañar a los seres vivos... En nuestra compleja realidad, no siempre sabemos qué organismos se ven afectados por nuestra forma de vida.

—No podemos sentir compasión por los seres que carecen de entendimiento, como los árboles, la hierba y las plantas, seres que no han desarrollado la facultad de la compasión. Pero el respeto está estrechamente relacionado con ella. Todos los seres vivos tienen derecho a la vida. Las plantas son parte de la naturaleza y, en un sentido amplio, también nosotros somos parte de ellas. Sin ellas, no es posible la vida. Y después están las aves y los animales que, según el budismo, son seres dotados de entendimiento y debemos mostrarles compasión y amor.

—Ahora el mundo está completamente interconectado. Hace unos años se produjo una erupción volcánica en Islandia que tuvo un grave impacto en la flora sudafricana. ¿Le afectó a usted?

—No, afortunadamente yo no estaba de viaje. Aunque si hubiera estado visitando otros países, ¡seguramente me habría afectado! ¡Y habría maldecido a Islandia!

—Para los islandeses fue como si de repente tuviéramos poder. El mundo se detuvo por nuestra culpa.

—¡Pero un poder que no se podía controlar! ¡Una lástima!

—Sí, y sin embargo, ¡durante varias semanas nos sentimos como una superpotencia!

—Eso nos recuerda que, independientemente de lo sofisticada que sea nuestra tecnología, en última instancia estamos sujetos a la naturaleza. Es importante recordarlo. El calentamiento global puede llegar a ser incontrolable. Tenemos que actuar con la mayor prudencia posible. Siete mil millones de habitantes pasan su vida en la naturaleza. Tenemos que darnos cuenta de ello y aceptarlo. A veces, la sofisticación tecnológica y la ciencia nos proporcionan una falsa confianza en nosotros mismos, una falsa creencia de que podemos controlar la naturaleza. Podemos hacerlo hasta cierto punto pero, por lo demás, tenemos que vivir en armonía con ella.

—Háblenos de la independencia del Tíbet.

—El problema del Tíbet lo ha creado el ser humano, concretamente nuestros vecinos del este. Así que tenemos que resolverlo con ellos. Al igual que otros problemas humanos, éste también debe solucionarse mediante el diálogo. Esa postura no sólo es válida para el Tíbet, sino también para Palestina. No es posible resolver problemas mediante la fuerza, declarando la victoria de uno y la derrota del otro. Ese método nunca ha dado resultados duraderos.

»La filosofía y la cultura tibetanas son pacíficas. Vale la pena preservar esa cultura siempre que traiga paz y felicidad a la China continental.

»Considerando todos los aspectos, creemos en la vía intermedia, no buscamos la independencia sino formar parte de la República Popular, aunque con ciertos derechos constitucionales: el derecho a la práctica religiosa y a usar nuestro idioma. Si la unidad y la solidaridad son los objetivos esenciales del gobierno chino, su política es muy poco realista. Eso es algo que no puede lograrse mediante la fuerza. ¡Es imposible! Pueden conducirse cientos de vacas con un solo látigo, pero nosotros somos seres humanos. ¡La verdadera solidaridad emana del corazón! Afortunadamente, cada vez veo más chinos que expresan su preocupación por este asunto y piensan que la política actual no es apropiada. Es un signo de esperanza.

»Nuestra postura es ésta: agua pasada no mueve molino. El pasado no importa porque queremos mirar hacia delante. Al igual que la Unión Europea no se fundó tomando como base el pasado, sino en consonancia con las nuevas realidades y fijando un objetivo a largo plazo, tampoco nosotros queremos pensar en el pasado. El futuro es lo único que importa.

—¿Considera posible regresar a su país?

—Así lo creo. Hemos visto que los comunistas chinos, en los últimos sesenta años, han experimentado muchos cambios. En general, hablo de cuatro periodos. El de Mao, el de Deng Xiaoping, el de Jiang Zemin y el de Hu Jintao. Estos periodos difieren enormemente entre sí. Eso nos muestra que el mismo Partido Comunista, el mismo régimen, puede adaptarse a nuevas circunstancias. Así que soy optimista.

—¿Tiene algo que añadir?

—Hay dos monjes debatiendo en la plaza y la frase que anima su debate es la siguiente: si todo lo que hay en la tierra no satisface mis deseos, ¿qué otra cosa podría satisfacerlos?

»Siempre le digo a la gente: la codicia es insaciable y nunca proporcionará satisfacción o felicidad a nadie. Pero el desarrollo espiritual, la fuerza interior, puede crecer infinitamente.

—Muchas gracias por la entrevista.

—Gracias, hasta la próxima. Quizá en Islandia, me gustaría mucho volver por allí.

—

En el gran río de leche

En la provincia de Mustang en Nepal, junto a la frontera del Tíbet, se encuentra el glaciar Nhubine Himal a casi 6.300 metros sobre el nivel del mar. Por debajo discurre un río blanco como la leche llamado Kali Gandaki. El río es más antiguo incluso que las montañas del Himalaya, que se formaron hace cincuenta millones de años, cuando la placa tectónica india chocó contra la asiática de manera lenta y constante. Mientras las montañas se elevaban hacia el cielo, el río fue sepultándose, de modo que ahora fluye a través de las gargantas más profundas del mundo: el fondo de ese río se halla a 2.500 metros sobre el nivel del mar y los picos más altos, a ambos lados, alcanzan más de 8.000 metros de altitud. Y en su largo recorrido por el Himalaya, el río incorpora el caudal de arroyos, afluentes y otros ríos que nacen en más de mil glaciares.

Llego al río a seiscientos kilómetros de su nacimiento. En ese punto ya se ha convertido en un gran río, ancho y tranquilo, que fluye a través de bancos de arena y grava por el parque nacional de Chitwan, en Nepal. Allí se llama Narayani, pero un poco más lejos se junta con otro río, momento en que el agua queda santificada por completo y recibe el nombre de Ganges, la propia madre de la India. Es la primera vez que entro en contacto con el agua sagrada que brota de las ubres congeladas de Audumla en las montañas del cielo. Había pensado en llegar a Kailash y caminar por la montaña, pero probablemente sea mejor respetar su carácter sagrado. Intentar verlo todo y experimentarlo todo es una mala costumbre. Hay ciertos lugares a los que deberíamos dejar en paz.

Tras cruzar el río llegué al parque nacional de Chitwan, donde vi un cocodrilo gavial tomando el sol en la arena de la orilla. La visión del viejo dragón, con su estrecha boca diseñada para atrapar peces en el agua blanca del glaciar, me produjo una extraña alegría. Quedan doscientos ejemplares de esta especie y su área de distribución ha disminuido hasta el 2 % de su extensión anterior, cuando podían verse millares de cocodrilos gaviales en las orillas de los principales ríos asiáticos. También vi un cocodrilo de las marismas, que tiene un aspecto más tradicional y es un poco más peligroso, y que se encuentra en pequeños grupos en Irán, Pakistán, la India y Sri Lanka. Han sido exterminados en Birmania y Bután. En las orillas del río pude apreciar unas huellas un tanto peculiares. El guía dijo que teníamos que andarnos con cuidado, eran huellas de rinoceronte asiático, *Rhinoceros unicornis*. El rinoceronte unicornio.

Poco después vimos varios ejemplares entre las cañas, había dos adultos y una cría, enormes criaturas rodeadas por un halo inmemorial. El macho puede pesar hasta dos

toneladas y medir dos metros de altura; no es el tipo de animal con el que a uno le gustaría encontrarse en un camino. Su piel es gruesa, con pliegues peculiares, como la de los dinosaurios con los que fantaseaba cuando era niño: el *Stegosaurus* o el *Triceratops*. Pero el rinoceronte es más reciente que los dinosaurios: no tiene más de diez millones de años. Actualmente sólo quedan 2.500 ejemplares entre Nepal y la India, en un territorio que mide aproximadamente el doble del glaciar Vatnajökull. Había una manada de elefantes bañándose en el río y los seguimos en dirección a la jungla, donde se veían huellas de tigres. No llegué a ver ninguno, pero sí sus huellas, del tamaño de las mías; calzo un 45, lo que me dio a entender que no se trataba precisamente de un gatito. En Nepal quedan menos de doscientos tigres de Bengala. No estaba seguro de si debía llorar por esos animales, vestigios del paraíso que en su día había sido nuestro planeta, o alegrarme de que los rinocerontes y los tigres en estas áreas se hayan recuperado en los últimos años. Nuestro guía, Champo, nos dijo que tuviéramos cuidado, aunque los ataques eran poco comunes. En ese mismo instante, mi compañero de viaje dio un grito y señaló sus pies. El camino que recorríamos estaba cubierto de tréboles de cuatro hojas. Pasé la mano por aquella extensión de tréboles y tres pequeñas sanguijuelas se me aferraron al dorso. Huellas de tigres, cuernos de unicornio, tréboles de cuatro hojas y sanguijuelas junto en un río sagrado. Habría merecido la pena interpretar ese sueño si hubiera sido un sueño. Allí también resultaba evidente hasta qué punto todo está conectado. Ríos glaciares blancos y sagrados que fluyen de las montañas del cielo en el Tíbet, la fuente de la vida para seres humanos, cocodrilos y unicornios.

Después de la entrevista con el dalái lama, fuimos en coche a Amritsar y desde allí en tren a Delhi. Pasamos una noche en la ciudad y conocimos a alguien que conocía a alguien que nos invitó a una fiesta. Un Range Rover negro pasó a buscarnos y, cuando ya íbamos de camino, oímos una voz que salía de la parte trasera.

—¡A la derecha! ¡A la izquierda!

El chófer estaba en la parte de atrás, indicando el camino. El dueño del coche iba al volante, pero nunca había conducido por Delhi. Circulábamos en la oscuridad, por calles mal iluminadas donde la gente deambulaba y las vacas se tumbaban junto a las aceras. Pasamos por un vecindario pobre donde las familias parecían vivir en las isletas de tráfico y bajo los puentes. Un grupo de niños cruzó la calle corriendo en medio de la noche. Era como si *Oliver Twist*, la novela de Dickens, se hubiera transformado en un relato contemporáneo. Cruzamos unas puertas enormes y recorrimos un camino de entrada donde se acumulaban cientos de vehículos de lujo, luego cruzamos a pie un

pórtico con columnas y entramos en una casa nueva que parecía sacada de una versión estilo Disney de *Las mil y una noches*. Entramos en el vestíbulo; a la derecha había una habitación suntuosa, con enormes cuadros en las paredes y arañas de cristal en el techo, en la que tres hombres sentados a una mesa jugaban al póquer. «Soy buena jugando al póquer», dijo una amiga nuestra y preguntó si podía unirse a la partida. Hacían falta 100.000 dólares para participar. Salimos y caminamos por el jardín hacia el lugar del que procedía la música. Allí se divertía la joven élite de Delhi. Un DJ pinchaba una música tecno atronadora y dieciocho chefs y camareros servían una comida deliciosa. El anfitrión nos dio la bienvenida. Parecía un hombre de mundo: había vivido en Londres y Dubái durante mucho tiempo, pero ahora residía en Nueva Delhi. Llevaba una camiseta con la inscripción WILL FUCK FOR COKE. Había una gran piscina y, en un momento dado, el DJ subió el volumen de la música y todos se tiraron vestidos al agua. Al otro lado del muro había un barrio en el que una vez por semana un camión cisterna traía agua y el vecindario se peleaba a puñetazos extendiendo sus botellas y ollas. Recordé las palabras de Mahatma Gandhi: «*Earth provides for every man's need. But not for every man's greed*.» [La tierra cubre las necesidades de todos, pero no la codicia de todos.]

La desigualdad se hacía allí especialmente evidente porque un simple muro separaba dos mundos opuestos. Indigencia absoluta por un lado, lujo desmedido por el otro. Resultaba fácil criticar y condenar la situación. Pero ¿realmente importaba que la pobreza estuviera al otro lado del muro, de la ciudad, de la cordillera, de la frontera o del océano? Yo, como mínimo, sabía de qué lado del muro estaba.

En Islandia, cuando mi abuelo Árni perdió a su padre, y él y su madre se quedaron sin nada, imperaban unos ideales que les permitieron acceder a uno de los pisos más modernos de la ciudad, lo que, probablemente, les salvó la vida. Por desgracia, todavía vivimos en un mundo donde niños como mi abuelo pueden acabar viviendo en la calle.

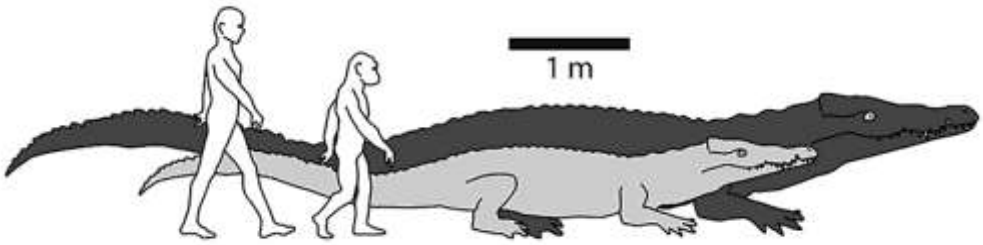
—

Crocodylus thorbjarnarsoni

Mi tío materno, John Thorbjarnarson, murió de malaria en Nueva Delhi en 2010, pero dispersaron sus cenizas en las zonas pantanosas de Florida entre caimanes, tortugas y flamencos. Pensé que si la tierra tuviese consciencia, voluntad o un sistema inmunitario, protegería a las personas como él. Por desgracia, los defensores de la naturaleza salvaje, de las zonas pantanosas y las especies animales poco queridas, no abundan. Tenía sólo cincuenta y dos años y le quedaba mucho trabajo por hacer.

Aunque John haya muerto, sus proyectos siguen siendo fuente de conocimiento e inspiración para un gran grupo de científicos de treinta países que se dedican al cuidado y estudio de las frágiles poblaciones de cocodrilos. He leído informes científicos y artículos académicos sobre el papel de orientador que John desempeñó en Uganda, China, Brasil, Venezuela, la India y otros lugares. Según la necrológica publicada en *The Economist*, en Birmania le apodaban Kyunpatgy, en honor al mítico cocodrilo gigante del que cuenta la leyenda que nadaba alrededor de una isla en la reserva natural de Meinmalha Kyun. Al proteger a los cocodrilos, los seres humanos preservan también los humedales y los hábitats de otras muchas especies. Los humedales forman una protección natural contra las inundaciones y absorben el dióxido de carbono. Todo está conectado, los hábitats de los animales salvajes están directamente relacionados con nuestras perspectivas de futuro. La biodiversidad es el vacío de los radios de la rueda que hace útil al carro. Como dice el *Tao Te Ching*:

John Thorbjarnarson. En la primera fotografía, procedente de un álbum familiar, John tiene unos diez años de edad. La segunda es de 2007 y aparece con un cocodrilo chino.



Crocodylus thorbjarnarsoni. Un gráfico científico basado en registros fósiles. Imagen de Christopher Brochu y Glenn Storrs.

Para que la existencia dé frutos

lo que no existe debe volverse útil.

En el lago Turkana, en Kenia, los científicos han estudiado durante años los sedimentos que brindan información sobre el origen del hombre. En las capas sedimentarias también han encontrado restos de otras especies animales que existieron hace cinco millones de años. En 2012, científicos de Cincinnati, en Estados Unidos, examinaron cráneos de una especie de cocodrilo anteriormente desconocida que hallaron en sedimentos del Pleistoceno.[70] En investigaciones posteriores se descubrió que, teniendo en cuenta el tamaño y la forma del cráneo, se trataba de la especie de cocodrilo más grande que haya habitado la tierra. Un miembro adulto de esa especie tenía una longitud de casi ocho metros, lo que lo convertía en el depredador más grande de la región. Ese cocodrilo era un auténtico dragón y con toda probabilidad los antepasados de los seres humanos se contaban entre sus presas. Para honrar la memoria de John Thorbjarnarson, esta especie recibió el nombre científico de *Crocodylus thorbjarnarsoni*. Así pues, de algún modo podríamos decir que mi tío se ha reencarnado en un cocodrilo prehistórico y que el sueño de aquel niño que tenía la cabeza llena de cocodrilos se ha visto cumplido.

John me enseñó que intervenir en el mundo era posible. Que el mundo no es sólo una corriente que avanza sin control ni sentido, sino que se puede influir en ella y orientarla en la dirección adecuada. Nuestro propósito es ser útiles, cambiar las cosas, aumentar el conocimiento y ayudar a que el mundo recupere el rumbo si se pierde. Los colaboradores ugandeses de John mantienen viva su memoria y la investigación sobre los hábitats del cocodrilo enano del Nilo sigue en marcha. Una de las personas que reconoce su influencia es Carol Bogezi, pionera en la defensa del bienestar animal y los derechos de las mujeres en Uganda. No tan sólo tuvo que combatir los prejuicios que la población tenía contra los cocodrilos, sino también sus ideas tradicionales en relación

con las mujeres. En sus investigaciones se encontró dirigiendo un equipo formado por veinte hombres que consideraban humillante recibir órdenes de una mujer joven. Bogezi ha trabajado como mediadora entre los animales salvajes y los seres humanos y, según su último artículo, ha empezado a ampliar sus conocimientos y a explorar cómo los granjeros del estado de Washington pueden aprender a tolerar y convivir con los lobos. En una entrevista le preguntaron cuándo sintió la vocación de cuidar de los animales salvajes y ella respondió que había sido un sueño de infancia.

John, que de niño tenía la cabeza llena de cocodrilos, es un buen ejemplo de lo temprano que algunas personas encuentran su camino en la vida. En su infancia vio un documental sobre cocodrilos en peligro de extinción y diez años después comenzó a trabajar para protegerlos. Dos décadas más tarde, desempeñaba ya un papel destacado en la conservación de todas las especies. Estoy seguro de que su existencia se acerca a la definición del dalái lama sobre una vida que ha cumplido un propósito.

—

2050

Ahora el hombre ha empezado a vengarse. El fuego, el principal enemigo del agua, le permite pilotar barcos contra viento y marea, entre rompientes y arrecifes, y ¿quién sabe cuánto tiempo tardará en elevarse por encima de las olas y navegar por los cielos?

Fjölnir, I, 1835

Si alguien en 1919 hubiera mirado hacia el futuro e intentado prever cómo serían los siguientes cien años, seguramente habría fracasado de manera estrepitosa. Parece imposible que hubiera imaginado la fundación de las Naciones Unidas y una tierra habitada por 7.000 millones de personas, a las que hay que alimentar y vestir, educar y proveer de alojamiento y empleo; un mundo con fuentes de energía y vehículos para toda esa población; un mundo conectado por teléfonos y ordenadores, con miles de orquestas sinfónicas; un mundo donde encuentran cura enfermedades previamente incurables. Todavía estamos lejos de alcanzar el ideal de la igualdad de oportunidades, pero todos los continentes han salido de la pobreza extrema en un tiempo sorprendentemente breve.

A principios del siglo XX, el hombre aún no había descubierto los principios de la aeronáutica. En 1903, los hermanos Wright consiguieron que un avión volara treinta metros, la distancia más larga que un vehículo propulsado por motor había recorrido por el aire. Dos años después, ya dominaban la tecnología y pudieron volar más de treinta kilómetros. Aquella proeza dio la vuelta al mundo y en 1917 el Barón Rojo libraba batallas aéreas montado en biplanos y triplanos por toda Europa. En 1927, Charles Lindbergh cruzó por primera vez el Atlántico volando entre Nueva York y París. Hoy en día hay unos diez mil aviones en el aire al mismo tiempo en todo el mundo, con más o menos un millón de pasajeros a bordo. Cuando nació mi abuela, nadie había cruzado el Atlántico en un avión, pero poco más de cuarenta años después el ser humano había llegado a la luna.

La energía nuclear se desarrolló aún más rápido. Después de que el físico James Chadwick teorizara acerca de la existencia de los neutrones en 1932, Enrico Fermi tardó tan sólo dos años en dividir un átomo. Cinco años más tarde, los científicos conjeturaron que un reactor nuclear podía provocar una reacción nuclear en cadena, dato que confirmó un equipo liderado por Fermi bajo las gradas de un campo de fútbol

de Chicago en 1942. En ese momento las bombas atómicas no eran sino una posibilidad teórica. El Proyecto Manhattan se inició de inmediato y 10.000 personas fueron enviadas al desierto bajo la dirección de Robert Oppenheimer para fabricar una bomba. Estuvo lista en 1945 y, lamentablemente, se usó tres semanas después. De eso no hace mucho tiempo. Conozco a un hombre que operó a Oppenheimer y hablé con un anciano japonés que sufrió las consecuencias de la bomba de Hiroshima. El tiempo transcurrido desde que se planteó teóricamente la existencia de neutrones hasta que se fabricó la bomba fue inferior a trece años. Sin embargo, este hecho horrible demuestra de lo que somos capaces cuando nos enfrentamos a una situación de vida o muerte.

Los últimos treinta años han estado dominados por los ordenadores, los teléfonos móviles, internet y el entretenimiento masivo. Si en el año 1990 hubiera querido comprar todos los dispositivos que hoy en día tengo en el móvil (GPS, ordenador, módem, calculadora, cámara fotográfica y de vídeo, reproductor de música, sistema de navegación, biblioteca, sistema de videoconferencia, agenda telefónica, teléfono, máquina de fax, consola de juegos, etc.) habrían pesado toneladas y me habría gastado una fortuna. La velocidad con que opera un microprocesador se ha ido duplicando cada dos años, y ese rápido proceso nos ha alterado el cerebro. Estos rápidos avances son magníficos, pero también nos confunden. Esperamos que un genio informático resuelva los grandes problemas de la humanidad, a ser posible inventando una simple aplicación para nuestro teléfono móvil. Los magos nos han hipnotizado con artilugios espléndidos y pantallas cada día más planas. El mundo se ha conectado, se ha multiplicado el flujo de información y el acceso al entretenimiento, pero al mismo tiempo esos dispositivos están específicamente diseñados para crear adicción e introducirnos en un círculo vicioso de vigilancia y consumismo. Estamos más lejos de la naturaleza que nunca, a juzgar por el tiempo que pasa un niño jugando al aire libre.

Mientras que la realidad virtual ha aumentado, la realidad verdadera ha disminuido. Los países occidentales han reducido las emisiones, pero en la mayoría de los casos la producción y la contaminación simplemente se han trasladado a otros lugares. El consumo ha aumentado exponencialmente y también la cantidad de basura, la destrucción de las selvas tropicales, el desperdicio de alimentos y de ropa. Los humanos poseemos más coches y aviones que nunca, compramos más aparatos y los usamos durante menos tiempo, tiramos más comida y ropa, utilizamos más plástico y volamos más a menudo para cubrir distancias menores. Los mayores avances de los últimos treinta años suponen retrocesos si tomamos en consideración la atmósfera y el planeta.

Los niños del mundo participan en movimientos contra el cambio climático y, como en un viejo cuento popular, aparece Greta, una niña que no puede sino decir la verdad. Un hilo conductor la relaciona con Svante Arrhennius, el hombre que a finales del siglo

XIX anunció por primera vez que el aumento de dióxido de carbono en la atmósfera podría causar el calentamiento global. Ahora bien, Svante también creía que el calentamiento global sería beneficioso y que tardaríamos cientos de años en incrementar el volumen de CO_2 en un 50 %. Subestimó el ritmo al que íbamos a quemar carbón y petróleo. Hemos tardado menos de cien años, pero su tesis principal ha resultado ser correcta. En el verano de 2019 se registraron récords de temperatura en todo el mundo, se produjeron incendios forestales en Siberia, y la sequía supuso una amenaza para los habitantes de África, la India y otros lugares. En un pasado reciente, la gente temía que se agotaran las reservas mundiales de petróleo; ahora las investigaciones muestran que si quemamos todo el petróleo, el mundo también arderá. Cuanto más CO_2 emitimos, mayor es la probabilidad de alcanzar ese punto de inflexión que desencadenará procesos incontenibles, que la humanidad está lejos de poder controlar.

Hoy en día los niños exigen que los planes de estudios tengan en cuenta los desafíos que enfrenta la humanidad y reclaman que las naciones del mundo respondan a las urgentes advertencias de la comunidad científica. El escritor estadounidense Neil Postman analiza la crisis del sistema educativo en su libro *El fin de la educación*. En sus páginas argumenta que el sistema educativo siempre ha servido a un propósito superior, lo que él denomina «dioses». Primero sirvió al mismo Dios en los monasterios, luego los reyes tomaron el relevo y el sistema se convirtió en su servidor y más tarde los nuevos dioses fueron las repúblicas y las naciones. En los años del capitalismo tardío, el sistema educativo se centró en el individuo, con el propósito de generar recursos humanos para un mercado laboral inmerso en la competencia internacional entre las grandes corporaciones. Las ganancias y el crecimiento se convirtieron en el objetivo en sí mismo y no quedó espacio para la búsqueda de un propósito superior. ¿Para qué estudiar? Para conseguir un trabajo bien remunerado. Para crear más crecimiento económico, para echar más leña al fuego, y más rápido, y correr de esta manera hacia el precipicio a toda velocidad.

Pero ahora un nuevo paradigma ha pasado a ocupar el lugar central en la historia de la tierra y la atmósfera. Los sistemas educativos tendrían que preparar a toda una generación para una vida laboral basada en que la humanidad pueda coexistir en equilibrio con la vida biológica. ¿Por qué deberíamos estudiar ética? Porque los próximos años estarán plagados de desafíos éticos. ¿Por qué aprender álgebra? Será necesario deshacerse de cientos de gigatoneladas de CO_2 y en este momento nadie sabe cómo hacerlo. ¿Por qué estudiar literatura y poesía antigua? Porque la literatura es el hilo conductor del espíritu humano, sin ella nuestra existencia es inconcebible.

Es necesario rediseñar el legado del siglo XX en su totalidad. Debemos repensar lo que comemos, la moda y la tecnología, el transporte, la producción y el consumismo. Al

mismo tiempo, pronto la tierra tendrá que alimentar a 9.000 millones de personas y, por su parte, la humanidad deberá preservar lo que queda de naturaleza virgen. Es imprescindible repensar el mundo y tenemos que hacerlo tanto o más rápido de lo que tardaron los seres humanos en desarrollar la navegación aérea, la energía nuclear o la tecnología informática.

Para contrarrestar el cambio climático, todas las emisiones de CO_2 deberán haberse detenido antes de 2050. En los próximos treinta años, los hábitos de los consumidores deberán cambiar y la producción de energía y el transporte tendrán que experimentar una transformación completa. Los científicos creen que el contenido de CO_2 en la atmósfera no debería exceder 350 ppm. Ahora es de 415 ppm y aumenta de 2 a 3 ppm anualmente. Así que, incluso una vez que se detengan las emisiones, será necesario absorber entre 1.000 y 2.000 gigatoneladas de CO_2 que ya se encuentran en la atmósfera.[71] Dicha cantidad corresponde al equivalente de todas las actividades humanas durante un periodo de treinta años.

Los habitantes de la tierra se enfrentan a un desafío que parece de ciencia ficción: capturar y controlar la proporción de gases en la atmósfera. Ese objetivo tendrá que haberse logrado cuando los niños que acaban en este momento la escuela primaria cumplan cuarenta años y mi generación se jubile. El proyecto consiste en salvar la tierra y no puede dejarse de lado.

Debido a la crisis climática, a toda una generación no se les preguntará qué quieren ser de mayores, sino qué tienen que ser. En realidad no es una situación tan negativa: toda una generación sentirá que tiene una misión, un propósito superior. Quienes quieren encontrarse a sí mismos deberán posponer su examen de conciencia durante treinta años para dedicarse a la lucha por la preservación del planeta.

En gran parte la solución permanece en el terreno de la imaginación. Es poco probable que el nuevo mundo neutro en carbono refleje el antiguo. Si en las grandes ciudades sigue habiendo atascos de largas filas de coches eléctricos no habremos resuelto el problema. Los coches eléctricos requieren toneladas de acero, aluminio y litio para las baterías. En Islandia, los automóviles emiten alrededor de un millón de toneladas de CO_2 al año. ¿A qué velocidad podría cambiar esto? Si todos los habitantes del planeta dejaran de utilizar el coche un día de cada diez, sería posible reducir, mañana mismo, un 10 % del total de las emisiones; un 15 % si dejaran el coche un día a la semana. ¿Cabe imaginar ciudades que dentro de treinta años utilicen medios de transporte diferentes a los que tenemos hoy? El transporte público y los vehículos ligeros (motos, bicicletas, coches ultraligeros) pueden sustituir gran parte del parque automovilístico actual. No tenemos por qué meternos en una concha todas las mañanas

como si fuéramos cangrejos ermitaños. Mediante la energía eléctrica y el transporte público se puede llegar a reducir a cero las emisiones generadas por el tráfico. No basta con concienciarnos a un nivel individual; en Reikiavik el sistema de calefacción geotermal no se consiguió por el hecho de que los ciudadanos decidieran construirse un pozo geotérmico. Las soluciones de mayor envergadura solamente son posibles mediante la combinación de iniciativas gubernamentales, la implicación de políticos visionarios y la cooperación a nivel internacional.

Los científicos de todo el planeta están explorando soluciones y muchas de ellas resultan inimaginables. Un equipo de expertos dentro del Project Drawdown ha recopilado las principales soluciones climáticas y las ha clasificado por gigatoneladas.[72]

Los Objetivos de desarrollo sostenible de las Naciones Unidas también proporcionan una guía sobre cómo orientar el rumbo del planeta. La mayoría de las investigaciones apuntan en la misma dirección y las soluciones pueden dividirse, a grandes rasgos, en cuatro categorías fundamentales:

1. Reducir el desperdicio de alimentos y mejorar los hábitos alimentarios.

2. Desarrollar la energía solar y eólica y el transporte eléctrico.

3. Proteger los bosques y trabajar en la reforestación y recuperación de humedales y selvas.

4. Fomentar el empoderamiento de las mujeres.

Lo esperanzador de todas estas soluciones es que representan una visión unificada de un mundo mejor.

El cambio climático ha comenzado a afectar a las cosechas en todo el mundo y no está claro que la fertilidad actual de la tierra garantice su fertilidad futura. En muchos países, la agricultura es insostenible y el suelo se ha deteriorado debido a la adopción de métodos de cultivo nocivos. Desperdiciamos alrededor del 30 % de los alimentos que generamos y una gran parte de la producción mundial de cereales que los humanos podríamos consumir se destina a alimentar al ganado. Las investigaciones muestran que Estados Unidos sería capaz de producir alimentos para 800 millones de personas si

todo el cereal que se destina a los animales se usara para consumo humano.[73] Se podría alimentar a unos 4.000 millones de personas más cultivando los campos disponibles en la actualidad sin necesidad de invadir lo que queda en el planeta de selva tropical o tierra virgen.[74]

En términos de huella de carbono, una comida de carne de res equivale a veinte comidas de pasta. Tal vez los hindúes tenían razón cuando consideraron sagradas a las vacas; si la decisión de no comer carne de res se aplicara en el resto del mundo, nuestros problemas serían mucho menos graves.

En muchos casos, no se necesita nueva tecnología para resolver el problema. Gran parte de la solución consiste en proteger la naturaleza. La industrialización de los últimos siglos ha ido devorando las selvas y los humedales como si fueran terrenos inútiles o simple materia prima; las reservas naturales se concibieron como una muestra del mundo antes de la industrialización. Sin embargo, las selvas y la naturaleza virgen desempeñan un papel clave en la eliminación del carbono y la protección de la atmósfera. Su existencia se ha convertido en una cuestión de vida o muerte para todos los habitantes del planeta.

Los humedales son vitales para nosotros porque absorben carbono. En Islandia, los humedales se desecaron a gran escala: se cavaron zanjas de drenaje cuya longitud, cerca de 33.000 kilómetros, equivalía al perímetro de la tierra. Las emisiones de CO_2 de los humedales desecados en Islandia superan a las de toda la industria pesada, automovilística y aeronáutica del país: alrededor de ocho millones de toneladas anuales,[75]mientras que los coches emiten un millón de toneladas.

A medida que la tierra se seca, da comienzo la descomposición y la oxidación de los hidrocarburos que han ido acumulándose en el suelo durante miles de años. Los terrenos que generaciones anteriores consideraban inútiles han resultado ser útiles, y cuando se creía mejorar la tierra se estaban causando enormes daños en el ecosistema.

El Nobel de Literatura islandés Halldór Laxness escribió sobre el drenaje excesivo de los humedales en su artículo del año 1970 titulado «La guerra contra la tierra», y concluyó con estas palabras: «¿No deberíamos pedir que paguen a la gente para que los inunde de nuevo?»

Alrededor del 70 % de las zanjas de drenaje en Islandia no se utilizan para ayudar a cultivar campos. Los científicos han descubierto que la propuesta de Halldór Laxness de rellenar esas zanjas y restaurar los humedales sería la contribución más importante de Islandia a la prevención del cambio climático.

En los últimos años se han logrado progresos significativos en energía solar y eólica. Los nuevos parques eólicos y solares se han convertido en una seria competencia para las antiguas centrales eléctricas de carbón. Por otra parte, se están utilizando los rápidos avances en la tecnología de baterías para compensar las fluctuaciones de energía. Para satisfacer las necesidades de electricidad de Estados Unidos mediante energía solar, harían falta unos 10.000 kilómetros cuadrados de paneles, una superficie casi del tamaño de todo el glaciar Vatnajökull. Los tejados en América cubren, en total, unos 5.000 kilómetros cuadrados, en tanto que se dedican 60.000 kilómetros cuadrados a estacionamientos de vehículos.

En esta carrera, todos ganamos o todos perdemos. Cuanto antes decidan Australia, Arabia o Arizona abastecerse de energía solar, más probable será que esta tecnología se democratice y se haga accesible para que la gente salga de la pobreza.

En las áreas más remotas de África hay personas con teléfonos inteligentes que se han saltado los primeros cien años de desarrollo tecnológico en telefonía. Es importante que ocurra lo mismo en innovación energética, que se salten la etapa del carbón y el petróleo y vayan directamente a las energías solar, eólica y térmica. Sería una evolución realista si los países más ricos desarrollasen esa tecnología y la utilizaran ellos mismos.

Algunos podrían pensar que el empoderamiento de las mujeres no tiene nada que ver con el problema ambiental, pero las investigaciones demuestran que la educación de las niñas garantiza el bienestar de las familias y que la mejor manera de hacer frente al crecimiento de la población es permitir que las mujeres decidan cuántos hijos quieren tener y cuándo.

Por lo tanto, la igualdad de género es una de las soluciones más importantes para los futuros problemas medioambientales. Pero no basta con saber cuáles son las soluciones; si queremos que todas las emisiones de CO_2 cesen antes de 2050 debemos mostrar cambios medibles de inmediato.

En el siglo XX se crearon infraestructuras que damos por descontadas y de las que apenas somos conscientes: electricidad, agua corriente, alcantarillado, calefacción, telefonía y red de carreteras. En 1921, el año que nació mi abuelo Björn, empezó a construirse la primera central hidroeléctrica islandesa en el río Elliðaár. La electricidad lleva con nosotros muy poco tiempo. Durante la vida de mi abuelo, la potencia eléctrica en Islandia pasó de un megavatio a 2.700 megavatios. A principios del siglo XX, la gente llegaba a Islandia con puestos de trabajo nuevos y desconocidos: ingeniero, oficial de

máquinas, telegrafista, telefonista... Esas personas eran pioneras de la tecnología de su época. En la actualidad hay tres personas en la guía telefónica de Islandia que se autodenominan «expertos en captura de carbono». Se trata de una industria que debe volverse gigantesca. El mayor avance en el siglo XXI tendría que ser la captura y almacenamiento de CO_2, así como el desarrollo de métodos para extraerlo directamente de la atmósfera y hacer algo útil con él.

En Hellisheiði, los expertos en captura de carbono han dado los primeros pasos, igual que los hermanos Wright hicieron con la aviación en su día. La central de energía geotérmica de Hellisheiði genera unas 20.000 toneladas de CO_2 al año. En 2012, se investigó si las rocas podían absorber el CO_2. El proceso consiste en mezclar CO_2 con agua, que se vuelve más ácida; cuando se bombea la mezcla en el suelo y entra en contacto con basalto, se forma una variedad de calcita llamada espato de Islandia, $CaCO_3$, que es el mismo material que los organismos coralinos usan para fabricar sus conchas. Inicialmente no se sabía si la reacción se produciría durante varios años o incluso milenios. Resultó que la roca cambió en sólo unos meses y las muestras revelaron que el aire se había transformado en piedra brillante.

En 2014, se bombearon 2.400 toneladas en la tierra y en 2017 fueron 10.000. Este método puede utilizarse en la mayoría de los lugares donde el lecho de roca está formado por basalto, incluido el fondo marino. Es posible usar métodos similares para fabricar materiales de construcción: hormigón que capture CO_2 y no libere emisiones. De ese modo, el ser humano aprendería a construirse un techo con los mismos materiales que el coral o los pterópodos.

En Hellisheiði hay un pequeño cobertizo donde se está desarrollando un método para capturar dióxido de carbono directamente de la atmósfera. Dicho método sigue siendo bastante caro, pero mejora con los años: en el año 2017 se capturaron y eliminaron unas cincuenta toneladas extraídas directamente de la atmósfera. Es el equivalente a un viaje en avión de tres horas o a las emisiones de tres coches islandeses durante todo un año. El objetivo es llegar a capturar 100.000 toneladas. Pero para combatir el calentamiento global, esta industria, combinada con la reforestación, deberá extraer un volumen millones de veces mayor.

En la actualidad no hay forma de saber qué solución permitirá obtener mejores resultados y se acabará imponiendo. Es de esperar que dentro de treinta años este párrafo esté completamente obsoleto, como los capítulos en que los autores del siglo XIX explicaban fenómenos como el «inodoro» y el «alcantarillado».

Conocí a Sandra Snæbjörnsdóttir, una de las primeras expertas en captura de carbono del mundo, y nuestra conversación no tardó en centrarse en un futuro lejano. Ella cree que dentro de cien años se celebrarán conferencias internacionales donde los científicos discutirán qué ajustes convendrá hacer en el planeta y si las concentraciones de CO_2 en la atmósfera deberían ser de 350 ppm o de 250 ppm.

• • •

Las soluciones son múltiples y algunas muy hermosas. Conocí a un hombre que recuperó los humedales de sus tierras y me describió lo rápido que la naturaleza había cobrado vida: «Cubrí las zanjas y construí un estanque. El verano siguiente apareció un colimbo chico. He visto cincuenta especies de aves donde antes sólo había zanjas y campos yermos.» Muchas soluciones incrementan el bienestar de los seres humanos y los animales, entre ellas la mejora del transporte, de nuestro estilo de vida y de las infraestructuras. También la eficacia, la información y la responsabilidad. Las soluciones incluyen, en cierta medida, lo que nuestras abuelas nos repetían sin descanso: no dejar nada en el plato cuando comemos, utilizar la ropa de nuestros hermanos, zurcir calcetines y ser frugales. Gran parte de la solución requiere sacrificio, hacer algo por los demás sin pedir nada a cambio, así como crear grupos y organizaciones que presten atención al entorno natural con el espíritu que siempre ha inspirado a los equipos de rescate y las sociedades de glaciología islandeses. Podemos aprender del pasado y localizar el periodo en el que fuimos felices y el consumismo aún no lo había echado todo a perder. En algún lugar encontraremos el equilibrio y la felicidad. En el caso de mi abuelo Árni, ese lugar era el refugio del Reino de los Cielos, justo encima del Valle de los Sueños.

Creo que Audumla se me apareció y me hizo escribir este libro para asegurar el futuro de mis hijos. Veo el problema del CO_2 como una prueba por la que debemos pasar los habitantes del planeta, y el calentamiento global como una señal de advertencia para la humanidad: los que destruyen la vida salvaje en la tierra, arrasan las selvas y profanan el gran espacio que Dios inunda de silencio están perdidos. Al enfrentarse a un desafío común, las naciones del mundo se ven obligadas a trabajar juntas de un modo que no tiene precedentes. No hay ninguna seguridad de que alcancen el éxito. Todas las cosas tendrán su fin algún día y esa afirmación es tan válida para los humanos como para el resto de los seres vivos. Pero si lo logramos, el mundo podría convertirse en un lugar que, lejos de ser perfecto, sería más hermoso de lo que las palabras podrían describir.

—

Una conversación futura

4 de octubre de 2102

Estamos en la cocina, en Hlaðbær. El río Elliðaár serpentea a través de un bosque de colores otoñales y de la piscina de la casa de Selás se elevan nubes de vapor. Un cuervo se posa sobre una farola frente a la guardería. Hulda Filippía, mi hija, compró esta casa y la restauró; ya ha cumplido los noventa. Sus nietas, dos gemelas de doce años de edad, están sentadas en la cocina. Comen tortitas haciendo mucho ruido y miran hacia el borde de la mesa donde se reproducen vídeos: unos niños elegantemente vestidos están sentados en el salón del número 3 de Selás y una joven trae un pastel con velas encendidas.

—Conocí a esa mujer —dice Hulda Filippía—; teníamos el mismo nombre. Nació en 1924, hace 178 años. Calculemos —conjetura ella removiendo la masa para tortitas.

—¿Calcular qué? —preguntan las niñas.

—Os propongo un pequeño ejercicio de cálculo que mi papá me enseñó cuando tenía diez años. ¿Cuánto vive alguien a quien quieres?

—¿A qué te refieres?

—Nacisteis en 2090, ¿cuándo cumpliréis 90?

Apuntan en una hoja: 2090 más 90 son 2180.

—Ahora imaginemos que tenéis un nieto en el año 2170, ¿cuándo cumplirá 90 años? ¿Cuándo seguirá hablando de vosotras?

Ellas hacen el cálculo.

—¿En 2260?

—Sí, ¿podéis imaginarlo? La persona a la que más querréis en el mundo ¡seguirá viva en 2260! Imaginaos qué cantidad de tiempo. Yo nací en 2008 y vosotras conoceréis a una persona que seguramente estará viva en 2260. Ése es el tiempo que una persona puede

conectar, más de 250 años. El tiempo que podéis tocar con vuestras propias manos. Vuestro tiempo es el de alguien a quien conocéis y queréis, el tiempo que os crea a vosotras, pero también el tiempo de alguien que conoceréis y amaréis, el tiempo que vosotras mismas crearéis. Todo lo que hacéis es importante. Cada día que pasa creáis el futuro.

Décimo cumpleaños de las gemelas Kristín y Guðrún en la casa de Selás número 3, 1956. Un fotograma de una película de 16 mm. Árni Kjartansson.

—

Apausalipsis Now

Epílogo acerca de la COVID-19

17 de junio de 2020

Nos han obligado a detenernos. Nunca imaginé que algo así llegaría a ocurrir.

Durante muchos años nos han advertido que los seres humanos avanzamos a pasos agigantados, que estamos disminuyendo la biodiversidad y llevando a la tierra hasta sus límites. En los próximos ochenta años se espera que el pH del océano experimente más cambios que los sufridos en los últimos cincuenta millones de años. Las predicciones anuncian que los antiguos glaciares y el permafrost, que han permanecido intactos durante milenios, se derretirán también en los próximos ochenta años. Debemos reducir la velocidad para evitar una catástrofe total. En este libro repaso algunas conclusiones científicas y me pregunto lo siguiente: dado que somos criaturas racionales y sabemos lo que estamos haciendo, y puesto que no ignoramos hacia dónde nos encaminamos y qué consecuencias acarrearán nuestras acciones, ¿vamos a detenernos o no?

Ni en sueños habría imaginado que el mundo pudiera detenerse tan rápidamente y de una manera tan extrema. Que fuera posible asumir esta gran pausa.

Muchas personas han considerado apocalípticos estos últimos meses. Sin embargo, el verdadero significado del término griego «apocalipsis» es «revelación», en el sentido de «desvelar algo, sacar algo a la luz». Los recientes acontecimientos han supuesto un verdadero apocalipsis: una revelación de nuestra vulnerabilidad, una revelación del humo y de la niebla contaminante, una revelación de nuestras cadenas de suministro, de la competencia o la incompetencia de los gobiernos, una revelación de la desigualdad y de las diferencias de clase. Nos han mostrado que la salud no es un problema individual, puesto que conecta entre sí a todos los habitantes del planeta y, a su vez, está vinculada a la vitalidad de los ecosistemas terrestres.

El gobierno islandés ha demostrado una gran profesionalidad y competencia en la gestión de la COVID-19. Todas las decisiones gubernamentales se han apoyado en investigaciones científicas y las órdenes que se han impartido a la población no han sido

idea de los políticos, sino que han surgido de las reuniones diarias que celebran el epidemiólogo jefe, el director del sistema sanitario y el superintendente jefe de la policía islandesa. Gente cordial y humana, que aparte de dar órdenes ha recalcado siempre la responsabilidad individual.

Las encuestas realizadas en Islandia han mostrado que el 96% de la población aprueba las acciones del gobierno. Aunque hemos sufrido ansiedad y hemos tenido pérdidas económicas, al mismo tiempo depositamos nuestra confianza —tal vez por primera vez desde la década de 1990— en el sistema y el gobierno; ese tipo de confianza que nos inspiraría un cirujano en el momento de administrarnos la anestesia y operarnos a corazón abierto. Si bien mantener una postura acrítica respecto a la autoridad, después de años de polarización política, podría resultar contraproducente a largo plazo, esta situación, este momento de confianza en una autoridad respaldada por la ciencia, ha supuesto un extraño alivio.

Los islandeses se sienten muy agradecidos por todas las vidas que han podido salvarse de ese modo y por la baja tasa de mortalidad en comparación con países vecinos. Aunque el peor sufrimiento se ha evitado en gran parte, la mayoría de la población ha compartido la experiencia de quedarse confinada en casa, de no ver a las personas mayores que forman parte de sus vidas, de mantener apartados a los niños, de perder oportunidades y prepararse para un futuro imprevisible de desempleo masivo y miedo a una nueva ola del virus. Sin contar lo extraño y difícil que ha resultado todo.

El apocalipsis ha ocurrido en el mundo entero. Ha sido una revelación de dimensiones globales. Hemos podido ver el Himalaya, el cielo azul de China, las aguas claras de Venecia. El virus también ha revelado la imaginación —o la falta de ella— de políticos y gobiernos. Cuando se desató el caos en Wuhan, muchos no creyeron que fuera a ocurrir lo mismo en su propio país, así que no tomaron las medidas necesarias. Cuando se desató en Italia, los habitantes del norte de Europa y de Estados Unidos todavía consideraban que se trataba de un problema lejano. La crisis nos ha demostrado la importancia de entender la ciencia y aplicarla a realidades futuras. Los que reaccionaron con celeridad han tenido una tasa de mortalidad como mínimo diez veces inferior a la de aquellos que actuaron con retraso. Sin embargo, nos cuesta aprender. Una y otra vez las tragedias se repiten porque no creemos que nos vaya a pasar a nosotros. Pero todo se ha detenido —al menos en esta ocasión— por el mero hecho de que un ser querido podía contagiarse la semana siguiente. Ese riesgo nos ha llegado al corazón.

A pesar de la sensación de parálisis generalizada, a pesar de la caída transitoria del precio del petróleo debido a la congelación del tráfico rodado y la falta de actividad de

las aerolíneas, las emisiones globales sólo han disminuido un 17 % aproximadamente. Nuestra inercia es todavía tan grande que incluso cuando sentimos que no estamos haciendo nada, cuando nos da la impresión de que apenas existimos, seguimos generando un impacto masivo en el planeta.

La buena noticia es que resulta posible llevar a cabo un gran cambio estructural sin superar los límites de nuestra tecnología. Y es posible que en los últimos meses hayamos descubierto que podemos prescindir de muchos de nuestros peores hábitos. Y para frenar el cambio climático no estamos obligados a actuar tan radicalmente como lo hemos hecho para enfrentarnos al virus. No tendremos que dejar de hacer muchas de las cosas que siempre hemos hecho, como abrazar a nuestras abuelas, disfrutar de la gente en las calles, estrecharles la mano a desconocidos, ir a conciertos, competiciones deportivas, teatros, bibliotecas, escuelas y cafeterías. El apocalipsis, la revelación de todo, nos ha mostrado no sólo lo que necesitamos realmente y aquello de lo que podemos prescindir, sino también lo rápido que pueden aplicarse medidas si las advertencias se toman en serio.

La gran pregunta ahora es la siguiente: ¿cómo actuar con la misma urgencia para proteger la esencia de la vida de nuestros seres queridos en 2050, 2060 o 2080? ¿Podemos extraer alguna enseñanza del inmenso sufrimiento causado por la pasividad global ante la crisis de la COVID-19 y aplicarla al futuro de todo el planeta? ¿Acaso la ciencia no nos dice, con una unanimidad del 99 %, que está sucediendo algo de extrema gravedad? ¿Podemos confiar en la orientación que los científicos nos dan sobre el clima como hemos confiado en los virólogos y médicos? ¿Podemos extraer de esta pausa global una pista que nos muestre el camino que debemos seguir?

—

Un libro para comprender el futuro del planeta si no actuamos de inmediato.

Sobre el tiempo y el agua es un ensayo narrativo profundo y convincente sobre la crisis medioambiental global y, a la vez, una íntima y desesperada súplica al mundo. Nació de una conversación con un científico puntero convencido de que son los escritores, y no los científicos, los más capacitados para hablar de uno de los asuntos más apremiantes para la humanidad. Los argumentos que esgrime son, pues, indistintamente mitológicos o científicos, anecdóticos o estrictamente morales y filosóficos. El resultado es un rico entramado de relatos de viaje, historias familiares, momentos poéticos: un libro bellísimo, a la vez que urgente.

—

Andri Snær Magnason (Reikiavik, 1973), escritor polifacético, considerado el Halldór Laxness de la actualidad, ha escrito novela, ensayo, libros infantiles, poesía y teatro, y ha recibido numerosos galardones nacionales e internacionales, entre los que destacan el Premio Literario Islandés, el Janusz Korczak Honorary Award, el Grand Prix de l'Imaginaire, el West Nordic Children's and Youth Literary Prize y el Kairos Prize, otorgado por la fundación Alfred Toepfer. *Sobre el tiempo y el agua*, traducido a más de treinta idiomas, contará en breve con una versión audiovisual. Magnason, candidato a la presidencia de Islandia en 2016 y autor de la «Carta para el futuro» con motivo de la desaparición del Okjökull, ha dedicado toda su vida al activismo medioambiental.

—

Notas

[1] «Corporate Default and Recovery Rates, 1920-2008», *Moody'sGlobal Credit Policy*, www.moodys.com/sites/products/DefaultResearch/2007400000578875.pdf

[2] «Splendor in the Mud: Unraveling the Lives of Anacondas», *TheNew York Times*, www.nytimes.com/1996/04/02/science/splendor-in-the-mud-unraveling-the-lives-of-anacondas.html; Paul P. Calle,Jesús Rivas, María Muñoz, John Thorbjarnarson, Ellen S. Die-renfeld, William Holmstrom, W. Emmett Braselton y William B.Karesh:«Health Assessment of Free-Ranging Anacondas (*Eunectesmurinus*) in Venezuela», *Journal of Zoo and Wildlife Medicine*,vol. 25, núm. 1, Reptile and Amphibian Issue (marzo de 1994),pp. 53-62.

[3] *Vísir*, 10 de marzo de 1933, p. 2. En la revista *Heimdallur* del 18 de abril de 1933 (p. 1) 507/5000, hay una tabla que contiene los accidentes ocurridos en el mar en el primer trimestre del año. En total murieron 34 personas. El artículo añade que probablemente se hundieran cerca de las costas islandesas dos barcos pesqueros alemanes y uno inglés, con una tripulación de entre 36 y 40 personas. Entre 50 y 100 niños islandeses se quedaron sin padre en esos tres meses. Proporcionalmente, los islandeses perdieron tan-ta gente en el mar como otros países perdieron en la guerra. El año 2014 fue el primero de la historia de Islandia en que ningún marino pereció en el ejercicio de su profesión.

[4] Helgi Valtýsson, *Á hreindýraslóðum*, Akureyri, 1945, p. 11.

[5] *Ibid*., pp. 104-105.

[6] «Our History», *Alcoa*, www.alcoa.com/global/en/who-we-are/history/default.asp

[7] Helgi Valtýsson, *op. cit*., p. 57.

[8] *Sea Level Rise*, http://atlas-for-the-end-of-the world.com/world_maps/world_maps_sea_level_rise.html

[9] *Global Warming of 1.5°C*, IPCC 2018, https://report.ipcc.ch/sr15

[10] Anna Agnarsdóttir, «Var gerð bylting á Íslandi sumarið 1809?»,*Saga*, XXXVII, 1999.

[11] *Íslenzk sagnablöð*, Kaupmannahöfn, 1826, p. 80.

[12] «Áhrif loftslagsbreytinga á sjávarvistkerfi», *Morgunblaðið*, 12 deseptiembre de 2006, p. 10.

[13] *Vid*. www.ipcc.ch/

[14] Heinrich Harrer, *Siete años en el Tíbet*, Juventud, 1998.

[15] *Dhammapada*, Penguin Clásicos, 2015.

[16] *Landnámabók*, Íslensk fornrit I., Jakob Benediktsson, 1986, p. 321.

[17] P. Wester, A. Mishra, A. Mukherji, A. B. Shrestha (eds.), *The Hindu Kush Himalaya Assessment: Mountains, Climate Change, Sustainability and People*, Springer Open, 2019, https://link.springer.com/content/pdf/10.1007%2F978-3-319-92288-1.pdf

[18] *Ibid*.

[19] Kunda Dixit, «Terrifying Assessment of a Himalayan Melting»,*Nepali Times*, 4 de febrero de 2019, www.nepalitimes.com/banner/a-terrifying-assessment-of-himalayan-melting/

[20] David Wallace-Wells, «UN Says Climate Genocide Is Coming.It's Actually Worse Than That», *Intelligencer*, http://nymag.com/intelligencer/2018/10/un-says-climate-genocide-coming-but-its-worse-than-that.html

[21] «Only 11 Years Left to Prevent Irreversible Damage from ClimateChange, Speakers Warn During General Assembly High-LevelMeeting», www.un.org/press/en/2019/ga12131.doc.htm

[22] *Sea Level Rise Viewer*, https://coast.noaa.gov/slr/

[23] Björn Þorbjarnarson, «The Shah's Spleen», www.journalacs.org/ article/S1072-7515(11)00292-4/fulltext?fbclid=IwAR3u0_ tMdcN-ukZqwHhR7CfhNXrCPXkG4cz0ZBBKK8mzZY_ LgpGA-hGIzVFg

[24] Blake Gopnik, «Andy Warhol's Death: Not So Simple, After All», *The New York Times*, www.nytimes.com/2017/02/21/arts/design/ andy-warhols-death-not-so-routine-after-all.html

[25] Wayne F. King, Harry Messel, James Perran Ross y John Thorbjarnarson, «Crocodiles – An Action Plan for Their Conservation»,https://portals.iucn.org/library/node/6002

[26] «Mamirauá, land flæðiskógarins»,*Morgunblaðið*, 24 de agosto de 1997,pp. B18-B19.

[27] «Crocodiles – An Action Plan for Their Conservation», *op. cit*.

[28] Lao-Tse, *Bókin um veginn*, traducido por Jakob Jóhann Smári eYngvi Jóhannesson þýddu, Reikiavik, 1921, p. 11.

[29] *Arctic Report Card: Update for 2018*, https://arctic.noaa.gov/Report-Card/Report-Card-2018.

[30] Caspar A. Hallmann, Martin Sorg, Eelke Jongejans, Henk Siepel,Nick Hofland, Heinz Schwan,Werner Stenmans, Andreas Müller,Hubert Sumser,Thomas Hörren, Dave Goulson y Hans de Kroon,«More than 75 Percent Decline over 27 Years in Total FlyingInsect Biomass in Protected Areas»,https://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/ journal.pone.0185809

[31] Douglas Martin, «John Thorbjarnarson, a Crocodile and AlligatorExpert, Is Dead at 52», *The New York Times*, www.nytimes. com/2010/03/10/science/10thorbjarnarson.html?mtrref=www. google.com

[32] «John Thorbjarnarson», *The Economist*, www.economist.com/obituary/2010/03/18/john-thorbjarnarson.

[33] P. Nielsen, «Síðustu geirfuglarnir», *Vísir*, 12 de septiembre de 1929,p. 5.

[34] P. Nielsen, «Sæörn», *Morgunblaðið*, 2 de agosto de 1919, pp. 2-3.

[35] «Media Release: Nature's Dangerous Decline "Unprecedented";Species Extinction Rates "Accelerating"», *IPBES – Science and Policyfor People and Nature*, www.ipbes.net/news/Media-Release-Global-Assessment

[36] «Nicholas Clinch, Who Took on Unclimbed Mountains, Dies at 85», *The New York Times*, www.nytimes.com/2016/06/23/sports/ nicholas-clinch-who-took-on-unclimbed-mountains-dies-at-85.html

[37] Sigurður Þórarinsson, «Vatnajökulsleiðangur 1956», *Jökull, Ársrit Jöklarannsóknarfélags Íslands*, p. 44.

[38] María Jóna Helgadóttir, «Breytileg stærð jökulsins Oks í sambandi við sum-arhitastig á Íslandi.» [El tamaño cambiante del glaciar Ok en relación con las temperaturas de verano en Islandia.] Disertación sobre ciencias de la tierra en la Facultad de Ingeniería y Ciencias Naturales de la Universidad de Islandia. Supervisor: Hreggviður Norðdahl, Universidad de Islandia, 2017.

[39] *Vid*. www.facebook.com/jardvis/posts/2705880609426386

[40] H. Frey, H. Machguth, M. Huss, C. Huggel, S. Bajracharya,T. Bolch, A. Kulkarni, A. Linsbauer, N. Salzmann y M. Stoffel,«Estimating the Volume of Glaciers in the Himalayan–KarakoramRegion Using Different Methods», *The Cryosphere*, www.the-cryosphere.net/8/2313/2014/tc-8-2313-2014.pdf

[41] *Völuspá. La profecía de la vidente*, Miraguano, 2014, estrofa 5.

[42] «CO2 Concentrations Hit Highest Levels in 3 Million Years», *Yale Environment 360*, Yale School of Forestry and Environmental Studies, https://e360.yale.edu/digest/CO2-concentrations-hit-hi- ghest-levels-in-3-million-years

[43] «Are Volcanoes or Humans Harder on the Atmosphere?»,*Scientific American*, www.scientificamerican.com/article/earthtalks-volcanoes- or-humans/

[44] «Planes or Volcano?», https://informationisbeautiful.net/2010/planes-or-volcano

[45] Teniendo en cuenta que las emisiones del Eyjafjallajökull fueron de 150.000 toneladas de CO2 al día y que las emisiones de Estados Unidos alcanzan 5,4 gigatoneladas. Cabría añadir además los valo-res de CO2 procedentes del metano y de la explotación de la tierra. Los cálculos aquí se centran únicamente en el fuego.

[46] *Global Warming of 1.5°C*, IPCC 2018, www.ipcc.ch/sr15

[47] *Vid.* www.globalcarbonproject.org/

[48] *Global Warming of 1.5°C*, IPCC 2018, https://report.ipcc.ch/ sr15

[49] Hans Rosling, Ola Rosling, Anna Rosling Rönnlund, «Deaths in Wars», *Factfulness: Ten Reasons We're Wrong about the World – And Why Things Are Better than You Think*, Flatiron Books, 2018.

[50] *Vid*. www.hagstofa.is/utgafur/frettasafn/umhverfi/losun-koltvisy rings-a-einstakling/

[51] «Extreme Carbon Inequality», *Oxfam International*, www-cdn. oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/mb-extreme-carbon-inequality-021215-en.pdf

[52] *Vid*. www.loftslag.is/?p=10716

[53] Para un interesante debate sobre las bases teóricas de estos cálculos, véase www.carbonbrief.org/analysis-how-much-carbon-budget-is- left-to-limit-global-warming-to-1-5c

[54] «Global Energy Transformation: A Roadmap to 2050», *IRENA* (International Renewable Energy Agency), www.irena.org/pu blications/2019/Apr/Global-energy-transformation-A-road-map-to-2050-2019Edition

[55] *Vid*. www.herkulesprojekt.de/en/is-there-a-master-plan/the-moon- landing.html

[56] «Mike Pompeo Praises the Effects of Climate Change on ArcticIce for Creating New Trade Routes», *The Independent*, www.independent.co.uk/news/world/americas/us-politics/mike-pompeo-arctic-clima-te-change-ice-melt-trade-a8902206.html

[57] Sandra Laville, «Top Oil Firms Spending Millions Lobbying toBlock Climate Change Policies, Says Report», *The Guardian*, www.theguardian.com/business/2019/mar/22/top-oil-firms-spending-millions-lobbying-to-block-climate-change-policies-says-report

[58] «Annual Energy Outlook 2019», *EIA – US Energy InformationAdministration*, www.eia.gov/outlooks/aeo/

[59] James Rainey: «The Trump Administration Scrubs Climate ChangeInfo from Websites. These Two Have Survived», *NBC News*, www.nbcnews.com/news/us-news/two-government-websites-climate-change-survive-trump-era-n891806

[60] «A Fifth of China's Homes Are Empty. That's 50 Million Apartments», *Bloomberg News*, www.bloomberg.com/news/articles/2018-11-08/a-fifth-of-china-s-homes-are-empty-that-s-50-million-apartments

[61] *Vid*. http://anthropocene.info/great-acceleration.php

[62] «Revisiting the Earth's Sea-Level And Energy Budgets from 1961 to 2008»,*Geophysical Research Letters*, https://agupubs.onlinelibrary. wiley.com/doi/full/10.1029/2011GL048794

[63] «Global Warming Impairs Stock – Recruitment Dynamics of Corals», *Nature*, www.nature.com/articles/s41586-019-1081-y

[64] «Loftslagsbreytingar og áhrif þeirra á Íslandi», *Skýrsla vísindanefn- dar*,2018,«Súrnun sjávar» (cap.6), www.vedur.is/loftslag/loftslags-breytingar/loftslagsskyrsla-2018

[65] Jón Ólafsson, «Rate of Iceland Sea Acidification from Time Series Measurements», www.researchgate.net/publication/26636970

[66] Einar Jónsson, «Enn um átu», *Sjómannablaðið Víkingur*, vol. 47, núm. 11-12, 1980, pp. 45-49.

[67] Lee R. Kump, Timothy J. Bralower y Andy Ridgwell, «Ocean Acidification in Deep Time», *Oceanography*, vol. 22, núm. 4, 2009, pp. 94-107.

[68] J.E.N. Vernon *et. al.*, «The Coral Reef Crisis:The Critical Importance of <350 ppm CO2», *Marine Pollution Bulletin*, www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0025326X09003816

[69] *Living Planet Report – 2018: Aiming Higher*, WWF 2018, www.wwf.org.uk/sites/default/files/2018-10/wwfintl_livingplanet_full.pdf

[70] Christopher A. Brochu y Glenn W. Storrs, «A Giant Crocodilefrom the Plio-Pleistocene of Kenya, the Phylogenetic Relationshipsof Neogene African Crocodylines, and the Antiquity of Crocodylusin Africa», *Journal of Vertebrate Paleontology*, vol. 32, núm. 3, 2012,pp. 587-602.

[71] «Doha Infographic Gets the Numbers Wrong, UnderestimatesHuman Emissions», *Carbon Brief*, www.carbonbrief.org/doha-in-fographic-gets-the-numbers-wrong-underestimates-human-emissions

[72] *Vid*. www.drawdown.org

[73] «U.S. Could Feed 800 Million People with Grain That LivestockEat, Cornell Ecologist Advises Animal Scientists», *Cornell Chro-nicle*, https://news.cornell.edu/stories/1997/08/us-could-feed-800-million-people-grain-livestock-eat

[74] Emily S. Cassidy, Paul C. West, James S. Gerber y Jonathan A.Foley, «Redefining Agricultural Yields: From Tonnes to PeopleNourished Per Hectare», *Environmental Research Letters*, https://iopscience.iop.org/article/10.1088/1748-9326/8/3/034015

[75] «National Inventory Report. Emissions of Greenhouse Gases inIceland from 1990 to 2017», *Umhverfisstofnun*, 2019, www.ust.is/library/Skrar/Atvinnulif/Loftslagsbreytingar/NIR%202019%20Iceland%2015%20April%20final_submitted%20to%20UNFCCC.pdf?fbclid=IwAR1rHQQFw7A6eRHq1Y2Zn4tnGjIXk6sqa-vPjCRwP5LUcx0QrnDwESRW2MsI